



Javier Negrete

SEÑORES
DEL
OLIMPO

se

El clima está cambiando y son muchos los que lo achacan a la impiedad de los hombres, protegidos de Zeus. Pero el rey de los dioses, se enfrenta a sus propios problemas. Los gigantes amenazan con marchar desde el lejano Norte sobre las tierras de los humanos. Éstos, cada vez más numerosos, ponen en peligro la existencia de sátiros, centauros y otras razas antiguas a las que hostigan en sus bosques ancestrales. Por si las intrigas y rencillas entre los mismos dioses fueran pocas, una criatura llamada Tifón, que asegura ser hijo de Cronos, amenaza con convertirse en el nuevo señor del Olimpo. Como antes que él hicieran Robert Graves, Mary Renault o Valerio Manfredi, Javier Negrete se ha adentrado en el fecundo terreno de la mitología griega y engarza los mitos para crear una novela que es la suma de multitud de registros, desde la narración de aventuras al relato de un viaje a un mundo nebuloso y arcaico en el que los hombres coexistían con los dioses y se veían arrastrados por sus intrigas, sus odios y sus devaneos amorosos.



Javier Negrete

Señores del Olimpo

ePUB r1.1

libra 02.05.13

Título original: *Señores del Olimpo*
Javier Negrete, 2006

Editor digital: libra (r1.1)
ePub base r1.0



A mi amigo Jesús Centeno,
que le vaticinó buena suerte.
¡Que Zeus te escuche!

En la guarida del lobo

En el principio fue Caos, el inconcebible. Caos el No-nacido, la tiniebla impenetrable que precede a toda luz. No tenía ni manos, ni voz, ni ojos, y nunca se le ofrendaron ni se le ofrendarán víctimas, pues es el dios de la indiferencia suma.

Pero una fuerza inexorable, fuera Tique el Azar o Ananke la Necesidad, partió en dos el cuerpo de Caos. La parte más pesada de la tiniebla se condensó como brea en las partes inferiores del mundo, y al solidificarse se convirtió en Gea, cálida y oscura, la tierra de amplio seno, asiento firme para todos los que nacerían después, dioses y mortales por igual. En cambio, la parte más ligera y fría de la sombra se elevó a las alturas y se dispersó, y al dispersarse se enfrió aún más y se convirtió en Urano, el firmamento inalcanzable. Al principio Urano era oscuro, pero un día despertó, abrió diez mil ojos blancos y fríos, y las estrellas alumbraron por primera vez el mundo.

Al ver a Urano en las alturas, Gea lo llamó para seducirlo. Urano la abrazó con amor y la fecundó, y ella alumbró a los Primeros Nacidos: tres cíclopes, altivos de corazón y hábiles con las manos; tres hecatonquiros, indescritibles criaturas que agitaban cien brazos; y, por último, los titanes, raza soberbia y poderosa, grande en sabiduría y en desmesura.

Fue Urano el primer soberano de los cielos. Pero su corazón seguía siendo frío y oscuro, y a cuantos nacían de Gea, hijos formidables, los aborreció desde el primer momento. Por temor a que alguno de ellos le disputara la supremacía, los encerró en el

seno de Gea. La Tierra, afligida por dolores de parto que no alcanzaban alivio, suplicó a su esposo que dejara nacer a sus hijos. Cuando Urano, el de gélido corazón, juró que jamás les permitiría ver la luz, Gea se negó a yacer más con él. Pero Urano, que había puesto todo su saber en los cinco anillos que gobiernan el firmamento, amenazó con utilizarlos para lanzar sobre ella el fuego celeste que sobrepasa en poder y destrucción a los demás fuegos de la tierra como la lava del volcán a la llama de una mecha.

Urano violó a Gea. De esta violación engendró al menor de los titanes, Cronos, que nació así de un acto de odio. El odio hizo poderoso y astuto a Cronos. Su madre, que lo supo, fabricó una hoz adamantina con la roca y el metal fundido de sus propias entrañas y reforzó su hoja con poderosos encantamientos. Después dijo a Cronos:

—¡Hijo mío y de un padre malvado! Obedéceme y venga el ultraje que he sufrido por Urano, el primero que ha tramado obras indignas.

—Madre —contestó Cronos Ankylometes, el dios de mente retorcida—, llevaré a cabo tu mandato, pues no siento ningún cariño por mi padre.

Los hermanos de Cronos bramaban en las entrañas de Gea pidiendo su liberación, y toda la tierra retemblaba por los golpes de sus portentosas manos. Cronos les ordenó silencio, pues su padre nada debía sospechar. Después, blandiendo la enorme hoz, se ocultó. Llegó el poderoso Urano, trayendo consigo la noche, y cubrió por todas partes a la Tierra y yació con ella. Pero antes de que pudiera esparcir su simiente, Cronos, escondido, aferró a su padre con la mano izquierda y esgrimiendo en la derecha la hoz adamantina le cortó los genitales.

Urano se retiró con un alarido tan estremecedor como jamás se ha vuelto a escuchar en el mundo. Los árboles se troncharon, los ríos cambiaron su curso y enormes grietas resquebrajaron la faz de la Tierra. Los ecos del dolor de Urano aún se escuchan en la voz del

viento que ulula en las noches de invierno. Más desde aquel grito, el dios del firmamento es mudo e inalcanzable y no ha vuelto a intervenir en las vidas de dioses ni mortales. Y sus anillos han sido dispersados por el mundo para que nadie más pueda detentar el poder con el que Urano había amenazado a Gea.

Asqueado, Cronos arrojó lejos de sí los genitales de su padre. Pero, incluso castrado, el dios del cielo no dejó de engendrar. Lanzado por la poderosa mano de Cronos, su miembro sobrevoló tierras y mares, derramando un reguero de sangre. Las gotas que cayeron en el suelo las recibió Gea y con el tiempo se convirtieron en criaturas a cual más aborrecible. Las Erinias, pavorosos monstruos con ojos como ascuas y serpientes por cabellos, que llevan la locura a quienes cometen crímenes contra sus progenitores. Las melíades, ninfas del fresno, de cuya madera se talla la lanza homicida y tinta en sangre. Y los más odiosos de todos, los quince gigantes, hijos de la piedra, gente descomunal y soberbia, que no comen pan ni respetan las leyes de la hospitalidad, y aborrecen las obras de dioses y hombres.

Pero cuando el miembro cercenado de Urano cayó en el mar azotado por las olas, cuajó a su alrededor una blanca espuma. Y de la espuma surgió una diosa, Afrodita, a la que el odio que albergaba su padre le resulta ajeno, pues es la diosa del amor y del dulce deseo. Mas aún permaneció en el mar y en la isla de Chipre largo tiempo, hasta que la generación de los Segundos Nacidos alcanzó la cima de su gloria.

Cronos, el más poderoso de entre los Primeros Nacidos, fue también el segundo soberano celeste. Casó con su hermana Rea, que alumbró para él a ilustres hijos. Más tan pronto como nacían, Cronos, temeroso de seguir el destino de su padre Urano, los iba devorando para evitar que ninguno de ellos pudiera atentar contra su realeza. Así engulló a las diosas Hestia, Deméter y Hera, y también a Hades y a Poseidón. Y Rea sufría un dolor infinito al perder uno tras otro a los hijos que con tanto dolor paría.

Mas cuando se acercaba el momento de alumbrar a su sexto hijo, Zeus, Rea suplicó a su madre que la ayudara a dar a luz a escondidas. Una vez nacido Zeus, la propia Gea lo llevó a la isla de Creta, donde lo escondió en una gruta impenetrable bajo las laderas del boscoso Ida. Mientras, Rea tomó una roca que Gea secretó de su seno, la rodeó con lana untada en aceite y luego la envolvió con pañales y se la entregó a Cronos. El desdichado soberano, creyendo que era Zeus, la devoró.

Pero cuando Zeus creció...

—¡Un momento, aedo! Tienes muy buena voz, no lo niego. Pero lo que dices no es cierto.

El joven que se hacía llamar Cileno apagó con la mano el sonido de la última nota, entornó sus grandes ojos negros y se mordió los labios carnosos. Después, dibujando una sonrisa, preguntó al pastor que había hablado:

—¿Estás criticando alguna parte de mi recitado o te refieres a todo él en conjunto?

El pastor carraspeó y dirigió una mirada a su alrededor. A su lado, sentados junto al largo tablón que hacía las veces de mesa, se apretujaban los demás clientes de la taberna, doce o trece pastores como él. Eran hombres toscos, vestidos con pellizas y mantos de lana cruda, de barbas desgredadas, ojos juntos y dientes torcidos. Aunque estaban al otro lado del fuego que ardía en el centro de la estancia, a la fina nariz de Cileno le llegaba su olor a sudor y lana mojada, mezclado con el humo que llenaba la posada y el tufo de la col que hervía en el caldero sobre el trípode de bronce.

—¿Por qué molestas al invitado? —gruñó el posadero poniendo en jarras dos brazos gruesos como pernils—. ¡Anda que habrás oído muchas voces como la suya!

—No es eso, Grato —le apaciguó el pastor—. Pero todos sabemos que no fue así, que Zeus no nació en... ¿Cómo has dicho

que se llama, aedo? ¿Crota?

—Creta —corrigió Cileno, y añadió—: Ilumíname para que mejore mi canto. ¿Dónde nació Zeus, según tú?

El pastor volvió a carraspear y señaló hacia sus espaldas, con un gesto vago que parecía referirse a lo que había más allá de las bofadas paredes de adobe.

—Aquí, en Arcadia. A poco más de tres tiros de piedra de este mismo lugar, en el monte Liceo. Pero no creo que quieras subir allí.

—¿Por qué no?

—Es un lugar maldito, donde nada arroja sombra ni a plena luz del sol —contestó el pastor, con voz misteriosa.

El joven Cileno torció el cuello a la izquierda y miró de reojo a su acompañante, un viejo corpulento y de hombros encorvados que al entrar no se había quitado el manto ni el sombrero. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y no había pronunciado palabra desde que entraron. Su boca, lo único del rostro que se adivinaba bajo el ala del pétaso, se retorció en una mueca de desagrado.

—¿Cómo puede ser un lugar maldito si, según tú, allí nació Zeus? —dijo Cileno, volviéndose de nuevo a su interlocutor.

—No es lo que pasó entonces. Es lo que pasa *ahora* —intervino otro pastor, menudo y desdentado, con la voz pastosa de vino. La impiedad del rey, que no tiene límite.

El posadero aprovechó que pasaba por detrás de él para poner otra jarra de vino en la mesa y le dio un pescozón.

—¡No lo menciones siquiera! No quiero tener líos.

—Lo que tú quieras no importa. Ya sabes qué día es hoy.

El cliente que había intervenido vestía un mandil de cuero y, para demostrar que no era un patán como los demás, llevaba el cabello y la barba trenzados y untados con grasa, y de cada trenza colgaba un anillo de bronce. Sobre la mesa reposaba su mazo de forja. Había dejado claro a los recién llegados que era un broncista, y no

un herrero, pues en el reino de Licaón estaba prohibido forjar el hierro.

—Luna llena —prosiguió el broncista—. El festín del rey Licaón...

—¡Deja ya de hablar de eso! —insistió el posadero.

—Que te dé un oso, Grato —repuso el broncista, escupiendo a un lado, pero se calló.

El posadero se encogió de hombros, cansado de discutir, e hizo un gesto a los forasteros.

—Venid a sentaros a la mesa con los demás —les dijo—. Ya seguirás cantando luego, joven forastero.

Cileno guardó la lira en un lienzo engrasado mientras su ojo ponderaba la resistencia del banco de madera que les habían ofrecido. Tal vez resistiría su peso, pero no el de su padre.

—Gracias, noble Grato, pero estamos bien aquí —respondió, acucillándose en el suelo junto al viejo.

—¡Te ha llamado noble! ¡Sin duda el extranjero sabe mentir tan bien como un cretense! —saltó el broncista, demostrando que sus conocimientos de geografía eran algo mejores que los de los pastores con los que compartía mesa.

Grato se acercó a sus nuevos huéspedes y les sirvió vino caliente en copas de madera. El viento silbaba en el exterior. Uno de los pastores comentó que ese año las nieves habían llegado antes de tiempo.

—Ni siquiera debería haber nieve aquí —repuso el broncista, enredando con los anillos de su barba—. Desde que soy niño, sólo la he visto dos veces en las laderas del monte Liceo. Y ahora tengo que quitarla a paladas de la puerta de mi forja.

—Son los dioses, que están irritados por la impiedad del rey. Todos pagaremos por ello —sentenció el pastor desdentado.

—¡Dejad eso ya, os digo! —insistió Grato.

En ese momento se abrió la cortina de lana que daba a la alcoba y la hija del posadero entró en la sala común. Cileno la estudió con ojo crítico. Dieciséis o diecisiete años. El cabello y los ojos negros,

la boca grande y carnosa, la nariz fina y las nalgas levantadas y bien ceñidas. Haciendo caso omiso de los silbidos y requiebros de los pastores, la chica sirvió guiso en una escudilla de madera y se acercó a Cileno y al viejo. Entre los dos forasteros había un escabel a modo de mesa, donde depositó el cuenco. Al hacerlo se agachó delante de Cileno y su peplo de lana se ahuecó, pues ella se lo había abrochado en los hombros con holgado descuido, o tal vez con picardía. Cileno disfrutó una fugaz visión del inicio de sus pechos, llenos y redondos. Las miradas de ambos se cruzaron y Cileno reconoció el brillo de la tentación. Mantuvo la mirada de la chica y sonrió. Pese a que su padre le reprendería por ello, como si el muy rijoso no fuera mucho peor que él, Cileno coqueteaba con la mitad de las mujeres que conocía en sus continuos viajes.

—Gracias —susurró, sabedor de que su aliento olía a ambrosía, y no a neguijón como el de los demás parroquianos—. ¿Cómo te llamas?

—Dada.

La sonrisa de la muchacha no estaba mal. Aún tenía los dientes blancos y sólo un canino se salía de la hilera. De cerca olía a repollo y queso de cabra, pero por debajo de estos dudosos aromas se percibía otro olor más suave, como a pan blanco horneado. Tal vez, después de un buen baño, merecería la pena acostarse con ella.

—¿No te molesta el bastón? —preguntó Dada.

Cileno acarició el pomo del báculo, una cabeza de serpiente con ojos de rubí. Lo llevaba enganchado al cinturón de cuero y lo había ladeado para sentarse, pues la aguzada contera topaba con el suelo.

—No, no me molesta.

—Es duro y se te puede clavar —insistió ella, picara—. Yo te lo guardaré en un sitio más cómodo.

—No lo dudo. Pero prefiero no separarme de él.

Dada se incorporó, rodeó el fuego central, sorteó a los perros que dormitaban en el suelo y acudió a la mesa para servir a los

demás comensales. Cileno levantó el cuenco y se lo arrimó a la cara. Ninguno de los ingredientes era de su gusto, como tampoco el olor a oveja añosa. Arrugó la nariz y dejó la escudilla sobre el taburete.

—Come —susurró el viejo, que estaba detrás de él, casi oculto entre las sombras.

—¿Es obligatorio, padre?

—Lo es.

Cileno volvió a tomar el cuenco. Dedicó una amplia sonrisa a los demás parroquianos, que lo estaban mirando, dio un sorbo al caldo y se llevó a la boca un trozo de carne. Estaba blanda, pues había cocido durante horas, pero la oveja debía haber muerto días antes.

Dejó de nuevo la escudilla. La muchacha les había traído también un pan de centeno. El viejo lo pellizcó con la mano izquierda y, aunque era negro y duro como basalto, le arrancó un buen trozo. Después, siempre con la zurda y sin sacar la mano derecha de debajo del manto, mojó el mendrugo en el caldo, capturando de paso unas hebras de carne, se lo comió y lo regó con un sorbo de vino.

Ya hemos cumplido, pensó Cileno. Habían aceptado la comida y la bebida de aquellos hombres de la montañosa y primitiva Arcadia. De hecho, su padre había sido más estricto, pues había probado el pan. Pero es que su padre era muy puntilloso con las normas de la hospitalidad.

Los pastores discutían ahora sobre nieves y pastos. Aunque algunos de ellos gastaban bromas, se les veía preocupados, casi asustados por el invierno que se avecinaba. En el interior de la posada, un bebé empezó a llorar. Dada dejó el puchero sobre la mesa y se dirigió hacia la misma puerta por la que había entrado. Mientras alzaba la cortina, se soltó el prendedor del hombro izquierdo. Antes de entrar en el tabuco, se volvió hacia Cileno y sonrió con falso pudor, tapándose el pecho con los dedos tan separados que el oscuro pezón se veía entre el corazón y el anular.

—El tabernero te está observando —susurró su padre, tras él—. No hagas que tu lujuria nos ponga en aprietos con nuestro anfitrión.

—¿Y tú me dices eso? Lo creas o no, no tengo tanto afán como tú por esparcir mi semilla por todas las tierras. —Cileno se mordió el labio. No podía evitarlo, la lengua siempre lo traicionaba. Pero su padre debió tomarse a bien la pulla, pues esbozó una sonrisa.

—¿Puedes cantar para nosotros otra vez? —preguntó el posadero, que ciertamente le estaba mirando—. Nunca vienen aedos por aquí.

Cileno decidió que le sería más fácil olvidarse del humo y el olor a repollo, grasa, sudor, perros pulgosos y madera podrida si hacía algo de provecho. Volvió a abrir el lienzo embreado, desenvolvió la lira y se puso en pie. Sus dedos pulsaron las siete cuerdas de tripa.

—¿Queréis que os siga narrando cómo el poderoso Zeus derrocó a su padre Cronos y se convirtió en señor del Universo?

El viejo le tiró de la túnica.

—Estoy aburrido de oír esa historia —le chistó.

—¡Mi padre está aburrido de oír esa historia! —declaró Cileno, en voz alta—. En ese caso, mejor os cantaré cuál fue el origen de este instrumento que veis en mis manos. Cómo Hermes, hijo recién nacido del todopoderoso Zeus que amontona las nubes, después de robarle los bueyes a su hermano Apolo, encontró una tortuga a la entrada de una cueva y pensó...

Blam, blam, blam...

Los perros levantaron las orejas y sus dueños respingaron en el banco. La puerta volvió a retemblar con el amenazador estrépito del metal. *Blam, blam...* Todos se miraron alarmados y la chica apareció tras la cortina, abrochándose la fíbula del hombro. Grato se apresuró a retirar la tranca de madera para evitar que derribaran la puerta. Seis hombres armados entraron a la posada, arrastrando con ellos el frío de la noche. Todos vestían pieles, tres de ellos de lobo y los otros tres de oso. Bajo las fauces abiertas de las fieras, se habían tiznado los rasgos con gruesos trazos negros. Sus armas

eran variopintas. El más alto de ellos, un hombre-oso de casi cuatro codos¹ de altura, blandía en la mano derecha un hacha doble que no habrían podido levantar entre dos hombres normales. Otros traían lanzas de fresno con conteras y moharras de bronce. El último en entrar, un hombre de unos treinta años con una cicatriz que le cruzaba la boca en diagonal, llevaba una espada de hierro con el arriaz engastado en jade.

Algunos de los clientes se apretujaron en el banco por hacer sitio y apartarse de los recién llegados, mientras otros se levantaban y aprovechaban para marcharse en silencio. El posadero se acercó a los guerreros con la mirada gacha y les ofreció un cáliz de barro decorado con toscas pinturas blancas, sin duda la copa más lujosa de su taberna.

—Bienvenido a mi humilde morada, noble Fineo. Por favor, come y regocija tu corazón con el vino de mi casa...

El tal Fineo, el hombre de la espada, tomó la copa mientras su mirada barría la sala. No era un vulgar guerrero. Mientras sus hombres se cubrían el torso con discos de metal enganchados con correas, él llevaba una coraza completa, decorada con incrustaciones de amatista y colmillos de jabalí. Bebió, revolvió el vino en la boca, lo escupió a un lado y tiró la copa contra una pared. Grato reprimió una mueca. Aquel cáliz de barro debía ser más valioso para él que una copa de electro para un príncipe.

—¿Cómo te atreves a ofrecerme este meado de oveja?

—Lo siento, noble Fineo. Es el vino de mi mejor cántaro.

Fineo lo apartó un lado y se acercó al fuego central para frotarse las manos.

—Es igual. No hemos venido a beber. Nos han dicho que te ha nacido un hijo, posadero.

Grato cruzó una mirada fugaz con su hija.

—Deben hablar de otro, noble Fineo.

—No hay otra posada en esta mierda de aldea.

—Tal vez no se referían a Melatro, señor. Yo soy ya viejo, y mi mujer murió hace dos inviernos. Dada es mi única hija...

Cileno percibió el temblor de la joven, que estaba de pie a su lado. Llevado por un impulso, le puso la mano en la cintura. Ella le tomó los dedos y se los apretó con fuerza. En ese momento, el bebé lloró de nuevo tras la cortina. Dada agachó la barbilla y cerró los ojos. Fineo hizo una señal con la mano. El hombre-oso del hacha cruzó la estancia en tres zancadas y tiró de la cortina con tanta fuerza que arrancó la barra de madera de la pared.

El llanto del bebé se redobló. Dada soltó la mano de Cileno y entró en la alcoba tras el gigante. Unos segundos después, ambos reaparecieron. El hombre-oso sostenía en alto a un bebé pelón, agarrándolo por un extremo del pañal. Los piececillos del crío se agitaban en el aire, mientras Dada estiraba los brazos para cogerlo. Al ver que no lo conseguía, aporreó la espalda del hombre-oso; en vano, pues la capa de piel ahogaba hasta el sonido de los golpes. Los otros dos hombres-oso la agarraron de los brazos y la llevaron en volandas tras la cortina.

De los clientes de la posada, la mayoría se habían apresurado a salir. Sólo quedaban el broncista y tres pastores tan borrachos que apenas eran capaces de levantarse.

—¡Por favor, mi señor Fineo! —suplicó Grato, abrazando las rodillas del guerrero—. ¡Dejadme a mi nieto! ¡No tengo hijos varones!

Fineo le agarró de una oreja y lo apartó de sí, estrellándolo contra los ladrillos que rodeaban el fuego.

—¡La ley dice que hay que entregar a mi padre todos los primogénitos!

—Pero yo ya entregué mi primogénito al rey Licaón hace veinte años... —sollozó Grato.

—Pues ahora entregarás al primogénito de tu hija. Esa zorra ya puede irte engendrando otro nieto. —Fineo levantó la voz, mirando hacia la alcoba. Del otro lado venían carcajadas, y también los

alaridos de Dada—. ¡Pero no ahora! ¡Hemón, Faso, salid de ahí ahora mismo!

Los dos guerreros salieron del tabuco con gesto de mal humor, arreglándose los faldares de tiras de cuero. De la alcoba llegaban sollozos desgarrados, pero el llanto del bebé era aún más agudo. El hombre-oso le tapó la boca con la manaza.

—Suéltalo, que lo ahogas —le dijo Fineo—. Tiene que llegar vivo. ¡Vamos!

Los seis guerreros se marcharon, y el lamento del bebé se perdió en la noche. Al cabo de un rato, el broncista se levantó para cerrar la puerta, pues el viento gélido hacía oscilar las llamas del hogar. Pero el viejo forastero, que no había pronunciado palabra durante el incidente, se levantó por fin del suelo y le hizo un gesto.

—No cierres. Nosotros también nos vamos.

Cuando salían, Cileno volvió la mirada. Tras el vano que daba a la alcoba, a la luz de una lámpara de aceite, se veía a Dada, acurrucada en el suelo y abrazada a los jirones de su túnica sin dejar de sollozar. El posadero, por su parte, se había quedado sentado a la mesa con la cabeza hundida entre los brazos. Ésa fue su última visión de ellos.

Al atardecer, cuando llegaron a la aldea, estaba nevando. Pero ahora el cielo se había despejado un poco y las nubes desfilaban como lobos oscuros por delante de la luna llena.

—La luna se ve muy roja —observó Cileno—. No debería ser así. Ya está muy alta.

—¡Es el rojo de la sangre!

Cileno se volvió. Era el pastor desdentado, que había salido trastabillando de la taberna.

—¿Qué quieres decir?

—Allí arriba ocurren cosas terribles. —El pastor levantó el cayado para señalar, y estuvo a punto de caerse.

Bajo la luna se perfilaba un peñasco de formas afiladas como las de una gran dentadura teñida de sangre, y sobre el peñasco una fortaleza.

—El castillo de Licaón el impío —dijo el pastor—. ¡Allí ocurren cosas que atentan contra las leyes de los dioses!

—¿Qué cosas? —preguntó Cileno, pero el pastor se alejaba ya, a medias apoyado en su cayado y a medias en la cabeza de su perro.

—Pronto lo descubriremos —dijo su padre, levantándose el ala del sombrero para poder ver la fortaleza—. Vamos a pedir la hospitalidad del rey Licaón de Arcadia.

Subieron por un angosto sendero. En los tramos más empinados había escalones tallados en la roca, resbaladizos por la nieve a medio fundir. Bajo ellos, las escasas luces de la aldea se perdieron, engullidas por las sombras de los picos, quebradas y peñascos que dibujaban el paisaje de aquella comarca. Apenas había allí explanadas donde se pudieran sembrar cereales para amasar pan. No era extraño que los arcadios careciesen de los refinamientos que distinguían a los aqueos de Micenas, los cretenses de Cnossos, los egipcios de Menfis o los hititas de Hattusa.

—¿De verdad fue Este el lugar donde dio a luz Rea?

—No —respondió el viejo, que caminaba por delante de Cileno, apoyándose con la mano izquierda en el bastón—. Pero fue aquí, en el monte Liceo, donde se libró la última batalla y donde Cronos resultó por fin derrotado.

Llegaron a un repecho en una peña que sobresalía de la masa del monte. Cileno se arrebujó en la clámide, no por frío, que apenas le afectaba, sino por evitar que se la llevara el aire. El viento seguía silbando y la luna aún se veía roja, pese a que estaba ya muy lejos del horizonte. Al verla, el viejo meneó la cabeza y chasqueó la lengua, contrariado.

—Cenizas en el aire —murmuró.

La fortaleza se alzaba ante ellos. La muralla, levantada con sillares de un codo de altura, serpenteaba siguiendo el relieve de la roca que le servía de sustento. Aunque no era tan imponente como las grandes ciudadelas de Micenas, Tirinto o Tebas, aquel castillo encaramado en las alturas y bañado por una luna roja resultaba siniestro. Sobre el parapeto ardían decenas de antorchas, cuyas llamas bailaban al compás del viento como danzarinas cretenses. Las puertas, dos pesadas jambas de roble abollonado, estaban cerradas. Sobre ellas, apoyados en el enorme dintel de granito, dos lobos rampantes enfrentaban sus fauces.

—¿Quién va? —preguntó un vigía desde las almenas.

—¡Dos viajeros en la noche! —gritó Cileno. Unos lobos aullaron en la lejanía—. ¡No pensarás dejarnos fuera con este tiempo!

Los batientes se abrieron hacia dentro. Ocho soldados les salieron al paso. Tres de ellos portaban en sus escudos el emblema de la cabra, y sus yelmos estaban fabricados con pieles y cuernos de ese animal. El oficial que mandaba la guardia, sin embargo, era lobo, como los otros cuatro guerreros.

—¿Qué pretendéis encontrar el palacio del rey Licaón?

—Lo que cualquier viajero puede pedir en una noche como ésta —contestó Cileno—. La hospitalidad de Zeus Xenio.

—Mi padre no reconoce a Zeus como soberano. Él es hijo de Melibea, hija del titán Océano, y sólo rinde culto a los titanes y no a esa patulea de usurpadores que se dicen olímpicos. No le debe hospitalidad a nadie. Volveos con viento fresco si no queréis que os despeñemos sendero abajo.

Cileno abrió la bolsa y sacó la lira. Sus dedos corrieron por las cuerdas tañendo una melodía seductora.

—Tu rey tal vez no cultive la hospitalidad de Zeus, pero sin duda no desprecia las artes de las Musas —dijo con una sonrisa.

Bajo los colmillos de lobo, el oficial apretó los ojos, como si pensar fuera para él un esfuerzo desusado.

—Está bien —rezongó—. Podéis pasar. ¡Pero no se te ocurra cantar aquí himnos sobre los olímpicos!

Un hombre-cabra que atendía al nombre de Egandro los guió hacia el palacio. Caminaron un trecho por la ciudadela, entre casas de piedra. No tardaron en llegar al palacio, un edificio empotrado en la masa rocosa de la montaña. Allí tuvieron que rendir cuentas a otros cuatro guardias, que les flanquearon el paso ante las explicaciones de Egandro. Por fin, tras cruzar un angosto corredor, entraron en la gran sala del rey Licaón.

La estancia estaba a medias construida y a medias excavada. El primer tramo, cubierto por un artesonado de madera, estaba decorado con toscas pinturas que imitaban el alegre estilo cretense. Más allá, las paredes y el techo habían sido cincelados a partir de la roca viva. En el centro de la estancia había una larga mesa, bien surtida de grandes porciones de carne asada y ya trinchada, quesos de cabra y hogazas de pan. Pocos manjares había allí del reino de Deméter, sino más bien de los dominios de la carnívora Artemis.

Sentados en largos bancos de madera cenaban los comensales del rey Licaón. Muchos de sus hijos debían estar allí, aunque no todos, pues se decía que Licaón había engendrado más de cincuenta. A la derecha del rey se sentaba un hombre vestido con una túnica roja, tan grueso que la papada le asomaba por debajo de la barba. Egandro les explicó que se trataba del invitado de honor, Melandro, un noble de Beocia. Repartidos entre los hijos de Licaón estaban los demás beocios de su séquito.

El propio rey presidía la mesa, en una silla cuyas patas imitaban las garras de un lobo. Era un hombre delgado, de pómulos altos y picudos, y ojos rasgados y algo estrábicos. Cileno le calculó entre cincuenta y sesenta años, bien conservados. Al contrario que los demás, que vestían túnicas de lana o corazas de lino prensado, él se cubría con pieles negras. Sus orejas estaban taladradas por sendos dientes de lobo, y se había tallado su propia dentadura para que todas las piezas parecieran colmillos aguzados.

Egandro llevó a Cileno y al viejo a un rincón algo más oscuro, bajo el techo excavado en la roca, y les indicó que se sentaran en el suelo.

—¿Qué me traes aquí, Egandro? —preguntó Licaón, Con voz rasposa como tierra pisada.

—El joven dice que toca la lira y que canta, señor —contestó el hombre-cabra.

El rey se limpió los dedos en un mendrugo de pan que luego arrojó a los recién llegados. Cileno lo cogió al vuelo, hizo una graciosa reverencia y aprovechó para tirar el pan a su espalda.

—Puedes tañer tu lira, joven de los grandes ojos —dijo Licaón—. Pero no cantes hasta que yo te lo diga. La conversación está animada esta noche.

Una esclava les puso en el suelo un plato de madera con lentejas frías y una jarra de vino agrio mezclado con agua.

—Así que ésta es la afamada hospitalidad de Licaón —sentenció el viejo, que esta vez no se molestó en probar la comida.

Cileno pulsó las cuerdas de la lira mientras contemplaba a los comensales. Allí reinaban aromas más variados que en la taberna: no sólo olía a sudor y a lana mojada, sino también a carne asada, madera aromática y aceite caliente. Y a sangre.

Al otro lado de la mesa se levantaba un biombo de piel de vaca que dejaba traslucir el fuego que ardía detrás. Las esclavas que servían el banquete no hacían más que entrar y salir de detrás del bastidor para cortar pedazos de carne y servirla en las bandejas. Llevaban peplos cortos sin costuras, por lo que cada vez que se movían o se inclinaban para servir enseñaban los pechos o las caderas desnudas. Los más borrachos de los comensales, y en particular los invitados beocios, aprovechaban para acariciarlas al menor descuido, pero el banquete aún no había degenerado en orgía.

La conversación versaba sobre un tema del que los hombres nunca parecían aburrirse: cualquier tiempo pasado fue mejor. El que

estaba hablando era Socleo, uno de los hijos del rey, un joven robusto cuyos rizos brillaban con el color del bronce viejo.

—Cuando reinaba Cronos —dijo en tono declamatorio con su cerrado acento arcadio— hubo una raza de hombres de oro. Vivían como los dioses, sin enfermedades ni trabajos. Se pasaban el día cazando y la noche comiendo, bebiendo y fornicando.

—¡Eso era vida! —saltó alguien.

—No envejecían —prosiguió Socleo—, sino que, cuando les llegaba la hora, se dormían y ya no despertaban. En aquella época nadie profanaba la tierra con el arado. Pero no era necesario, pues Gea aún se sentía benévola y ofrecía a los hombres sus frutos por su propia voluntad.

—Ya conozco esta patraña —masculló el viejo bajo su sombrero. Cileno se volvió hacia él—. Ahora dirá que después, mientras Cronos se dedicaba a devorar a sus hijos para evitar que rivalizaran con él, aparecieron los hombres de plata, que vivían cien años y nunca...

—... maduraban —prosiguió Socleo—. Y tras los hombres de plata, cuando Zeus expulsó al legítimo señor de los cielos y encerró a los titanes en el Tártaro infernal, surgió la tercera raza de mortales, la que vive ahora. Los hombres de bronce, guerreros de corazón implacable. Cuando mueren, sus almas viajan a la lóbrega mansión de Hades, donde arrastran una existencia miserable. Pero no es mucho mejor la vida que llevan antes de morir. Pues Gea, que está irritada desde que el advenedizo Zeus se convirtió en soberano, ya no entrega su sustento con tanta generosidad, y ahora tienen que doblar el lomo para arrancárselo.

El viejo gruñó entre dientes. Cileno le apretó el hombro para apaciguarlo.

—¡Pero se avecinan tiempos aún peores! —Socleo hizo una pausa dramática y prosiguió—: A los hombres de bronce los sustituirá una raza aún más infame. ¡Los hombres de hierro! La mentira, la codicia, la impiedad y la lujuria reinarán en el mundo. El

hijo pegará al padre, la mujer desobedecerá al marido, el hermano será infiel con la esposa de su hermano, los más...

—¡Oh, noble Socleo, perdona mi descortesía si te interrumpo! —intervino Melandro, el invitado beocio—. Tu discurso es tan tétrico como los cuentos con los que se amenaza a los niños para que no escapen de la cuna.

Socleo apoyó las manos sobre la mesa y miró a su interlocutor con el ceño fruncido.

—¿Insinúas que lo mío son cuentos de viejas?

—Sin duda no eres una vieja, mi bello Socleo —repuso Melandro, entornando sus gruesos párpados—. Sólo digo que tus temores por el futuro son exagerados.

—¿Exagerados? ¡Mira a tu alrededor! El último invierno fue terrible. Si después hubo primavera o verano, házmelo saber, porque ni yo ni los pastores de mi predio llegamos a enterarnos. Y el invierno que se avecina promete ser aún peor. ¡Gea está irritada con nosotros y acabaremos pagando por ello! Si tú no te enteras, odre de vino, es porque la bebida ha puesto una nube en tus ojos.

—¡Socleo!

La voz del rey reverberó en todos los rincones de la sala. Los comensales se callaron; las esclavas se pusieron firmes, temerosas de que cualquier movimiento pudiera contrariar al soberano; y el propio Socleo se enderezó y apartó las manos de la mesa.

—Padre...

—No ofendas a nuestro invitado —dijo Licaón—. ¡No quiero que el noble Melandro vuelva a Tebas quejándose de la hospitalidad del rey Licaón!

Melandro sonrió beatífico, mientras su mano chorreante de grasa acariciaba el muslo de una esclava que soportaba impávida el manoseo.

—Sólo puedo tener loores para tu hospitalidad, ¡oh, magnífico Licaón! Tu joven e impetuoso hijo no me ha ofendido. Sin embargo, no puedo estar conforme con lo que dice.

—¿No? —preguntó Licaón, acariciándose con la lengua los puntiagudos dientes—. ¿Tú no crees que se avecinan tiempos oscuros?

—Si me permites decirlo, todo lo contrario, ¡oh, rey! Ni creo que el pasado fuera tan brillante como nos lo ha pintado la elocuencia de tu hijo, ni que el futuro se presente tan tenebroso. Tal vez la madre Gea se haya vuelto más cicatera con sus frutos, pero a cambio los hombres hemos aprendido artimañas. Hace tiempo que, en vez de conformarnos con lo que cae de los árboles, rasgamos el suelo con la reja del arado para extraer nuestro sustento y taladramos la tierra con nuestras galerías para arrancarle a Gea el cobre, el estaño, el oro y la plata. ¡Y también el hierro al que tanto parece temer tu hijo! Mira esta arma.

Melandro se puso en pie y, con gesto orgulloso, desenvainó su espada. Licaón frunció el ceño al verla.

—¿Quieres decir que esa arma ha sido fabricada con hierro extraído de la tierra?

—Así es, ¡oh, rey! Esta espada salió de un lingote del mejor metal de Tracia, país favorito de Ares, el dios de la guerra.

Licaón le hizo un gesto a otro de sus hijos, sentado casi en el otro extremo de la mesa. Cileo lo reconoció. Fineo, aunque se había quitado la piel de lobo con la que irrumpiera en la taberna, seguía llevando sobre la túnica la coraza de bronce. El hombre-lobo se puso en pie, caminó hasta su padre y le tendió su propia espada. Licaón la sacó de la vaina de cuero y la mostró en alto.

—Esta espada está forjada en hierro, sí. Pero en el único que es lícito fundir. Hierro de un meteorito. El metal sagrado que el gran Urano, dios del cielo estrellado, se digna regalarnos de cuando en cuando. —Licaón se volvió hacia Melandro y separó los labios, descubriendo sus dientes de depredador—. Has cometido una impiedad al atreverte a traer a mi morada hierro arrancado a nuestra madre Gea contra su voluntad. El hierro es el corazón de la Tierra,

la sangre de sus venas. ¡Extraerlo es un sacrilegio y fundirlo una abominación!

Melandro palideció.

—Lo lamento, ¡oh, rey! No pretendía ofenderte. Te ruego que disculpes mi ignorancia de tus reglas...

—¡No son mis reglas, sino las de Gea! —Licaón se puso en pie—. ¡Son las reglas tradicionales, de cuando se respetaba a los dioses! ¡Cuando se les ofrecía lo que de verdad les complace!

Licaón derribó el biombo. Allí, ensartados en espetones, se asaban sobre las brasas dos corderos y dos cochinillos. Pero junto a ellos se veían los cuerpecillos de tres bebés. De dos de ellos apenas quedaban más que los huesos. Al tercero sólo le habían quitado la piel y parte de un muslo, y gotas de grasa chorreaban de su cuerpo. Cileno intuyó que aquél era el infortunado hijo de Dada.

—Así es como se honra a los dioses —dijo Licaón—. Ofreciéndoles lo que nos es más querido. ¡La sangre y la carne de nuestros primogénitos!

Melandro contempló la bandeja que tenía ante él y comprendió con horror de dónde habían salidos las tajadas que le habían servido como un honor especial. Retrocedió, y al hacerlo tropezó con el banco y cayó con las piernas en alto. Por toda la mesa sonaron carcajadas, salvo en los miembros del cortejo de Melandro, que entre vómitos y gemidos trataban de apartarse de aquel impío festín. Licaón, todavía con la espada de su hijo Fineo en la mano, se acercó a Melandro, lo agarró por el cabello y lo levantó con una fuerza insospechada en alguien tan enjuto.

—¡Tu carne servirá para agasajar a mi siguiente invitado, barril de sebo! —exclamó—. ¿No te gusta tanto el hierro? ¡Tómalo!

Licaón golpeó a Melandro en el cuello. El tajo no fue lo bastante fuerte y la espada se quedó enganchada en el hueso. Un borbotón de sangre saltó sobre la mesa. De nuevo sonaron carcajadas y también gritos de horror. Un joven beocio se abalanzó hacia Melandro, echando mano a su espada mientras gritaba «¡Padre!».

Pero los hijos de Licaón lo derribaron y empezaron a clavarle sus armas.

—¡Llevaos al gordo! —ordenó Licaón—. La mitad a las brasas y la otra mitad al caldero. ¡Si es que cabe!

Los demás miembros del cortejo beocio habían echado mano de sus armas para defenderse, pero la mayoría estaban tan borrachos que se desplomaron a la primera finta. Mientras, las esclavas huían de la sala con grititos de ninfas. Cilenio oyó un bufido y se volvió hacia su padre, que había decidido incorporarse.

—Es más que suficiente —dijo.

El viejo se acercó a la mesa, donde algunos se dedicaban a acuchillar a los beocios y otros andaban destazando con hachas el cadáver de Melandro. Mientras caminaba, se fue enderezando, y fue como si creciera dos cabezas de golpe. Se quitó el sombrero y dejó caer la capa de viaje a los pies. Debajo vestía una túnica azul ceñida a la cintura, que marcaba unos hombros tan anchos como los de una pintura de Cnossos. Los ojos le brillaban de cólera cuando levantó el brazo derecho.

Todos en la sala, beocios, esclavas y arcadios, se quedaron callados al ver cómo el viejo mendigo se había convertido en un coloso de cuatro codos de altura cuyos abultados músculos temblaban de ira. A partir del codo derecho, sus venas y tendones eran plateados, como alambres que corrían cruzándose hasta la punta de los dedos. Ahora empezaron a brillar como metal incandescente, y entre los dedos vueltos hacia el techo saltaron chispas blancas y azuladas.

—¡Insensatos! —rugió con una voz que hizo retemblar las paredes de la sala—. ¡Os habéis atrevido a burlaros de la hospitalidad, la más sagrada de mis normas, sirviendo un impío banquete de carne humana! ¡Sois bestias salvajes, y como bestias os voy a exterminar!

Las chispas de su mano se habían fundido en una única bola de luz. El viejo que había dejado de ser un viejo abrió los dedos y de

ellos partió un rayo que alcanzó a Socleo en el pecho. Las centellas bailaron por su coraza, y mientras el joven se sacudía como un coribante poseso, siguieron su camino, saltaron a las copas de metal y de ahí a las manos de todos los que andaban cerca de la mesa.

—¡Probad el rayo de aquel a quien osáis llamar el Usurpador!

El picante aroma de la tormenta era tan intenso que anulaba todos los demás olores. El hombre o dios siguió caminando despacio hacia Licaón, mientras su mano derecha se mantenía en alto y enviaba zarcillos eléctricos que derribaban a izquierda y derecha a todos los que intentaban huir. Sus rayos sólo respetaban al rey, quien le aguardaba con veneno en los ojos, las piernas flexionadas y la espada lista para golpear.

Cileno aún no se había movido, contentándose con presenciar la ira de su padre. Una voz lo sacó de su inacción:

—¿Quién demonios eres?

Cileno se volvió a su izquierda. Egandro, el hombre-cabra, le dirigía la punta broncea de su lanza, dudando si atacarle o no. Cileno dejó caer la clámide y sacó el caduceo de su cinturón. Los ojos de la serpiente tallada relucieron, rojos como ascuas, la boca siseó y de ella brotó un chorro de líquido que alcanzó a Egandro en la cara. El hombre-cabra retrocedió y tropezó con una tinaja.

—¡Mis ojos! —aulló, retorciéndose en el suelo.

—¿Que quién soy yo, preguntas? —dijo el joven, con una sonrisa burlona—. Tan sólo otro de los usurpadores.

Sus ojos barrieron el lugar. Mientras su padre se encargaba de Licaón, en el otro extremo de la sala Fineo trataba de huir empujando a unas esclavas que se apelotonaban en la puerta. Aunque estaba a casi treinta pasos, Cileno recorrió esa distancia tan veloz como un reflejo de luz y se materializó frente a Fineo. El hombre-lobo frunció las cejas un segundo, pero en seguida reaccionó y trató de clavarle una daga. El joven desvió su golpe con un simple gesto de la muñeca y lo derribó zancadilleándole el tobillo

derecho. Cuando Fineo cayó de espaldas, Cileno le clavó en el pecho el regatón de la vara, atravesando la coraza de bronce como si fuera una túnica de lana.

—Yo mismo recogeré tu espíritu y lo llevaré al infierno, hombre-lobo —le dijo—. Pues has tenido el honor de morir a manos de Hermes, hijo de Zeus y Maya, el escolta de las almas.

El joven removió una sola vez el caduceo, y Fineo dejó de agitarse.

Una vez despojado de su molesto disfraz, Hermes, por otro nombre Cileno, se permitió el placer de actuar. Sus pies alados lo llevaron por la sala, hiriendo aquí y allá a aquellos hijos de Licaón que, alcanzados tan sólo de refilón por las chispas, se tambaleaban hacia la salida. Tan rápido se desplazaba que para sus enemigos no era sino un borrón rojizo que de pronto se materializaba en la forma de un joven sonriente, justo antes de golpear.

El padre de Hermes ya estaba a dos pasos de Licaón. El rey-lobo le tiró un tajo al costado. El dios se limitó a interponer el antebrazo derecho y la hoja de hierro sidéreo se quebró contra él con un tañido metálico. Después empujó a Licaón, lo derribó de espaldas y le pisó el pecho. Licaón le agarró el pie con ambas manos e intentó levantarlo. Pero, aunque era un hombre muy fuerte, no consiguió moverlo ni un ápice. Pues la carne y los huesos del ser que le estaba aplastando eran tan densos que pesaban tres veces lo que correspondería a un hombre de su estatura.

—Eres un renegado, Licaón —susurró el dios, mientras las costillas del rey empezaban a crujir bajo su pie descalzo—. Te haces llamar descendiente de los titanes, pero olvidas que tu padre Pelasgo era mi hijo. ¡Tú, sabandija, eres el nieto de Zeus!

—¡Reniego de ti y de tu sangre, maldito!

El dios apretó más. El crujido se convirtió en un seco restallido de huesos tronchándose y manó sangre de la boca y las narices de Licaón.

—Tu muerte servirá de escarmiento a quienes creen que pueden violar las leyes de Zeus el Olímpico. ¿Unas últimas palabras, hombre-lobo?

—Sí —jadeó Licaón, con los pulmones encharcados de sangre—. Yo te maldigo, hijo de Cronos. Predigo el fin de tu tiranía. ¡Antes de que se cumpla una luna tu reinado sólo será un recuerdo, advenedizo!

Zeus apretó los dientes, furioso, y perdió el control de sus fuerzas. Su pie terminó de aplastar las costillas de Licaón con un espantoso crujido. Después levantó la mano en el aire y la hizo girar. Las chispas formaron un torbellino entre sus dedos, que aceleró su giro y creció hasta que, tal vez cincuenta latidos después, una bola cegadora partió silbando de sus dedos y abrió en el artesonado del techo un gran agujero por el que se coló el aullido del viento de la noche.

—Y yo te predigo esto, hijo de Pelasgo —dijo, volviendo la mirada al cadáver cuya sangre le empapaba el pie—. Nadie recordará que aquí existió esta guarida de lobos, porque yo mismo, Zeus el señor de los cielos, voy a asegurarme de que no quede aquí piedra sobre piedra.

Durante toda la noche él y su hijo Hermes se dedicaron a arrasar el castillo. Pero cuando invocó a su carro de corceles alados para regresar al Olimpo, Zeus recordó las palabras de Licaón y frunció el ceño. La bravata no le habría preocupado de no ser por el plazo tan preciso que le había puesto. Antes de que se cumpla una luna.

La alcoba de la Diosa

Cuando Ganímedes, copero de los dioses, despertó, un rayo de luz entraba por la ventana, pese a que no estaba abierta; pues la cubría un cristal de transparencia perfecta, un lujo que nadie poseía en los reinos de los hombres. El joven se levantó desnudo, con cuidado de no despertar a la diosa que dormía a su lado. Pegó la nariz a la ventana y contempló el exterior. La alcoba se asomaba a un acantilado tan escarpado que desde dentro parecía estar suspendida en el vacío. Más abajo se veía el mar de nubes que separaba la cima del Olimpo de su base. A lo lejos, donde terminaban las nubes, se divisaba la amplia llanura de Tesalia, y a la izquierda el mar Egeo. El día debía haber amanecido frío, pues el aire era tan diáfano que incluso se vislumbraba el cabo Artemisión, el extremo norte de la isla de Eubea, a más de seiscientos estadios². Pero no tan diáfano que la vista pudiera alcanzar Troya, la ciudad donde había nacido. Ganímedes, medio drogado por la ambrosia y la cercanía de los dioses, había perdido la cuenta de los años que llevaba en el Olimpo. ¿Veinte, treinta, cuarenta? ¿Tal vez más?

Aún conservaba fresco el recuerdo del día en que había salido a cazar con su hermano Ilo y sus sirvientes. Cruzaron la llanura del Escamandro en carros de guerra y al segundo día los dejaron junto a las faldas del monte Ida para seguir a pie. Fue allí donde apareció su destino, en la forma de un ciervo casi albino con una cornamenta de más de dos codos. Ganímedes arrancó a correr tras él montaña

arriba. Sus piernas incansables lo alejaron de Ilo y de los criados. Vadeó a la carrera las aguas del río Cebreno y siguió trepando, ajeno a los gritos que dejaba a su espalda. Tenía quince años, era ágil como un gato y resistente como un perdiguero.

Al llegar a un claro entre la fronda, el ciervo se le quedó mirando, y de pronto le sonrió con un gesto imposible y huyó entre los abetos. En el último recuerdo que Ganímedes guardaba del animal, sus ancas pardas se convertían en unas piernas morenas de mujer, apenas tapadas por un breve quitón. Con el tiempo, Ganímedes sospechó que era Enone, la ninfa del lugar; o incluso, aunque nunca se había atrevido a preguntárselo a ella, una de las grandes diosas, la propia Artemis.

Un instante después de que el ciervo se escabullera, la luz del sol se oscureció. Ganímedes oyó un fuerte batir de alas, y al levantar la mirada vio la sombra de un águila gigantesca que se cernía sobre él. Antes de que pudiera arrojarle la lanza, el ave lo aferró por los hombros y lo levantó en vilo. Ganímedes, aunque había escuchado relatos de águilas que raptaban a bebés de sus cunas, nunca había imaginado que existiera un ave capaz de cargar a un hombre casi adulto. Pero así fue, pues Macropis, el ave de Zeus, desplegaba casi veinte codos de envergadura.

Ganímedes aún recordaba el terror de aquel viaje. Con los hombros taladrados por las uñas de la rapaz, helado por el viento de las alturas y afónico de tanto gritar, vio desfilas bajo sus pies Troya, que desde las alturas se le antojó pequeña como una aldea de hormigas. Después sobrevoló el mar y las anfractuosas costas de la isla de Lemnos; dejó a su derecha el promontorio del monte Atos, siempre envuelto en negras tormentas, y desde allí, a casi setecientos estadios de distancia, tuvo su primera visión de una montaña que sobresalía sobre una corona de nubes y trepaba hacia el cielo hasta una altura imposible.

El monte Olimpo. El lugar que había sido su hogar desde entonces.

Al recordar aquello, Ganimedes se tocó los hombros, aunque ya ni siquiera le quedaban cicatrices. No había tenido más visión del exterior del Olimpo que aquella tan lejana, pues se desmayó de frío y dolor mucho antes de llegar. Cuando despertó, le estaba curando las heridas un hombre alto, de cabellos dorados y mirada melancólica, tan bello y resplandeciente que el propio Ganimedes, conocido por ser el muchacho más guapo de toda Frigia, se sintió sucio y feo a su lado. No tardó en saber que aquél era Apolo, y que el bálsamo con que le estaba untando los hombros tenía como principal ingrediente la ambrosía.

Ambrosía. La droga de los dioses. La misma que lo mantenía casi tan joven como aquel día y que había acrecentado su belleza natural hasta que él mismo casi parecía un dios. Por dos veces casi. Pues ahora Ganimedes podría pasar por un hombre de veinte años, mas no por un efebo de quince; y aunque los visitantes del Olimpo alababan su apostura, todo aquel que lo veía por primera vez se daba cuenta de que él no era un inmortal.

Ganimedes se volvió hacia el lecho. Jamás había visto uno tan lujoso en el palacio de su padre Tros, pese a que la diosa que dormía en él era la más austera del Olimpo. El enorme colchón, relleno de plumas de faisán, se sustentaba sobre una sólida armazón de bronce. Ganimedes se acercó de puntillas y tiró de la sábana, que era de seda, un tejido resbaladizo y mucho más suave que el lino con el que se tejían las túnicas de los nobles troyanos. Después se sentó a los pies de la cama y contempló a la diosa.

El único vello que se apreciaba en su cuerpo era una pelusilla rubia corta y suave que sólo se adivinaba bajo el roce oblicuo de los rayos del sol. Incluso en el pubis no se veía más que una fina línea, en lugar del tupido triángulo que lucían las mujeres mortales. (Él lo sabía bien, pues de niño había visto a menudo a su hermana Cleopatra bañándose con otras mujeres de palacio). Y la piel... La piel era como alabastro, con una especie de luz interior, pero más caliente al tacto. Asclepio, el médico de los dioses, un semimortal

como él, le había explicado que esa opalescencia se debía a que el icor, la sangre de los dioses, no era roja, sino entre blanca y rosada, como el mármol del Ática.

Cuando admiraba la belleza de los inmortales y la perfecta proporción de sus miembros, Ganímedes solía preguntarse por qué Zeus había querido tenerlo a su lado. A él mismo se le ocurría una respuesta, no demasiado halagüeña: los dioses se encariñaban de los mortales como éstos hacían a su vez con los perros, los gatos y los monitos de Libia. Zeus lo había utilizado como juguete sexual una sola vez, cuando Apolo le curó las heridas. Después debió aburrirse de aquella única aventura con un efebo y no volvió a llamarle a su alcoba.

Por suerte para Ganímedes. El sexo con las divinidades siempre mezclaba el goce con el dolor. Una de las razones era que los inmortales, aunque se movían ligeros como felinos, pesaban mucho más que los humanos corrientes. A veces, aunque la ambrosía fortalecía su cuerpo, Ganímedes se había sentido morir bajo el peso de Afrodita; sobre todo cuando la diosa del amor, que era quien más recurría a los servicios del copero celeste, se ponía ardiente. En el caso de su única experiencia con Zeus, aunque el rey de los dioses procuró ser suave y atento con Ganímedes, hubo más de dolor que de placer, e incluso el segundo había sido tan extremo que se había confundido con el primero.

La diosa que ahora dormía había resultado ser una amante más delicada que Afrodita, Iris o Hebe, aunque las superaba por mucho en fuerza física. Tal vez por eso, la noche anterior, después de terminar el primer asalto amoroso, Ganímedes se había atrevido a preguntarle:

—¿Por qué has querido estar conmigo?

Recostada, ella le había mirado a la luz de la luna llena.

—No lo sé. A veces prefiero no estar con los demás dioses. Vosotros, los humanos, tenéis un don.

—¿Un don? ¿Qué podemos poseer los humanos que os falte a vosotros?

Ella se acercó aún más, hasta que sus pechos se aplastaron contra el brazo de Ganimedes, y le susurró al oído:

—La muerte...

—¿La muerte es un don?

—Hay que elegir entre la muerte o la locura —dijo ella, pero luego volvió a acariciarlo y no llegó a explicarle el significado de aquel enigma.

Ahora la diosa despertó y abrió los ojos. Sus ojos eran lo que más llamaba la atención de su rostro. Grandes y grises, de un gris acerado y profundo como el mar bajo un cielo lluvioso. Bajo ellos, la nariz corría fina y larga hasta los labios carnosos, que ella tendía a apretar como si quisiera despojarlos de sensualidad. Tenía una media melena negra, con reflejos cobrizos, y las manos más hermosas que Ganimedes hubiera visto, exceptuando las de Apolo.

—¿Por qué estoy desnuda? —preguntó. Su voz sonaba limpia, no tenía lagañas en los ojos, y Ganimedes sabía que si se acercaba a ella, su aliento olería a ambrosía, pues los dioses pasaban del sueño a la vigilia sin las pequeñas miserias mortales.

—Te has destapado sola —dijo Ganimedes, ruborizándose.

La diosa sonrió. Había algo en su rostro, que tal vez fuera el color o el brillo de sus ojos: una inefable melancolía que teñía de tristeza incluso la más dulce de sus sonrisas.

—No mientas. Me estabas mirando...

La diosa se incorporó, rebuscó unas horquillas de marfil en una arqueta y se recogió el pelo. Al levantar los brazos, sus pechos se alzaron. No eran grandes, pero sí redondos y con los pezones altos y vivos. Ganimedes no podía apartar la vista de ellos. A su manera, esta diosa le parecía más bella que Afrodita. Su cuerpo reaccionó de nuevo, a pesar de que estaba dolorido.

—Vaya, vaya —dijo ella—. Parece que vuelves a estar pertrechado para el combate. Una lástima. No tengo tiempo.

—¿Por qué?

Ganímedes se arrepintió al instante. A los dioses no había que hacerles preguntas directas. Pero esta inmortal era más amable de lo habitual en su raza.

—Debo presentarme a la asamblea de los dioses. A mi altitonante padre no le gusta que nadie llegue después que él.

La diosa se deslizó del lecho y empezó a vestirse. Cuando dormía con Afrodita, Ganímedes tenía que untarla por las mañanas con aceite asperjado con ambrosía. Pero su nueva amante no disponía de tiempo, y en cualquier caso no le hubiera hecho demasiada falta. Los dioses no sudaban y la roña apenas se adhería a sus pieles. Salvo en el caso de Hefesto.

—Hoy los dioses recibimos a uno de los nuestros de regreso a la familia olímpica —explicó la diosa, que parecía haberse levantado más locuaz de lo habitual en ella—. La vuelta de Ares es un fasto motivo de alegría para todos.

Aún desnuda, la diosa se ató las sandalias arqueando el trasero en una pose que habría parecido procaz en una mortal, pero que en ella resultaba elegante. Por el tono de su voz, era palmario que el regreso del dios de la guerra no la llenaba de alborozo.

—Para colmo —añadió, enderezándose—, por primera vez desde que tengo memoria, un embajador de los gigantes va a pisar el palacio de los dioses. No sé qué perspectiva me entusiasma más.

—¿Un gigante, señora? —preguntó Ganímedes—. ¿Va a venir un gigante en persona?

—Sí.

—¿Son tan grandes como dicen?

—Este, al menos, es cuatro veces más alto que yo.

—Deben de ser impresionantes, señora.

—Sobre todo por su fealdad. Son como montañas de roca ambulantes, y tienen un cerebro que hace que, por comparación, mi hermanastro Ares parezca casi inteligente.

—Me gustaría ver a ese gigante —dijo Ganimedes, y al momento se arrepintió de haber expresado su deseo en voz alta.

—No, no te gustaría —repuso la diosa, inclinándose para abrir un arcón—. Los gigantes odian a los humanos. Por eso mi padre los mantiene confinados en las tierras del Norte, lejos de vuestras ciudades. Ante esas bestias pedregosas, ni siquiera unos muros como los de Troya te servirían de protección.

Al oír el nombre de su ciudad, Ganimedes apartó la mirada de la diosa que aún seguía desnuda y se asomó por la ventana. Un suspiro se escapó de su pecho.

—¿Qué piensas? —preguntó la diosa. De las deidades que conocía Ganimedes, era tal vez la única capaz de reparar en otros seres que no fueran ella misma.

—¿Qué habrá sido de mis padres? ¿Seguirán vivos?

—¿Los echas de menos?

—Me gustaría volver a mi ciudad. Verlos antes de que mueran.

—Ganimedes seguía mirando por la ventana. No se habría atrevido a expresar sus deseos mirando de frente a la diosa—. Casarme, tener hijos.

—¿No eres feliz en el Olimpo? Muchos mortales matarían a sus propios padres por disfrutar de ese privilegio.

Ganimedes miró a la diosa. Sus grandes ojos brillaban húmedos. Ella le acarició la barbilla y sonrió.

—Tienes razón —le dijo—. Es innatural que los mortales viváis con nosotros. No, no es *themis*. Somos para vosotros como la llama para la polilla...

La diosa pareció dudar ante el arcón. Primero sacó un peplo blanco y lo extendió sobre la cama. Luego se lo pensó mejor, volvió a doblarlo y lo guardó. Ganimedes observaba fascinado. Las otras diosas que se habían acostado con él habrían dejado sus prendas fuera para que las sirvientas las recogieran. Pero ésta era muy meticulosa, y tan trabajadora que en la estancia contigua tenía un

gran telar en el que tejía su propia ropa, y también confeccionaba prendas y tapices para regalar a otras deidades.

Por fin, la diosa se decidió por un quitón largo de color tostado que le cubría los brazos hasta los codos y se cerraba en los hombros con broches de oro. Se lo ciñó con un cinturón de cuero y ahuecó los pliegues hasta que quedó con el drapeado y la altura deseados. Sobre el se vistió un manto verde con grecas bordadas, y sobre el manto un peto confeccionado con piel de cabra y tupidas escamas de dragón.

La Égida. El propio Zeus había confeccionado aquella coraza con la piel de Amaltea, la cabra que lo amamantó durante su infancia en Creta, y las escamas de Campe, el dragón que custodiaba las puertas del Tártaro y al que tuvo que matar para liberar a los cíclopes. Armado con esa coraza impenetrable, que desviaba tanto el más duro acero como la llama de los dragones, Zeus se había enfrentado a su padre Cronos y lo había derrotado en las montañas de Arcadia. Muchos años después, Zeus le regaló la Égida a su hija predilecta. Con ella y su lanza *Némesis* era invencible.

Atenea, la diosa de los ojos glaucos. La más poderosa guerrera de entre los Terceros Nacidos, con el permiso del violento Ares.

La diosa virgen.

—¿Puedes traerme la lanza? —le pidió a Ganímedes.

El joven cruzó bajo el arco que conducía a la estancia contigua. *Némesis* estaba en el suelo, junto al telar. De cuatro codos de longitud, no había en ella ni una astilla de madera, sino que estaba forjada toda entera en un extraño metal desconocido para los mortales. Ganímedes se agachó para recogerla. Al tacto se notaba muy fría, o tal vez muy caliente, y pesaba tanto que no pudo despegarla del suelo ni siquiera para introducir los dedos por debajo del astil.

—Déjalo —dijo la diosa, acercándose—. Era una broma.

Atenea extendió el brazo, exclamó ¡*lthi emé!* y la lanza acudió a su mano por sí sola.

—Mi bisabuela Gea le regaló esta lanza a mi madre Metis, y yo la recibí de ella —explicó Atenea—. Está fabricada en adamantio, una mezcla de metales líquidos de su propio corazón, el mismo material que mutiló al todopoderoso Urano al principio de los tiempos. Una poderosa magia lo contiene en esta forma para que no se derrame.

Al examinarlo de cerca, el metal de la lanza parecía ondular y fluir como azogue guardado en un largo tubo de cristal. No había ningún blindaje que su punta no pudiera penetrar; y, por voluntad de la propia Gea, sólo su dueña podía levantarla del suelo.

—Ni siquiera mi padre Zeus puede empuñar a *Némesis*.

Por último, Atenea se puso el yelmo, una pieza de bronce adornada con ataujías de cobre rojo y un penacho de plumas grises, pero lo dejó con la visera vuelta hacia atrás, de modo que su rostro quedaba al descubierto. Al verla ataviada de guerrera, el joven retrocedió unos pasos.

—¿Qué te ocurre? ¿Te doy miedo?

—Vuelves a ser la diosa virgen... —dijo él.

—Y así debe ser. —El gesto de la diosa se ensombreció—. Fui consagrada poco después de nacer. En mi nombre, mi madre Metis le juró a Zeus que yo jamás conocería varón, ni dios ni mortal, que no concebiría hijos y que mi vida entera estaría dedicada a servirle. Cuando recibí esta lanza de Gea y la Égida de manos del propio Zeus, yo misma renové mi juramento de virginidad bebiendo un trago de las aguas de la Estigia.

Los humanos juraban cumplir su palabra poniendo por testigos a los dioses, pero ¿ante quién podrían jurar los propios inmortales? Estigia, una divinidad que tenía a su cargo las aguas infernales, había apoyado a Zeus en su larga lucha contra los titanes.

Una vez conseguido el poder, el dios del rayo la recompensó por su ayuda convirtiéndola en testigo de la palabra de los dioses. Si un

inmortal juraba por Estigia y luego rompía su voto, las consecuencias resultaban funestas. En primer lugar debía permanecer durante un año confinado en un ataúd, sin comer ni beber, ni tan siquiera aire para respirar. Después aún debía cumplir nueve años de destierro, lejos del Olimpo, sin gozar de la compañía de los demás dioses y, lo que era mucho peor, sin catar la ambrosía.

Incluso Ganimedes conocía el juramento de Estigia. Ocho años antes se habló mucho de él en todo el Olimpo, pues el propio Ares había sufrido el castigo por violarlo. Además, entre un asalto amoroso y el siguiente, Afrodita, la principal implicada en el asunto, le había explicado al joven copero los detalles con su habitual indiscreción.

Ella estaba casada con Hefesto, un matrimonio que no la satisfacía; y, en cualquier caso, la monogamia era impensable para la diosa del sexo. Durante una buena temporada, el más asiduo de sus amantes había sido Ares. El hecho de que fuera hermano de Hefesto se habría antojado un agravante, pero para Afrodita sólo acentuaba lo morboso de la situación. Al principio se citaban a hurtadillas en rincones apartados, pero al final cometieron la imprudencia de fornicar en el propio tálamo nupcial mientras el dios herrero acudía a trabajar a su forja. Alguien acudió con la historia a Hefesto, quien, sin decir palabra a su esposa, tejó una red de hilos invisibles y la escondió entre las sábanas. Después, a media mañana, mientras aporreaba el metal en su fragua, calculó que era la hora adecuada y chasqueó los dedos. En ese momento, la red mágica se cerró por sí sola sobre los amantes, que cuanto más se debatían contra ella más atrapados quedaban entre sus mallas. Hefesto no tardó en aparecer en la alcoba, escoltado por un buen puñado de dioses varones a los que quiso llevar como testigos, con la indeseada consecuencia de que se rieron más de él que de la pareja desnuda que pugnaba en vano por escapar del lecho.

Hefesto sólo accedió a liberar a los adúlteros cuando Ares le juró por Estigia que jamás volvería a acostarse con Afrodita y que le

compensaría entregándole dos castillos en la región de Tracia. Pero una vez libre volvió a las andadas. Las fortalezas las redujo a escombros antes de dárselas a su hermano, no tardó en encamarse de nuevo con Afrodita, y para colmo alardeó de ello ante todo aquel dispuesto a escucharle.

—Has jurado por Estigia —le había recordado Hermes.

—¡Que venga a reclamarme Estigia en persona! —dijo Ares, que aquel día había bebido cubos de hidromiel—. Cuando le clave lo que llevo entre las piernas seguro que no presenta queja ninguna.

El irreverente comentario llegó a oídos de Zeus, que esa misma noche hizo llamar a Ares. Los gritos de ambos se escucharon en todo el Olimpo, y la cólera del dios del trueno estremeció los cimientos de la mansión inmortal. Después, fue el propio Hefesto quien se regodeó en sellar el sarcófago hermético donde Ares fue encerrado durante un año entero y extrajo después hasta la última brizna de aire con uno de sus fuelles.

Ni Ganímedes ni nadie, salvo Afrodita, habían añorado a aquel dios violento y lenguaraz cuya estatura empequeñecía a todos los demás. Pero ahora, ocho años después y dos antes de que se cumpliera el plazo del castigo, Zeus había perdonado a su hijo y lo había convocado de regreso. Ganímedes, como los demás sirvientes humanos del Olimpo, ignoraba el motivo.

Y también Atenea, que se lo había preguntado a su padre dos noches antes. Zeus había fruncido el ceño. ¿Desde cuándo tenía que rendirle a nadie cuentas de sus actos?

—Se trata de rendírtelas a ti mismo —le dijo Atenea—. Tú eres quien dicta las leyes, y quien más obligado está a cumplirlas.

Zeus solía ser muy paciente con ella y le razonaba todas sus decisiones. Pero esta vez la despachó con un gesto displicente.

—Vuelve a tu alcoba, hija. Tú no puedes entender los compromisos a los que hay que llegar cuando se gobierna.

—Lo que has hecho envalentonará a Ares. Cuando regrese, volverá a las andadas pensando que puede salir impune.

—¿Impune? ¿Te parece que estar un año encerrado en un ataúd sin aire y siete años sin pisar el Olimpo es quedar impune? —Los dedos metálicos de la diestra de Zeus hicieron rechinar el trono de piedra—. ¿Insinúas que no tengo autoridad?

Atenea sabía quién andaba detrás del regreso prematuro de Ares. Su madre, Hera, hermana y esposa legítima de Zeus. No era ningún secreto que ambos llevaban dos años durmiendo en alcobas separadas, porque ella se había cuidado de pregonarlo a todo aquel que quisiera oírlo. Y al parecer el rey de los dioses no estaba dispuesto a aguantar dos años más privado de la compañía de su regia esposa. Pero Atenea prefirió no mencionar a Hera.

—Si tú mismo soslayas los principios sagrados sobre los que reinas, todo se tambalea —dijo.

—No sigas por ahí. Ni siquiera tú...

—¡Eres el señor del orden! Tú eres el padre de Dique, la Justicia. Se supone que ella no está nunca en el Olimpo porque la has enviado al mundo para verificar que los humanos la respetan. No me gustaría pensar que es porque no quieres que juzgue tus errores.

—¿Quién eres tú para decidir qué puedo hacer o no hacer? —exclamó Zeus, poniéndose en pie. Su estatura intimidaba incluso a Atenea, que retrocedió dos pasos—. ¿Pones en duda mi juicio y mi omnipotencia?

Atenea agachó la cabeza. Había llegado demasiado lejos. Amaba a su padre y compartía su visión de un cosmos ordenado. Sabía que, antes de que Zeus conquistara el poder, el mundo era un lugar inestable y volcánico, en el que tan pronto reinaban el fuego y las cenizas como el hielo y la escarcha, dominado por criaturas monstruosas que amenazaban la supervivencia de la recién creada humanidad. Cuando Zeus encerró a los titanes en el Tártaro,

prohibió a los dioses que poblaban el Olimpo que siguieran cohabitando con monstruos y que volvieran a mudar de formas.

—No más dioses que se transforman en animales —había dicho—. Somos los olímpicos y eso significa que debemos mantener nuestra dignidad.

Pues la naturaleza de los dioses, al contrario que la de los mortales, era tan moldeable y dúctil que ellos mismos podían alterarla en metamorfosis que, si bien resultaban dolorosas, también podían serles útiles. Pero a Zeus no le agradaba estar rodeado de criaturas de aspecto cambiante e insistía en que había una forma única que todos debían mantener: la suya. La olímpica. Aquel molde conforme al cual la raza humana, la favorita de Zeus, había sido creada por él y su antiguo amigo Prometeo, el titán que ahora colgaba de unas cadenas de hierro en un volcán del Cáucaso.

Atenea comprendía los preceptos de su padre. Lo que no entendía era que él mismo los traicionara. Pues cuando se dejaba llevar por sus caprichos (que casi siempre se materializaban en la forma de alguna bella hembra humana) no dudaba en adoptar las formas más peregrinas. Dentro del Zeus responsable y justiciero habitaba otro infantil y caprichoso, capaz de transformarse en toro para raptar a Europa, en cisne para seducir a Leda, en lluvia de oro para fecundar a Dánae, o incluso de adoptar la figura del tebano Anfitríon para seducir a su mujer Alcmena.

Al menos, nunca había solicitado la complicidad de Atenea para tales andanzas, en las que siempre recurría al inmaduro y voluble Hermes, sabedor de que él no le echaría nada en cara. Pero si Zeus creía que los demás dioses no conocían estas aventuras y no podían reprocharle que quebrantara sus propias normas, estaba muy equivocado. Pues la primera que siempre se enteraba era su propia esposa, Hera, y ella se ocupaba de contárselo a todos los demás. Incluida Atenea. Aunque no se llevaban bien, Hera la invitaba a cenar en sus aposentos cada vez que tenía la ocasión de denunciar una nueva infidelidad de su marido, con la esperanza de

sembrar la cizaña entre Zeus y la diosa guerrera, o conseguir al menos que ésta reprobara la actitud de su padre.

Cosa que nunca había ocurrido. Lo que tuviera que censurar Atenea a Zeus, lo hacía sólo en su presencia. El problema era que su padre andaba cada vez más irritable, tal vez por la actitud de su esposa. Atenea no era tan ingenua de pensar que Zeus estaba sufriendo como un amante amartelado por no compartir el lecho de Hera. No, lo que le atormentaba era que todos en el Olimpo supieran lo que pasaba y pudieran pensar que el rey de los dioses no era capaz de meter en vereda a su esposa. Pues para Zeus las apariencias lo significaban todo.

Atenea meneó la cabeza para ahuyentar esos pensamientos. Su padre la había despedido al final con palabras destempladas, y ella se había marchado de sus aposentos con el rostro arrebolado de indignación. Tal vez por eso, a la noche siguiente, mientras su padre andaba por Arcadia ocupado en una misión o, más probablemente, en algún fornicio, Atenea había bebido más vino de la cuenta durante la cena.

Y el resultado era que había acabado llevándose a la cama a Ganímedes.

—¿Estás triste, señora? —le preguntó ahora el copero, mientras Atenea revisaba su aspecto en un espejo.

—Triste no, Ganímedes. Sólo preocupada.

—Bebe y regocija tu corazón entonces, señora.

Atenea se volvió hacia él. Ganímedes, retornando a su función de copero de los dioses, estaba escanciando ambrosía en una copa de cristal. Mientras el chorro dorado y viscoso se derramaba sobre el cáliz, su intenso olor llenó la estancia.

A Atenea no le agradaba el sabor de la ambrosía, una mezcla de dulzura empalagosa e intenso amargor. Ignoraba su fórmula exacta, pero sabía que la mayor parte de los componentes procedían de Hiperbórea, en el extremo norte del mundo. Había ámbar gris (por suerte, en una proporción nimia), resina de un abeto que sólo crecía

en Hiperbórea, y también la pulpa triturada de las manzanas que cultivaban las Hespérides, hijas de la Tarde. Aquella pulpa era la que le daba a la bebida su tono dorado, y de hecho la ambrosía contenía minúsculos granos de oro en polvo.

Una vez al año, una caravana guiada por dos hijos de Apolo y custodiada por trescientos soldados bajaba desde el remoto Septentrión para traer los ingredientes que los hiperboreanos regalaban a los dioses. Ya en el Olimpo, Hebe, hija de Zeus y Hera, que había heredado aquella tarea de la tímida Hestia, los mezclaba en la debida proporción y les añadía miel del Himeto para endulzar la pócima.

Aunque cada sorbo le producía escalofríos, Atenea sabía que debía beberla. La ambrosía producía una leve euforia en los inmortales y, sobre todo, los renovaba. Privado de aquella droga, un dios envejecía lenta pero inexorablemente. Hefesto, que una vez al año viajaba al Cáucaso para asegurar las cadenas que aherrojaban a Prometeo contra la roca, le había contado a Atenea que el titán era una ruina de pellejo y huesos que, sin embargo, no podía morir.

Atenea dejó en la copa algo más de un tercio del licor y se la tendió a Ganímedes.

—Bebe.

El joven giró la copa y posó sus labios donde habían estado los de Atenea. Ella pensó que eran adorables, y cuando Ganímedes levantó una tímida mirada por encima del cáliz, sus ojos eran tan oscuros y desvalidos que Atenea sintió deseos de besarlo.

—No es necesario que te diga que debes ser discreto —le dijo.

Él negó con la cabeza.

—No quiero que te destierren del Olimpo por mi culpa, señora.

—¡Por tu culpa! ¡Ja! Fui yo quien te arrastró a la alcoba. Te agradezco tu preocupación, pero es mejor que pienses en ti. Si mi padre se entera de que has estado entre mis muslos, puede que a mí me destierre diez años. Pero a ti te reducirá a cenizas que luego esparcirá a los cuatro vientos. Y en cuanto a tu alma, le encargará a

su hermano Hades que le busque alguna tarea para el resto de la eternidad.

Sin decir más, Atenea salió de la alcoba. El gesto de espanto de Ganímedes la hizo pensar que tal vez había sido demasiado dura con él, pero era mejor evitar la tentación tan varonil de irse de la lengua.

En realidad, debería matarlo yo misma, se dijo. Pero era un pensamiento fútil, y lo sabía. Ella no era como su padre y no se saltaba sus propias normas.

La expedición de la Ambrosia

El cielo estaba gris, como lo había estado el día anterior y como sin duda lo volvería a estar al día siguiente. Llevaban meses viajando desde la lejana Hiperbórea, y no habían dejado de pisar nieve desde que abandonaron la muralla que protegía aquel país de los fríos extremos del Norte. Era la primera vez que el joven Catreo, príncipe de Hieróptolis, iba con la caravana sagrada. Los más avezados aseguraban que no era normal un tiempo tan malo. Habían partido a principios del verano, pero en las tundras que cruzaron no había llegado el deshielo. Y cuando por fin se acercaban a las tierras del Sur con la esperanza de ver de nuevo el sol, el invierno se adelantó con una fuerte ventisca.

—Cuando alcancemos el Istro será diferente —le decía Pagaso, el hiperbóreo—. Allí volverás a ver flores y campos verdes.

Pero habían llegado al Istro y nada era diferente. Tras seguir el curso de un afluente por un estrecho desfiladero, se encontraron por fin ante el gran río. Dos mil codos más allá, cruzando aquella corriente tan ancha como un pequeño mar, la otra orilla se erguía escarpada. Y, como se temía Catreo, cubierta de nieve.

—Ya casi da igual —se resignó—. Pronto llegaremos a Tesalia.

En el punto donde el río tributario confluía con el Istro se levantaba una pequeña ciudad amurallada llamada Ursua. Era un lugar de paso, en el que aparte de los moradores habituales, campesinos y pescadores sedentarios, podía verse a una abigarrada multitud de bárbaros nómadas: amazonas, escitas,

sármatas, getas, medos, e incluso algún que otro cimerio, con sus largas trenzas y sus collares fabricados de huesos humanos.

Desde allí, los miembros de la caravana cruzaron al otro lado del río en bateas y transbordadores. Los soldados que la escoltaban, trescientos soldados tesalios, querían quedarse al menos un par de días, disfrutando de las tabernas y los burdeles de la ciudad, pero los jefes de la expedición, Polipetes y Doro, se habían negado.

—No podemos entretenernos —había dicho Polipetes, que, al igual que Doro, llevaba en sus venas dos cuartos de sangre divina por parte de su padre Apolo—. No es normal que haga tanto frío a estas alturas del año. Tenemos que llegar a Macedonia y al Olimpo cuanto antes. Si no, las nieves nos retrasarán y nos quedaremos sin provisiones. Y aún nos quedan cerca de tres mil estadios.

El cruce del Istro les había llevado un día entero, de modo que al caer la noche acamparon a poca distancia del río, sobre una altura desde la que se dominaba el meandro. A partir de allí les aguardaba un paisaje sembrado de pequeñas elevaciones y gargantas boscosas.

Por la mañana, mientras recogían el campamento, Pagaso, el sacerdote hiperbóreo, mató un cordero que habían comprado en Ursa y, antes de cocinarlo, escrutó sus entrañas.

—¿Qué ves? —le preguntó Carreo.

—Malos presagios. Mira aquí —le dijo, señalando lo que a Carreo se le antojaba un vulgar trozo de hígado sanguinolento—. El camino que tenemos delante no es seguro. Deberíamos esperar o desviarnos.

—No podemos hacerlo —dijo Polipetes.

Carreo dio un respingo, sobresaltado. No había oído llegar al semidiós. Al igual que su hermano Doro, se movía con una gracilidad casi sobrenatural. Los dos eran rubios, tenían los ojos tan grandes y azules como su padre y eran casi tan certeros como él con el arco. Ahora, Polipetes dejó caer junto a la hoguera los cuerpos de cuatro conejos.

—¿Por qué no? —preguntó Carreo. Él estaba al mando del contingente tesalio, pero quienes tomaban las decisiones eran los hijos de Apolo.

—Mirad esas nubes —dijo Polipetes, señalando al cielo. Un velo plumizo cubría el cielo de horizonte a horizonte. El sol brillaba acuoso a través de aquella mortaja—. Son nubes de nieve. Antes de mediodía empezarán a descargar.

—¿Y si cambiamos el camino? Así burlaríamos a las Moiras —sugirió Carreo.

—No deberías hablar así. No se puede burlar a las Moiras —repuso el sacerdote.

—Sólo hay un camino posible —dijo Polipetes—. Directos hasta el próximo recodo del río. Aquí el Istro forma una especie de lazada, así que sólo nos queda esa salida —añadió, señalando hacia el sur.

Comieron carne a la brasa, pan y vino. Los tesalios, como buenos helenos, no solían desayunar fuerte. Pero en aquel viaje de ida y vuelta al extremo del mundo, Carreo había aprendido que una comida abundante y caliente al empezar el día era la única forma de asegurar una jornada sin sufrir desfallecimientos ni dedos congelados. Después, organizaron la caravana como todas las mañanas y se pusieron en marcha.

Nadie se había atrevido jamás a atacar la caravana sagrada. Sobre el primer carromato ondeaba un gran estandarte negro con un rayo bordado en oro: el símbolo de Zeus, que protegía la expedición. Pues no sólo transportaban los valiosos productos del Septentrión (oro en polvo, joyas de ámbar, colmillos de morsa, pieles de foca y de oso blanco), sino, sobre todo, los tres carros con los objetos sagrados, presentes de los hiperbóreos para los dioses olímpicos. Dentro de grandes embalajes de madera rellenos de paja de trigo viajaban las tinajas que contenían los componentes de la ambrosía. Las más valiosas eran las que guardaban las manzanas de las Hespérides. Según Pagaso el hiperbóreo, aunque se necesitaban más ingredientes para fabricar la ambrosía, el secreto

de la eterna juventud de los dioses radicaba en esas manzanas de oro. Un cargamento tan valioso que las vidas de todos los que lo custodiaban no habrían bastado para compensar la décima parte de su pérdida. Pero hasta los bárbaros cimerios, los más salvajes y necios de los hombres, sabían que si alguno de ellos osaba asaltar el convoy, los olímpicos los exterminarían primero a ellos, después a sus familias y por último a todo su pueblo.

Caminaron durante toda la mañana. Por delante marchaban unos cuarenta escaramuceros armados de hondas, arcos y flechas. Rodeando al convoy desfilaban en dos largas columnas los hombres de infantería, protegidos con petos de cuero y discos de bronce, y armados con espadas y largas lanzas de fresno. Guiando los carros iban los seis hiperbóreos, entre ellos dos mujeres, Hipéroque y Laódice.

Casi a mediodía las nubes espesaron tanto que el sol se convirtió tan sólo en un vago resplandor, y empezó a nevar. Habían llegado a la vista del recodo del Istro, que giraba a su izquierda para dirigirse hacia el sur. Polipetes y Doro ordenaron hacer un alto y se alejaron hacia unas colinas que se elevaban a su derecha, pues la nieve había ocultado el sendero. Los demás los aguardaron en una explanada libre de árboles. Lo único que rompía la lisura del manto de nieve era un puñado de rocas grises que sobresalían del suelo como grandes jorobas.

Mientras los hombres bailaban y daban brincos en el terreno para no perder el calor de la marcha, Catreo se acercó al carro que abría la marcha. Sentada en el pescante viajaba una niña que aparentaba unos ocho años; demasiado pequeña, sin duda, para llevar las riendas y aún más para afrontar un viaje tan duro.

—¿Qué tal va, Laódice? ¿Tienes frío?

—No más que las últimas doscientas veces que me lo has preguntado —contestó ella, con una sonrisa maliciosa.

Catreo se ruborizó. Durante el viaje se había enamorado de Laódice. Si alguien le hubiera dicho en Hieróptolis que iba a

obsesionarse por una cría de ocho años, lo habría tildado de loco. Pero Laódice era hiperbórea, y eso significaba que en realidad no tenía ocho años, sino unos cuantos centenares más. Como don de los dioses, los habitantes de aquel pequeño paraíso apartado en los confines del mundo poseían una extraña forma de inmortalidad, envejecían hasta los setenta años y, entonces, cuando empezaban los peores achaques de ancianidad, rejuvenecían de nuevo y sus vidas transcurrían como una clepsidra que ganara agua en lugar de soltarla. Al final se convertían en lactantes, y cuando llegaba el momento de regresar al seno de sus madres empezaban un nuevo ciclo de envejecimiento. Pero durante todo ese tiempo sus mentes seguían siendo las de hiperbóreos adultos, con la experiencia de un centenar de vidas humanas.

Poco después de salir de Hiperbórea, Catreo le había preguntado a Laódice si se encontraba en la fase de rejuvenecimiento o envejecimiento.

—¿Por qué quieres saberlo? —dijo ella, con una carcajada.

Para calcular si tengo que esperar veintiséis años a que crezcas, o sólo diez, pensó, pero no se atrevió a decirlo.

—Simple curiosidad —había sido su respuesta.

Ahora, Catreo se quedó embelesado contemplando la sonrisa de Laódice. Parecía mentira que alguien a quien se le formaban unos hoyuelos tan adorables en las mejillas hubiera vivido muchas más vidas que él.

—¡Alerta! ¡Nos atacan!

Catreo apartó la mirada de Laódice, y al hacerlo vio algo imposible. Las piedras que hasta ese momento estaban hundidas en la nieve acababan de cobrar vida para convertirse en gigantes altos como robles, con las pieles grises y rocosas y los rostros bestiales contraídos en una mueca de odio. Los había por todas partes,

rodeando a la caravana, y también en el mismo centro de la formación. Carreo desenvainó su espada y empezó a gritar órdenes.

—¡Defended los carros! ¡Avisad a los hijos de Apolo!

Era difícil saber cuántos eran los gigantes; tal vez diez, tal vez veinte. Los soldados intentaron formar filas alrededor de los carros y defenderlos a punta de lanza. Pero no resistieron ni la primera embestida. Los más pequeños de entre los gigantes eran el doble de altos que los humanos, y también había entre ellos cuatro o cinco que superaban de largo los diez codos y cuyas manos rocosas aplastaban todo aquello sobre lo que caían.

Ensordecido por los gritos de dolor y agonía de los soldados tesalios, los relinchos de los caballos despedazados y los rugidos de los gigantes, Carreo renunció a dar órdenes. Rotas las filas, los soldados de infantería intentaban escurrirse entre las piernas de los asaltantes para esquivar sus puñetazos y clavarles las lanzas. Algunos lo conseguían, pero aun hincándoles un palmo de metal entre los pliegues de sus gruesos pellejos, sólo conseguían irritarlos más. Los gigantes se agachaban, levantaban en alto a los infortunados soldados y los destripaban entre los dedos, o les arrancaban brazos y piernas y les masticaban la cabeza con sus dientes de pedernal.

—¡le, íe, íe Peán!

Al oír el grito de guerra de Apolo, Carreo se volvió hacia el sur. Veloces como el viento, los hijos del dios se incorporaban a la refriega. Polipetes se plantó junto a Carreo y apuntó hacia un gigante que embestía contra ellos con los restos de un soldado repartidos entre ambas manos. El semidiós disparó la primera flecha, que se clavó en el ojo derecho de su enemigo, y un segundo después le hundió otra en el izquierdo. La colosal criatura gritó de furor y empezó a repartir golpes a su alrededor, hasta que uno de sus compañeros lo derribó de un empujón. Pero incluso al caer causó estragos entre los defensores humanos, pues la masa de su cuerpo aplastó a cuatro soldados.

Polipetes volvió a cargar el arco y se dispuso a atacar a otro gigante, pero una roca enorme cayó sobre su espalda. Carreo, al ver el tórax del hijo de Apolo sepultado bajo aquella piedra tan grande como un barril y tiñendo la nieve de una mezcla de icor y sangre, enloqueció de rabia y, recogiendo una lanza abandonada del suelo, cargó contra el gigante que había atacado a traición a Polipetes.

El primer golpe del coloso, casi un sopapo al desgaire, quebró el astil de fresno como si fuera un mondadientes. Catreo apenas vio venir el segundo, pues todo se convirtió en frías tinieblas. Lo último que creyó oír fue el grito desesperado de Laódice.

La asamblea Olímpica

Cuando Cronos se convirtió en el segundo soberano de los dioses, el Olimpo aún no era la montaña más alta del mundo. Pero desde su cumbre nevada se disfrutaban bellas vistas y además se hallaba a una distancia razonable de Delfos, donde moraba su madre Gea. Por eso a Cronos le agradó el lugar y construyó un palacio sobre su cumbre.

Obsesionado por superar a su padre, Zeus decidió levantar una mansión aún más espléndida y más alta que las cimas más elevadas de la Tierra, pues nada debía alzarse sobre su cabeza. Gea, encantada con su poderoso nieto, le permitió alguna excentricidad. Así, en un esfuerzo que hizo temblar la llanura de Tesalia y derribó las murallas de todas las ciudades en mil estadios a la redonda, ella misma creó en su seno una altísima columna de cuarzo blanco, anclada a las raíces más profundas de la propia tierra. Después la secretó como un monstruoso diente. La columna atravesó la cima del Olimpo y las propias nubes, y siguió ascendiendo hasta rozar el límite donde acababa el aire y empezaba el éter. Y Gea juró a su nieto que, por las mismas raíces de la Tierra y por la esencia del Caos, aquel pilar deslumbrante no se derrumbaría hasta el fin de los tiempos.

Allí, en la cima del lugar conocido entre los dioses simplemente como Pírgos, la Torre, Zeus construyó su palacio. Como albañiles y carpinteros recurrió a los gigantes, y los planos los dibujó Brontes, el más habilidoso de los cíclopes. Las obras se prolongaron durante una generación de mortales, pero el resultado complació de sobra a

Zeus y maravilló a todas las deidades. Atravesando un anillo de nubes perennes, la masa cristalina de Pírgos surgía desde el corazón de la montaña y ascendía veinte mil codos, por encima de las más altas cimas de la tierra. La luz del sol le arrancaba destellos cambiantes según las horas del día, que a veces eran ebúrneos, otras azulinos y otras de un suave rosado que se volvía casi rojo al atardecer. Cerca de la cumbre, Pírgos se dividía en siete grandes columnas, conocidas como las Agujas. Seis de ellas formaban los ángulos de un hexágono, y en el centro de Este se alzaba la más elevada de todas, el Cranón, donde moraba el propio Zeus. Todas las Agujas estaban unidas entre sí y con el Cranón con puentes de piedra curvados que surcaban audaces el abismo, y sobre cada Aguja había mansiones construidas con maderas nobles y mármoles de todos los colores, y vergeles y jardines en los que crecían plantas traídas de los cuatro rincones del mundo. Allí arriba reinaba una temperatura suave, ya que se encontraban cerca del ardiente éter, una sustancia más sutil que el aire, que al amanecer se inflama, se pone al rojo vivo y en seguida se calienta tanto que, como el hierro en la fragua, adquiere el color azulado que predomina durante el día. También, al ser el éter más transparente que el aire, la atmósfera del Olimpo era mucho más límpida, de modo que por las noches los dioses podían admirar las estrellas no como débiles puntos blancos, sino como espléndidas joyas de colores encastradas en la bóveda bronceínea de Urano.

Para viajar entre el Olimpo y la tierra, los grandes dioses y sus allegados utilizaban carros tirados por caballos alados, aves gigantescas, hipogrifos o animales aún más exóticos. Algunos, como Hermes o Apolo, que podían volar, lo hacían por sus propios medios. Pero existía otro camino que utilizaban las divinidades de la tierra y del mar cuando querían visitar a sus parientes olímpicos, o los escasos humanos que eran recibidos en las mansiones de los bienaventurados: el puente del Arco Iris. Aquel sendero, de veinte codos de ancho, partía de la gran roca conocida como Crépide, en

la ciudad sagrada de Hieróptolis. Hieróptolis estaba construida sobre la falda oriental de la montaña y dominaba el paso de Tempe, entre el Olimpo y el mar. Allí moraban los Consagrados, guerreros descendientes de los curetes que protegieron a Zeus en su infancia. Ahora custodiaban las sólidas murallas de la ciudad y el acceso a la Crépide, y sólo permitían el paso a las divinidades y criaturas invitadas por el propio rey de los dioses.

Desde la Crépide, el sendero multicolor serpenteaba hacia las cumbres de la montaña, atravesaba el penacho de nubes, rodeaba Pirgos en un sinfín de vueltas y llegaba a la Aguja Sudeste, donde cruzaba por fin el umbral dorado de las puertas del Olimpo. Allí arriba, ante los batientes recubiertos con chapas de oro y marfil, montaba guardia Iris, hija de Taumante, que también era la mensajera de los grandes dioses; mientras que el acceso inferior lo custodiaban soldados escogidos de Hieróptolis. El puente del Arco Iris estaba dividido en dos senderos que corrían paralelos, separados tan sólo por un palmo de vacío. Mientras que el interior permanecía fijo, el exterior, gracias a una ingeniosa reforma de Hefesto, ascendía por sí solo hacia las alturas en un veloz movimiento perpetuo que ahorrraba tiempo y fatigas a los visitantes. Por ese camino, protegido del viento, la nieve y el granizo del exterior por un hechizo del propio dios herrero, subían al Olimpo los hieródulos, moradores de Hieróptolis elegidos por los propios dioses para atender sus necesidades. A cambio, estos siervos sagrados recibían pequeñas dosis de ambrosía y vivían ciento veinte años sin apenas envejecer, y en vez de morir entre achaques y dolores como hubiera sido su *themis*, su destino natural, se quedaban dormidos un día para no despertar más.

Aún existía un tercer camino, un pozo que descendía por el interior del Cranón hasta el corazón de la propia montaña y más abajo, a las entrañas de la tierra. Normalmente sólo lo usaba Hefesto para bajar a la fragua donde todos los días trabajaba con

los cíclopes fabricando armas y todo tipo de maravillas para los palacios de los dioses.

La morada de Atenea, la más austera entre las mansiones de los grandes dioses, se hallaba en la Aguja Sudeste. Para llegar al Cranón, la diosa cruzó un puente blanco de unos cincuenta pasos que surcaba el abismo en una grácil parábola. Frente a ella se alzaba el palacio de Zeus, una estilizada torre que subía cien codos sobre todos los demás edificios, coronado por la Atalaya, la alta torre desde la que el rey de los dioses solía contemplar sus vastos dominios. A sus pies, ocupando la mitad de la superficie del Cranón, se extendía el Buleuterión, la sala de consejos. Mientras Atenea se acercaba a Este, sobre su cabeza desfilaron carros de todos los colores, formas y materiales, arrastrados por criaturas aladas. Para viajar fuera del Olimpo, ella misma tenía a Glauce, un hipogrifo hembra con más cara de lechuza que de águila. A veces le uncía un carro muy ligero, pero más a menudo montaba sobre su lomo. Glauce era capaz de recorrer los más de mil quinientos estadios entre el Olimpo y Atenas en poco más de una hora, una proeza que sólo superaban Apolo o, por supuesto, el propio Hermes.

Atenea llegó al Buleuterión, que en realidad no era una sala, sino un vasto espacio abierto formado por una serie de terrazas unidas entre sí por breves escalinatas que ascendían poco a poco hasta la plataforma central, donde se sentaba Zeus junto a los grandes dioses. Había columnatas por doquier, pero no sustentaban techo alguno, pues allí, en la cumbre del Olimpo, nunca llovía: el agua que regaba los jardines subía desde el interior de la montaña por canalizaciones diseñadas y reparadas por Hefesto y su ejército de sirvientes.

Atenea recorrió los círculos exteriores, respondiendo a los homenajes de las divinidades menores con una inclinación de cabeza. Tras atravesar cinco terrazas, subió los diez escalones que llevaban a la plataforma central, un círculo de unos treinta pasos de diámetro rodeado por columnas estrechas y lo bastante separadas

para no obstaculizar la vista. Allí los asientos de los dioses mayores formaban un semicírculo. En el centro de Este se levantaba una grada, y sobre ella el trono de Zeus. En aquel lugar en que todo era de color blanco, rosado o gris perlino, el trono de Zeus estaba tallado en basalto, la piedra negra original. Y si en las sillas de las demás deidades se veían mullidos cojines de plumas, el rey del mundo descansaba sus divinas posaderas sobre la dura roca.

Una vez sentada, Atenea se permitió recorrer el lugar con la mirada, y por primera vez fue consciente de la multitud congregada. Habían acudido centenares, tal vez más de mil, representando a todos los reinos divinos, pues aquella asamblea en la que se readmitiría a un grande entre los Olímpicos no era cuestión baladí.

Había allí deidades del mundo natural: sátiros, faunos, ninfas, melíades, hamadríades o centauros inmortales como Quirón. A la izquierda, bajo una pérgola que las ocultaba de la luz, se hallaban las divinidades que apenas poseían forma estable ni material. Entre ellas los dáimones, genios alados que flotaban transparentes y etéreos como medusas de aire. Los dáimones ejercían de intermediarios entre dioses y humanos, pues se decía que habían sido hombres en el pasado, cuando Cronos gobernaba el mundo; si eso era cierto, Atenea lo ignoraba, pues ahora esos genios no poseían nombre ni personalidad individual.

A la derecha, en una gran plataforma, había una piscina donde chapoteaban las criaturas acuáticas que no podían estar demasiado tiempo alejadas de su medio natural, so pena de resecarse y marchitarse. Allí estaba Nereo, acompañado por diez de sus hijas, que aleteaban ociosas con sus largas colas de cetáceo mientras esperaban a que empezara la asamblea. También el viejo Proteo, al que Zeus tenía prohibido cambiar de forma mientras estuviera en el Olimpo y que para la ocasión había adquirido el aspecto de un viejo respetable, aunque con la piel verde y manos palmeadas; y Forcis, no menos anciano que él, y Electra en nombre de las Oceánides.

Frente a la plataforma central, al pie de la escalinata, se agolpaban las divinidades de forma olímpica que no llegaban al rango de grandes. Entre ellas, en primera fila, estaban las nueve Musas, que a la menor ocasión se cogían de la mano y formaban un corro. A su izquierda, Pan, el único dios animal al que se permitía pisar esa terraza, daba brincos nerviosos con sus patas de cabra y venteaba su perfume en el aire, pero no se atrevía a acercarse a ellas. Por suerte, su inseparable compañero Príapo no había venido, y si lo había hecho había tenido la decencia de ocultarse para no mostrar el enorme bulto que arrastraba entre las piernas. Atenea vio también a las tres Carites, a cual más bella, vestidas con túnicas transparentes. En un asiento más elevado estaba Eolo, rey de los vientos, rodeado por sus hijos: Bóreas el gruñón y el risueño Céfiro se encontraban a la vista, y tapados por las cabezas de otros dioses debían andar Austro y Noto, a no ser que Zeus les hubiera encargado alguna misión de escolta. Un poco más allá vio a Ilitia, patrona de los nacimientos, que llevaba de la mano a la pequeña Armonía, nacida del amor adulterino entre Ares y Afrodita, una deliciosa criatura que prometía ser una de las diosas más bellas del Olimpo. Y también alcanzó a ver al belicoso Eníalo, compañero de francachelas de Ares, y a Íaco y a muchos más.

Después, Atenea giró la mirada a su alrededor. Los grandes del Olimpo se sentaban a ambos lados de Zeus, seis divinidades a cada lado. El primer lugar a la derecha del trono de basalto lo ocupaba Hera, hermana y legítima esposa de Zeus. Exceptuando a Afrodita, había sido durante mucho tiempo la diosa más bella del Olimpo; y para el gusto de Atenea, a quien la diosa del amor le parecía demasiado exuberante, lo seguía siendo. Su piel emanaba un brillo especial, y no había nadie como ella para caminar con majestad haciendo revolar alrededor los pliegues de su vestido. Ni cuando se enojaba con su marido, algo que sucedía con harta frecuencia, perdía la compostura. Sólo la afeaba un poco contraer tanto los ojos, como si fuese corta de vista. Aquel gesto se debía, en realidad,

a que siempre andaba tramando algo. En opinión de Atenea, era una diosa astuta, más que inteligente.

Las miradas de ambas se cruzaron. Hera la sonreía a veces, pero hoy debía haber agotado su cupo de sonrisas, pues se limitó a entrecerrar los ojos de nuevo y levantar la barbilla. Tú sigue sin acostarte con mi padre, pensó Atenea, y verás lo que consigues.

Pues bajo la escalinata que subía a la plataforma, con un pie subido en el primer peldaño, como si estuviera dispuesta a tomar posesión en cualquier momento, estaba Tetis, la bellísima nereida que había renunciado desde hacía un tiempo a su forma acuática para morar en el Olimpo. Tetis aventajaba a las demás diosas por la extremada elegancia de su cuello y el fino torneado de sus piernas, que se insinuaban bajo la túnica trenzada de algas, más transparente de lo que la decencia aconsejaba en una asamblea de dioses a plena luz del día.

Tetis poseía una ventaja sobre Hera: la novedad. Zeus era veleidoso. Para colmo, Hera era repetitiva, casi machacona, y su esfera de intereses resultaba bastante restringida. Cuando Zeus hablaba en los banquetes (le encantaba perorar y que lo escucharan), Hera no disimulaba su aburrimiento y se permitía iniciar sus propias conversaciones. En cambio Tetis, cuando asistía a esas cenas, miraba a Zeus sin parpadear, bebiendo sus palabras como ambrosía. Irónicamente, había llegado al Olimpo invitada por la propia Hera, pues se había comportado muy bien con su hijo Hefesto en el pasado. Ahora no había forma de sugerirle que se volviera a las aguas.

—¡Oh, el mar es tan aburrido! Por el momento, no me apetece volver a tener cola de pez —decía, y cruzaba los muslos acariciándose las rodillas de una forma tan encantadora que Zeus se la comía con los ojos.

Tal vez hubiera algo más que deseo en el interés de Zeus por Tetis. Uniéndose con ella podría engendrar hijos que, por derecho, pertenecerían al reino acuático, y que podría utilizar para

inmiscuirse en los asuntos de su hermano Poseidón. Atenea conocía lo bastante a su padre para saber que ambicionaba un control absoluto sobre toda la realidad.

Porque, a la espera de Zeus, el más poderoso de los inmortales presentes era Poseidón. Se hallaba a la diestra de Hera, pero no se había sentado, sino que permanecía de pie y no hacía más que girarse para vigilar la escalera que bajaba desde el palacio del Cranón, impaciente porque llegara su hermano. Poseidón era más alto que Zeus, y aunque menos musculoso que él, su figura resultaba tal vez más regia. Vestía tan sólo un manto azul, que dejaba al descubierto su hombro derecho y su poderoso pectoral, y su larga barba negra estaba trenzada con conchas marinas. Como los demás grandes, tenía el privilegio de acudir armado a la asamblea. Las tres púas de su gran tridente apuntaban hacia el cielo. Cuando las clavaba en el suelo, la tierra temblaba en varios estadios a la redonda. Lo había hecho en una ocasión durante un banquete en el que bebió más de la cuenta, y aunque los cimientos del palacio habían resistido, todos los cristales y las ánforas del Cranón se habían roto. Zeus se enfadó tanto que amenazó con fulminarlo si se repetía aquello.

Atenea no se llevaba bien con Poseidón. Hacía ya un tiempo habían estado a punto de llegar a las manos por el patronazgo de una ciudad. Zeus prohibió que tío y sobrina dieran un ejemplo tan lamentable y les obligó a dirimir su litigio por otros métodos. Como don para los habitantes de la ciudad, que entonces se llamaba Acte, Atenea plantó un olivo en su acrópolis. Poseidón, decidido a superarla con un regalo inapreciable, clavó su tridente en lo alto de aquella afloración de basalto, y surgió un manantial; pues aquella tierra era fértil, pero seca, y una fuente en el centro de la ciudad sería muy valiosa. Para desgracia de Poseidón, las aguas del manantial no tardaron en fluir saladas. Los habitantes de la ciudad, encabezados por su rey Erecteo, votaron por Atenea como patrona y la ciudad no se llamó Potidea como habría querido él, sino Atenas.

Poseidón aún no se lo había perdonado, convencido de que ella había salado el agua con algún sortilegio.

Ahora, el rey del mar se volvió hacia la diosa que estaba a su derecha y se quejó:

—Siempre haciéndose el importante. Creerá que yo no tengo asuntos importantes que atender.

La diosa a la que se había dirigido era Ártemis, hija de Zeus y Leto y hermana melliza de Apolo. Alta y esbelta, vestía un peplo verde que dejaba sus rodillas al aire. Sus pantorrillas eran casi masculinas y su pelo corto como el de un muchacho. Llevaba una aljaba de cuero y marfil al hombro y se apoyaba en su arco plateado. Ahora escuchó las palabras de su tío Poseidón con una leve sonrisa en los labios. Un gesto habitual en ella, con un matiz de desdeñosa superioridad que Atenea detestaba. Las dos hermanastras no se llevaban bien. Como guerreras que eran ambas, tendían a actuar más bien que a hablar, pero Ártemis albergaba en su alma un fondo de crueldad que Atenea no lograba entender. Las dos eran diosas vírgenes, como su tía Hestia, que nunca salía al aire libre, pues tenía que conservar el fuego sagrado en el interior del Olimpo; pero en el caso de Atenea y Hestia se debía a sendos votos, mientras que Ártemis era doncella por libre elección.

Más allá, se veía un asiento vacío: el de Hermes, que solía acompañar a su padre. Por fin, en el extremo, se sentaba el gran Apolo, con el codo apoyado en la rodilla y la barbilla sobre la mano. También había traído su arco, y vestía una túnica de color azafrán abrochada sobre el hombro derecho. Medía cuatro codos, como Zeus, pero sus formas eran mucho más esbeltas, un modelo de perfección que a Atenea, sin embargo, no le resultaba atractivo. Con todo, lo respetaba por su inteligencia y su honradez. Muchos veían a Apolo como el sucesor natural de Zeus. Había dos inconvenientes para ello: el primero era el propio carácter del dios, más propenso a la melancolía que a la acción.

El segundo era que Zeus no tenía la mínima intención de renunciar al poder. Quien se lo quisiera arrebatarse, tendría que aniquilarlo.

A la izquierda del trono central se sentaba otra de las hijas de Cronos, Deméter. Aunque bella, como todas las divinidades, ella misma se complacía en cultivar cierto aire de matrona. Sus carnes eran más abundantes que las de su hermana Hera y sendos mechones blancos le caían sobre las sienes. Según su propia explicación, aquellas canas se debían al disgusto que había sufrido cuando su hija Core fue raptada y no supo qué había sido de ella durante casi un año.

Core estaba sentada entre Deméter y Atenea. Aquel asiento no le correspondía, pero lo ocupaba como consorte de Hades. Pues era el soberano de los infiernos quien la había raptado y mantenido oculta bajo tierra durante tres estaciones. Su madre Deméter, al no conseguir que ningún dios ni mortal le diera noticia del paradero de su hija, lanzó una terrible maldición sobre todas las tierras, que durante ese tiempo no dieron ni un mísero grano de espelta. La hambruna mató a innumerables humanos, las vacas y las ovejas se pudrían en el campo con los vientres hinchados y los inmortales no recibían los sacrificios preceptivos. Zeus recurrió a terribles amenazas para convencer a su hermana de que levantara la maldición, pero ella se negó. Por fin, Zeus tuvo que confesar que él mismo había sido cómplice en el rapto de Core.

—Ninguna diosa quería casarse con nuestro hermano Hades —le explicó—, y ya está bastante amargado para que además lo condenemos a soltería perpetua.

—¿Y tuviste que elegir a mi hija, precisamente a mi hija? —le recriminó Deméter.

Tales fueron los reproches de la diosa, que al final Zeus consintió en deshacer ese matrimonio que él mismo había apañado de forma clandestina. Hermes acudió al infierno, esta vez no para guiar

caravanas de almas privadas de sus cuerpos, sino como mensajero del rey de los dioses: Hades debía divorciarse de su joven esposa.

Pero resultó que Core, que durante días se encerró mohína en sus aposentos, sin querer ingerir comida ni bebida, cayó en la tentación de probar un grano de granada de los jardines subterráneos de Hades. Ascálafo, un sirviente del dios infernal, había corrido a delatarla a su amo.

—Al compartir mi comida has aceptado mi hospitalidad —declaró el sombrío Hades—. Ahora estás atada a este lugar.

Cuando Hermes trajo el recado de que Core debía ser liberada, era demasiado tarde. La muchacha no sólo se había resignado a su destino, sino que acababa de dar a luz a un bebé al que puso por nombre Zagreo.

Atenea sospechaba que no era una simple pepita de granada lo que había hecho cambiar de opinión a Core, sino más bien los goces del lecho, aunque fuera con un compañero tan cenizo como Hades. Pues la propia Core, con quien mantenía cierta amistad, se había compadecido a veces de ella por su voto de castidad. *¡No sabes lo que te pierdes!*, le decía.

Al pensar en ello, Atenea se sonrojó un poco y agachó la mirada, como si todo el mundo pudiera leer en su rostro que esa misma noche había perdido su sagrada virginidad. Pero lo cierto era que podía entender a Core.

Quien, por cierto, ahora se hacía llamar Perséfone. Un nombre mucho más sonoro y siniestro, sin duda. Estaba sentada con la espalda muy tiesa, el rostro pálido, los ojos exageradamente grandes y oscuros, los labios apretados en un gesto de irritación. *¿Demasiado tiempo sin sexo?*, pensó Atenea, irónica. Perséfone repartía el tiempo entre el infierno y el Olimpo, y en teoría su temporada en el mundo exterior, que se correspondía con la primavera y el verano, era la más feliz para ella. Pero cuando llevaba un par de meses viviendo con su madre Deméter

empezaban las broncas entre ambas, tan sonadas que a menudo Zeus tenía que poner paz.

A la izquierda de Atenea se sentaba Hefesto. No podía decirse que el dios de la fragua fuese el más agraciado de los inmortales. Era tan bajo para ser dios que la propia Atenea le sacaba un palmo, y para colmo tenía una pierna más corta que otra. Por alguna razón, ni la ambrosía ni su propia naturaleza podían modificar su apariencia; un estigma que le mortificaba profundamente. De hecho, era el único de entre los Terceros Nacidos que allí se sentaban que llevaba barba, una barba espesa y fosca que intentaba ocultar el prognatismo de su mandíbula. Tenía los dientes torcidos y los ojos estrechos, aunque lo compensaba en parte por el brillo vivaz de su mirada. También sudaba, algo inaudito en un dios, y su sudor olía, algo que su esposa Afrodita le recordaba en los momentos más embarazosos. Siempre se veían restos del hollín de la fragua entre sus uñas; y por si a alguien pudiera olvidársele que no sólo era herrero, sino también carpintero, fontanero y albañil del Olimpo, Hefesto siempre llevaba en su cinturón, incluso en las ocasiones más solemnes, el *poli ergalión*, una extraña herramienta de la que a su conjuro brotaban todo tipo de brazos articulables, cuchillas y punzones.

Hera insistía en que su hijo Hefesto también lo era de Zeus, pero él se negaba a reconocerlo y le tenía prohibido que se dirigiera a él como padre. El pobre Hefesto se empeñaba en congraciarse con él, a pesar de que el rey de los dioses, en contra de su naturaleza, que solía ser noble y magnánima, lo sometía a continuas humillaciones. Durante un tiempo Hefesto había servido el vino en los banquetes, hasta que los demás dioses se quejaron, pues pasadas las primeras risas, la cojera y el olor del herrero los sacaban de quicio. También aceptó sin rechistar que Zeus, en una extraña broma, lo desposara con Afrodita, la más promiscua de las diosas.

Que era quien se sentaba al otro lado de Hefesto. Según aseguraban (ella antes que nadie) era la más antigua de todas las

divinidades que allí se sentaban, pues había surgido del miembro mutilado de Urano. Por eso se consideraba una Primera Nacida, como los titanes, y presumía de ser más noble que los dioses que la rodeaban. Mientras que Ártemis le solía responder con su habitual zafiedad:

—¿Cómo vas a ser más noble, habiendo salido del pene de tu padre?

—De ahí habéis salido todas.

—Sí, pero sólo de la punta.

La belleza de Afrodita era llamativa, sin duda, pero a Atenea no le acababa de gustar. Para la asamblea, se había peinado la larga cabellera cobriza en trenzas muy finas y se había coronado con una guirnalda de rosas. Su boca era ancha y carnosa, sus ojos verdes y algo separados, y las aletas de su nariz solían vibrar como si venteara el perfume de su interlocutor. Se las arreglaba siempre para que se le transparentaran los pezones, como ocurría ahora con la túnica lavanda que había elegido para la ocasión. Y, ya fuera el perfume que utilizaba o su propio aroma natural, exudaba sexo. La propia Atenea trataba de mantenerse a distancia de ella, pues alrededor de Afrodita flotaba un aura que le erizaba la piel, derramaba una extraña calidez en su vientre y traía a su cabeza imágenes que quería conjurar.

Se dijo que ahora entendía mejor en qué consistían esas imágenes. Pero al momento espantó el recuerdo de aquella noche de delicias. Si seguía mirando al suelo con aquella sonrisilla boba, los demás no tardarían en sospechar que algo había cambiado en la naturaleza de la doncella guerrera.

—¿Te pasa algo, Atenea? —le preguntó Hefesto.

—No.

—Hoy estás guapa. Quiero decir, no es que otros días no lo estés, sino que...

—Gracias, Hefesto. Lo he entendido —respondió Atenea, rozándole el hombro, y notó que el cuerpo del dios se contraía.

Sí, el pobre Hefesto, engañado por su esposa, estaba enamorado sin remedio de ella, la diosa virgen. O, más bien, la diosa que debía seguir fingiendo ante los demás que era virgen.

Más allá de Afrodita quedaban dos sitios desocupados. El primero, de mármol y más ancho que los demás, estaba esperando a Ares, por cuyo regreso se había convocado la asamblea. El último, más pequeño, era de madera de fresno, con las patas talladas en forma de pezuñas de cabra.

—¿Dónde se habrá metido Zagreo? —preguntó Hefesto.

—No lo sé —respondió Atenea—. O aparece pronto o nuestro padre llegará antes que él. No creo que le haga mucha gracia ver su asiento vacío.

—Lo mejor que podíamos hacer era tirar su asiento a la piscina de las nereidas. Ese jovenzuelo insolente no pinta nada aquí.

No, pensó Atenea, en verdad que no. Zagreo, hijo de Perséfone, no había heredado gran cosa de su padre. Hades tenía la piel como la cera, los ojos negros y hundidos y el gesto agrio como si sufriera una perenne dispepsia; mientras que Zagreo era un joven de piel dorada, ojos grandes y azules y miembros delicados, que siempre andaba emborrachándose, gastando bromas a los demás dioses y bajando a la tierra a fornicar con todas las mortales que se le ponían por delante. Para Atenea era un misterio inescrutable por qué Zeus le había concedido un asiento a Zagreo entre los grandes, que ahora eran trece en vez de los doce que habían sido durante largo tiempo. Pero jamás se lo había preguntado, pues era evidente que el rey del Olimpo sentía un afecto especial por aquel sobrino descarriado, más amante del vino puro que de la ambrosía.

Un trueno resonó en la distancia. Iris, mensajera de Zeus y Hera, se apresuró a ocupar su puesto, se arregló los pliegues de la túnica e hizo sonar su trompeta. Los dioses que estaban sentados se pusieron en pie, y todos miraron hacia el sur, de donde provenía el trueno.

—Pero, ¿cómo? —protestó Poseidón—. ¿Ni siquiera estaba en el palacio? ¿Nos convoca a una asamblea el mismo día en que regresa de un viaje? ¡Si nos descuidamos se sacudirá el polvo del camino encima de nosotros!

—No seas tan gruñón, tío —le dijo Ártemis.

Por aquella dirección noto, el viento del sur, arrastraba a gran velocidad una enorme nube, cuya textura algodonosa y compacta era innatural a aquellas alturas más propias de deshilachados cirros. Delante de ella venía una sombra, pequeña y fugaz, que no tardó en sobrevolar las terrazas del Olimpo. Era Hermes, que precedía a su padre y señor. El dios mensajero se detuvo sobre las cabezas de los grandes, frenó el batir de las alas de sus pies y se dejó caer con elegancia en el centro del semicírculo que formaban los demás dioses.

—Soberana Hera, divino Poseidón, tíos y hermanos, os saludo.

Después se dio la vuelta y alzó el brazo derecho. La serpiente tallada en su caduceo cobró vida y se enroscó alrededor de su muñeca. Cuando así ocurría, no hablaba como el joven trapacero Hermes, sino como el heraldo sagrado de los dioses cuya palabra nadie podía poner en duda.

—¡Inmortales y bienaventurados todos! ¡Os anuncio la llegada de Zeus Cronida, el Amontonador de Nubes, Señor Supremo del Olimpo!

Entre deslumbrantes relámpagos y ensordecedores truenos, la nube empezó a desintegrarse sobre las cabezas de los inmortales. De su oscuro seno surgieron primero dos enormes criaturas aladas, Macropis y Agaclea, las águilas gigantes de Zeus, cuyos gritos resonaron como clarines de plata en el viento. Después, cuando los últimos celajes se abrieron, apareció un objeto brillante y se escuchó un trueno cuyos compactos ecos hicieron vibrar las costillas de todos los inmortales. Atenea, pese al enfado con su padre, sintió que la piel se le erizaba de emoción al ver cómo se acercaba el carro dorado tirado por cuatro caballos alados de impoluta blancura.

Sin duda, el rey del Olimpo dominaba el arte de las apariciones espectaculares.

Mientras el carro descendía, los demás dioses lo saludaron con aclamaciones y aplausos. Los cuatro caballos se posaron en el centro de la plataforma, sin que Zeus se molestara en tirar de las riendas, pues los tenía perfectamente adiestrados.

Zeus, por fin, bajó del carro. Vestía una sencilla túnica azul, pero cuando puso el pie en el suelo, Iris le echó sobre los hombros un manto púrpura bordado con cenefas doradas. El hijo de Cronos levantó la mano izquierda para saludar a los demás dioses, mientras su diestra sujetaba los pliegues del manto. Después se dirigió hacia el trono. En primer lugar saludó a su hermano Poseidón, luego inclinó la cabeza ante Hera, sin tomarle la mano como antes, pues desde que no compartían alcoba se cuidaba mucho de tocarla. Los demás dioses también recibieron sus saludos. A Atenea le regaló una sonrisa que parecía disculparse por la discusión de dos noches antes. Pero su sonrisa se trocó en un rictus de contrariedad cuando reparó en que la silla de Zagreo estaba vacía.

—¿Dónde se ha metido ese jovenzuelo? —preguntó, repitiendo sin saberlo las palabras de Hefesto.

La consagración de Zagreo

La misma pregunta se hacía Glauco, hijo del rey Minos, mientras él y el resto de los asistentes al ritual, más de quinientas personas, aguardaban ante el templo recién construido.

—Paciencia —le aconsejó su primo Eumolpo—. No conviene enfadarse con los dioses.

—Lo que no conviene es que aparezcan cuando no se les llama. ¡Nadie invitó a ese joven insolente a esta fiesta!

—No te pongas así. Deberías estar orgulloso de emparentar con un dios.

Glauco dirigió una mirada asesina a su primo, que se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con la broma. Ambos se quedaron en silencio, fingiendo que se entretenían en contemplar los frescos de vivos colores que decoraban las paredes del templo. Todos representaban escenas de la vida de Zeus. Allí aparecía de bebé, dentro de una cuna suspendida de la rama de un árbol, para que su padre Cronos no pudiera saber dónde estaba. A su alrededor, los bravos guerreros que le servían, los Curetes, daban brincos y aporreaban los escudos con sus lanzas para que el ruido ahogara los llantos del dios recién nacido. También se veía a la cabra Amaltea, su primera nodriza, con cuya piel y las escamas del dragón Campe había confeccionado la Égida.

A poco más de un cuarto de estadio del edificio se levantaba una impresionante masa de roca gris, la ladera este del monte Ida, y en ella se abría una cueva amplia y oscura como la boca de un gran monstruo, junto a la cual dos hipogrifos uncidos a un carro

aguardaban con paciencia el regreso de su amo. Era en esa gruta donde Rea había alumbrado al rey de los dioses, y por eso Minos, padre de Glauco y rey de Creta, había ordenado erigir junto a ella un templo en honor de Zeus.

Glauco pateó el suelo para desahogar su rabia y entrar en calor. Estaban a tres mil codos sobre la altura del mar, que se divisaba entre los picos de las montañas del sur. Poco más arriba de donde se hallaban empezaba a verse nieve. Aquel verano ni siquiera había llegado a fundirse.

—Si este invierno sale tan duro como el del año pasado, estamos aviados —dijo Eumolpo, por cambiar de conversación.

—Esperemos que sea más suave —comentó alguien de la comitiva.

Sí, todo el mundo esperaba lo mismo, pensó Glauco; y, sobre todo, que la primavera siguiente fuera una auténtica primavera, y no la estación fría, miserable y seca que habían sufrido. En el palacio de Minos aún quedaban reservas de grano y aceite, y sus funcionarios las estaban repartiendo con equidad, pues la justicia del rey, hijo de Zeus y Europa, era proverbial. Pero si la próxima recolección también fallaba, se enfrentarían con la hambruna. Las naves minoicas recorrían todo el Mar Interior, pero las noticias eran terribles. Las cosechas habían sido pésimas en Egipto y las llanuras al norte del Ponto Euxino, los graneros con los que siempre habían comerciado. También les habían llegado noticias de movimientos bélicos: las amazonas se dirigían hacia el suroeste, a las tierras de los tracios, y se decía que del norte bajaban en masa los cimerios, aún más salvajes y aguerridos que ellas. A los cretenses, protegidos por el mar y por su flota, no les preocupaba la guerra, pero si la situación empeoraba en todas las tierras firmes, ¿dónde podrían comprar provisiones a cambio de su vino, sus bellas ánforas y sus tejidos estampados?

La amenaza de tales calamidades era la que había impelido al rey Minos a consagrar aquel templo a Zeus. El gasto había sido

considerable. En el interior, además de pebeteros, trípodes y numerosos cofres de maderas preciosas repletos de ofrendas, había una estatua de madera con incrustaciones de oro y marfil, ojos de lapislázuli y un manto tejido con hilos de oro y plata. Y en el exterior, veinte toros blancos, que no eran pocos, esperaban a ser sacrificados.

Glauco estaba cansado por la caminata hasta la explanada. Habían partido del pueblo de Ilisso poco antes de amanecer, para caminar cerca de sesenta estadios por un sendero empinado que atravesaba una garganta. A Glauco no le gustaban las montañas. Las arboledas, los arroyos, las quebradas, las bestias salvajes: todo le inquietaba. Él era un hombre de ciudad. Se sentía feliz en Cnossos, administrando las cuentas del gran palacio, o como mucho recorriendo las tierras de labor que estaban reemplazando a los bosques que antes ocupaban la isla. Poco a poco hacían retroceder a las ninfas, los sátiros y otras criaturas que poblaban Creta cuando llegaron los hombres. Ese verano, el propio Glauco había provocado un incendio bajo la ladera sur del monte Ida, y con una partida de arqueros había aniquilado a los sátiros que trataban de huir de las llamas.

Unos seres desagradables, los sátiros. Si fuera tan fácil librarse así de otros...

En ese momento, el ser en el que estaba pensando apareció en la boca de la cueva. Era un joven muy alto, un palmo más que el propio Glauco. Todo su atavío era una corona de pámpanos, un manto enrollado a la cintura y un tirso enganchado al manto. Junto a él venían dos mujeres, vestidas con faldas de volantes y chaquetas ceñidas y abiertas que mostraban y a la vez realzaban sus pechos desnudos. Unos pechos que las manos del joven, por cierto, estaban manoseando. Glauco, ruborizado de vergüenza y rabia, se acercó al trío, con capas para ambas mujeres.

—Brrr... —resopló la mayor de las mujeres, tapándose los pezones enhiestos—. Con el calorcito que hacía ahí dentro...

—Calla, y vamos a empezar —dijo Glauco.

De cerca, comprobó que la ropa de ambas mujeres, la misma que debían usar para la celebración, estaba arrugada y manchada de barro. Así que se habían revolcado con aquel joven en la cueva del Ida. Su esposa, Corina, y su hija Filira, que era virgen hasta la noche anterior. Hasta el momento en que un carro tirado por hipogrifos se presentó en Ilisto, y aquel hombre que decía ser dios entró en la taberna para decirle a Glauco que él mismo presidiría la consagración del templo dedicado a su tío, Zeus.

Glauco se había estremecido cuando el joven se sentó frente a él en la pequeña posada. En ningún momento dudó de que fuera un dios. Su piel irradiaba ese brillo de alabastro propio de las deidades. Él mismo había visto en dos ocasiones al propio Zeus, cuando acudió a visitar a su hijo Minos disfrazado de mercader aqueo: el rey de los dioses trataba de pasar de incógnito, pero había algo que lo delataba. El propio Glauco poseía un cuarto de sangre divina, aunque su padre Minos, que parecía más joven que él, le decía en son de burla que la tenía muy disimulada.

A cuenta de Glauco, Zagreo se bebió diez jarras de vino. Cualquier mortal habría muerto intoxicado, pero él sólo se emborrachó. Lo bastante para encapricharse de Corina y de la joven Filira, y decirle a Glauco que se las llevaba para pasar la noche con ellas. A lo que su única respuesta había sido bajar los ojos y asentir. ¿Qué otra cosa podía hacer ante un dios? Ahora, para su humillación, más de quinientas personas podían ver como su mujer y su hija caminaban del talle de Zagreo, dejándose manosear entre beatíficas sonrisas.

—Te devuelvo a tus mujeres, pariente —dijo Zagreo—. Debo decir que tu esposa es fiera como una leona líbica, pero tu hija ha aprendido bastante rápido. Creo que volveré alguna vez a visitarla. ¿Te parece bien, Filira? —añadió, apartando un rizo rebelde para besar a la muchacha bajo la oreja.

—Estoy a tu disposición, mi señor.

Glauco dirigió una mirada fugaz a su espalda. Muchos se estaban tapando la boca para contener sus risas.

Qué deshonra.

Zagreo le puso la mano en el hombro y apretó. Pese al viento frío, sus dedos transmitían calor, y su contacto le erizó el vello de la nuca.

—Debes estar contento, Glauco. He plantado mi semilla en tu esposa y tu hija, y no una ni dos veces, sino cuatro en cada una. — El dios se acercó más y le susurró al oído—: Así puedes emparentar con quien está destinado a ser el nuevo señor del Olimpo.

—¿Cómo?

—Sí. En confianza, Glauco: mi tío está pensando en descansar y me tiene reservada la soberanía del mundo. Yo seré el cuarto rey de los cielos. Urano, Cronos, Zeus... y después yo, Zagreo.

Glauco se estremeció, temiendo que Zeus pudiera castigarlo sólo por prestar oídos a esas palabras.

—Es el momento de proceder, ¿no os parece, mujeres? —dijo Zagreo, frotándose las manos—. Tenemos veinte víctimas que sacrificar.

Corina empezó a pulsar una lira de siete cuerdas, mientras su hija y otras mujeres entonaban un himno a Zeus, compuesto con palabras tan antiguas que la mayoría de los asistentes ni siquiera las comprendían. Glauco recordó que su esposa había estado un mes entero sin acostarse con él para llegar pura al sacrificio. Y unas horas antes se había dedicado a fornicar con Zagreo. *Cuatro veces*, se repitió. *Cuatro veces cornudo*. Esa mancilla no podía traer nada bueno, aunque fuera un dios. Pero ni siquiera podía reprocharle nada a su Corina, pues estaban en Creta, donde las mujeres eran mucho más libres que en tierras de los aqueos.

Cuando los sirvientes ataron al primer toro con cuerdas rojas y lo acercaron al altar, el animal sacudió las orejas y el rabo y pateó el suelo. Una gélida racha arrancó la corona de la cabeza de Zagreo y se la llevó rodando por la explanada. Entre la gente brotaron

murmullos de inquietud, pues aquéllas parecían señales de mal agüero; El joven soltó una carcajada.

—Estáis con un dios. ¿Qué mal puede caer sobre vosotros?

Zagreos posó la mano en la testuz del toro, que al momento se calmó.

—La segur —pidió.

El hacha doble era tan pesada que el siervo que se la entregó a Zagreos la tuvo que levantar con ambas manos. Pero el dios la alzó con la derecha como si fuera un cuchillo de trinchar.

—Ahora, silencio.

Corina apagó las cuerdas de la lira con la mano y las demás mujeres callaron. Zagreos descargó un solo golpe, y el toro se desplomó. Una sacerdotisa se acercó corriendo con la urna donde debía recogerse la sangre del animal.

En ese momento sonó un estallido seco que atrajo todas las miradas al templo. El techo había saltado por los aires. Un trozo de viga cayó sobre un grupo de gente y aplastó la cabeza de una mujer. Pero nadie la miró.

Donde antes estaba el tejado había aparecido una criatura de pesadilla. Su cuerpo, vagamente humano, medía seis codos de pies a cabeza, y su rostro combinaba rasgos de toro, hombre y dragón. Tenía dos cuernos curvados y negros, su cabello era un manojo de serpientes que se agitaban y siseaban, y su larga cola terminaba en dos pinchos tan largos como colmillos de elefante. La criatura rugió y desplegó dos alas coriáceas como las de un inmenso murciélago. Después levantó sobre su cabeza la gran estatua de Zeus y la arrojó sobre los asistentes, que huyeron despavoridos.

La estatua aplastó a otras dos personas. Pero lo que más horrorizó a Glauco, que se encontraba a menos de cuatro pasos, fue ver que el oro del cabello chorreaba fundido y el marfil del rostro crujía al retorcerse ennegrecido como las ramas de una encina quemada.

La criatura dio un salto, batió las alas dos veces y se posó en el suelo delante de Zagreo. Glauco gateó para esconderse detrás del dios, mientras notaba cómo por los muslos le corría un chorro de cálida orina.

—¡Alto! —ordenó el dios Zagreo, levantando la mano. Y su voz divinal se impuso sobre los gritos de los cretenses que huían y el crepitar de las llamas que surgían del interior del templo—. ¡Has cometido un sacrilegio contra el rey de los dioses y yo te castigaré por ello!

El monstruo abrió los brazos, que eran desproporcionadamente largos, y al abrirse las escamas que cubrían su pecho revelaron líneas incandescentes entre ellas, como si tuviera por sangre hierro al rojo vivo. Zagreo retrocedió un paso y al hacerlo empujó a Glauco, que cayó sentado al suelo, y descubrió que sus piernas temblorosas eran incapaces de levantarlo.

—¿El rey de los dioses? —preguntó el monstruo con una voz que parecía compuesta del crepitar de las llamas y el silbido del aire en la forja—. Yo haré que ese usurpador corra el mismo destino que su miserable estatua.

—¿Quién eres tú? Te conmino a que me lo digas —dijo Zagreo, retrocediendo otro paso.

A Glauco no le tranquilizó el temblor que se percibía en la voz del dios. Al ver que lo iba a arrollar, reculó sobre el trasero como un cangrejo en la arena. Cerca del monstruo olía a azufre y a metal caliente.

—¡Sí! ¡Te diré quién soy! Pronto los mortales y también los inmortales que usurpan el cielo lo sabrán. ¡Yo soy Tifón! ¡El gran Tifón, legítimo sucesor de Cronos, nuevo señor del Olimpo!

Zagreo levantó en alto su tirso. Alrededor de sus ramas corrieron zarcillos de luz y una bola de fuego se encendió en su punta.

—¡Retrocede, inmunda bestia del Tártaro! ¡Yo soy Zagreo, uno de los doce grandes, hijo de Perséfone y de...!

La criatura llamada Tifón se enderezó un poco y torció el cuello hacia atrás como si tomara aliento. De pronto se agachó, abrió la boca desencajando las mandíbulas como una boa que quisiera tragarse a un jabalí y vomitó un chorro de llamas y metal fundido sobre el brazo extendido de Zagreo.

El dios retrocedió con un alarido que ensordeció a Glauco y despertó ecos por la montaña. Cuando el cretense abrió los ojos y se apartó las manos de los oídos, lo que vio le heló la sangre. Zagreo estaba arrodillado y con la mano izquierda se sujetaba el codo derecho. A partir de ahí, todo lo que quedaba de su brazo era una ruina ennegrecida, restos de hueso y carne que se desmoronaban humeantes.

Casi con delicadeza, Tifón introdujo dos largas garras por entre los rizos del dios y lo levantó en vilo. Zagreo pataleó en el aire, el manto se le resbaló de la cintura y sus vergüenzas quedaron al descubierto.

—¡Soy un dios! —gimió—. ¡No me puedes matar!

Las carcajadas de Tifón sonaron como metal martilleado en la forja.

—¡Oh, sssíii, mi pequeño diosecillo! ¡Prronto dessscubrirásss k'e losss diosesss también podéisss morirr!

Las demandas de los gigantes

Iris abrió sus alas, translúcidas como las de una mariposa gigante, y tras tocar cinco notas con su trompeta de oro, anunció:

—¡El noble Ares, hijo de Zeus y Hera, señor de la guerra!

Una cabeza pelirroja se destacó entre las filas de los dioses, que se abrieron como mieses peinadas por el viento. Ares caminó hacia la plataforma de los grandes dioses, y Zeus se incorporó y bajó del estrado para recibir a su hijo.

Mientras Ares subía la escalinata, Atenea lo observó con ojo crítico. No parecía haber cambiado mucho. Era enorme, incluso para un dios: casi cinco codos de músculos desproporcionados, con unos hombros en los que cabía un buey, bíceps tan abultados como sandías egipcias y unos muslos que un humano no habría podido abarcar entre los brazos. Vestía una coraza de hierro con ataujías de oro y calzaba botas claveteadas que resonaban como martillazos al subir los peldaños.

Más de cerca, se apreciaban los efectos de ocho años sin ambrosía. El cabello rojo del dios había perdido brillo, como si las llamas que lo atizaban empezaran a extinguirse. Sus ojos eran dos ranuras, al igual que los de su madre Hera cuando intrigaba, y ahora la arruga que se le dibujaba en el ceño era una cuchillada tallada desde el puente de la nariz hasta el aguzado pico donde le nacía el pelo. Aquella arruga reflejaba dos características de su naturaleza: su mal carácter y su perenne perplejidad ante cualquier operación mental más compleja que sumar dos y dos con los dedos.

—¿Has aprendido algo, hijo? —preguntó Zeus con voz solemne, mientras la multitud de dioses escuchaba en silencio.

—Sí, padre. —La voz de Ares sonaba tan grave y oscura que a menudo costaba entender sus palabras.

—¿Te has dado cuenta de que no se puede violentar el juramento sagrado? —añadió Zeus, señalando hacia un gran cántaro de oro sobre un trípode de bronce. Allí se guardaban las gélidas aguas de la Estigia por las que juraban los dioses.

—Sí, padre. He tenido tiempo de reflexionar sobre mis faltas. Vuelvo a ti puro de toda culpa y me arrepiento de mis pasados errores.

Zeus abrazó a Ares. Sus brazos, aun siendo largos, apenas podían rodear la espalda de su hijo, y su frente sólo llegaba al hombro de aquel dios que por estatura casi podría pertenecer a la raza de los gigantes.

Y por inteligencia, añadió para sí Atenea.

Zeus hizo un gesto con la mano y una diosa subió la escalinata. Era Eos, la Aurora. Vestía una túnica blanca, bajo cuyo finísimo drapeado su carne parecía relucir. Sus ojos eran muy grandes, de un extraño color rosado, y la belleza de sus largos dedos proverbial. Como Iris, tenía alas, pero las suyas eran blancas y plumosas, y ahora, al ver a Ares, las recogió a la espalda con una tímida sonrisa.

—Ha llegado la hora de que sientes cabeza, hijo —dijo Zeus—. Por ello, he escogido para ti a Eos. No podrás quejarte, pues hay pocas mujeres en el mundo, sean diosas o humanas, que puedan compararse a ella.

Ares frunció el ceño aún más, y Atenea casi pudo escuchar cómo rechinaban los engranajes de su mente.

—¿Casarme? ¿He de casarme, padre?

—Y ser fiel a tu esposa, Ares. Sí —insistió Zeus, golpeando el hombro de Ares.

Los cables metálicos de su mano artificial arrancaron algunas chispas al rozar con el hierro de la armadura, y Ares dio un

respingo. Hefesto soltó una risita ahogada. Atenea le miró y sonrió, cómplice. Era obvio que el herrero no sentía ningún cariño por su hermanastro. Pero luego su mirada resbaló sobre Hefesto y se fijó en Afrodita. Sus ojos verdes estaban fijos en Eos y destilaban odio. Podía parecer paradójico en la diosa del amor, pero Atenea sabía que era difícil encontrar a alguien capaz de odiar con una pureza tan primordial como Afrodita. No le aventuraba nada bueno a la pobre Eos.

—Como tú digas, padre —se resignó Ares.

—Más adelante hablaremos de los detalles de la boda. Ahora siéntate, hijo, pues tenemos otras cuestiones que tratar.

Cuando Ares acomodó su corpachón en el asiento de mármol, los demás dioses le aplaudieron en señal de bienvenida. Pero, salvando a Afrodita, no se notó gran entusiasmo en los aplausos de los grandes. Poseidón se limitó a batir las palmas dos veces. No en vano él se había ofrecido como garante de que Ares pagaría a Hefesto una compensación, y la conducta del dios de la guerra le había dejado en evidencia.

La diosa Hebe sirvió ambrosía en una gran copa de oro. Los olímpicos la fueron pasando de unos a otros, bebieron unos sorbos e hicieron votos por el futuro de Ares. Este fue el último en tomar la copa de manos de su hermana Hebe. Cuando apuró lo que quedaba, sus manos temblaron, como las de un mortal borrachín que bebe su primer vino del día.

Tras la libación, Zeus declaró que había llegado el momento de atender a las peticiones de sus súbditos, lo cual era tanto como decir de todos los moradores del mundo. Iris anunció que Ticio, embajador de los gigantes, quería presentar una súplica. El rey de los dioses hizo una mueca de disgusto, pero asintió. Ares se removió en la silla, y Apolo se puso en pie y se acercó con su paso elástico al trono de Zeus.

—¿Vas a dejar que alguien de esa estirpe mancille con sus pies este lugar, padre? —preguntó, con su voz clara y suave como la

plata.

Apolo les guardaba rencor a los gigantes porque muchos años atrás habían roto la muralla que aislaba su amada Hiperbórea de los fríos del Norte y habían incendiado un bosque consagrado a su persona.

—Conozco tu odio por esa raza, hijo. Pero no dejes que te ciegue ahora. He jurado que recibiría a Ticio como embajador de los gigantes.

Ticio se acercó a ellos. Los dioses le abrieron un pasillo mucho mas amplio que el que habían dejado para Ares. El gigante lo necesitaba. Medía doce codos, aunque había otros de su especie aún más altos. Los gigantes nacían con el tamaño de un bebé humano y con la piel un poco más gruesa. Pero ya nunca dejaban de crecer, y conforme lo hacían su pelo y su vello se iban transformando en hierba y ramaje y su carne en una sustancia que cada vez tenía menos de carne y más de roca. Cuando llegaban a aquella fase de su desarrollo eran conocidos como pétreos, y resultaban casi invulnerables a las armas de bronce, y aun a las picas de acero si no las manejaba la mano de un dios poderoso. Y luego estaban los Quince, como Ticio, los primeros de su raza, que habían nacido de las gotas de sangre derramadas por el miembro mutilado de Urano.

Gobernados por el cruel Alcioneo, aborrecían a los dioses, pues se consideraban preteridos por ellos en el reparto del mundo.

La piel rocosa de Ticio se veía gris y arrugada como la de un rinoceronte. Aunque los gigantes solían ir desnudos, para la ocasión se había atado a la cintura algo que bien podría ser la vela de una barca de pesca. Del pecho le brotaba un pelambre que parecía retama y su enmarañada cabellera tenía el color y la textura de las algas que la marea abandona en la playa. En su rostro, ancho y brutal, destacaba una nariz enorme con las fosas tan abiertas como los ollares de un caballo venteando a una yegua en celo. El suelo temblaba bajo sus pies.

—Debe pesar como cuatro bueyes —susurró Hefesto—. ¿Tú crees que lo habrán subido en un carro alado?

—Dudo que ningún carro pueda con él —repuso Atenea. Sin duda, el gigante había subido desde la Crépide por la banda móvil del puente del Arco Iris, el ingenio ideado por el propio Hefesto que ahorraba una penosa ascensión a los visitantes del Olimpo.

Ticio, escoltado por veinte Consagrados, se detuvo a diez pasos de Zeus.

—Te saludo, Ticio, hijo de Gea —dijo Zeus—. ¿Qué te trae a la morada de los dioses?

El gigante saludó con una torpe reverencia que le hizo chirriar la cintura y el cuello.

—Yo te saludo, Zeus, hijo de Cronos, rey de hombres y dioses.

—Y también de los gigantes. No lo olvides.

Por debajo de sus abultados arcos ciliares, los ojos de Ticio clavaron una torva mirada en Zeus.

—Traigo una petición de mi pueblo.

Los dedos de Zeus tabalearon sobre el trono de basalto. No le había agradado que el gigante no reconociera su soberanía.

—En ese caso, házmela saber. No tenemos todo el día.

—Necesitamos más tierras —declaró el gigante, y se cruzó de brazos. Un gesto que nadie se atrevería a adoptar ante el rey del Olimpo.

—¿Más tierras? ¿Acaso las que os concedí en su momento no os bastan? Tenéis desde el país de los agatirsos hasta las murallas de Hiperbórea. Una tierra mucho más vasta que Grecia, Egipto, Siria y Hatti juntos. ¿Para qué queréis más? ¿Es que acaso ahora los gigantes se reproducen como conejos?

Una carcajada general saludó las palabras de Zeus. Pero a Atenea le sonó débil y nerviosa, como el chillido de un ratón.

—No somos más que antes. Pero necesitamos tierras al otro lado del Istro —insistió Ticio—. Las nieves no dejan de crecer en el norte.

—A los gigantes os gusta el frío.

—No tanto frío. Los inviernos cada vez son peores. El último fue terrible. Los glaciares bajan de las montañas y ya no dejan ver la roca debajo del hielo. La capa de nieve es tan gruesa que cinco pétreos quedaron sepultados mientras dormían y nunca los volvimos a encontrar.

—Hace falta mucha nieve para tapar a un gigante —murmuró Hefesto.

—Chsss —le reprendió Atenea.

—No os puedo conceder eso —dijo Zeus—. Esas tierras pertenecen a los hombres. Allí moran los agatirsos, los getas, los escitas y también las amazonas.

—Tú déjanos cruzar el Istro. Nosotros nos encargaremos de ellos —dijo Ticio—. Les aplastaremos las cabezas y las costillas, y esclavizaremos a las amazonas para que nos calienten la comida y el lecho.

Ares saltó como un resorte. Las amazonas eran sus descendientes.

—¡Déjame que le arranque los brazos a ese insolente, padre! —rugió, avanzando hacia el gigante, que adelantó los brazos en posición de lucha.

—¡Detente ahora mismo! —ordenó Zeus.

A su pesar, Ares se quedó clavado. Cuando Zeus quería, su voz retumbaba como un trueno. El padre de los dioses señaló a la tinaja de oro. De su boca se había levantado una nube de vapor, que se condensó en forma de un rostro femenino cubierto por una capucha que ocultaba sus ojos.

—Aunque sus palabras sean un ultraje, he jurado por Estigia que respetaría la vida de este embajador —dijo Zeus—. ¿Quieres violar un juramento por segunda vez? ¡Siéntate ahora mismo!

A regañadientes, Ares volvió a su sitio, no sin antes dedicarle al gigante un gesto grosero. Zeus le miró con enojo, y luego se dirigió de nuevo a Ticio.

—No cruzaréis el río Istro, ¡oh, hijo de Gea! Ahora que ya has declarado vuestras intenciones, yo os digo: si ponéis un pie en las aguas de ese río, si les tocáis un solo cabello a los humanos, que son mis protegidos, aniquilaré a toda vuestra raza.

—Eres un ingrato, hijo de Cronos. Nosotros, los Quince, te ayudamos a levantar este palacio cuando tu lucha contra los titanes lo dejó destrozado. ¡Trabajamos como esclavos para ti acarreando mármol, granito y madera durante treinta años!

—Y yo os regalé a cambio vuestras tierras.

—Querrás decir que nos desterraste. Nos diste un erial yermo y frío para apartarnos de tu vista. ¡Y en cambio reservaste lo mejor de las tierras para los humanos, esos advenedizos que jamás han hecho nada por ti!

—No oses provocar mi cólera, o ni siquiera el sagrado juramento de Estigia te protegerá, gigante —dijo Zeus, poniéndose en pie y levantando a medias la mano derecha. Sus dedos empezaron a chisporrotear.

—No me amenes y dame una respuesta, Cronida.

A su pesar, Atenea tuvo que admirar el temple del gigante, que, rodeado de dioses y en el corazón del Olimpo, no se amilanaba.

—¿Es que los sesos se te han vuelto también de piedra? —dijo Zeus—. Mi respuesta es ésta: No. Vuelve ahora mismo con los tuyos. Te doy tres días a partir de ahora para que cruces el Istro. Si no, daré permiso a mis hijos para que te cacen como vulgar alimaña.

—Nada me haría más feliz, padre —dijo Apolo, acariciando su arco de oro.

—Tú lo has querido, hijo de Cronos —dijo Ticio, mientras los Consagrados se daban la vuelta para escoltarlo fuera de allí—. ¡Si subestimas la ira de mi pueblo, será tu perdición! Ahora me voy, pero te digo: nosotros, los gigantes, sabemos tomar lo que es nuestro.

El gigante se marchó, haciendo retemblar el suelo con furia. Hubo unos minutos de silencio, hasta que su figura se perdió por el puente que llevaba a la Aguja Sudeste.

—¿Vas a consentir que te humillen en público? —dijo Hera. No había alzado la voz, pero los grandes dioses y Hebe, que de nuevo estaba escanciando ambrosía, pudieron oírla perfectamente—. ¿Dónde queda tu autoridad?

—Nadie me ha humillado —respondió Zeus—. El gigante no ha obtenido la respuesta que pretendía.

—¡Sólo habría faltado eso, que se plantara aquí para amenazarte y encima te hubieras plegado a sus exigencias!

Zeus apretó sus dedos, a medias carne y a medias metal.

—Basta ya, Hera —masculló—. Llegado el momento, tomaré mis medidas. Pero no es a ti a quien debo dar cuenta de ellas.

—Claro que no. ¿Por qué habrías de hacerlo? Sólo soy tu hermana y tu legítima esposa.

—En cuanto a lo segundo, eso tiene remedio. —La amenaza de Zeus hizo respingar a Hera—. ¡Y ahora, cállate! Todos nos están mirando.

Hera aparentó obedecer, pero su sonrisa era de triunfo. Había conseguido sacar aún más de sus casillas a Zeus, que era lo que pretendía.

La audiencia prosiguió. Quedaban peticiones que atender, todas inquietantes. Tres de las ninfas melíades venían en representación de su raza. Altas y delgadas como juncos, con las pieles pintada de verde y vestidas de corteza de árbol, se quejaron de que los hombres se dedicaban a talar e incendiar las fresnedas donde moraban, para fabricar lanzas con las ramas y luego roturar las tierras.

—Tomaré en consideración vuestras quejas —dijo Zeus, con aire ausente. Era obvio que su mente seguía puesta en el desafío del gigante.

Después se presentó el sabio Quirón, el dios-centauro. Sus acusaciones eran parecidas a las de las melíades. Los hombres quemaban las espesuras donde vivían, y tampoco les dejaban libres los pastos, pues los rodeaban con cercas y muros y disparaban sus flechas contra los centauros que se aventuraban a entrar en ellos.

—Lamento decir, noble hijo de Cronos —añadió—, que no nos hace felices comprobar que los humanos quieren convertirse en una especie de falsos centauros. Bastante humillación es que esas innobles criaturas se atrevan a uncir a sus carros a nuestros nobles parientes y los fustiguen. Pero ahora osan hacer algo aún más pervertido. Los hombres y, aún peor, ¡las mujeres! se atreven a montar a horcajadas sobre los lomos de los caballos.

El gesto de Zeus delataba cada vez mayor cansancio. Aunque escuchaba y asentía, su mente parecía estar en otra parte. Los hombres, los hombres, pensó Atenea: ése era el problema. Zeus había decidido favorecerlos porque parecían la raza más débil de todas. Pero luego, al crecer en número como las arenas de la playa y volverse fuertes, se habían hecho insolentes.

Los hombres, creados a imagen y semejanza de los olímpicos. Atenea también los amaba, pero no podía negar que su desmesurada ambición empezaba a ser un problema muy grave.

—Noble Quirón —contestó Zeus con sincero aprecio—, puedes volver con los tuyos y tranquilizarles. Sabré encontrar una solución para que todas las razas que moran bajo el cielo convivan en paz y armonía.

El dios-centauro agachó la cabeza.

—Confío en tu sabiduría, hijo de Cronos. Pero los más jóvenes de entre los centauros están deseando declarar la guerra a los humanos. Si las cosas siguen así, no sé cuánto tiempo podré contenerlos antes de...

Un agudo relincho interrumpió las palabras de Quirón. Todos alzaron la cabeza hacia el cielo al reconocer el reclamo de un hipogrifo. Un carro alado que venía desde el sur bajaba desbocado

hacia los dioses. Nadie, salvo Zeus, tenía permitido sobrevolar aquellas terrazas del Olimpo. El rey de los dioses se puso en pie y bajó los escalones del estrado con gesto contrariado, alzando la mano derecha para fulminar al insolente. Pero Atenea reconoció el carro y corrió hacia Zeus para sujetarle el codo.

—Tranquilo, padre. Es Zagreo —susurró.

—¡Por los anillos de Urano, ese insensato ha elegido un mal día para poner a prueba mi paciencia!

—Aguarda un momento. Si vas a castigarlo, mejor será en privado. No debes dar rienda suelta a tu cólera delante de todos los dioses.

Zeus miró a su hija a los ojos, cerró los dedos y bajó la mano.

—Tienes razón, como siempre. Pero si se ha atrevido a venir borracho otra vez, te aseguro que lo va a lamentar.

Quirón hizo una corveta y se apartó de un salto para dejar sitio a los hipogrifos. Las bestias venían tan asustadas que se posaron de golpe, el carro rebotó sobre sus ruedas y se volcó sobre las losas. El ocupante del vehículo cayó de espaldas, pero no soltó el objeto que llevaba, una caja de madera que acunaba contra su pecho. Atenea, que gozaba de una memoria perfecta, lo reconoció. Era Glauco, uno de los numerosos hijos del rey de Creta, y no precisamente el mejor guerrero entre ellos.

Zeus, Atenea y Apolo se acercaron al carro, mientras entre la multitud de dioses corrían murmullos y comentarios. Atenea agarró al hombre por los brazos y lo levantó. Tenía los labios amoratados de frío, escarcha en las cejas y el cabello y tiritaba sin control.

—¿Qué significa esto, mortal? —preguntó Zeus—. ¿Qué haces tú en el carro de un dios?

Glauco intentó contestar, pero estaba tan atarido que era incapaz de pronunciar palabra. Atenea lo zarandeó.

—Déjame a mí —dijo Apolo.

El dios sanador le puso la mano en la cabeza y salmodió algo. Sus dedos se iluminaron como si el icor que corría por ellos fuera

incandescente. La escarcha del pelo de Glauco se fundió, sus labios recobraron el color y poco a poco dejó de tiritar.

—Mi señor... padre de los dioses —articuló por fin—. Ha sido horrible. Él me ha obligado a traer esto.

—¿A qué te refieres?

—Lo que hay en la caja... Perdóname, mi señor... Yo no...

Zeus le quitó la arqueta de las manos y la abrió.

—¡Por las barbas de Cronos! ¿Qué infiernos es esto?

Dentro de la caja había un corazón. No era rojo como el de los humanos, sino ambarino: aquel órgano bombeaba icor de dioses en vez de sangre. Arrancado de su pecho, aún seguía latiendo en vano. Zeus cerró la tapa y dirigió a Glauco una mirada tan terrible que ni una Gorgona habría logrado superarla.

—Es Za-Zagreo —dijo Glauco—. Es su corazón.

—Ya veo que es un corazón. ¿Dónde está el resto de mi sobrino?

—Él lo hizo, mi señor.

—¿Quién? ¿De qué demonios hablas?

—Tifón, mi señor. Tifón se ha comido al dios Zagreo...

Zeus apretó los ojos. Atenea creyó ver una lágrima en ellos, pero sólo fue un reflejo momentáneo. Después, las cejas de Zeus se juntaron y un trueno estalló a lo lejos.

No sé quién es ese Tifón, pensó Atenea. Pero no me gustaría estar ahora en su pellejo.

Padre, sobrano y amante

La asamblea terminó de forma caótica. Las amenazas del gigante y las quejas de ninfas y centauros habían excitado la curiosidad de las divinidades, pero nada había causado tanto efecto como la irrupción del carro alado conducido por un auriga mortal. Aunque Zeus prohibió hablar a todos los que habían escuchado de cerca las palabras de Glauco, para cuando cerró la caja que contenía el corazón de Zagreo ya corrían comentarios de lo ocurrido entre las Musas y las Carites, y desde allí alcanzaron los últimos rincones del Buleuterión. Los dioses no querían disolver la asamblea de ninguna manera, aunque Zeus ya se había retirado al interior del palacio del Cranón. Atenea tuvo que acudir de un lado a otro desmintiendo rumores, disolviendo corrillos e insistiendo en que cada divinidad debía volver a su morada.

—¿Es verdad que un monstruo ha devorado a Zagreo? —le preguntó un sátiro de orejas puntiagudas.

Atenea se dio cuenta de que los demás dioses del círculo esperaban su respuesta con espanto, pero también con curiosidad morbosa. Había muy pocas cosas que pudieran amenazar a los inmortales, y menos a los que se sentaban entre los grandes.

—¿Quién os ha contado esa tontería? —respondió—. Volved a vuestro hogar tranquilos. El padre Zeus nos protege a todos.

Después tomó su propio carro para llevar a Quirón al pie del Olimpo, por ahorrarle la bajada por el puente del Arco Iris. Durante todo el trayecto, el viejo dios-centauro estuvo quejándose con fatigosa insistencia de los malos tiempos que corrían. Cuando

Atenea lo dejó por fin en el camino que llevaba a Macedonia, Quirón se despidió con un último comentario.

—Los humanos montados a caballo. ¡Hasta dónde vamos a llegar!

Atenea, cansada de discutir con unos y otros, no contestó. Sabía que a algunos dioses, como su tío Poseidón, que a pesar de reinar en el mar era muy aficionado a los caballos, les parecía un sacrilegio que los humanos se atrevieran a aposentar sus nalgas sobre los lomos de aquellos nobles animales. Pero ella no acababa de comprender la razón, ni qué tenía que ver eso con que se perdiera también el respeto a los dioses.

Tras dejar a Quirón, Atenea volvió a su morada. Allí dejó que su criada Frixia la bañara y la ayudara a vestirse. Esta vez escogió un sencillo peplo. La sirvienta no hacía más que mirarla sin parpadear, como si quisiera decirle algo.

—¿Pasa algo, Frixia?

—Nada, señora. Sólo que se comenta que ha ocurrido algo grave.

—Son asuntos de dioses, Frixia. No tienes por qué preocuparte.

Pero los ojos de la criada seguían fijos como los de una lechuza, el animal consagrado a su ama.

—Mi señora eligió una ropa preciosa para la asamblea de los dioses. ¿Cómo no me dijo nada? Debió ser muy difícil abrocharse sola todos los botones de los hombros.

—Nada es difícil para Atenea. Y ahora déjame sola. Tengo que pensar.

Frixia salió en silencio. *Mujer entrometida*, pensó Atenea. ¿Sospecharía que alguien había compartido el lecho de su ama esa misma noche? No le agradaba el énfasis con que había subrayado la palabra *so/a*.

Terminó de arreglarse en el telar, mientras inspeccionaba un tapiz a medio hacer. Lo estaba tejiendo para la boda de Procris, hija de Erecteo, el rey de Atenas. La escena que en él se representaba

no habría sido del agrado de Poseidón, pues aparecía ella misma en actitud de clavar la lanza en el suelo de la Acrópolis, mientras Poseidón enarbolaba su tridente para hacer brotar el manantial de agua salada.

Ya vestida, se dirigió al palacio de su padre, atravesando el laberinto de salas y pasajes del Olimpo. Por encontrarse con menos dioses, caminó por una pasarela exterior que bordeaba la Aguja Sur. A sus pies, miles de codos más abajo, se había abierto un pequeño claro en la sempiterna capa de nubes que separaba Pirgos de la masa rocosa del monte, y por él se vislumbraba el reflejo dorado del sol en las cúpulas de Hieróptolis. La visión de la ciudad de los hieródulos le recordó a su criada. ¿Cuántos años llevaba Frixia con ella? No estaba muy segura, pero no debían quedarle demasiados para cumplir los ciento veinte y dormir el sueño eterno.

En cualquier caso, calcular los años de la vida de un humano era una pérdida de tiempo para una diosa.

Atenea giró a la derecha y abandonó la pasarela para seguir por una galería acristalada. Su camino la condujo a un patio rodeado por columnas de mármol rosado. Esperaba encontrarlo vacío y se dispuso a atravesarlo. Pero la celosía que cubría uno de sus lados le tapaba la vista, de modo que cuando bajó la escalinata que llevaba al jardín se topó de improviso con un grupo de diosas que compartían un refrigerio alrededor del estanque. Allí estaban Hera y Deméter, junto con la silenciosa Hestia, que se había cubierto con un velo azafrán para que la luz del sol no cayera sobre su cabeza. Era raro ver a las tres hermanas juntas.

También estaba Perséfone, que no parecía muy afectada tras haber visto cómo la única parte de Zagreo que llegaba a la asamblea de los dioses era el corazón. Atenea sabía que las reacciones de su hermanastra eran, cuando menos, excéntricas, y que la familiaridad con el mundo de los muertos la había vuelto aún más fría e insensible; pero en cualquier caso se trataba de su hijo, y de un dios, no de un simple humano.

Vio además a Iris y a Angelia, una joven diosa, hija de Hermes, que ejercía de mensajera como su padre. También a Hebe, que tras escanciar ambrosía a las demás se había sentado junto a su madre Hera y removía con el dedo la bebida de su copa. Un poco más apartada, Ártemis se había acucillado junto a un estanque para observar a los peces de colores.

Cuando apareció Atenea, todas se callaron.

—Discúlpame, Hera —dijo Atenea, inclinando la cabeza ante la reina del Olimpo—. No quería interrumpir vuestra reunión.

La esposa de Zeus le dedicó una sonrisa gélida.

—Oh, no es nada serio, querida. Sólo nos hemos juntado a charlar. Te habría invitado a esta reunión femenina, pero me han dicho que *tu padre* te ha hecho llamar. Además, ya sabemos que tu presencia es muy cara y no te agrada la charla ociosa.

A Atenea no le gustó el retintín con el que Hera había pronunciado la palabra *padre*, ni la forma en que rodeó los hombros de Hebe para demostrar que ella sí era hija del matrimonio legítimo de Zeus.

—¿Charla ociosa? ¿Vosotras? Lo dudo —dijo.

—¿Por qué? Ya sabes que nos gusta hablar de cosas inofensivas. Cosas de diosas, como bodas, perfumes, vestidos. No tienen nada que ver con el gobierno del mundo y esos asuntos tan importantes que tratáis vosotros en la Atalaya.

—Si son tan inofensivas, ¿por qué os habéis callado de golpe cuando he entrado?

—Porque estábamos hablando mal de ti, hermanita —contestó Ártemis, incorporándose. Sobre la palma de su mano, un pececillo naranja boqueaba desesperado.

Atenea lanzó la mano, rápida como un áspid, le quitó el pez a su hermanastra antes de que pudiera reaccionar y lo devolvió al estanque.

—De ti no me esperaba otra cosa. Disculpadme, pero no tengo más remedio que cruzar por en medio...

Atenea pasó entre los asientos, saludando con la barbilla a Deméter y Hestia, a quienes debía rendir respeto como Segundas Nacidas. Cuando subía la escalerilla que salía del jardín, oyó la voz de Artemis a sus espaldas: «Machorra».

¿Y se atrevía a llamarla machorra? ¿Ella, que se bañaba desnuda con sus ninfas a la luz de la luna, y que sólo era virgen si se entendía como tal no haber admitido el miembro de un hombre entre sus piernas? *Quién va a hablar.*

En cualquier caso, no creía en la excusa de Ártemis. ¿Que estaban hablando mal de ella? Era muy posible. De aquel grupo, tan sólo se llevaba bien con Deméter y su hija Perséfone, y aún así dudaba de que la apreciaran tanto como para defenderla de las críticas ajenas. Pero su intuición le decía que aquélla no era la razón, que a Ártemis se le había ocurrido esa insolencia para salir del paso. Algo debían de traerse entre manos cuando incluso la elusiva Hestia se había reunido con ellas.

Aún no habían acabado los encuentros. El dédalo de galerías la llevó a un mirador semicircular que se asomaba al oeste. Allí, tumbada en una camilla forrada de cuero y con la cabeza apoyada en la barbilla, Afrodita contemplaba el paisaje. Aunque aquél era un sitio de paso, la diosa del amor, entre cuyas virtudes no se hallaba el recato, estaba tan desnuda como cuando surgió de las olas. Su piel era más dorada que blanca, y poseía un cuerpo voluptuoso que enloquecía por igual a hombres y dioses. Salvo a Zeus, que por alguna razón nunca se había acostado con ella. Era curioso, pensó Atenea. Entre ambos habían fornicado con todo el Olimpo y con media tierra, pero se mantenían apartados el uno del otro.

Dos hieródulos atendían a la diosa, masajeando sus piernas y su espalda con una mezcla de aceite, mirto y ambrosía. Al ver entrar a Atenea agacharon la cabeza y se ruborizaron, pues el embrujo de Afrodita era tan poderoso que se notaba en sus túnicas levantadas.

—¿No crees que tendrías más intimidad en tus aposentos? —preguntó Atenea, molesta de encontrarla así.

Afrodita se giró sobre un codo. A Atenea le turbó un poco verle los pezones, pintados de un rosa carmesí.

—¿No estás en la reunión de las comadres?

—No me han invitado. ¿Cómo es que a ti tampoco?

—Ya sabes que no me tienen simpatía —dijo Afrodita, sin lamentarlo. Como tantos otros dioses, no necesitaba demasiado la compañía de los demás. En su caso, le solía bastar con la contemplación de su propia belleza—. Ésas andan tramando algo. Te lo digo yo.

Lo mismo sospecho yo, pensó Atenea, pero se lo calló. Miró a su alrededor. De una percha colgaba la ropa de Afrodita, pero no estaba allí el célebre ceñidor que se ponía bajo la túnica para realzar su busto; precaución innecesaria, pues los divinos pechos se erguían enhiestos por sí solos y seguramente seguirían así mucho tiempo.

—¿Y tu ceñidor? ¿Has vuelto a prestárselo a Hera?

—¿A esa bruja? De ninguna manera. Es una desagradecida. —Sonrió picara y añadió—: No, es para otra diosa.

—Espero que no pretenda usarlo para seducir a Zeus. No creo que a mi padre le haga gracia que alguien intente repetir el mismo truco una segunda vez.

—¡Oh, no tengo el menor interés en saber para quién lo quiere mi amiga!

—¿A quién se lo has prestado?

—No te lo voy a decir. Sé guardar un secreto.

—Seguro.

—Es mejor así. De esa manera sabrás que, si alguna vez me quieres confiar algo, no se lo contaré a nadie.

Atenea enrojeció. Sentado en el alféizar del mirador había un extraño bebé en el que hasta entonces no había reparado. Tan sólo vestía un pañal blanco, y del hombro le colgaba la cinta de un carcaj. Lo llevaba vacío, pues hacía poco que Zeus le había castigado por usar sus flechas contra otros dioses. Aquel bebé

perpetuo, que parecía abanicarse con las alitas blancas y que solía mirar a todos con los ojos entrecerrados en un gesto de enojo, no era otro que Eros. Afrodita había aparecido con él cuando llegó al Olimpo desde la isla de Chipre. Ella aseguraba que era su hijo, y él, con la media habla de quien apenas tiene dientes, la llamaba «madre». Pero Hefesto aseguraba que no era así.

—Ese crío es más viejo que todos nosotros —decía—. Si no hubiera existido desde el principio, ¿cómo se habría enamorado Urano de Gea?

Eros a veces obedecía a Afrodita, pero más a menudo se dejaba llevar por su propio capricho. Guardaba un arsenal de flechas de oro aguzadas que provocaban un enamoramiento irresistible en quienes recibían su herida; pero también tenía un buen puñado de dardos de caña con la punta de plomo embotada que causaban el efecto contrario. Muchos dioses habían sufrido por su más que dudoso sentido del humor, y sobre todo Apolo, que había amado en vano a Bolina, Ocíroe y a Dafne, y que había sufrido la humillación de que Marpesa despreciara su amor para elegir el de un mortal.

Atenea había amenazado a Eros con terribles represalias si se acercaba a ella, y la advertencia había funcionado. Hasta ahora.

¿Y si...? Atenea espantó aquel pensamiento. No podía ser. No eran los dardos de Eros los que la habían impulsado a acostarse con Ganimedes, sino el enojo con su padre, y tal vez la curiosidad y el anhelo de aquel goce que todos los demás conocían. Pero ella no estaba enamorada, no deseaba compartir su tiempo ni su morada con aquel mortal, por bello que fuese. Sólo tenderse desnuda junto a él, acariciar su cuerpo, besar sus labios jugosos, anudarse con sus piernas...

Atenea se dio cuenta de que había apretado los muslos y un calor líquido le subió por el vientre. En ese momento, Eros batió las alas con la velocidad de un colibrí y se acercó a ella olisqueando como un cachorro de sabueso.

—¡Huele a mí! —chilló con su media lengua—. ¡La virgen huele a mí! ¡La diosa *guededa* huele a Eros!

—¡Aparta de aquí! —le dijo Atenea, dándole un manotazo en la cabeza.

Eros se posó sobre la espalda de Afrodita y se abrazó a su cuello.

—¡*Mad'e!* ¡Atenea me ha pegado!

—¿Qué ha olido mi hijo, Atenea? —dijo Afrodita—. ¿Te has excitado de verme desnuda? A ver si tú vas a ser doncella a la manera de Ártemis.

—No digas estupideces.

—Hablando de Ártemis, ¿sabes que me pidió hace unos días la red mágica con la que mi marido me atrapó en la cama? ¿Qué diablura crees que pretenderá hacer con ella? —Afrodita chasqueó la lengua—. Vaya, vaya, parece que a las diosas vírgenes les empieza a picar la entrepierna.

Atenea se enfureció.

—Cállate de una vez, y mantén a tu maldito hijo lejos de mí si no quieres que adorne mi Égida con sus alas. ¡Y haz el favor de vestirme o ir a tus aposentos!

Se fue de allí, seguida por las carcajadas burlonas de Afrodita. No, se dijo. Eros y su madre no podían saberlo. No podían adivinar que ya no era virgen. Pero, ¿acaso no eran éstos sus dominios, los del sexo y el amor?

Por fin, Atenea llegó al Cranón. Sobre la mole blanca del palacio se alzaba un estilizado pilar negro, rodeado por una escalera de caracol. Al pie de aquella columna hacía guardia un pelotón de Consagrados, que se apartaron al paso de Atenea y entrechocaron lanzas y escudos con marcialidad. La diosa subió los treinta codos de escaleras hasta salir a la terraza que rodeaba el santuario privado de Zeus. En aquel lugar, conocido como la Atalaya, el rey de

los dioses tenía una pequeña alcoba asomada al oeste, en la que llevaba durmiendo desde que discutiera con Hera, y también un despacho donde recibía a los dioses más allegados. El conjunto formaba un pequeño domo, cubierto por una cúpula de losas doradas y rodeado por una balconada circular desde la que se dominaban los cuatro puntos cardinales.

Atenea pasó al despacho de su padre. En aquella estancia no abundaban los muebles. Aparte del sitial de piedra del propio Zeus, bajo el centro de la cúpula había una gran mesa circular con un fino mosaico que representaba todas las tierras del mundo. El resto de la decoración era un cuadro colgado del tabique que separaba el despacho de la alcoba y cubierto por un lienzo. Atenea sabía que era un espejo porque el paño se había resbalado una vez, pero Zeus se había apresurado a ponerlo de nuevo en su sitio y ella no se atrevió a hacer preguntas.

El señor del Olimpo la esperaba sentado en el sitial, mientras removía pensativo el vino en una copa de jade con asas de plata.

Al hacerlo, las fibras de sus hombros masivos se contraían como drizas. A Atenea siempre la habían fascinado los músculos de su padre. Tenía una fuerza colosal, tanta que era capaz de partir una gruesa plancha de mármol entre tres dedos de su mano izquierda. Un día que había bebido más de la cuenta, se jactó ante su familia: «Colgad del cielo una cadena de oro y agarradla entre todos, dioses y diosas. Aún así, por más que tiréis y os esforcéis no conseguiréis sacar del cielo a Zeus, el amo supremo. Pero si yo me decido a tirar de ella, os levantaré a todos vosotros, junto con la tierra y el mar, enrollaré la cadena en un pico del Olimpo y todo quedará suspendido en el aire. En tanto os supero a los dioses y a los hombres.» Los demás le rieron la ocurrencia, pero él se la tomó en serio y ordenó a Hefesto que forjara una cadena lo bastante sólida para tal menester. Por suerte, al día siguiente había olvidado la baladronada.

—¿Te pasa algo, padre? —preguntó Atenea, al verlo tan meditabundo.

—¿Tú crees que soy un tirano? —respondió él.

Ella se acercó y se sentó junto a sus rodillas, buscando los ojos de su padre, que seguían fijos en la copa.

—¿Por qué dices eso?

Él la miró, por fin. El azul de sus ojos parecía más pálido que otros días.

—Ayer maté a un hombre. Mientras agonizaba, me dijo que era un tirano, pero que mi tiranía expiraría antes de una luna. No consigo olvidar esas palabras.

—¿Cómo era ese hombre? ¿Merece respeto lo que dijo?

Zeus pareció pensárselo, como si su hija le hubiera revelado un enfoque distinto del asunto.

—Era un hombre cruel —dijo después de un rato—. Le castigué porque despreciaba las sagradas leyes de la hospitalidad. Delante de mí sirvió a sus invitados carne de crías humanas, y no contento con eso asesinó a uno de sus propios huéspedes.

—Entonces, ¿por qué tener en cuenta las palabras de un hombre tan abominable?

—Hasta un hombre cruel puede decir la verdad. Urano, mi abuelo, gobernó como un tirano, y mi padre Cronos no se comportó mucho mejor que él. Los dos creían que podían obrar a su antojo. Para ellos, todas las criaturas que poblaban el mundo estaban al servicio de sus caprichos. ¡Ni siquiera respetaban a sus propios hijos! Yo soy su descendiente y su sucesor. ¿Y si he heredado su conducta?

—Tú no eres como ellos, padre.

Era cierto que Zeus obraba a menudo siguiendo sus caprichos. Pero ahora, al verlo desmoralizado, Atenea comprendió que lo único que necesitaba era que le escucharan y le dieran la razón.

—Yo no creo que Tique me haya destinado la soberanía del mundo para servirme de él. No, yo tengo una misión. ¿Sabes cómo

era todo cuando yo nací?

Atenea asintió. Zeus prosiguió, con la mirada ausente.

—El mundo era un lugar de fuego y de hielo. Siempre cambiante, catastrófico. Estaba dominado por los violentos titanes y por otras criaturas innombrables y aún más aterradoras. Tuve que encerrarlos a todos en el Tártaro, salvo a aquellos de los titanes y su prole que me juraron fidelidad. ¿Te he contado que en aquel tiempo, hasta que cargué a Atlas con la bóveda del cielo, ni siquiera los días y las estaciones tenían la misma duración? Los campesinos se habrían vuelto locos intentando seguir un calendario. Pero por entonces ni siquiera había campesinos, y los hombres malvivían recolectando y cazando lo que podían. ¡Y algunos cretinos se atreven a llamar a aquel tiempo la Edad de Oro!

»Mucho me costó poner orden, y poca ayuda he recibido de mis hermanos en esa tarea. ¿Qué han hecho en todo este tiempo? Quejarse, siempre quejarse. Mi hermano Poseidón no sólo permite que sigan pululando monstruos en los mares, sino que él mismo se dedica a engendrarlos, creyendo que yo no sé lo que pasa en su reino. Y de Hades... Para qué hablar de ese resentido que ni siquiera se contentó cuando le ayudé a casarse con Perséfone. ¡Me conformo con que mantenga vigilada la puerta del Tártaro y no deje que los titanes y otras criaturas peores se desparramen por la tierra!

—¡Aquí estamos, padre! —le interrumpió el vozarrón gutural de Ares, que entraba en la sala seguido por Hermes y Apolo.

Zeus se quedó sentado, pero Atenea se apresuró a levantarse del suelo. Ares sonrió burlón al verla junto a las rodillas de su padre. El dios de la guerra venía ataviado con su armadura, pero en vez de su gran hacha de bronce llevaba al costado una espada de hierro de dos codos. Al parecer, se había modernizado.

Por fin, Zeus se levantó del sitio, y abandonó el tono casi plañidero que había utilizado con Atenea. Volvía a ser el señor del mundo, el dios que tomaba decisiones instantáneas. Ordenó a sus hijos que rodearan el mapa y señaló una zona al norte del Olimpo.

—Quiero que vayas aquí, Ares. Alistarás un ejército y detendrás a los gigantes en cuanto crucen el río Istro. Sin duda, lo harán por este punto.

Zeus señaló un recodo del Istro, muy al norte del Olimpo. Atenea no conocía demasiado esas tierras, pero comprobó que aquel meandro estaba a la salida de un desfiladero por el que bajaba la ruta de Hiperbórea.

—¿Detenerlos? ¿Es que acaso se han puesto ya en marcha?

—¿Crees que han mandado a su embajador para pedirnos permiso de verdad? No, Bóreas me ha informado de que ya tienen ultimados los preparativos para avanzar hacia el sur. Lo único que pretendían hoy era romper hostilidades, y sembrar el miedo y la división entre los dioses menores aprovechando que la simple visión de un gigante les aterroriza.

—Bah —masculló Ares, abriendo su enorme manaza—. Si me hubieras dejado, habría convertido a ese fanfarrón en cascajo. ¡Ni cien gigantes juntos son rivales para el señor de la guerra!

—No deberías subestimar a los gigantes, hermano —dijo Hermes—. ¿O tal vez no deberías sobreestimarte tanto a ti mismo?

Ares le lanzó un revés que zumbó inútil en el aire, pues su hermano se había materializado al otro lado de la mesa.

—¡Nadie ha pedido tu opinión, dios de los cobardes!

—¡Vosotros dos, basta! —les amenazó Zeus, a quien mortificaban las desavenencias entre sus hijos. Para su desgracia, tenía trabajo de sobra reprimiéndolas—. Aunque la situación ha sido algo embarazosa —prosiguió—, me complace que Ticio nos haya amenazado con tal insolencia. Gea siempre ha defendido a esa raza de criaturas sin cerebro. Ahora con una declaración de guerra formal, tendremos la excusa que necesitamos para aniquilarlos, y a mi abuela no le quedará más remedio que aceptarlo. Quiero que los destroces, Ares. Puedes darles rienda suelta a tus perros.

Fobos y Deimos. Aunque caminaban a dos patas, todos los dioses los conocían como *los perros de la guerra*, dos criaturas

espantosas de cuya compañía sólo parecía disfrutar el propio Ares.

—Descuida, padre. Cuando termine con los gigantes, usaré sus pedacitos para construirte un castillo y un templo.

Al pensar en el honor que había recaído en su hermanastro Atenea se mordió los labios. Después de cometer adulterio y violar el juramento más sagrado del mundo, Zeus no sólo perdonaba a Ares dos años antes del plazo, sino que además le otorgaba como recompensa el mando de la mayor guerra que se hubiera librado desde la Titanomaquia. Ella sabía que lo podía hacer mucho mejor que su hermanastro. Y Zeus también debía saberlo, a no ser que se estuviera volviendo senil.

¿Y si es verdad? ¿Y si Licaón tenía razón y el tiempo de mi padre está llegando a su fin?

Zeus y Ares conversaron sobre detalles logísticos. El dios de la guerra aseguró que podía movilizar a cien mil tracios y empezar la campaña en cinco días.

—Pues ponte en marcha. Baja ahora mismo a la fragua de Hefesto y encárgale picas del mejor acero, largas y pesadas, para penetrar la piel rocosa de los gigantes. Y también catapultas. ¡Luchar contra los gigantes es como derribar una muralla construida por los cíclopes!

Sin esperar más instrucciones, Ares se golpeó la coraza en un gesto marcial y salió de allí. Durante unos minutos, reinó un espeso silencio entre los demás dioses. Los ojos de Atenea se encontraron con los de Apolo. Era evidente que él tampoco aprobaba que aquella responsabilidad recayera en alguien de tan escasa inteligencia. Pero ninguno de los dos dijo nada.

—¿Qué hay de Zagreo? ¿Aún puedes resucitarlo? —preguntó Zeus.

—He dejado su corazón en manos de mi hijo Asclepio —respondió Apolo.

—¿Podrá regenerarse? —insistió Zeus.

—Es pronto para decirlo. Al menos, aún late. Lo hemos sumergido en un baño de ambrosía, pero ignoro si en él quedará suficiente esencia de Zagreo como para resucitarlo. Y si se regenera, tal vez no recuerde nada.

Regenerado y sin recuerdos, pensó Atenea. *Ése no sería el auténtico Zagreo.*

—¿Ha dicho algo más el mortal? —preguntó Zeus.

—Sí, padre —dijo Apolo—. Pero los detalles del relato son muy desagradables.

—¡Cuéntamelos!

Apolo le explicó que el monstruo llamado Tifón había abrasado a Zagreo. Zeus puso gesto preocupado al escucharlo. La carne de los dioses era prácticamente inmune al fuego. Para quemar a un inmortal haría falta tanto calor como para licuar un bloque de metal.

—Precisamente, esa criatura vomitaba hierro fundido —dijo Apolo.

—Hierro fundido... —repitió Zeus, con gesto preocupado.

Ante la mirada de horror de Glauco, a quien le ordenó que se quedara quieto y lo presenciara todo, Tifón había arrancado de cuajo los brazos y las piernas de Zagreo y los había devorado. Después, mientras el dios seguía chillando, le había abierto la caja torácica, se había comido las vísceras y le había arrojado a Glauco el corazón. La cabeza la había dejado para el final. Una vez terminado su salvaje festín, había puesto a Glauco en el carro de Zagreo y había ordenado a los hipogrifos que volaran de regreso al Olimpo.

—Pero antes le grabó un mensaje en la espalda con las garras —concluyó Apolo.

—¿Qué mensaje?

—No sé leer esa escritura —reconoció el dios.

—Yo sí —dijo Hermes—. El monstruo utilizó los signos sagrados de los egipcios.

—¿Y a qué esperas entonces? ¿Qué decía ese mensaje?

Hermes carraspeó.

—Te advierto que no te va a gustar.

—¡Habla de una vez!

—Pues dice: —Hermes engoló la voz y declamó—: «¡Oh, Zeus! Te ordeno lo siguiente, usurpador: entrega el cetro celeste, abre las puertas del Tártaro y enciértrate en aquel vasto infierno por ti mismo. En caso contrario yo, Tifón, hijo legítimo y heredero de Cronos, te arrancaré el cetro de las manos y te torturaré por el resto de la eternidad.»

Mientras Hermes recitaba el mensaje, Zeus empezó a enrojecer. Atenea temió que se tratara de un ataque de ira, pero para su sorpresa, al final estalló en carcajadas.

—¡Suerte que la espalda de ese mortal era pequeña! —dijo cuando dejó de reírse—. ¡Si no, aún habríamos tenido que escuchar más fanfarronadas! ¡Hijo de Cronos, nada menos! Como si mi padre estuviera en condiciones de engendrar a nadie... En fin, ya le arreglaremos las cuentas a ese Tifón. Ahora, lo importante es ayudar a Zagreo. No podemos permitir que un dios muera. ¿Qué será de nuestra reputación si se enteran los mortales? Pero antes de que te vayas quiero algo más de ti, Apolo.

—Lo que tú ordenes, padre.

—La expedición sagrada. —Zeus señaló una línea azul que bajaba desde el norte hasta el Olimpo y que cruzaba el Istro en el lugar donde Ares debía emboscar a los gigantes—. Ya debería haber llegado a Macedonia. Me temo que el mal tiempo la haya retrasado.

—Esa caravana está bien custodiada —dijo Apolo—. Aparte de trescientos soldados tesalios, van con ella mis hijos Doro y Polipetes.

—Aun así, me quedaré más tranquilo si el gran Apolo la escolta hasta el Olimpo.

Zeus apretó el hombro de su hijo, un gesto de cariño que a Atenea no le resultó demasiado convincente. Zeus siempre había

sentido cierta desconfianza por Apolo, que era el más apuesto de los dioses y poseía una elegancia natural a cuyo lado él a veces parecía tosco. Era fuerte, rápido e inteligente, nunca perdía la compostura, su arco resultaba infalible a menos de cinco estadios y, para colmo, podía volar por sí solo siempre que brillara el sol. Tal vez Zeus temía que algún día le disputara el poder; y si no lo temía, Hera no dejaba de repetírselo. Pero Apolo siempre le había sido fiel y cumplía sin rechistar las misiones que su padre le encomendaba, por serviles que fueran. En opinión de Atenea, Zeus cometía un error no mostrando algo más de respeto y cariño por su hijo.

—Mañana partiré cuando se levante el sol —dijo Apolo.

—Bien. —Zeus se frotó las manos—. Yo también saldré de viaje mañana. Tengo un monstruo al que aniquilar. Y tú me acompañarás, Hermes.

Atenea carraspeó.

—Padre. Has enviado a Ares a luchar contra los gigantes y quieres que Apolo proteja la expedición de Hiperbórea. ¿Por qué no me envías a mí a aniquilar a ese Tifón?

Hermes asintió con la barbilla. Al parecer, la idea de conocer al monstruo que había devorado a Zagreo no le ilusionaba demasiado.

—Eso lo haré yo mismo —respondió Zeus.

—Eres demasiado importante para tomar tu rayo cada vez que un monstruo desafía a los dioses, padre. Mándame a mí.

—Ella tiene razón —dijo Apolo—. Encárgaselo a Atenea y no te manches tú las manos. Eso te otorgará aún más gloria. En cambio, si viajas a Creta tú mismo, parecerá que admites que Tifón es un rival digno de ti y darás pábulo a su versión de que es hijo legítimo de Cronos.

Atenea miró a Apolo e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Pero Zeus no era fácil de convencer.

—Esa criatura casi ha aniquilado a un dios. No lo olvidéis.

—No me malinterpretes, padre —dijo Apolo—. No voy a criticar que concedieras un asiento a Zagreo entre los grandes. Pero su

poder era muy inferior al mío, o al de Atenea. Aunque él haya caído, ningún engendro de dragón nos cogerá desprevenidos a ella ni a mí, ni siquiera a mi hermana Ártemis.

—Gracias por mencionarme a mí —dijo Hermes, picado.

—Sabes que te aprecio, hermanito —repuso Apolo, revolviendo los rizos de Hermes—. Pero no es en la guerra donde destacas.

—Ni falta que me hace.

—Manda a Atenea, padre —insistió Apolo—. O a mí mismo, y que sea ella quien proteja la caravana sagrada.

—¡No! Esa criatura me ha desafiado delante de todos los dioses. ¡Enviarme en una caja el corazón de mi propio... sobrino! Esa humillación sólo quedará reparada cuando le corte la cabeza a ese monstruo y la cuelgue de mi carro.

—Si ésta es tu voluntad... —se resignó Atenea.

—Lo es. Vosotros dos —añadió, dirigiéndose a Hermes y Apolo—, ayudad a Asclepio y durante esta noche no perdáis de vista a Zagreo. Pese a lo que digas, Apolo, ese joven tiene futuro.

Apolo enarcó una ceja y abrió la boca. Probablemente iba a soltar un comentario irónico sobre el futuro que podía esperarle a una víscera palpitante, pero se lo pensó mejor y se marchó, seguido por Hermes.

—¿Y bien? ¿Qué más tienes que objetar? —le dijo Zeus a Atenea cuando se quedaron solos.

—No soy quién para estar en desacuerdo con tus designios, padre.

—Leo el reproche en tus ojos. ¡Habla!

—Creo que hoy ha sido un día muy ajetreado. Tal vez si duermes, mañana veas las cosas de otra manera.

—¿De qué otra manera podría verlas?

—Has enviado a Ares a luchar contra los gigantes. Es un gran honor... para alguien que cometió adulterio con la esposa de su propio hermano.

—Ha recibido su castigo por eso.

—Dos años menos de lo que tú mismo habías estipulado, padre.

—¡Oh, vamos! ¿No te parece que ocho años alejado de los demás dioses y sin probar la ambrosía son más que suficientes? Todo por ponerle los cuernos a un pobre cojo incapaz de satisfacer en la cama a su esposa.

A Atenea la indignó la injusticia de aquellas palabras.

—Ese pobre cojo cumple sus juramentos, no como Ares. ¡Y has de saber que yo podría haber mandado esa expedición, padre!

Zeus suspiró. El estallido de Atenea pareció calmarle un poco.

—Sé que podrías haberlo hecho, hija mía. Pero los tracios de Ares están más cerca del río Istro. Y sospecho que va a ser una campaña brutal. Muy del gusto de tu hermanastro. A ti te reservo para otra misión más importante.

—¿Qué misión, padre?

—Ya te la contaré, hija. Confía en mí. Y ahora, márchate. El rey de los dioses está cansado y necesita reposar.

Zeus se quedó solo, tan pensativo como antes. Comprendía la irritación de Atenea, su hija predilecta. Pero no podía explicarle que al enviar a Ares contra los gigantes no había tenido intención de recompensarle. En un duelo individual, el dios de la guerra tal vez podría derrotar a cualquier gigante, pero si lo que Zeus sospechaba era cierto, habría cientos de ellos, tal vez más de mil. Los tracios, esa patulea de bárbaros borrachos, causarían algunas bajas entre los gigantes. Pero a cambio, conducidos por un general tan temerario, lo más probable era que resultaran aniquilados.

Zeus se frotó las manos. Desgastaría a los gigantes, y con un poco de suerte se libraría de Ares. Después, él mismo guiaría a los dioses a la batalla y exterminaría a los gigantes con sus rayos. Tal vez incluso alistaría un ejército de aqueos, la mejor infantería del mundo, y le daría su mando a Atenea, para que obtuviera gloria allí donde Ares había fracasado.

No, se corrigió. Ares aún no había fracasado. Incluso cabía la posibilidad de que se equivocara y, por una vez, hiciera las cosas bien. ¡En buena hora había engendrado a esa bestia pelirroja! Por su culpa, llevaba dos años sin dormir con su esposa. El primer año fue por decisión de Hera, tras una discusión en la que insistió en que ya era hora de que Zeus perdonara a su hijo. A él no le importó tanto que se negara a acostarse con él (al fin y al cabo, había diosas y mujeres de sobra) como que se atreviese a desafiarlo y que, para colmo, todos en el Olimpo lo supieran.

Después, cuando se cumplió un año, Hera se presentó en sus aposentos vestida con un manto verde. Cuando Zeus le abrió la puerta, la diosa lo dejó caer. Debajo sólo llevaba unos zapatos de plata y el célebre ceñidor de Afrodita.

—Llevas un año sin venir por aquí —dijo Zeus.

—Y se me ha hecho eterno —respondió ella, poniéndose los brazos tras la nuca para mostrarle cómo el ceñidor rodeaba sus pechos.

—Pues se te va a hacer aún más eterno. Ahora me toca a mí. Vuelve dentro de un año.

Zeus le cerró la puerta en las narices, y Hera, muy digna, no volvió a llamar a su alcoba hasta que se cumplió otro año. Eso había sido dos noches antes. Para entonces, Zeus ya le había perdonado a Ares parte del destierro. Pero cuando Hera apareció con sus sirvientes, cargada de cofres y sacos, Zeus se dio cuenta de que no la había echado de menos.

—¿Ya ha pasado el segundo año? —preguntó con sorna.

—Sé que has llevado la cuenta de cada día —repuso ella, entrecerrando los ojos.

—Pues he debido equivocarme. Pensé que sólo habían transcurrido tres meses. ¡Se ve que el tiempo sin ti pasa volando!

Ella puso los brazos en jarras y dio una patadita en el suelo, como una niña caprichosa y contrariada.

—¿Te niegas a hacer el amor conmigo?

—No sólo eso, mi querida esposa. Me niego a que entres aquí.

—Estaba dispuesta a reconciliarme contigo, a pesar del sinnúmero de veces que me has engañado —susurró ella, destilando veneno por la mirada—. Te digo una cosa, poderoso-Zeus-que-acumulas-las nubes: nunca más volverás a poseer mi cuerpo. Y no te hagas ilusiones. ¡Tampoco volverás a poseer el de ninguna otra mujer!

Aquello había sucedido la noche antes de visitar Arcadia con Hermes. Tal vez había decidido bajar a la tierra y correr aquella aventura por no fulminar a su propia esposa, que se había marchado dando un portazo. Y tal vez, sólo tal vez, cuando le había pisado el pecho a Licaón se estaba imaginando que era a ella a quien le aplastaba las costillas.

Pero las amenazas de Hera no se iban a cumplir. Quizá no volvería a acostarse con ella, pero sí lo haría con todas las mujeres y diosas que se le antojaran. Seguía siendo Zeus, el señor del Olimpo.

Se sirvió otra copa de vino y se sentó en el trono. Mientras bebía y esperaba la próxima visita, pensó si no habría sido injusto con Atenea. De todos sus hijos, era en ella en quien más confiaba. Ares era una bestia sin cerebro a la que no se podía dar la espalda, pues carecía incluso de la elemental nobleza de los brutos. En cuanto a Apolo, tan serio y pomposo, que en el fondo se consideraba superior a Zeus, si tuviera que gobernar el cosmos pasaría eones sentado en el trono, con la barbilla en la mano y la mirada perdida, tratando de decidir qué era lo justo y qué lo injusto. Hermes era un buen muchacho, pero inconstante y trapacero, y pecaba por defecto donde Apolo lo hacía por exceso, pues jamás se detenía a reflexionar.

En cuanto a Zagreo... Era una desgracia lo que le había ocurrido. Zeus sabía que había sido un error darle asiento entre los grandes, y que sus insolencias y tarambanadas no hacían más que granjearle la enemistad de los demás dioses. Pero no había tenido

más remedio. Si no lo hubiera hecho, Perséfone habría dicho la verdad: que Zagreo no era hijo del quejumbroso Hades, sino del propio Zeus, que tras desflorar a su propia hija había maquinado el rapto para encubrir ante Hera y Deméter el embarazo.

Entre los mortales se había extendido la costumbre de considerar aberrantes tales relaciones. Sus razones tenían, pues Zeus había observado que, al contrario de lo que ocurría con los dioses, el incesto entre humanos acababa provocando taras irremediables. En cambio, los inmortales consideraban casi obligatorio que el soberano del cielo se desposara con su propia hermana: Urano y Gea, Cronos y Rea, Zeus y Hera...

Pero eso podía cambiar. ¿Por qué tenía que aguantar el amargo carácter de Hera, sus reproches, su falta de visión, su aburrida cháchara? Él era Zeus, hacedor de leyes y señor de la justicia, y podía inventar nuevas normas.

Alguien llamó a la puerta. Zeus levantó una mano. La puerta se abrió por sí sola y la bella Tetis entró al aposento, tan delicada como si se deslizara sobre agua. Llevaba la misma túnica de algas que se había puesto para la asamblea. Según caminaba, la luz que entraba por el balcón insinuaba transparencias juguetonas entre sus muslos y bajo sus brazos.

—No sabía si te decidirías a venir.

—¿Cómo no iba a hacerlo, mi señor?

Tetis se acercó más. Olía a perfume marino, y sus ojos rasgados, casi felinos, le miraron con deseo. Zeus tiró de ella y la sentó sobre él. Cuando la bella nereida se quiso dar cuenta, ya tenía dentro al rey de los dioses. Tetis gimió.

—¿Te duele?

—Un poco, mi señor. No me esperaba encontrarte tan... pertrechado.

Zeus soltó una carcajada, halagado, y soltó los broches del vestido de Tetis. La túnica resbaló sobre sus hombros, se enganchó un instante en sus pezones erguidos y luego se deslizó hasta la

cintura. Al ver los pechos desnudos de la diosa, Zeus se sorprendió. Dos bandas, una dorada y otra plateada, se cruzaban rodeándolos.

—El ceñidor de Afrodita... —dijo, recorriéndolo con los dedos. Las bandas eran metálicas, pero a la vez resultaban elásticas. Aunque ya las había visto en el cuerpo de Hera, en aquella ocasión no se le había ocurrido tocarlas—. ¿Por qué te lo has puesto? No lo necesitas para inflamar mi deseo.

—Quería sentirlo sobre mi cuerpo, y Afrodita es buena amiga mía —respondió la nereida—. ¿Sabes que estas cintas son muy curiosas? Se adaptan a quien se las pone. Porque yo no tengo las medidas de Afrodita. No te molestará que sea menos voluptuosa... —añadió en tono mimoso.

—Sólo me molestan de ti tus ausencias.

—¡Eres un embaucador!

Tetis subió los brazos y Zeus le quitó las cintas.

—¡Fuera! —dijo Zeus, arrojando las bandas de metal a un lado—. Lo que me pone caliente son tus pechos y tus muslos, y no ese artilugio.

—Afrodita lo considera su mayor don, porque asegura que lo heredó de su padre —dijo Tetis—. Pero yo creo que no necesita más atributos que su propio cuerpo para despertar el deseo.

—Tú despiertas mi deseo mucho más que Afrodita...

Hicieron el amor durante horas, hasta que empezó a caer el sol. Terminaron sobre una gruesa piel de oso blanco que Apolo le había regalado a su padre. Entre carcajadas, Tetis separó las piernas, con los muslos irritados de soportar el roce incansable de las caderas de Zeus.

—¡Piedad, rey de los dioses! —imploró, juntando las manos.

Zeus se levantó, sirvió vino enfriado con nieve de las cumbres inferiores del Olimpo y le pasó la copa a Tetis. Ella se sentó sobre la piel de oso y dio un buen trago.

—Cualquiera diría que tenías algo que demostrar, mi señor.

—¿Demostrar? —Zeus se enrolló el himatión en la cintura y se sentó frente a la diosa. No le gustaba estar desnudo después de fornicar.

—Me has hecho el amor como un poseso.

—Tal vez porque hace dos años que no lo hago con Hera —dijo él, bebiendo de donde Tetis había posado los labios.

Tetis enarcó una ceja. Al parecer, no creía que Zeus se hubiera mantenido célibe desde entonces; pero le siguió la corriente.

—Lo siento por ella, que se lo ha perdido. Si yo fuera tu esposa, lloraría amargamente cada noche que pasaras alejado de mi lecho.

Zeus se levantó y recogió del suelo la cinta dorada. Observó que tenía grabada una cruz gamada, tal vez un signo solar. Al deslizar por ella los dedos semimetálicos de su mano derecha, saltó una chispa, y la banda se puso rígida formando una circunferencia perfecta.

Se preguntó si aquel ceñidor poseía de verdad poderes amorosos. Porque se le acababa de ocurrir una insensatez.

—Tetis, ¿y si me casara contigo?

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Casarte conmigo? Yo... Mi señor, no me esperaba esto...

Zeus volvió a sentarse en el macizo sitial. Tetis se envolvió con una de las patas del oso blanco y se dedicó a acariciarse el rostro con su suave pelaje. A Zeus se le antojó un gesto adorable.

—¿Qué me contestas?

—Estás casado, mi señor. He venido al Olimpo invitada por tu esposa, y siento un gran respeto por ella.

—Todos los que están en el Olimpo son mis invitados, no los de ella. Olvídate de esa bruja. ¿Te gustaría ser la reina de los dioses?

Tetis miró a Zeus con timidez, sin subir la barbilla.

—Mi señor, ¿no hay una norma por la que el señor de los cielos debe desposarse con su propia hermana?

—No existe tal norma —respondió él, algo irritado—. Simplemente ha sido una costumbre hasta ahora. Pero las

costumbres se pueden cambiar. Y en cuanto a las normas, es el soberano del Olimpo quien las dicta.

Zeus recogió el vestido de Tetis y se lo ofreció. Si seguía viéndola desnuda, se abalanzaría sobre ella, y no quería parecer demasiado ansioso. Eso le daría a la nereida poder sobre él, y no estaba dispuesto a que ocurriera algo así. Ya había sufrido demasiados chantajes por culpa de diosas y mujeres.

—Mañana partiré, y probablemente estaré fuera unos días. Puedes pensártelo mientras tanto, pero cuando vuelva quiero una respuesta. Si me dices que sí, repudiaré a Hera y la enviaré a vivir a su amada Argos, o al palacio de nuestro hermano Poseidón.

Ella se cruzó el ceñidor de Afrodita sobre los pechos, y después se puso la túnica.

—¿Aceptarás un no por respuesta?

—Mientras estoy fuera, pregunta si alguna vez lo he hecho —dijo.

Antes de irse, Tetis se dio la vuelta y apoyó las manos en los hombros de Zeus, con gesto preocupado.

—Cuando venía hacia aquí me crucé con tu hija Atenea. Noté algo raro en ella.

—¿Raro? Puede ser. No estaba muy conforme con mis últimas decisiones.

—Hmm. No es ésa la impresión que he tenido yo. Diría que es algo distinto, pero supongo que estoy equivocada.

—¿A qué te refieres? No hables en enigmas.

—Pregúntale a Afrodita, que es la experta en estas cuestiones. Tal vez ella sepa algo más. Pero yo sospecho que tu hija, la doncella guerrera... ha dejado de ser doncella.

—¿Cómo lo sabes? —gruñó Zeus, y sin querer apretó el hombro de Tetis con la mano del rayo. Ella puso un gesto de dolor y le agarró la muñeca.

—Una diosa siempre sabe esas cosas...

La fragua de Hefesto

Cuando Zeus disolvió la agitada asamblea de los dioses, Hefesto se apresuró a bajar a su fragua. En el mismo centro del Olimpo se abría un pozo inmenso que descendía por el corazón de Pírgos hasta hundirse en las entrañas de la tierra, por debajo del nivel de la llanura que rodeaba la montaña. En ese pozo el dios había construido una plataforma de metal que bajaba a una velocidad vertiginosa por un ingenioso sistema de contrapesos y cadenas.

Hefesto trabajaba todos los días. El esfuerzo físico le hacía sentirse bien. Andar le resultaba fastidioso, por culpa de la cojera que tantas burlas le acarreaba entre los demás dioses, pero le encantaba trabajar con las manos. Sus brazos eran muy fuertes, y eso le hacía concebir la esperanza de ser en realidad hijo de Zeus, pese a que el gran dios lo negaba; pues todos los hijos de Zeus habían heredado al menos parte de su extraordinaria fuerza física.

Sus brazos, sus manos, su ingenio: ahí terminaban sus virtudes. Hermes, aunque era poco más joven que él, solía burlarse de Hefesto llamándole «Segundo Nacido», pues entre los Terceros parecía el más viejo por su barba. Incapaz de controlar su crecimiento como hacían otros dioses, había renunciado a afeitársela. Además, le ayudaba a disimular la mandíbula inferior, que sobresalía de su rostro como una cornisa. Y qué más daba tener pelo en la cara, cuando aún era más enojoso el vello que cubría su pecho, sus brazos y, lo peor de todo, su espalda. Por no hablar del sudor. La primera noche que se acostó con Afrodita, ella sufrió un ataque de risa al verlo desnudo, y luego no dejó de arrugar

la nariz y preguntar: ¿Quién se ha dejado aquí un queso de cabra? Entre unas cosas y otras, Hefesto apenas había sido capaz de cumplir el débito conyugal una docena de veces, aunque de sobra sabía que no era impotente. Llevaba años y años rogándole a su padre que le permitiera repudiar a Afrodita y casarse con otra diosa, aunque fuera con una humilde ninfa hamadríade, pero Zeus se negaba.

—Eres el hijo de Hera, protectora del matrimonio. Debes dar ejemplo.

Para colmo, Ares, el dios que más le había humillado, estaba de vuelta en el Olimpo. Sabiendo que Zeus no le haría caso, Hefesto había recurrido a su madre para que, al menos, disculpara su asistencia a la asamblea donde Ares sería recibido casi como un héroe.

—Es una asamblea formal —contestó Hera con aire distraído mientras inspeccionaba los bordados del manto que se iba a poner para la ocasión.

—¡Todos me estarán mirando y se reirán de mí!

—Eso es lo que tú piensas. Pero los demás dioses tienen cosas más importantes en qué distraerse que tus aburridas desavenencias matrimoniales.

Su madre nunca le había tratado tan mal como Zeus, pero cuando tenía que elegir entre Ares y él, la disyuntiva estaba clara. El pobre herrero cojo siempre perdía.

Hefesto sacudió la cabeza para ahuyentar pensamientos tan lóbregos. Ya había llegado al final del pozo. Bajó de la plataforma, recorrió un largo túnel y entró en su fragua. ¡Ah, aquél sí era su hogar!

En los cimientos del Olimpo se abría una caverna tan grande que podría haber contenido entero el palacio del Cranón. Aquel vasto espacio estaba dividido en numerosas salas abovedadas, separadas unas de otras por altísimas columnas que los propios cíclopes habían tallado en la roca viva. En realidad, la fragua de

Hefesto era a la vez mina, fundición y forja. Los cíclopes, incansables, no cesaban de abrir galerías para extraer nuevos minerales; algo de lo que Gea se quejaba continuamente a Zeus, que procuraba despacharla con excusas. El suelo de la caverna estaba surcado de zanjas por las que fluían torrentes de lava y de metales fundidos. Reinaba un calor asfixiante, olía a azufre y escoria y el estrépito de los martillos sobre los yunques era ensordecedor. Pero allí, entre fuelles, hornos y crisoles, alumbrado por el resplandor de los metales al rojo vivo, Hefesto se sentía a sus anchas.

Entró primero en su taller privado, donde dejó el manto y la túnica y se vistió el mandil de cuero. Tenía allí varias mesas con cachivaches de todo tipo, y redomas y matraces que le servían para realizar experimentos de alquimia. Junto a las paredes aguardaban sentadas e inmóviles cuatro figuras doradas, su más ambiciosa invención: las mujeres autómatas. Las había fabricado con chapas de oro, y en su interior llevaban complejos mecanismos alimentados por carbón y vapor. Las tres primeras eran muy torpes, pero la última que había fabricado sabía moverse por toda la sala y obedecía órdenes sencillas. Hefesto la había vestido con un largo peplo, le había puesto una peluca negra y, cuando nadie le oía, la llamaba Atenea. Pues había forjado los rasgos de su rostro para que imitaran los de su hermanastra, a la que amaba en secreto, consciente de que nunca conseguiría sus favores. De haber sabido que la propia Atenea se había dado cuenta, con cierta lástima, de la atracción que despertaba en él, Hefesto se habría sentido morir de vergüenza.

Tras despedirse de la autómata, Hefesto salió del taller y cruzó la sala principal de la fragua. Había allí más de cien cíclopes. Cuando pasaba Hefesto, dejaban por un momento lo que estaban haciendo y le saludaban, pero en seguida reanudaban sus tareas, pues eran tan fanáticos del trabajo como él. Los cíclopes apreciaban al dios

herrero, pero le trataban más con camaradería, e incluso con cierta divertida ironía, que con auténtica veneración.

Los cíclopes eran una raza muy antigua, más que los olímpicos y tanto como los titanes. Sus tres fundadores eran Brontes, Estéroepe y Arges, hijos de Urano y Gea. Sólo el primero había asistido a la asamblea de los dioses, pues sus hermanos llevaban ya tanto tiempo trabajando en las entrañas de la tierra que sus enormes ojos se habían adaptado a la oscuridad y apenas toleraban la luz del sol. Los humanos, en sus relatos, los equiparaban a veces con los gigantes, pero eran en realidad criaturas muy diferentes. Los cíclopes, aunque de gran estatura, raras veces sobrepasaban los seis codos de altura, y sus hombros no eran tan anchos. Sus miembros, además, eran de carne y hueso y no se convertían en piedra con el tiempo. Pese a su tamaño, poseían dedos finos y hábiles; y sin duda su rasgo más peculiar era el gran ojo en el centro de la frente.

Tras supervisar varios trabajos que le interesaban, Hefesto acudió a su propia fragua. A su lado trabajaban Brontes, el mayor de los cíclopes, y su hijo. Este era de los más altos entre su pueblo, pues medía seis codos y medio, aunque se le veía un tanto cargado de espaldas. Era joven para su raza (no tendría más de doscientos años), inquieto y amante de experimentar novedades. Ahora estaba forjando una espada para el propio Zeus. Aún le quedaba un templado final, y luego escribiría signos mágicos en ella con su propia sangre para hacerla inquebrantable.

A Hefesto no le convencía la forma de aquella arma, que era curvada y tenía un solo filo. Él había pensado en una hoja ancha, con dos filos, para que pudiera tajar en ambas direcciones. Pero Cerauno rodeó la espiga de la espada con un trapo, pues aún no tenía empuñadura, y la blandió en el aire para demostrarle que era práctica.

—Ten en cuenta —le explicó a Hefesto— que Zeus la va a blandir con la mano izquierda, mientras arroja sus rayos con la

derecha. Con esta forma le resultará más cómoda de manejar.

—Bah, da igual. En cuanto se la entregue, soltará un bufido y la guardará en un arcón, como todo lo que le regalo.

—Al rey de los dioses siempre le ha gustado disimular el entusiasmo que siente por ti.

Hefesto no supo si molestarse por aquel comentario o agradecer su intención.

—¿Qué tal ha ido la asamblea? —preguntó Cerauno.

—¿No te ha contado nada tu padre? —dijo Hefesto, señalando a Brontes, que estaba repujando una carrillera para un yelmo—. Ya veo que se me ha adelantado.

—Demasiado tiempo en el exterior le molesta, ya sabes. Por la luz. Ignoro qué habrá pasado, pero no ha venido nada contento.

—No es para menos —dijo Hefesto—. Parece que todas las criaturas de la tierra están descontentas con Zeus.

—Tú pasaste mucho tiempo en Lemnos. ¿Te incluyes entre las criaturas de la tierra? —preguntó burlón Cerauno.

—No seas insolente —respondió Hefesto—. Me temo que van a tener problemas con los gigantes.

Brontes, sin levantar la mirada del yunque, soltó un bufido.

—¡Gigantes! —gruñó—. Criaturas salvajes y despreciables. Solo saben usar las manos para sacarse pedruscos de las orejas.

Siguieron trabajando durante horas, deteniéndose de vez cuando tan sólo para beber agua fresca y unas gotas de vino y para comer carne asada y pan; pues los cíclopes herreros, al contrario que sus parientes pastores de las islas, son criaturas civilizadas que conocen el pan y el vino.

Hefesto estaba ayudando a Cerauno con el último temple de la espada cuando, para su disgusto, apareció Ares. Lo escoltaban Fobos y Deimos, los perros de la guerra, que siempre lo acompañaban salvo cuando era recibido en las salas del Olimpo, pues Zeus no permitía la entrada en su palacio a criaturas tan desagradables. Fobos era casi tan alto como Ares, aunque más

estrecho de cuerpo. Si es que tenía cuerpo, pues iba cubierto de placas de metal de la cabeza a los pies, y por las rendijas de su yelmo no se veía más que una sombra. Cuando caminaba por la tierra, las flores se marchitaban a su paso, los animales huían y la leche de las madres se cortaba en el pecho. Siempre le acompañaba un extraño olor que no era olor, una fetidez indescriptible que bajaba de la nariz al pecho y cortaba la respiración, como si un puño de acero apretara los pulmones por dentro. En cuanto a Deimos, era más bajo y caminaba encorvado como los simios de las tierras al sur de Libia. Su rostro estaba surcado de cicatrices que nunca dejaban de supurar. Bajo su capa asomaba una larga cola plagada de púas que usaba como arma, y tenía además un enorme mangual cuyos pinchos siempre estaban manchados de sangre.

—¡Eh, pandilla de tuertos, arrodillaos! —gritó Deimos mientras los tres pasaban entre los cíclopes—. ¡Ha venido mi señor, el dios de la guerra!

Casi todos ellos eran más altos que Ares, y aunque no estuvieran armados ni fueran tan fuertes y sanguinarios como el trío, de arrojarse sobre ellos con sus martillos y sus tenazas los podrían haber hecho trizas. Pero Hefesto había comprobado a lo largo del tiempo que los personajes tan violentos y crueles como Ares creaban a su alrededor un aura de temor que paralizaba a casi todas las criaturas.

Así pues, los cíclopes saludaron a Ares clavando una rodilla en el suelo, salvo los tres Primeros Nacidos, que se limitaron a inclinar la cabeza. Ares se acercó a Hefesto y Cerauno.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —le preguntó al joven cíclope.

—Una espada.

—Ya me había dado cuenta de que era una espada. Trae, déjame verla.

El cíclope se la tendió. Ares la cogió por la espiga que luego habría de encajar en el arriaz, la sopesó y se la acercó a la cara

para examinar el filo. Hefesto sabía que las curvas del templado eran perfectas, pero el dios de la guerra arrugó la nariz como si estuviera oliendo excrementos de cabra.

—Así que dices que esto es una espada... Yo diría más bien que es un machete de matarife.

Cerauno carraspeó, pero su padre le dio un codazo en las costillas para que se callara. Ares levantó la hoja en alto y la estrelló de plano contra el yunque. La espada se quebró en dos pedazos.

—¡Esa espada era para nuestro padre! —protestó Hefesto.

—¿De veras? Pues fórjale otra mejor, que no se rompa.

—Le has dado un cintarazo contra el yunque. ¿Cómo no iba a romperse?

—Bah, bah. Eso son tecnicismos. A ver, hermano, acércate un momento, que quiero hablar contigo.

Hefesto dio un par de pasos dubitativos. Ares se inclinó sobre él, le metió las manos bajo las axilas para levantarlo en vilo y lo puso de pie sobre un yunque. El dios herrero enrojeció al oír entre los cíclopes carcajadas sofocadas. Sin duda, su postura era ridícula.

—Ahora estamos a la misma altura. Me duelen los riñones cuando hablo contigo —dijo Ares—. ¡Ja, que gracioso! Cuando hablo con tu esposa también me duelen los riñones, aunque por otro motivo.

—¿A qué has venido? —preguntó Hefesto, rechinando los dientes.

—Me ha enviado mi padre. El viejo quiere que forjes armas.

—Eso es lo que estoy haciendo ahora.

—No, no. Hablamos de muchas armas. Miles de armas, para un gran ejército.

Interesado a su pesar, Hefesto asintió mientras Ares le explicaba lo que necesitarían. Grandes picas, arcos, puntas de flechas. Y también balistas, onagros, catapultas y hasta arietes, pues sus enemigos, los gigantes, era auténticas murallas móviles.

—En un mes lo tendremos todo —calculó Hefesto.

—¿En un mes? —preguntó Ares, incrédulo—. Le he dicho a nuestro padre que la campaña empezará en cinco días.

—¿Cinco días? ¡Eso es imposible!

—¿Imposible para Hefesto, el herrero mágico?

—¡Necesitaría ser el dios del tiempo para convertir cada hora en diez!

Ares le miró entrecerrando los ojos y apretando los dientes, y Hefesto se encogió, temiendo que fuera a golpearlo. Pero aquel gesto de estreñimiento significaba que el dios de la guerra estaba pensando.

—Entonces, tendrás que venir conmigo —decidió—. Harás lo que puedas en esos cinco días, y el resto lo fabricarás sobre la marcha.

—¿Sobre la marcha? No sé de qué me hablas.

—¡Brrrr! ¡Tu esposa a veces asegura que eres inteligente! Lo que digo es que te lleves tus yunques, tus fuelles y toda esa porquería, y que traigas a tus cíclopes contigo. Me acompañarás en la campaña contra los gigantes y forjarás armas mientras avanzamos hacia el Istro. ¡Ah! Además quiero que me fabriques una armadura nueva. De hierro. Y ésa no se la encargues a tus cíclopes: quiero que la hagas tú mismo.

¿Yo mismo?, pensó Hefesto. ¿Y quién me impedirá poner un encantamiento en ella para que empiece a encoger en mitad de la batalla y te aplaste tus divinas pelotas? Pero sabía que no se atrevería a hacerlo.

Al pie de una gruesa estalagmita yacía una gran roca negra con el corazón de hierro, que había caído del cielo en Anatolia y que el rey de Hatti había reservado como presente para Zeus. Ares se acercó y, aunque la piedra pesaba como cinco vacas, la hizo rodar por el suelo para examinar sus brillantes aristas.

—Me gusta. Sacarás mis armas de este pedrusco.

—Ese hierro estaba reservado para otra cosa —intervino el joven Cerauno, acercándose.

Ares se volvió hacia él, se estiró para agarrarle de la barba y le obligó a ponerse de rodillas. Después desenvainó su espada y se dispuso a cortarle el cuello.

—¡Alto, Ares! —intervino Brontes, dando un paso adelante con un enorme macho en las manos—. ¡Es mi hijo!

Ares le miró con odio, pero Brontes no dejaba de ser un Primer Nacido, y además amigo de Zeus. Así que se conformó con derribar de un empujón a Cerauno y darle una patada en el pecho.

—No vuelvas a dirigirte a mí si yo no te pregunto, cachorro de cíclope. O ni siquiera tu padre te salvará de la ira del dios de la guerra.

Ares se volvió hacia su hermano, le palmeó los hombros y le pellizcó las mejillas.

—Fabrícame unas buenas armas, hermanito.

—Descuida —dijo Hefesto, bajando la mirada.

—Ya sé que tienes lo mejor para mí —dijo Ares, con una última bofetada que pretendía ser cariñosa—. ¡Siempre tienes lo mejor para mí!

Ares se marchó entre carcajadas, seguido por Deimos, que agitaba su cola cuajada de pinchos entre ladridos, y Fobos, de cuyo yelmo vacío brotó un silbido pestilente que pretendía ser una carcajada. Hefesto bajó del yunque de un salto y se acercó a Cerauno para ayudarlo a levantarse.

—No ha sido buena idea enfrentarte con Ares.

—Alguien debería pararle los pies —contestó el cíclope—. No tiene por qué tratarte así.

Hefesto miró a su alrededor. Los cíclopes le observaban con gesto de desaprobación.

—¿Qué miráis? ¡Ya lo habéis oído, tenemos trabajo! ¡Cada uno a su puesto!

No me extraña que me pierdan el respeto, se dijo. Yo mismo no me lo tengo.

El espejo del tiempo

Las palabras de Tetis dejaron a Zeus preso de una profunda turbación, hasta el punto de olvidar la deliciosa experiencia carnal que acababa de disfrutar con ella. El rey de los dioses se preciaba de saber juzgar cuándo alguien le mentía, pero ahora estaba convencido de que Tetis era sincera.

Sincera tal vez, se dijo. Pero equivocada también.

Aunque trató de pensar en otra cosa, no podía espantar aquel pensamiento de su cabeza. Atenea había jurado consagrar su vida entera al servicio de su padre y no tener contacto sexual jamás con ningún varón. Ese juramento sólo se lo había exigido Zeus a ella. Si su otra hija virgen, Ártemis, no fornicaba, o al menos no lo hacía con hombres, era por propia voluntad. Zeus tenía sus buenas razones para preocuparse de la doncellez de Atenea. Las mismas por las que había eliminado a su madre Metis. La vieja profecía de Gea. Si Atenea concebía un hijo, nieto de Zeus y de Metis, podría ser el dios más poderoso que jamás hubiera existido. Y un dios así trataría de arrebatarse la soberanía. Pues Zeus sabía que tal es la naturaleza del poder: cuando se posee, inexorablemente se ejerce.

Trató de olvidarse de su hija, al menos por el momento. Al día siguiente había de partir hacia Creta para dar caza a la criatura infernal que se había atrevido a devorar a su hijo Zagreo. No debía pensar en otra cosa. Por lo que había contado el desdichado mortal, Tifón era una bestia peligrosa. Su aliento de fuego había abrasado la carne de un dios, algo que ni las llamas de una forja podían conseguir.

Movido por un impulso, Zeus apartó el lienzo que cubría el único espejo de aquella estancia. Aquel objeto era muy peculiar. Su superficie, en vez de reflejar el rostro de aquel que lo contemplaba, era una ventana que se asomaba a un lugar muy lejano. Aunque sobre el Olimpo ya caía la noche, al otro lado del espejo se veía un cielo azul y bajo él las ramas de unos árboles frutales agitadas por una suave brisa.

El Elíseo. Aquél era el lugar donde estaba confinada la persona a la que deseaba consultar. Zeus deslizó la mano por la superficie del espejo y ésta se curvó durante un segundo como las aguas de un estanque tras arrojar una piedra.

A veces su interlocutor respondía al instante, a veces tardaba horas y a veces no llegaba a comparecer, pues el mundo-prisión del otro lado, aunque sin duda más pequeño que la vasta Tierra que alberga a mortales e inmortales, debía tener cierta extensión.

Pero en esta ocasión, el rostro familiar se asomó en seguida: la barba y el cabello muy blancos y recortados; las pequeñas arrugas en la frente y en la comisura de los párpados; la sonrisa irónica en los labios y, sobre todo, la chispa de humor en los ojos, que eran tan azules como los suyos.

—Hola, padre —dijo Zeus.

—Saludos, hijo —respondió el gran Cronos, hijo de Urano, segundo soberano celeste y el más poderoso de los Primeros Nacidos—. Hacía tiempo que no recurrías a mis consejos. ¿Qué tal van las cosas por el mundo exterior?

El Espejo del Tiempo. El artefacto en el que Cronos fue encerrado a sus cinco hijos conforme nacían, en un espacio fuera del espacio y un tiempo fuera del tiempo. El mejor ardid para evitar que ninguno de ellos pudiera atentar contra él como él había atentado contra Urano; pues era imposible escapar de la prisión del espejo si alguien no lo abría desde fuera.

Pero Rea, harta de sufrir en vano los dolores del embarazo y parto, decidió que no le entregaría más hijos a su marido, cuando Zeus nació, Rea embriagó a su marido con una mixtura de hidromiel y ambrosía, y después le entregó un falso bebé piedra esculpida que le había dado su madre Gea y que había envuelto en largos pañales. Cronos, que sabía bien cuánto pesaban sus hijos, no se extrañó al recibir en brazos a aquel niño de piedra y, borracho como estaba, lo encerró en el espejo con los demás mientras, su verdadero hijo era llevado a la cueva del monte Ida donde los Curetes lo custodiaron hasta su mayoría de edad.

Crecido y confiado en sus fuerzas, Zeus engañó a Cronos con la ayuda de Metis, futura madre de Atenea. Disfrazado de joven copero, vertió un potente emético en el hidromiel de su padre, estuvo un día y una noche enteros vomitando y pidiendo perdón a Rea por todos sus crímenes con el fácil arrepentimiento de los borrachos. Mientras, Zeus entró en sus aposentos y liberó a sus hermanos del Espejo del Tiempo. Así se inició la larga guerra entre los partidarios de Cronos, que eran la mayoría de los titanes, y los dioses que, hartos del gobierno de Cronos o deseosos de cambiar la situación, se alinearon en el bando de Zeus.

Una guerra en la que Zeus se vio en minoría. Durante diez años sus hermanos, él y sus escasos partidarios, entre los que se contaba algún titán como su primo Prometeo, tuvieron que refugiarse en cuevas, montañas y desiertos apartados, huyendo de la ira de Cronos y sus hermanos. Pero al final Gea, su abuela, que en sus entrañas poseía el don profético, le dio un consejo: *Sólo vencerás si liberas a los prisioneros que mi hijo encerró en el Tártaro*. Y así Zeus descendió a las entrañas de la Tierra y atravesó las oscuras moradas de los muertos, que en aquel entonces no atendían a ningún señor. Merced a su fuerza descomunal, logró girar la gran rueda de hierro que cerraba el pozo del Tártaro. Al hacerlo, brotaron de su seno terribles llamaradas, vapores sulfurosos y atroces lamentos.

De allí liberó a seis de los Primeros Nacidos: los tres cíclopes y los tres hecatonquiros. A estos últimos, criaturas de aspecto espantoso cuya visión habría hecho enloquecer a los hombres, Zeus les pidió que se quedaran custodiando la entrada del Tártaro, pues tenía intención de volverlo a usar como mazmorra. A los hecatonquiros, que habían perdido la costumbre de ver la luz, les pareció un buen trato con tal de escapar del mefítico encierro del Tártaro. En cuanto a Brontes, Estéropes y Arges, los tres cíclopes, Zeus prometió guiarlos al mundo exterior si usaban los conocimientos mágicos que habían heredado de su padre, el grandioso Urano, para forjar armas con las que vencer en la larga Titanomaquia.

Y ellos las forjaron. Hades fue el primero en elegir, y como era el más medroso de los tres, escogió el yelmo que lo hacía indetectable: ni su sombra se veía, ni sus pasos se escuchaban, ni siquiera podía olerse su aliento. Poseidón, tan belicoso como el propio Zeus, se quedó con el tridente que provocaba terremotos. En cuanto a Zeus, que había aprendido a conocer a sus hermanos, fue el último en elegir. Lo que ellos no querían, él sabía que le daría el poder. Dejó que los cíclopes le amputaran la mano derecha, y que de esta mano le arrancaran las venas, los huesos y los tendones y los sustituyeran por alambres y cables trenzados con aleaciones cuya fórmula sólo ellos conocían. Después le volvieron a coser la mano, en una operación cuyos dolores aún recordaba Zeus.

Un día en que sus hermanos habían lanzado una ofensiva en las tierras de Frigia para despistar a Cronos, Zeus aprovechó que no había vigilancia en el Olimpo, escaló a su más alta cumbre y, en mitad de la tormenta, invocó al rayo, que acudió desde la nube a sus dedos. Fue la única vez que Zeus probó su propia arma en sus carnes. Tres días y tres noches yació inconsciente en las nieves del Olimpo, pero cuando despertó, el rayo había quedado encerrado en su mano, y desde entonces él se convirtió en el señor de la tempestad.

El resto era historia conocida y celebrada por aedos y rapsodas. Su agresividad, su tremenda fuerza física y el poder del rayo lo arrastraron a la victoria. Los titanes que más se habían destacado en la guerra contra Zeus y sus hermanos fueron recluidos sin piedad en el Tártaro, a pesar de los ruegos de la piadosa Hestia. Pero Gea no consintió en que encarcelaran a Cronos en su reino, bien porque era su hijo o bien porque temiera sus artimañas. De modo que Zeus lo encerró en el mismo espejo mágico que él había utilizado para aprisionar a sus hijos. Y así el gran *Kronos* se convirtió de alguna manera en *Khronos*, Señor del Tiempo... o al menos de su propio tiempo, confinado en su pequeño universo privado.

Más, con el tiempo, Cronos parecía no guardarle rencor a su hijo.

—Este lugar es maravilloso —le decía—. Me hiciste un gran favor librándome de la pesada de tu madre Rea, de la metomentodo de tu abuela Gea y de los quebraderos de cabeza que me producía el gobierno del mundo. La verdad es que me da pena de tu destino, hijo. Deberías entrar aquí y ayudarme a disfrutar del Elíseo.

Zeus a veces se reía en su cara.

—No voy a caer en tus burdas trampas, padre.

Pero, en verdad, Cronos no parecía vivir tan mal. El paisaje que se veía tras el espejo iba cambiando con el tiempo, pero siempre había árboles verdes y el cielo era azul. Tampoco faltaban las lindas mujeres, según Cronos. Como su hijo no le creyera, en una ocasión le enseñó a tres de aquellas beldades, que saludaron a Zeus entre carcajadas y le hablaron en un idioma incomprensible.

Zeus lo prefería así. Las Erinias, las tres monstruosas hermanas que vengaban a los progenitores ultrajados, no tenían motivos para atormentarle. Él se había comportado con su padre mejor de lo que Este había hecho con su abuelo.

—¿Qué te preocupa, hijo? Puedes sincerarte conmigo —le dijo Cronos ahora, al ver su ceño.

Zeus le habló de Tifón.

—¿Qué sabes tú de ese supuesto hijo tuyo? —preguntó al final.

Cronos se acarició la barba. Zeus captó un fugaz destello en sus ojos, pero en seguida se borró. El viejo dios parecía sinceramente perplejo.

—El último hijo que engendré fuiste tú, Zeus. Tu madre se fue a Frigia cinco años después de engañarme con aquel bebé de piedra y no quiso saber nada más de mí. No me importó, dicho sea de paso. Me tenía hastiado con sus continuas quejas y la forma tan melindrosa que tenía de comportarse en el lecho.

—¿Seguro que no volviste a engendrar hijos en esos cinco años? ¿O después, con alguna otra diosa? Pasaron casi treinta años desde que nací hasta que te derroté.

—¿Treinta años? Se me hicieron cortos. Los debí pasar casi todos borracho, porque por culpa de tu madre me había aficionado demasiado al hidromiel. ¡Qué bebida más repugnante! Pero estoy seguro de que en todo ese tiempo no engendré hijos.

—¿No volviste a acostarte con ninguna mujer?

—Oh, lo que no hice fue volver a plantar mi simiente dentro de ninguna. De hecho, después de que tú nacieras empecé a eyacular fuera del vientre de Rea, y cuando ella se largó, ya no abandoné esa costumbre. Como bien sabes, no quería que alguno de mis hijos me hiciera lo que yo le había hecho a mi padre. De hecho, te agradezco que te abstuvieras de ello.

—Se me pasó por la cabeza.

—No está bien hacerle eso a un padre. Yo, castrador del mío, te lo aseguro —dijo Cronos sin asomo de ironía; aunque con él, nunca se sabía si hablaba en serio o no.

—Entonces ese Tifón no es más que un impostor —dijo Zeus—, el hijo de alguna criatura monstruosa que se quiere hacer pasar por Cronida.

—Me complace saber que el llevar mi sangre se sigue considerando un buen argumento para la legitimidad dinástica. De todas formas, si quieres averiguar algo más de esa criatura deberías consultarlo con tu abuela Gea. Ella lo sabe todo sobre criaturas monstruosas. Seguro que te vuelve a ayudar, como ha hecho siempre.

A Zeus no le gustó la sonrisilla de suficiencia de su padre.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh, bien lo sabes! Esa vieja decrepita me la jugó bien. Me había jurado que jamás dejaría salir a mis hermanos del Tártaro, pero faltó a su palabra. Y si no hubiera sido por las armas que te forjaron los cíclopes jamás me habrías derrotado.

—No estés tan seguro, padre. Ahora mismo, aunque me arrancaran la mano derecha, podría desmembrarte con la otra.

—Interesante cuestión. ¿Por qué no entras aquí a comprobarlo?

—No quiero despertar a las Erinias que creaste al castrar a tu padre.

—Tranquilo. Sólo perturban los sueños de los parricidas cuando éstos son mortales. A mí nunca han venido a visitarme.

—Bien, padre, ¿no tienes nada más de provecho que decirme? Te haces llamar Señor del Tiempo. Quiero saber qué va a suceder.

—¿Qué va a suceder? ¿A qué te refieres? ¿Cuándo?

—¡Todo! ¡A partir de ahora!

—¿Por qué estás inquieto? ¿Te asusta un vulgar monstruo? Eres mi hijo, el soberano del cielo.

Zeus agachó la cabeza. De pronto estaba convencido de que las palabras de Tetis eran sinceras y su amada hija Atenea le había engañado. Si ella, su predilecta, lo hacía, ¿qué podía esperar de los demás? Sólo traiciones, o en el mejor de los casos falsos halagos

para conseguir favores. *Atenea, hija mía, ¿por qué me has fallado así?*

—Qué solitario es el poder —se le escapó.

—¿Y ahora te das cuenta? Deberías habértelo pensado mejor antes de derrocarlo. ¡Pues claro que es solitario, mentecato! Sólo ahora empiezas a comprenderlo.

Zeus levantó la mirada. La sonrisa había desaparecido de los ojos de su padre, que brillaban duros y fríos como cuentas de cristal. De pronto Cronos parecía mucho más viejo y siniestro.

—Nadie habla así a Zeus el Amontonador de Nubes —dijo, haciendo rechinar los dientes.

—¡Oh, claro que te hablaré así, Amontonador de Nubes, tú que te Complaces con el Rayo, Tú el Altitonante Zeus! Has venido preguntarme por el futuro, pero sin la humildad de reconocer tu ignorancia ni mi sabiduría. Pero tendrás tu respuesta, hijo mío. Dos cosas te diré. La primera es que el secreto del futuro está enterrado en el pasado. Y la segunda es que te volveré a ver, pero cuando lo haga, tú habrás sido vencido, humillado y mutilado, y habrás sufrido la más terrible de las pérdidas.

—¡No! —gritó Zeus—. ¡No me volverás a ver, viejo loco!

Furioso, descargó un puñetazo en el espejo. El cristal se rompió en grandes fragmentos que cayeron al suelo y aún se quebraron en trozos más pequeños. En uno de ellos aún se veía la boca de Cronos riéndose a carcajadas, mientras que en otro uno de los ojos le miraba inyectado en sangre, como si perteneciera a otra persona. Zeus, arrepentido de lo que había hecho, descolgó lo que quedaba del espejo y guardó los trozos rotos en un arcón.

Lo mejor es que acabe pronto este día nefasto, se dijo, ignorando que el día siguiente aún sería peor.

La ira del dios del rayo

Durante toda la noche, Hermes estuvo pensando en Tifón, el monstruo que aseguraba ser hijo de Cronos. Antes de retirarse a su propio palacio, estuvo unas horas con Apolo, observando cómo el corazón de Zagreo palpitaba en su baño de ambrosía, dentro de una gran urna de cristal. Asclepio le había clavado unos tubos dorados para inyectar la droga divina en sus cavidades:

—No basta con que se regeneren las paredes del corazón. Debe recobrase todo su tejido, desde el interior. Es la única manera de que, con tan poca materia, pueda recuperarse.

—¿Crees que volverá a ser... él? —preguntó Hermes.

—Es pronto para saberlo.

Asclepio, hijo de Apolo, era un hombre alto y cargado de hombros. Cuando subió al Olimpo estaba casi calvo, aunque desde entonces había recobrado algo de pelo gracias a la ambrosía. No existía mejor médico en el mundo. Había llegado a dominar los secretos de la vida hasta el punto de resucitar a un muerto; o, al menos, eso se decía. Hermes, que dudaba de que un simple humano pudiera resucitar, sospechaba que aquel hombre había sufrido una especie de catalepsia. Fuere como fuere, la fama de Asclepio se propagó por todas partes. Zeus juzgó peligroso que los hombres pudieran vencer a la muerte, temiendo que a continuación quisieran rivalizar con los dioses. Por tal motivo él mismo le ofreció a Asclepio la disyuntiva entre subir con los inmortales al Olimpo y compartir con ellos una vida mucho más larga de la que le correspondería, o caer fulminado en el acto por un rayo.

Asclepio había elegido la primera opción. No le atraía mucho vivir entre dioses, pues su mayor interés en la vida era estudiar las miserias del cuerpo humano; pero tampoco tenía afán por bajar al Hades antes de tiempo. Como quiera que Zeus lo arrebató en su carro alado en mitad de una tormenta, los mortales aseguraron desde entonces que lo había matado para convertirlo en un dios.

—Mirad —explicó el médico—. Si os fijáis bien, veréis que empiezan a brotar una especie de zarcillos en las membranas que recubren el corazón.

Hermes pegó la nariz a la urna de cristal, una maravilla fabricada, como tantas otras, por Hefesto. Más que zarcillos, lo que estaba creciendo en las paredes del corazón de Zagreo se le antojaron vellosidades, y Hermes se preguntó si en vez de regenerarse no se estaría pudriendo, devorado por algas, gusanos o alguna criatureja similar.

—Pobre Zagreo —murmuró—. La verdad es que eras un bocazas, pero no te merecías algo así.

—Si todos los bocazas merecieran semejante destino —dijo Apolo—, de ti no quedaría ni la glándula biliar.

—¿Y eso qué infiernos es?

—Hermes, padre —les dijo Asclepio—, realmente no podéis hacer gran cosa por él. Yo seguiré vigilándolo, pero todo depende de su propia capacidad de regeneración. Seguro que tendréis asuntos importantes que atender.

—Así es, hijo. Sé que harás lo mejor por Zagreo. Zeus confía en ti —dijo Apolo.

Aquella escena habría resultado chocante para un humano: un joven que no podía tener mucho más de veinte años dirigiéndose como «hijo» a alguien que parecía doblarlo en edad. Pero los dioses estaban acostumbrados a tales paradojas.

—Se recuperará, ¿verdad? —insistió Hermes.

—Lo intentaremos —dijo Asclepio.

—¿Por qué estás tan preocupado? —preguntó Apolo—. No puede decirse que Zagreo fuera íntimo amigo tuyo.

—Ni de nadie. Pero no sé si recuerdas que mañana tengo que acompañar a nuestro padre para que se enfrente con la criatura que ha dejado reducido a nuestro primo a esto... —dijo Hermes, señalando con el pulgar al corazón que seguía palpitando.

Apolo le pasó la mano por el hombro y tiró de él para sacarlo de la enfermería.

—Tranquilo. Si Tifón es capaz de clavarle un solo diente al velocísimo Hermes, yo mismo me pondré delante de él y le rendiré pleitesía, hermanito.

El sonido plateado de una campanilla despertó a Atenea. Se revolvió en la cama y miró hacia la ventana. Ya había amanecido. Solía espabilarse con los primeros rayos del sol, pero la víspera le había costado mucho conciliar el sueño. No se trataba sólo de los sucesos del día, la amenaza de los gigantes y el desafío de Tifón. Lo que más la atormentaba eran los remordimientos por lo que había hecho con Ganímedes. Al caer la noche, la calidez que había sentido durante el día se convirtió en una sensación espesa y pegajosa, como si un sapo frío y viscoso correteara sobre su vientre. Se sentía sucia, incompleta, como si le hubieran robado parte de su valor o de su fuerza. Indigna de ser ella.

No puede ser. Mi padre ha fornicado tantas veces que ni el mismo se acuerda, y sigue siendo el más digno de los dioses.

Se había repetido ese argumento durante toda la noche, y también había intentado recordar los besos de Ganímedes y el placer que había disfrutado con él, en vez de dejarse torturar por la culpa. Pero los rasgos suaves del joven copero se convertían en las facciones de su padre, talladas a cincel, y sus ojos húmedos y oscuros en las estrechas y frías pupilas de Zeus.

Debo olvidarlo. No repetir el error, simplemente, y olvidarlo.

—¡Frix! ¡Llaman a la puerta!

Pero la sirvienta no dio señal de haber oído el timbre. Atenea se echó por encima una túnica y salió de la alcoba. Frix no aparecía por ninguna parte, y la campanilla seguía sonando.

—¿Dónde se habrá metido esta mujer? —rezongó mientras acudía a la puerta—. Si ha decidido tener un día de asueto por su cuenta, la despellejaré y usaré su piel para forrar un escudo.

En la puerta esperaba Iris, la emisaria.

—Tu padre quiere verte, Atenea.

—Bien. Iré a...

—Quiere verte ahora mismo, en la Atalaya. Ha dicho que no hace falta que lleves tu armamento, diosa guerrera —informó Iris. Intentaba mantenerse seria, pero las cejas sonreían por su boca. Era evidente que le complacía dar órdenes a una gran diosa, aunque fuera de forma vicaria.

Cuando Atenea llegó a presencia de su padre, un miedo que jamás había experimentado atenazó su vientre. *¿Es esto sentirse como una mortal?*, se preguntó, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

Zeus estaba sentado en su sitial, con un gesto solemne que no solía adoptar cuando recibía las visitas de los íntimos en la Atalaya. Además, su mano izquierda sujetaba el cetro de oro y marfil que sólo utilizaba en las audiencias oficiales. Apartada un poco más allá, con la espalda apoyada en una de las columnas que daban paso a la balconada, estaba Frix. Pero, si la visión de su sirvienta en ese lugar era inquietante, había otro que la llenó de pavor. A unos pasos del asiento de Zeus, arrodillado en el suelo y con el rostro hundido entre las manos, estaba Ganímedes.

Ha confesado, comprendió Atenea.

Sin decir nada, se acercó a su padre y esperó firme, los brazos caídos a los costados. Si al menos hubiera traído su lanza, habría sabido dónde poner las manos. Durante un rato soportó la mirada

acusadora de Zeus, pero luego no pudo resistir más aquellas pupilas como alfileres de plata y agachó la cabeza.

—¡Mírame a los ojos!

Haciendo un esfuerzo, Atenea levantó la barbilla, que le temblaba visiblemente. Conocía aquel gesto de su padre, la ira fría del soberano, la justicia implacable del señor de los cielos. Pero siempre había visto esa mirada dirigida a otros, y no a ella.

—¿Es verdad? —preguntó Zeus.

Atenea comprendió que no tenía sentido negarlo. ¿Cómo había sido tan estúpida de pensar que su falta iba a pasar desapercibida en el Olimpo, donde mil oídos escuchaban, mil voces susurraban y mil ojos espiaban?

—Sí, padre.

Zeus se puso en pie y levantó el brazo. Atenea, involuntariamente, encogió los hombros. De los dedos semimetálicos de su padre brotaron chispas blancas que se juntaron en un arco de luz. Pero Este no saltó sobre ella, como había temido, sino sobre Ganimedes. El joven troyano gritó y se sacudió en el suelo dos veces, y después se quedó inmóvil.

Sin pensar en lo que hacía, Atenea acudió junto a Ganimedes y se inclinó sobre él. No respiraba, ni latía el pulso en las venas de su cuello. Aquel muchacho, cuya única falta había sido obedecer a los caprichos de los dioses porque no tenía otro remedio, había muerto por su culpa. *Qué frágiles son los humanos*, pensó. Para derribar a una criatura del orden de los inmortales su padre tenía que cebar el rayo de su mano antes de lanzar la descarga; pero había bastado una sola centella para parar el corazón de Ganimedes.

—Apártate de él.

Atenea se levantó y retrocedió unos pasos. Zeus, con la punta del pie, dio la vuelta al cadáver para no verle el rostro.

—Fui yo quien lo trajo al Olimpo —dijo, con gesto sombrío—. Lo hice para convertirlo en el copero de los dioses, pues su belleza complacía a mi vista. ¡Pero, al parecer, las diosas olímpicas

creyeron que lo había traído para convertirlo en juguete de su lujuria! Ya es bastante malo que Afrodita, Iris, Hebe, Angelia o incluso mi hermana Deméter lo hayan utilizado para satisfacer sus repugnantes apetitos. ¡Pero que lo hayas hecho tú, Atenea! ¡Que hayas traicionado a tu padre y perdido la virginidad por un humano!

¿Qué hay de tus caprichos, padre? ¿Acaso no lo trajiste aquí para satisfacerlos? ¿Es que tus apetitos son menos repugnantes que los nuestros por ser tú el señor del Olimpo?

Ninguno de estos pensamientos atravesó el cerco de sus dientes. Que las palabras de su padre fueran injustas no la exculpaba a ella.

—¡Juraste por Estigia, hija mía! —gritó Zeus, apretando los dedos de su mano izquierda como si quisiera triturarle la cabeza entre ellos—. ¿Es que el juramento más sagrado ya no tiene ningún valor en el Olimpo?

—Padre, yo...

—¿Qué? ¡Habla!

Pero Atenea descubrió que no tenía nada que decir. Zeus apretó los dientes y volvió a alzar la diestra. Atenea le miró a la cara, decidida a aguantar la descarga con temple; mas tampoco ahora la ira de su padre se abatió sobre ella. El rey de los dioses se volvió y el relámpago cayó sobre Frixia, que había estado contemplando la escena con una sonrisa de malévola satisfacción. Pero esta vez no fue una descarga instantánea, sino que Zeus mantuvo la mano en alto y siguió arrojando el rayo mientras la infortunada sirvienta sacudía los brazos y soltaba espumarajos por la boca entre temblorosos chillidos. Su túnica estalló en llamaradas que en seguida prendieron los cabellos, y un espantoso olor a pelo quemado llenó la estancia. Por fin, el dios de la tempestad bajó la mano y Frixia se desplomó en el suelo. Las llamas aún tardaron en apagarse un rato.

—Nadie debe conocer esta vergüenza —dijo Zeus, frotándose la mano derecha contra el muslo y volviéndose hacia Atenea. Por un

momento ella albergó la esperanza de que su rabia se calmara, tras haberse ensañado más con la delatora que con el propio Ganímedes.

—Lo siento mucho, padre, de...

—¡Silencio! No digas ni una palabra si no quieres que te fulmine como a ellos. ¡Eres una diosa, pero te juro por la sagrada Estigia que si concentro en un solo rayo toda la ira que siento en este momento, no quedarán de ti cenizas ni para rellenar un dedal!

Atenea cayó de rodillas.

—Castígame, padre. Cumpliré la pena por violar el juramento...

—¡He dicho que te calles!

—... La cumpliré diez veces. ¡Diez años estaré encerrada en el ataúd y noventa apartada del Olimpo, padre! ¡He pecado contra ti y lo sé! ¡Quiero...!

—¡¡Silenciooooo!!

La voz de Zeus hizo retemblar las paredes de mármol. Atenea hundió la cabeza entre las manos. Después oyó los pies de Zeus, que se puso detrás de ella.

—No te des la vuelta. No quiero verte la cara ni quiero que me la veas a mí —dijo Zeus, con la voz más calmada—. Nadie debe saber lo que ha ocurrido. No, ningún dios debe creer que un juramento otorgado ante Zeus se puede saltar a la ligera.

—Padre... —sollozó Atenea, con los ojos arrasados de lágrimas. Nunca antes había llorado.

—Por tanto, no recibirás un castigo público como el de Ares —prosiguió la voz de su padre, más sosegada y a la vez más peligrosa—. Dentro de una hora partiré de aquí para dar caza a Tifón. Cuando esté de vuelta, no quiero verte en el Olimpo. Márchate a tu ciudad de Atenas o haz lo que te parezca, pero no regreses a mi presencia.

Durante unos minutos, Atenea no oyó nada más. Por fin, se decidió a descubrirse el rostro y ponerse en pie. Su padre había

salido al balcón y estaba apoyado en la balaustrada. Atenea cruzó bajo el arco que daba acceso a la terraza.

—Padre, por favor...

—Sal de aquí, diosa guerrera.

Atenea se acercó a la balaustrada. Su padre contemplaba al horizonte como si ella no estuviera allí. Ella le agarró del codo y trató de obligarle a que la mirara.

—¡Padre! ¡Castígame, por favor, pero no me hagas esto!

Zeus se revolvió. La terrible fuerza de su brazo arrojó a Atenea contra una columna. Saltaron esquirlas de mármol y los huesos de la diosa crujieron por el golpe.

—¡No me llames padre! ¡Te aborrezco! ¡Ya no eres mi hija!

La mirada de odio de Zeus era tan intensa que a Atenea se le heló el icor en las venas. Resoplando de dolor, se puso en pie y se dio la vuelta para abandonar por última vez las habitaciones de Zeus. Pero cuando ya estaba en la puerta, la voz del rey de los dioses la llamó. Atenea se volvió esperanzada. Pero su padre, sin dignarse a mirarla, le dijo:

—Cuando me vaya, traerás la Égida y la dejarás aquí. No quiero que vuelvas a ponértela nunca. No eres digna de ella.

La hoz adamantina

Esa misma mañana, algo más tarde, Hermes recibió una visita inesperada. Su hija Angelia, una diosa de pies alados como él, le anunció que Tetis quería verle.

Hermes fantaseó durante unos instantes con la idea de sugerirle a Tetis que se bañara con él en su piscina privada, pero luego recordó que la hermosa nereida era el último capricho de su padre y decidió no tentar a Tique. Así que, cuando Tetis pasó a sus aposentos con un vestido celeste y una canastilla de mimbre en el brazo izquierdo, la saludó con formalidad.

—¿Qué deseas de mí, hija de Nereo?

La ninfa le agarró por el codo y, como si fuera su propia morada, lo guió hasta un banco de madera asomado a un hermoso jardín.

—No quiero entretenerte, Hermes. Sé que debes partir de viaje con tu padre.

—Las noticias vuelan incluso cuando no las llevo yo.

—Me alegra comprobar que no has perdido tu sentido del humor.

—¿Por qué habría de perderlo? Mi padre y yo matamos doce monstruos como Tifón todos los días antes del almuerzo. —Hermes torció la cabeza en un gesto de indiferencia—. Es pan comido.

Tetis le tomó la mano entre las suyas y le miró con aquellos ojos rasgados tan verdes como el mar en las playas de Delos.

—Estoy muy preocupada por vosotros. Sé que no hay en el Olimpo, ni aun en el mundo, un dios que supere a tu padre. Pero hace mucho tiempo que no se enfrenta a un enemigo realmente poderoso.

—Yo también temo que se confíe de más —reconoció Hermes.

—¿Me prometes que le cuidarás?

Tetis se acercó aún más la mano de Hermes, que pudo sentir en su piel la palpitación del pecho de la nereida.

—No dejaré que se descuide. Pero no te preocupes tanto por él. El viejo sabe cuidar de sí mismo.

Tetis abrió la tapa de la canastilla y sacó el objeto que había en su interior. Era una hoz. La madera del mango se veía muy vieja, casi petrificada, y tenía la hoja negra. Hermes acercó los dedos al filo, pero Tetis le agarró la muñeca.

—¡No la toques si no quieres perder un dedo! Ésta es la hoz adamantina con que tu abuelo Cronos castró a Urano. Aquello que corta no vuelve a crecer jamás, aunque sea el miembro de un dios.

—Pensé que esa hoz se había perdido...

—La encontré en el cabo Drépano, junto a la costa de Acaya. Ignoro si fue donde la arrojó Cronos o la arrastraron allí las corrientes marinas.

—¿Cómo sabes que es la auténtica?

—Se lo pregunté a mi padre.

Hermes asintió. Nereo, el Viejo del Mar, era tal vez el más sabio de los inmortales. Tomó la hoz por el mango y la examinó. La luz del sol arrancaba reflejos purpúreos a la hoja negra.

—Según el poema que suelo recitar, se trataba de una hoz enorme.

—Como ves, no era tan grande. Gea fundió la hoja, mezclando adamantio con su propia sangre para vengarse de su marido. No hay *nada* que esta hoz no pueda cortar, ya que sirvió para separar el cielo y la tierra.

—Así que quieres que se la dé a mi padre para que corte en rebanadas a ese monstruo...

—¡No, no! Ya sabes cómo es Zeus. Él pensará que teniendo el rayo no necesita ninguna otra arma, y además se ofenderá. Lo único

que quiero es que tú guardes la hoz, y si ves que es necesario, acudas a ayudar a tu padre. Sólo eso.

Tras despedir a Tetis y vestirse para el viaje, Hermes acudió a la Atalaya. Los Consagrados que custodiaban la puerta la escalera de caracol le saludaron chocando las lanzas contra los escudos y le franquearon el paso. En realidad, aquellos guerreros humanos poco podrían haber hecho para impedir el acceso a un dios, pero Zeus consideraba que su majestad le exigía tener guardias apostados en la entrada.

No había nadie en el despacho, y la puerta que daba a la alcoba estaba cerrada. Hermes, imaginando que su padre estaría bañándose o eligiendo ropa para el viaje, salió a la balconada y se asomó hacia el este, donde el sol ya había dejado de verse rojo.

Alguien le saludó desde las alturas. Hermes levantó la mirada y vio a Apolo, que venía desde su propia morada en la Aguja Sur. A su espalda se desplegaba una gran vela, casi transparente, como la carne de una medusa. Si alguien la intentaba tocar, la vela repelía el contacto con un zumbido similar al de las chispas que brotaban del puño de Zeus. Estaba surcada por finas nervaduras, hilos cristalinos que al recoger los rayos del sol se iluminaban y despedían destellos irisados. Con ella, Apolo podía volar más raudo que cualquier carro alado y superaba en velocidad a todos los dioses salvo al propio Hermes. Pero, sin sol, la vela era inútil.

Apolo se posó en la azotea, junto a Hermes, y cerró los brazos a los costados. La vela se desvaneció de la vista como si jamás hubiera existido.

—Mal día tenemos —dijo, señalando al este.

La vista desde allí solía ser espléndida. Pero el día anterior ya se veían nubladas amplias zonas de Tesalia y Macedonia, y también de la Calcídica y Tracia. Hoy el manto blanco lo cubría todo de horizonte a horizonte.

—Ya veo —dijo Hermes—. No puedes volar.

—Sólo por encima de las nubes. Tengo que dirigirme hacia allí — señaló hacia un punto indeterminado del norte—. Pero, ¿cómo sabré dónde tengo que descender si no veo el suelo?

—¿No puedes calcularlo... más o menos?

—¿A qué le llamas «más o menos»? He de volar en línea recta hacia el norte para no perder la ruta de la expedición sagrada. Conozco la ruta de memoria, pero sólo si encuentro referencias bajo mis pies: ríos, bosques, montes, ciudades. Las nubes son todas iguales y además se mueven. ¿Cómo calculo la distancia? ¿Desciendo cuando me aburra? —Apolo parecía irritado e impaciente, algo impropio de él.

—Es una idea.

—Ya. Pero con esas nubes sobre mi cabeza no podré volver a subir. ¿Y si descubro que cuando toco el suelo estoy a quinientos estadios de la caravana?

—En ese caso, tal vez yo sería más apropiado para esta misión —dijo Hermes—. Puedo volar por debajo de las nubes, hasta que encuentre a la caravana sagrada.

—No —dijo Zeus, que acababa de entrar al balcón—. Tú vendrás conmigo, Hermes. Apolo, no creo que un día o dos tengan tanta importancia. Puedes esperar a que las nubes se despejen. Si mañana aún no has podido partir, toma un carro alado.

—Como quieras, padre —respondió Apolo, a regañadientes. Nunca le había agradado volar si no era con sus propios medios.

Zeus se apoyó en la balaustrada y miró hacia el sudeste. Hermes observó que tenía los ojos vidriosos, la mirada perdida y los hombros algo caídos. ¿Le asustaba enfrentarse con el monstruo que había devorado a Zagreo? Era difícil creerlo. Hermes nunca había visto en su padre la menor señal de miedo, ni siquiera de inquietud. Las amenazas, como mucho, desataban su ira, pues no soportaba que nadie pusiera en duda su autoridad.

Pero, ¿y si ahora era diferente? *Hace mucho tiempo que no se enfrenta a un enemigo realmente poderoso.* Las palabras de Tetis le habían dado que pensar, y el gesto preocupado de su padre no hacía más que acrecentar su zozobra.

—Tengo noticias sobre Tifón —dijo Zeus, volviéndose hacia Hermes—. Iris, que a veces resulta más eficaz que tú, ha averiguado que ya no está en Creta.

—¿Ah, no? —respondió Hermes, un poco picado. ¿Cómo pretendía su padre que averiguara dónde estaba Tifón? ¿Acaso le había ordenado que fuera a buscarlo? Pero prefirió callarse.

—Después de devorar a Zagreo y destruir mi templo, Tifón atacó Cnossos. Apareció allí a mediodía, cabalgando a lomos de un enorme dragón.

—¿Un dragón? Glauco dijo que Tifón tenía alas.

—Al parecer, no le sirven para volar grandes distancias —respondió Zeus—. El caso es que esa bestia provocó un incendio en Cnossos que destruyó la mitad del palacio. Después se dirigió hacia el norte. Iris habló con el capitán de una flotilla que por la mañana había salido de la isla de Atlas. Tifón hundió dos de sus barcos, y después prosiguió hacia la isla, siempre montado en un dragón. Le vieron bajar sobre ella, como una bola de fuego, al caer la noche.

—¿Crees que seguirá allí? —preguntó Apolo, escéptico—. Parece una criatura muy inquieta. Tal vez haya sembrado la destrucción en la isla durante la noche...

—No. Todo estaba tranquilo allí hasta poco antes de amanecer, cuando Iris volvió para informarme. Sospecho que Tifón tiene su guarida en el volcán que ocupa el centro de la isla. Cuando salga de allí, le daremos caza.

—¿Y si no sale? —preguntó Apolo.

—Lo hará, no lo dudes. Tifón me está buscando a mí. No estará satisfecho hasta que no se enfrente conmigo. Y no voy a decepcionarle...

Hermes resopló, aliviado. El viejo seguía tan bravucón como siempre. ¡Aquél era el Zeus que él quería ver!

Hermes voló por delante de su padre para anunciar su llegada a los reyes de la isla de Atlas. En un pequeño morral, bajo la clámide, llevaba la hoz que castró a Urano. No dejaba de preguntarse si no estaría cometiendo un error al no contárselo a su padre. A Zeus no le gustaba que le ocultaran secretos. Mas, por otra parte, era la voluntad de Tetis, y Hermes sabía que tampoco le convenía contrariar a quien en aquel momento ejercía más influencia sobre su padre.

Tras saltar desde la balaustrada, Hermes se arrojó en picado hacia el mar de nubes. Con los pies juntos y los brazos pegados al cuerpo, se dejó embriagar por la sensación vertiginosa de la caída, del viento silbando en sus oídos, de las minúsculas gotas de agua que formaban la nube rozándole la piel con su frescor.

Tras atravesar aquel húmedo dosel, la ciudad de Hieróptolis apareció bajo sus pies. Hermes abrió los brazos y agitó las poderosas alas de sus pies, cambió su trayectoria en ángulo recto y pasó rozando la cúpula dorada de la torre que vigilaba la Crépide y el acceso al puente del Arco Iris. Zeus solía regañarle, diciéndole que algún día su temeridad le haría salir de la nube para estrellarse directamente contra algún tejado.

Pero Zeus no podía verle ahora. Hermes soltó un grito penetrante que corrió por encima de la ciudad, y los Consagrados que hacían guardia en las murallas levantaron las lanzas y lo saludaron:

—¡Salve, mensajero de los dioses!

Dejó detrás el Olimpo y la ciudad, y voló siguiendo la costa de Tesalia. Siempre por debajo de aquellas nubes grises como vellones manchados de barro, sobrevoló la alargada isla de Eubea, donde moraban los abantes que respiraban valor. Después, a menos de

quinientos codos sobre las olas, recorrió las Cíclades, tan cercanas unas a otras que los humanos podían navegar entre ellas sin pasar la noche en alta mar. Y por fin, al sur, encontró la isla de Atlas, más allá de la cual se extendía el amplio y agitado mar de Creta.

Hay que tener valor para dedicarle una isla a uno de los titanes que fue castigado por mi padre, pensó mientras se acercaba a ella.

La isla, que no tenía más de cien estadios de norte a sur, estaba sembrada de pequeñas poblaciones. El centro y la parte oeste lo ocupaba un estrecho lago en forma de anillo, en cuyo centro se levantaba un volcán que formaba otra isla dentro de la isla. Allí, en aquellas tierras oscuras y fértiles, se erguía la magnífica ciudad de Atlas. Construida conforme al modelo de Cnossos, era aún más bella y lujosa. Las casas se apilaban unas sobre otras, formando torres de tres y cuatro pisos que seguían el sinuoso relieve de las laderas del volcán. Los terrados estaban adornados con flores, y en las avenidas más anchas crecían hileras de plátanos que daban sombra a los paseantes. Por doquier se veían los vivos colores de los toldos y tenderetes, y también de los palanquines que transportaban a los ciudadanos más ricos.

Hermes se posó ante la escalinata que conducía al palacio real. Los guardias hicieron correr la voz de que había llegado el dios de los pies alados, y no tardó en aparecer el propio rey Tesmio, acompañado por un séquito de sirvientes y funcionarios. Con él venía su mujer, la bella Jenódice, hija de Minos de Creta, vestida con una entallada falda de volantes, un delantal carmesí en la cintura y una ajustada chaquetilla de cuero que dejaba sus pechos al descubierto, a pesar de que la mañana era fresca.

—¡Bienvenido, venerable Hermes! —le saludó Tesmio, un hombre entrado en carnes, con el cabello pegajoso de aceite y la sonrisa no menos untuosa—. Dime, si te place, qué te trae a la

ciudad de Atlas, pues mi ánimo me empuja a cumplirlo si me es posible realizarlo.

—¿Qué palabras son ésas, esposo? —le recriminó Jenódice—. Antes hemos de ofrecer nuestra hospitalidad al hijo de Zeus y Maya.

A Hermes le fascinaron los ojos de la reina, que eran de un extraño color violeta. Sin duda su mirada hipnotizaba a los mortales. Entonces recordó para qué había venido, levantó el caduceo y dejó que la serpiente cobrara vida y se enroscara en torno a su muñeca.

—¡Reyes de la isla de Atlas, vengo a anunciaros la llegada de Zeus, Hijo de Cronos, Amontonador de Nubes y Señor del Olimpo!

—¿Zeus? —preguntó Tesmio, con voz tan aguda que le salió un gallo—. ¿Tu omnipotente padre nos va a honrar con su presencia? ¿Cuántos días faltan para ese feliz acontecimiento?

—Llegará esta misma tarde —repuso Hermes, disfrutando del gesto de pavor del rey.

Al saber que la visita del señor del Olimpo era inminente se organizó un tremendo revuelo. Los mayordomos batieron palmas y recorrieron todo el palacio, ordenando a las criadas que fregaran y cepillaran a conciencia las losas del suelo, que encendieran pebeteros e incensarios y que prepararan la mejor ropa de cama para las alcobas de honor, y a los pinches que buscaran comida y bebida por todos los rincones de la isla para organizar un suntuoso banquete en honor del soberano de los cielos y de su hijo.

Mientras, Jenódice, con la familiaridad que le daba poseer un cuarto de sangre divina en sus venas, tomó del codo a Hermes y lo llevó aparte.

—Sé por qué viene tu padre, divino mensajero —le dijo en voz baja—. Anoche vi las llamaradas de ese monstruo.

Subieron los cuatro pisos del ala norte y salieron a una amplia terraza. Desde allí se dominaba la parte oeste de la isla, donde estaba la bocana del puerto. Había más de trescientos barcos en los muelles y las dársenas, pues en los últimos años la ciudad de Atlas se había convertido en un emporio comercial.

Pero lo que quería mostrarle Jenódice estaba al otro lado. Hermes se volvió hacia el nordeste para ver la oscura masa del volcán. Hasta media ladera había casas dispersas, y entre las escarpaduras se veían terrazas con vides y árboles frutales. Más arriba, los últimos cien codos eran abruptos, de tierra gris y arrugada. Por encima del borde del volcán, áspero y serrado como la dentadura de un dragón, se alzaban al cielo unas fumarolas amarillentas.

—Desde hace casi un año, el volcán ha estado más inquieto de lo acostumbrado, y la isla ha temblado un par de veces —dijo Jenódice—. No comprendimos la razón hasta que anoche llegó una bestia llameante que cabalgaba un dragón, y se posó en su cima.

—Sospecho que esa bestia tenía alas y se llamaba Tifón...

—Cierto. Era tal y como la describes, y así dijo llamarse.

—¿Acaso habló?

—Sí. Proclamó su desafío desde aquel pico que ves —dijo la reina, señalando a un pico más alto que sobresalía en la cima del volcán.

—¿Y puede saberse qué dijo esa encantadora criatura?

—Me da pudor repetirlo. Sus palabras eran palabras de traición...

—Tranquila, mujer. Entiendo que esas palabras no saldrán de tu corazón, sino sólo de tu boca.

—Tifón dijo que él era el legítimo soberano del mundo, pues su padre era el propio Cronos, y que a partir de ahora tendríamos que acostumbrarnos a rendirle culto a él.

—¿Eso fue todo lo que hizo? ¿Hablar, nada más? Qué pacífico y amable se ha vuelto —dijo Hermes, mirando en derredor. Desde allí arriba, la ciudad parecía tranquila—. En otros lugares donde ha estado ha dejado un reguero de incendios y destrucción.

—Aquí no. La tierra tembló un instante, y luego el monstruo y su dragón desaparecieron en el cráter. Por eso sospecho que mi señor Zeus viene a castigar la insolencia de esa bestia...

Hermes asintió, mientras levantaba la vista hacia el volcán. Pensó que en su interior aguardaba Tifón. Tal vez él y su dragón estuvieran dormitando como gigantescos lagartos. Palpó el morral y tocó la hoja de la hoz adamantina, que había envuelto en gruesos paños de lana para no cortarse. Se le ocurrió que podría volar hasta la cumbre del volcán, aventurarse en su chimenea hasta las entrañas de la tierra, buscar al monstruo en su cubil, decapitarlos a él y al dragón y mostrarle ambas cabezas a su padre cuando llegara.

Ni aunque me bebiera todas las cosechas de vino de Quíos y Lesbos juntas.

—¿Por qué te sonríes, hijo de Zeus? —preguntó Jenódice.

—Me hacía sonreír la insensatez de mi imaginación.

—Dices que tu padre llegará después de mediodía... —ronroneó la mujer, acariciándole el hombro con las larguísimas uñas—. ¿No querrá el divino Hermes que su humilde sierva le prepare un baño y le limpie el polvo del camino?

Hermes estuvo a punto de contestar que el mensajero de los dioses no pisaba el suelo, y por tanto no podía recoger polvo en el camino. Pero los ojos violeta de Jenódice eran tan grandes y húmedos que pensó que una segunda sesión de aseo en el día no podía dañar su piel inmortal y, enlazando a la mujer por el talle de junco, aceptó.

La gran Madre

En vez de seguir a su hijo Hermes, Zeus llevó su carro alado hasta la montañosa Fócide, al sur, más allá de las llanuras de Tesalia. Voló bajo la capa de nubes y cuando rozó las nevadas cumbres del Parnaso ordenó a sus corceles que bajaran.

Asomado al golfo de Corinto, en las faldas del propio Parnaso, se encontraba la morada de su abuela Gea: Delfos, el ombligo del mundo. Zeus dejó su carro alado al cuidado de las sirvientas que custodiaban el santuario y, como cualquier otro peregrino, subió a pie por la vía sagrada, un camino que zigzagueaba por la ladera de la montaña, rodeado por templetes de todos los tamaños y formas donde se custodiaban las ofrendas depositadas por los consultantes del oráculo.

Entre los aqueos se contaba que Zeus, para averiguar dónde se hallaba el centro de todas las tierras, había ordenado a sus dos águilas que volaran hasta los extremos del mundo, una al este y otra al oeste. Una vez allí, las águilas habían regresado con la misma velocidad hasta cruzarse en su vuelo, y en ese momento la mayor de ellas, Macropis, soltó la piedra que llevaba entre sus garras. El lugar donde ésta tocó el suelo marcó desde entonces el *ómphalos*, el ombligo del mundo.

Pero la verdad era que Delfos había sido el centro de la tierra desde mucho antes. La piedra conocida como *ómphalos* estaba allí, pero no la había dejado caer ningún águila. Era en realidad la tosca efigie de un bebé recién nacido. Gea la había tallado para entregársela a su hija Rea, quien a su vez se la dio a Cronos

diciéndole que era su sexto hijo, Zeus. Cronos había tragado el anzuelo, en parte porque en aquel momento estaba borracho y en parte porque Rea, antes de envolver la estatua en pañales, había cortado el cordón umbilical del pequeño Zeus para enrollarlo en torno a la cintura de piedra mientras recitaba un ensalmo de enmascaramiento que le había enseñado Gea.

Ahora la piedra estaba en el santuario, en manos de Gea. Según sus palabras, la conservaba como recuerdo del nieto predilecto al que tan pocas veces veía. A Zeus no le entusiasmaba que la diosa más anciana del mundo poseyera una imagen con su cordón umbilical, pero por el momento no había encontrado la forma de recobrarla sin contrariar a su abuela.

Había llovido durante la noche, y aún seguía cayendo una fina llovizna. A los bordes de la vía empedrada fluían pequeños regatos y el suelo fuera de los adoquines era un barrizal gris. Zeus no tardó en llegar ante el templo de Gea. Era un edificio alargado, de paredes de adobe rodeadas por columnas de madera que los sirvientes enceraban y reemplazaban constantemente. No había frescos, ni relieves, ni esculturas, ni siquiera acróteras en el tejado.

La puerta exterior se abrió ante Zeus y se cerró por sí sola a sus espaldas. El rey de los dioses bajó cinco escalones, tantos como había subido para entrar, pues el interior del templo no estaba pavimentado, sino que su suelo era la propia tierra del lugar. Recorrió con pasos lentos el pórtico, una pequeña estancia que ocupaba un tercio de la superficie del templo. A ambos lados, seis pebeteros quemaban maderas aromáticas e iluminaban la sala con una luz tenue y rojiza.

Se detuvo ante la segunda puerta. Más allá estaba el áditon, la estancia secreta que conducía al corazón de la tierra. El único lugar del mundo al que él no podía entrar. Pues incluso en casa de su hermano Hades podía presentarse sin pedir permiso y visitar las salas más recónditas, donde los culpables de impiedad contra los dioses sufrían torturas eternas. Pero no allí. Delfos era el reino

reservado a su abuela Gea. Ésa era una deuda que contrajo cuando ella le ayudó a derrotar a Cronos. Un compromiso que le escocía tanto como el que tenía con Estigia, pues ponía límites a su poder, y del que estaba resuelto a librarse tarde o temprano. Pues por el *khasma*, la sima que se abría en el áditon, tapada de su vista por las paredes del templo, brotaban las brumas del tiempo. En esas emanaciones, restos de la esencia del propio Caos, se encontraban los secretos del pasado y, sobre todo, del futuro. Pero los guardaba para sí y los usaba en su propio provecho.

Aunque le estuviera vedado entrar, Zeus conocía el funcionamiento del oráculo. Cada mes, una doncella elegida entre las aldeanas de los alrededores del Parnaso subía al santuario. Tras purificarse en las aguas de la ninfa Castalia, entraba al templo de Gea, trasponía la entrada del áditon y se sentaba en un incómodo trípode de bronce al borde del *khasma*. Allí aguardaba la subida de las brumas del tiempo y las aspiraba; o más bien, por lo que varios testigos humanos le habían contado, era el mismo vapor caliginoso el que, animado por una voluntad propia, penetraba por las vías respiratorias de la doncella y la poseía. En ese momento, la mujer entraba en trance y por su boca brotaban en tropel las extrañas visiones que acudían a su mente. A su lado, las sirvientas del templo anotaban sus palabras en unos signos funestos que sólo ellas conocían, y después trataban de interpretarlas. La voz de la vidente se convertía en un balbuceo cada vez más ininteligible, hasta que se derrumbaba del trípode babeando y derramando negra sangre por la nariz y las orejas. Pues el conocimiento del futuro era tan peligroso para los humanos que la doncella siempre moría y debía ser reemplazada por otra para la próxima ocasión.

Tras la muerte de la vidente, las sirvientas del templo comunicaban a los peregrinos aquello que les pareciera oportuno, y el resto de las visiones se las reservaban para información de Gea. Ella, obedeciendo a su capricho o a su conveniencia, se las contaba

a veces al propio Zeus. Así había averiguado él cómo derrotar a Cronos, o por qué no debía concebir hijos varones con Metis.

La puerta del áditon se abrió chirriando. Al otro lado, entre sombras impenetrables, brillaban dos grandes brasas y se oía un ronquido lento y profundo. Zeus sabía que eran los ojos rojos y el aliento de Pitón, el dragón que vigilaba el santuario. Sus pupilas alargadas se contrajeron al ver al dios, que sintió el odio que destilaba su mirada como el roce de una piel escamosa y fría.

Algún día saldrás de ahí. Y ese día haré que te salten chispas desde los dientes hasta la punta de la cola.

Gea salió del áditon y acudió a saludar a su nieto, precedida por un intenso hedor a lodo y humus en descomposición. Vestía un manto oscuro y cerrado del que sólo asomaban sus manos sarmentosas. Una capucha cubría sus cabellos, si es que aún le quedaban. De cintura para abajo no tenía piernas, o así lo sospechaba Zeus, pues la anciana no caminaba, sino que se deslizaba sobre el suelo con un viscoso borboteo dejando tras de sí un rastro de barro. Era sabido que Gea no podía separarse del suelo, pues ella era la Tierra y la Tierra era ella.

—Mi nieto favorito —le saludó Gea, con una voz tan rugosa y quebradiza como sus rasgos.

—Abuela —contestó Zeus, agachándose para besar la mano que le tendía la diosa.

Gea levantó la mirada para contemplar a Zeus, que le sacaba más de un codo de estatura. Sus ojos eran dos bolas de ámbar fosforescentes con un punto negro en el interior.

—Sé a qué has venido, hijo mío —dijo, con una sonrisa desdentada. Aunque Zeus fuera su nieto, siempre se dirigía a él como *hijo*.

—Es tu privilegio conocerlo todo —repuso Zeus, y añadió con cierto retintín—: Incluso el porvenir.

—Sé que te ha surgido un competidor.

—¿Es cierto que ese monstruo que se hace llamar Tifón es hijo de Cronos?

—Oh, eso deberías consultárselo a él.

—Cronos me sugirió que te preguntara a ti.

Los ojos ambarinos se entrecerraron un instante y Zeus notó una tenue trepidación bajo sus pies. En su experiencia, eso significaba que Gea estaba consultando las memorias de la tierra que la sustentaba.

—Sólo puedo decirte que el origen de la criatura llamada Tifón, es un huevo de dragón —dijo por fin.

—Los dragones son tus criaturas, abuela. Tú sabes más de ellos que nadie.

En la época de los Titanes, había al menos quince dragones sobre la tierra. Considerando que aquellos enormes reptiles alados tenían la piel cubierta de escamas impenetrables, el aliento ponzoñoso, la respiración de fuego y la sangre corrosiva, quince suponían una auténtica plaga para el resto de los vivientes. Zeus y Poseidón habían destruido a siete. A seis los habían encerrado en el Tártaro, pese a las protestas de Gea. Ahora sólo quedaban dos: el propio Pitón y su esposa Delfine. Y uno de ellos, o los dos, estaban sirviendo de cabalgadura a Tifón.

—Él no es del todo un dragón —dijo su abuela—. Por lo que sé también hay algo de dios en su naturaleza. Pero no temas, hijo mío. Ven, ¿por qué no te sientas aquí? —le dijo, señalándole un poyo de piedra junto a la pared del templo—. Mi viejo cuello sufre de mirar para arriba. ¡Eres tan buen mozo!

Zeus se sentó, pero aún así tuvo que bajar la mirada para hablar con su abuela. Ella le apretó la rodilla. A través de la túnica sintió sus dedos, tibios y pegajosos como babosas.

—De mi seno jamás ha salido ninguna criatura que pueda igualarte, Zeus. Eres más poderoso que Tifón. ¿Por qué te atormentas entonces?

—Tifón no es mi única preocupación, abuela —dijo Zeus—. Hay otras cosas que afligen mi ánimo.

—Confíamelas, hijo mío.

—Temo por la raza de los hombres, abuela.

—Los hombres. —Gea siseó como una serpiente—. Los hombres. Siempre los hombres. ¡Me cansan! Son grandes como los cerdos y numerosos como las hormigas. Su peso me aflige. No me gusta que quemen los árboles que me cubren. No me gusta que me claven sus rejas de metal. Y aún me gusta menos que se atrevan a fundir el hierro de mis entrañas.

—No es de tus entrañas, abuela. Sólo lo toman de las piedras rojizas que encuentran por el suelo, las sobras que se desprenden de tu piel.

—Eso es ahora. Pronto se atreverán a más. ¡Pronto intentarán llegar a mi corazón! Conozco bien a esa raza de insolentes y sé que no se detendrán ante nada.

—Recuerda que yo creé a los hombres, abuela —dijo Zeus, irguiendo los poderosos hombros.

—Tú y Prometeo —puntualizó ella.

—Sí, yo y Prometeo. Pero fueron creados a mi imagen, y me complace que sigan existiendo y me hagan sacrificios.

—Entonces, si forman parte de tu reino, deberías controlarlos mejor y reprimir su insolencia.

—Lo haré, abuela, ya que es tu deseo. Pero a cambio te pido que tú también vigiles tu reino.

—¿Yo? Prácticamente lo he dejado todo en tus manos. Estoy muy vieja y cansada para encargarme de nada.

Zeus suspiró y se frotó los muslos.

—Me temo que se avecina un invierno terrible. Y si volvemos a sufrir un verano que no sea verano, muchas criaturas morirán. No sólo los humanos.

—Yo no gobierno las estaciones —gruñó Gea—. Tú eres el dios del cielo, hijo mío.

Zeus frunció el ceño. Le molestaba reconocer que no era omnipotente. Pero aunque podía invocar vientos y tormentas, el resto no estaba en su mano. En ese mismo instante, todas las tierras en miles de estadios alrededor de Delfos se hallaban cubiertas de nubes. Pero aquellas nubes no las había traído el viento ni ninguna borrasca del lejano mar occidental. Habían brotado del suelo, de una ingente masa de humedad exudada por la propia Gea con alguna oscura intención que a Zeus no le hacía presagiar nada bueno.

—Hoy todo el cielo está encapotado.

—Eso es bueno, hijo. Las plantas agradecen la lluvia.

—Pero también agradecen la luz del sol. Y cada vez llega menos porque el aire está más sucio.

—¿Acaso me culpas a mí de eso?

—Podrías controlar tus volcanes...

—Ah, mis volcanes... Ya sabes que en mi interior arden muchos fuegos y tengo que desahogarlos. Procuro hacerlo sin causar demasiado daño a mis hijos. Y me refiero a *todos* mis hijos, ¿sabes? Porque no sólo hay hombres en este mundo. También están los sátiros, y las ménades, y los...

—Los volcanes, abuela.

—¡Lo siento, pero a veces ni yo misma puedo contener esas erupciones!

Zeus agachó la cabeza. Prefería no insistir. Le bastaba con que su abuela supiera que se había dado cuenta de lo que sucedía. El cráter de la isla de Atlas, las montañas de fuego de Italia y Sicilia, el altísimo volcán del Cáucaso donde estaba encadenado Prometeo: todos, de una forma discreta pero persistente, casi insidiosa, llevaban más de un año arrojando humo y cenizas al cielo. Esas cenizas se quedaban flotando en las alturas, no muy lejos del ardiente éter, tejiendo una mortaja casi invisible, pero cada vez más espesa. Nadie había reparado en que los rayos del sol llegaban cada vez más débiles, pues el cambio era tan gradual que dioses y

mortales se habían acostumbrado a él. Nadie, salvo Apolo, que dependía de ellos para desplegar su poder.

Y salvo Zeus, que acababa de entregar a Gea su mensaje: *Deja de hacer travesuras, abuela. Me he dado cuenta.*

Pero ahora dijo:

—Lo sé, abuela. No quería incomodarte. Sé que tu responsabilidad es pesada.

—Lo es. He pensado en retirarme...

Aquello sí que era una sorpresa. Zeus miró a los ojos de Gea para saber si mentía o bromeaba; pero, si aquellas bolas de ámbar tenían expresión, él ignoraba cómo descifrarla.

—¿Retirarte?

—El peso del tiempo me vence, hijo mío. Quiero reposar. Bajaré por la gruta que conduce al corazón de la tierra y dormiré. Sí, el largo sueño me llama.

—Entiendo que estés cansada, abuela. Pero ¿quién cuidará de tu reino?

—Tú —dijo ella, apretándole la mano izquierda—. Has demostrado durante todo este tiempo que eres un buen gobernante. Sé que puedo dejarlo todo en tus manos. Te daré las llaves del áditon, y todo será tuyo...

—No defraudaré tu confianza.

—... cuando superes una última prueba.

—¿Cuál, abuela?

—Tráeme la cabeza de esa abominación, y yo te daré las llaves del corazón de mi reino —dijo, señalando a la puerta del áditon—. Sí, entrégame la cabeza de Tifón y Delfos será tuyo.

Zeus se puso en pie y se frotó las manos en los muslos.

—Te la traeré, abuela. Y tú podrás descansar.

Bajo el volcán

Aunque no fuera en compañía de Tetis, Hermes tuvo al final el placentero baño que había imaginado al empezar el día: sentado en una amplia pileta llena de agua termal del propio volcán, con la reina Jenódice desnuda a su lado, mientras cuatro esclavas les frotaban la espalda y las plantas de los pies con piedra pómez de la propia isla; una sensación áspera y suave a la vez, que Hermes encontró deliciosa. Tan deliciosa como los placeres que le insinuó Jenódice para más adelante.

Después, mientras se ultimaban los preparativos del festín, le agasajaron con una exhibición del ritual del toro, otra influencia cretense. Hermes se divirtió y aplaudió con los demás al ver a jóvenes de ambos sexos ataviados tan sólo con faldellines y taparrabos que hacían acrobacias sobre los cuernos de un enorme toro negro.

Terminado el ritual, el rey Tesmio acompañó a Hermes a la sala de audiencias. La habían construido a imagen del palacio de Minos en Cnossos, mas con la intención de superarlo. Y en verdad que lo habían conseguido. Los techos, artesonados y sustentados sobre decenas de columnas estucadas y pintadas de ocre, azul y rojo, se alzaban a veinte codos de altura. Los suelos de mármol jaspeado brillaban como espejos, y las paredes estaban decoradas con elegantes motivos florales y marinos, y también con animadas escenas de pesca y caza y del propio ritual del toro.

El rey había hecho disponer bajo las columnatas seis mesas de más de cuarenta codos de largo, que ya estaban cubiertas de

viandas, copas de cristal y alabastro, y bandejas de plata y electro. Asistían más de doscientos comensales, entre funcionarios, sacerdotisas, militares, armadores y mercaderes, muchos de ellos extranjeros de paso. Hombres y mujeres se mezclaban por igual, todos con ropas abigarradas y vistosas, pues la de Atlas era una sociedad próspera que gustaba de admirar su propia belleza. Las mujeres mostraban sus cabellos rizados con tenacillas calientes y exhibían los pechos maquillados para parecer más blancos, mientras que los hombres lucían mejillas afeitadas y cabellos lustrosos de aceite.

Por fin llegó Zeus, vestido con un manto púrpura y una túnica azul, ceñida con un grueso cíngulo de oro, que le hacía parecer aún más alto y ancho de hombros. Los comensales se pusieron en pie, y los músicos entonaron un himno que un aedo local había compuesto a toda prisa. El dios recibió el homenaje con gesto impaciente, esperó a que acabara el canto, probó un bocado de carne para inaugurar el banquete y en seguida se acercó a Hermes para llevárselo a un aparte en una columnata lateral.

—¿Has averiguado dónde están Tifón y ese dragón que utiliza de acémila?

—Creo que dentro del volcán.

—¿Crees?

—Eso me ha dicho la reina Jenódice.

—¿No has subido tú mismo a comprobarlo?

—Lo siento. No me pediste que lo hiciera.

Zeus, con un bufido, hizo un comentario entre dientes sobre Iris, que sin duda habría mostrado más iniciativa y habría sido más eficaz que su propio hijo Hermes no entendía por qué Zeus estaba tan irritado con él desde que se había levantado.

—Eres tú quien quiere pelearse con esa criatura, padre, no yo.

—Vamos a subir a ese volcán ahora mismo —dijo Zeus, haciendo caso omiso de la pequeña rebelión de su hijo.

—¿Tú y yo?

—Sí. Tú proclamarás mi desafío, y cuando Tifón salga de su cubil lo fulminaré, y después le cortaré la cabeza y la pondré en mi carro como trofeo.

—Claro, padre. —*¿Has pensado en que también hay un dragón de por medio?*, pensó, pero su objeción fue—: Esta gente ha preparado un banquete en tu honor. No deberíamos retirarnos tan pronto.

—No es momento de banquetes.

El propio rey Tesmio vigilaba su conversación desde el fuego del hogar, donde se asaban succulentas tajadas de carne de buey. Hermes se acercó más a su padre y susurró:

—Han traído manjares y vinos de toda la isla. Hay gente que mañana pasará hambre por rendirte homenaje hoy. Creo que sería correcto que compartieras al menos un poco de tiempo con ellos. Y no es bueno ir a la batalla con el estómago vacío.

Zeus suspiró. Eran sus propias normas y lo sabía.

—Está bien. Perderemos un poco de tiempo con estos refinados isleños.

El dios caminó hasta el extremo de la sala, seguido por las miradas temerosas de los asistentes, que comentaban entre susurros lo alto y musculoso que era el rey del Olimpo. Subió los tres escalones que llevaban junto al trono y el hogar circular, y se dio la vuelta para saludar a los comensales alzando la mano izquierda. Hermes sonrió al ver que detrás de su padre había un fresco que lo representaba sentado en su trono y con un cetro de oro en la mano, aunque en la pintura no llevaba barba, sino que tenía el rostro afeitado según la moda de la isla. *Casi se parece más a mí que a él*, pensó.

Tesmio se acercó al dios del trueno frotándose las manos y haciendo nerviosas reverencias. Jenódice, con más dominio de sí misma, le ofreció una brocheta de cobre en la que había ensartado jugosas porciones de lomo de buey. Para la ocasión, se había

cambiado de ropa y llevaba una falda y una chaquetilla aún más vistosas que por la mañana.

—Vuestra ciudad es cada día más próspera —dijo Zeus, con desgana.

—Así es, padre de los dioses —respondió Tesmio—. Para agradecerte esa prosperidad, he pensado en erigir un nuevo templo consagrado a tu persona.

Zeus movió apenas la barbilla, aceptando con naturalidad el honor que se le debía mientras masticaba un trozo de carne.

—¿Dónde lo levantarás? —preguntó.

—Por encima del templo de tu esposa Hera, en la ladera del volcán, ¡oh, magnánimo Zeus!

El dios se sonrió, y Hermes comprendió por qué. Estar por encima de Hera siempre satisfacía a su padre.

—¿No sentís temor viviendo tan cerca de un volcán?

—Las tierras alrededor de un volcán son más fértiles, ¡oh, Zeus! —repuso el rey—. Por eso nuestro vino es el mejor del Egeo. Aunque sin duda tú, acostumbrado a la ambrosía del...

—El cráter de ese volcán aún humea. La tierra despertará cualquier día.

—Sabemos que no lo hará —intervino Jenódice—. La diosa Gea nos protege gracias a nuestros sacrificios.

Oh, oh, pensó Hermes. No deberías mencionar la protección de ningún otro dios delante de mi padre.

Jenódice hizo una señal a un sirviente, que le trajo un ritón negro en forma de cabeza de toro.

—Mi señor Zeus, padre de mi padre Minos —dijo la reina—. Propongo una libación en honor de tu abuela, Gea, que te ayudó a derrotar a tu padre Cronos y convertirte en el señor del Olimpo.

Hermes chasqueó la lengua. No era conveniente recordarle a su padre que a veces había necesitado la ayuda de otros dioses. Ni siquiera si la persona que se lo mencionaba tenía unos ojos tan hermosos como Jenódice. Pero antes de que pudiera escuchar la

respuesta de su padre, dos jóvenes sacerdotisas de esbelta cintura, largos rizos y vibrátiles pechos se acercaron a él.

—Mi señor Hermes —dijo la más morena de las dos—. Nos han contado que, en tu inmensa sabiduría, comprendes todos los signos que escriben los hombres.

—¿Acudís a mí por mi sabiduría y no por mi belleza? Qué decepción.

Las dos muchachas se miraron entre risitas. Después, con un extraño desparpajo, lo llevaron cada una de un brazo hasta una mesita redonda montada sobre un trípode de bronce. En ella había un papiro que se mantenía abierto merced a unas pequeñas pesas de plomo.

—Ayer lo trajo un barco de Menfis —dijo la sacerdotisa del pelo cobrizo—. El capitán nos dijo que era un oráculo, compuesto por unos sacerdotes egipcios que te adoran bajo el nombre de Thot. Al parecer, es una predicción sobre el destino de la criatura conocida como Tifón.

Interesado, Hermes se inclinó sobre la mesa y deslizó el dedo por las líneas plagadas de hermosos caracteres jeroglíficos. Para entenderlos mejor, los fue leyendo en voz alta.

—*A Thot... dios de los mensajeros... escolta de las almas... señor de los mercaderes... patrono de los ladrones... protector de los embusteros. Vaya, no sé si tomarme esto como un halago o... Veamos, ahora dice: Cómo es posible... que el dios más marrullero... caiga en una celada... tan burda... Mira en tu bolsa... señor de los...*

Hermes se negó a leer en voz alta el último signo, pues aquel epíteto era ultrajante. Levantó la mirada para exigir explicaciones y descubrió que las dos sacerdotisas se habían esfumado. Los demás comensales seguían celebrando el banquete, entre algarabía de voces, liras, flautas, crótalos y címbalos. Hurgó en el morral con los dedos y suspiró de alivio al comprobar que la hoz estaba dentro. Pero entonces se dio cuenta de que el tacto del mango era distinto.

Se apresuró a sacarla y descubrió que aquella segur no era la misma que le había entregado Tetis, pues estaba tallada en una sola pieza de marfil y, obviamente, era ornamental.

Hermes volvió la mirada hacia su padre, que estaba a unos veinte pasos de él. En una fracción de segundo, se dio cuenta de que habían caído en una trampa. Zeus aún sostenía en la mano izquierda el espetón de carne y con la derecha levantaba el ritón que le había entregado Jenódice, para derramar unas gotas de vino sobre las brasas del hogar. La reina se había levantado el delantal y de debajo estaba sacando una hoz. La auténtica hoz adamantina.

Esa zorra me la ha robado mientras nos bañábamos.

—¡Padre! ¡Cuidado!

Hermes aceleró los latidos de su corazón inmortal y arrancó a correr a la velocidad que sólo él podía desplegar. Los comensales se apartaron a su paso, aunque dos funcionarios no fueron lo bastante rápidos y volaron como embestidos por una manada de toros. Jenódice ya había levantado en alto la hoz para golpear a Zeus. A ojos de Hermes, su brazo se movía tan despacio como una gota de resina resbalando por el tronco de un pino. Sabía que él iba a llegar antes, y cuando llegara, después de frenar el golpe, usaría esa misma hoz para partir en dos el cuerpo de aquella traidora.

De pronto, algo arañó su rostro y sus manos, y descubrió que no podía dar un paso más. Su propio impulso lo derribó, y rodó por las losas de mármol. Se debatió furioso, con la sensación de que mil manos minúsculas lo habían apresado y tiraban de él en todas direcciones. Entonces, delante de su ojo, clavado en el puente de su nariz, distinguió un filamento delgado y tenue como el hilo de una araña, y comprendió.

Era la red con la que Hefesto había apresado a Ares y Afrodita.

Hermes se revolvió en el suelo y miró a los lados. La red, una vez que se había cerrado sobre su víctima, empezó a hacerse visible, fina y dorada. Alguien la había tendido entre dos columnas; para interceptarle el camino a tan sólo a unos pasos de su padre...

Pero tú puedes escapar. ¡Eres Hermes, el rey de los ladrones!

En ese momento comprobó, para su espanto, que el movimiento de la hoz ya había terminado. Zeus se volvía hacia Jenódice con gesto de furia y dolor, levantando el brazo derecho, limpiamente cercenado por encima del codo. En el suelo, su mano se agitaba como si tuviera vida propia, mientras de entre sus dedos saltaban unas chispas inútiles.

Un fuerte golpe sacudió toda la sala, y la pared adornada por el fresco de Zeus entronizado se desmoronó de golpe. Entre gritos de terror, una gigantesca figura alada y armada con cuernos se materializó tras los escombros.

Tifón, comprendió Hermes. Es él quien nos ha dado caza...

Impotente en la red, contempló cómo el monstruo giraba sobre su cintura y su cola, como una monstruosa serpiente de metal, golpeaba a Zeus en el pecho. El rey de los dioses voló hacia una columna y se estrelló de cabeza contra ella, rompiendo el recubrimiento de estuco y abriendo una grieta en el mármol. Mientras acudía a rematar a su enemigo caído, Tifón, casi al desgaire, atravesó con sus largas garras la espalda del rey Tesmio, que intentaba huir, lo agitó en el aire como un guiñapo y lo arrojó lejos de sí.

Los horrores no habían acabado. Un nuevo estruendo, aún más fuerte que el anterior, hizo retemblar todo el palacio. Hermes, cada vez más enredado en los hilos tejidos por el maldito Hefesto, se giró y vio cómo el techo de la galería central de la sala se desplomaba sobre los comensales que aún no habían conseguido huir. La criatura que había provocado el hundimiento se posó entre los escombros: un enorme dragón alado, aún más grande que Tifón, de escamas bronceas y dos ojos amarillos que miraban con odio a Hermes.

Entonces comprendió que aún le esperaba un destino peor que a Zagreo.

El desafío de Tifón

Pasaron los días sin que en el Olimpo se recibieran noticias de Zeus. Atenea, tras la sentencia de destierro dictada por su padre, no había tardado en ordenar las pocas posesiones que pensaba llevar consigo: un arcón de ropas, el telar y sus armas, salvo la Égida, que Zeus le había prohibido utilizar. Durante esos días deambuló sola por los rincones más apartados del inmenso palacio celestial, y más a menudo permaneció encerrada en su propia morada, tejiendo el tapiz para la boda en Atenas mientras su mente vagaba sin rumbo por territorios sombríos. Nadie sabía lo que había sucedido entre Zeus y ella, pues su padre había despachado incluso a los Consagrados que custodiaban la escalera de la Atalaya para que no les llegaran ecos de su tormentosa conversación. Algunas diosas se habían interesado por Ganímedes, a quien no se había visto escanciar el vino en las cenas de las últimas noches; pero con su característico egotismo, los inmortales no se preocuparon más por el destino de un simple humano y se limitaron a conjeturar que tal vez Zeus se había aburrido de su presencia.

Ni la propia Atenea sabía muy bien qué la retenía en el Olimpo. Quizá esperaba tener una última visión de su padre, aunque fuera lejana. O que tras vencer a Tifón Zeus regresara satisfecho y se sintiese lo bastante generoso para perdonarla. O tal vez la única razón era que no sabía qué hacer ni adonde ir. Al principio se le ocurrió retirarse a Atenas, pero después pensó que estaba demasiado cerca del Olimpo, que debía poner algún mar de por medio entre ella y el resto de los dioses, huir a algún rincón

apartado del mundo, la lejana India, las fuentes del Nilo o las brumosas Casitérides, donde nadie de su familia pudiera visitarla para regocijarse en su humillación.

Y así se cumplieron tres días, y amaneció el cuarto. A menudo Zeus se había ausentado más tiempo, pero siempre lo había hecho con el pretexto de recorrer de incógnito los reinos de la tierra y comprobar si se cumplían sus leyes, y con el propósito real de visitar a las hembras mortales de las que se había encaprichado. La inquietud empezaba a cundir por el Olimpo. Hasta ese momento nadie había dudado de que el rey de los dioses aplastaría a la criatura Tifón que se había atrevido a desafiarlo. Más ahora, al no tener noticias de él, empezaban a formarse corrillos y cenáculos en los que se recordaba con espanto que aquella bestia había devorado a un dios, y se preguntaban por qué aún no llegaban noticias de Zeus.

—Seguramente ese monstruo, al enterarse de que llegaba Zeus, se escondió o huyó a alguna otra isla —decía Hera—. Conociendo la soberbia de mi marido, no querrá volver aquí con las manos vacías y reconocer que Tifón se le ha escapado.

—Aún así —le sugirió Atenea—, deberías enviar a Iris o a Angelia a la isla de Atlas para que averigüen algo.

—No. Ya sabemos cómo es Zeus. Se lo tomaría como una intromisión o una falta de confianza. No, no le ofreceré una excusa para que tenga nada que reprocharme. ¡Nadie se acercará a la isla de Atlas mientras él no regrese!

Era el cuarto día de ausencia de Zeus, y la víspera de la expedición contra los gigantes. Hefesto había trabajado toda la jornada, forjando las armas solicitadas por Ares. Nunca antes en la fragua del Olimpo habían resonado tanto los martillos, un incesante y obsesivo batintín de campanas metálicas. Los incansables

cíclopes, al ver triste a su jefe, improvisaron un himno en su honor con sus voces atenoradas:

*Cantad, Musas de voz de plata, a Hefesto,
Célebre por sus talentos,
El que con Atenea de ojos glaucos
Enseñó espléndidos oficios a los hombres
Que, como fieras habitaban las grutas.*

Agradecido de que alguien reconociera sus méritos, Hefesto se animó un poco y terminó con los últimos detalles del peto y el espaldar de la coraza de Ares. Iba a ser una armadura espléndida, forjada en el mejor acero, con ataujías de oro y cobre, fabricada con placas que cubrían todo el cuerpo de la cabeza a los pies y a la vez permitían libertad de movimientos. Ataviado con esa panoplia, Ares sería una visión aún más terrorífica para sus enemigos. Hefesto sabía que no conseguiría terminarla en dos días, pero ya había calculado cómo repartirse el trabajo para forjar las piezas menores durante su viaje al norte. El escudo lo había terminado la víspera, y era una pieza de la que se sentía particularmente orgulloso: un gran disco de metal que sólo un brazo como el de Ares podría levantar, encantado con sortilegios que atraerían a su broquel todos los proyectiles dirigidos contra el cuerpo de su propietario.

Cuando terminó de remachar la coraza, decidió que bien podía descansar un rato. Mientras los cíclopes hacían un alto para cenar, él le dio una palmada a Brontes en el muslo.

—Viejo amigo, te dejo al cargo de la fragua.

—Volveremos al trabajo en seguida, Hefesto —le prometió el cíclope.

Hefesto se había ido animando al ritmo de los cánticos y de su propio martillo. De pronto, le vino a la cabeza la imagen de su esposa Afrodita desnuda, y se dio cuenta de que un invitado inesperado aporreaba la puerta de cuero de su mandil. Ésa era una

ocasión que no se podía desaprovechar. Tal vez, si después de tanto tiempo volvía a hacer uso de su infortunado matrimonio, Afrodita no tendría que buscar satisfacción en otra parte.

Qué estupidez, se dijo, mientras se quitaba el mandil en su taller privado y ordenaba a la doncella automática que le limpiara con una esponja. Era necio esperar que su esposa dejara de ser promiscua, pues no podía hacer otra cosa que obedecer a su naturaleza, del mismo modo que Hefesto obedecía a la suya martilleando sin cesar en la forja día tras día. *Pero al menos esta noche disfrutaré de un buen revolcón*, pensó frotándose las manos mientras el elevador que él mismo había fabricado lo izaba a las alturas del Olimpo.

Cuando llegó a su mansión, abrió la puerta con una contraseña que sólo él conocía. Su hogar estaba plagado de ingeniosos dispositivos, muchos de los cuales los había fabricado para vigilar o confinar a su esposa: candados que sólo obedecían a su voz, prismas de cristal que retenían la luz tanto tiempo que cuando uno miraba por el otro lado podía ver imágenes de lo sucedido en la alcoba una hora antes, líquidos invisibles que revelaban huellas o tornos de alfareros que giraban por sí solos y grababan en vasijas de barro las huellas de las palabras pronunciadas.

Por desgracia para el pobre herrero, sus celos no hacían más que animar a Afrodita a pasar más tiempo fuera de casa, e incluso a exhibirse sin ropa mientras la masajeaban en un mirador por el que cualquier dios podía pasar.

—¡Esposa, aquí estoy! —exclamó al abrir la puerta, y se empezó a soltar el cíngulo con la intención de dejar la túnica en el atrio y aparecer desnudo en la alcoba. ¡Ay de Afrodita si esta vez se reía de él!

En ese momento sonaron pasos apresurados en el piso de arriba, y una puerta se cerró de golpe. Hefesto subió corriendo la escalera de mármol que llevaba a la alcoba.

La propia alcoba era el regalo de bodas que Hefesto le había hecho a su esposa: ni el propio Zeus poseía una más grande ni

lujosa. Las paredes estaban decoradas con frescos que superaban a las pinturas de egipcios y cretenses en belleza tanto como los dioses superan a los mortales en poder. Pero la principal maravilla era el techo, una cúpula de bronce en la que Hefesto había encastrado miles de joyas que imitaban la disposición y los colores de las estrellas del firmamento. De esta manera homenajeaba a su esposa, hija del poderoso Urano.

Pero bajo aquella creación, una de las que se sentía más orgulloso, había sufrido las peores humillaciones. Las burlas de su esposa, los comentarios mordaces sobre sus defectos físicos, las mofas cuando su erección se venía abajo, la frialdad cuando conseguía hacerle el amor. Y, sobre todo, las carcajadas de los demás dioses cuando entraron a la alcoba para ser testigos de cómo Ares y Afrodita se refocilaban desnudos en el lecho nupcial.

Ahora, su esposa estaba tendida en el tálamo, con los pechos apenas cubiertos por una sábana de seda y una sonrisa indescifrable en la boca ancha y carnosa. Las cortinas de la ventana se agitaban como si una racha de viento se hubiera colado en la estancia. O como si alguien acabara de salir por allí.

Hefesto se asomó. En el alféizar blanco el líquido delator revelaba las huellas de unos pies enormes y descalzos.

—¿Quién andaba ahí? —preguntó, volviéndose a Afrodita.

—¿Quién iba a andar? ¿Por qué no vuelves a tu sucia fragua y me dejas dormir? —respondió ella, tapándose más.

Hefesto se dio cuenta de que el deseo que sentía se había esfumado. Por suerte, con las prisas no había llegado a quitarse la túnica. Habría dado un espectáculo ridículo irrumpiendo en la alcoba ataviado tan sólo con las botas.

—No habrás vuelto a fornicar con Ares... Cualquier cosa te la puedo perdonar, pero ésa no.

—¿O sea, que no te importa que me acueste con otro, siempre que no sea él?

—¡Yo no he dicho eso! Pero si me engañas con Ares, entonces... Entonces...

Nunca había podido soportar la mirada insolente de Afrodita. Para colmo, ella se envolvió en la sábana, se levantó y caminó hacia él. Era un palmo más alta que su marido, y siempre exhalaba un perfume embriagador. Era el aroma dulzón del bosque húmedo en el que los brotes germinan y las hojas se descomponen, el olor salado del mar que se estrella contra las rocas, y también el pungente de la tormenta de primavera que se anuncia con el arco iris. Era la fragancia almizclada del deseo.

Afrodita le acarició los hombros, y a su pesar Hefesto, que los tenía doloridos de tanto martillear en la fragua, ronroneó de placer.

—¿Entonces qué, esposo mío? ¿Qué harías contra tu dulce Afrodita?

—Si Ares se atreve a romper de nuevo el juramento, Zeus lo castigará. ¡Y esta vez no se limitará a desterrarlo por diez años!

—Ah, ya veo. Hablas de lo que haría Zeus, no de lo que harías tú. ¿Por qué no lo castigas tú mismo? ¿Te falta hombría para ello, amado esposo? —preguntó Afrodita, frotándose contra él.

Hefesto sintió que su cuerpo reaccionaba, pues no había ningún cuerpo que fuera inmune al roce de la diosa, pero también sabía lo que pasaría si intentaba hacerle el amor. Pues era ella misma quien provocaba su impotencia, en el momento más inoportuno, para burlarse de él.

—¡Apártate de mí! —dijo, empujándola contra la cama—. ¿Quieres saber lo que haré yo? ¿De verdad quieres saber lo que haré?

—Me muero de curiosidad.

—Si vuelves a cometer adulterio con Ares, haré... haré... ¡Haré que Zeus te expulse para siempre del Olimpo!

—Sabes que Zeus no se atrevería. Aunque tú parezcas mucho más viejo que yo, recuerda que soy una Primera Nacida, mi querido esposo.

—¡Pues entonces haré que lo expulse a él para siempre, y no lo volverás a ver jamás!

—Qué obsesión tienes con tu hermano Ares. ¿Por qué crees que sigo viéndole?

—Porque eres... eres...

Afrodita se incorporó y, aún sentada en la cama, rozó con sus largas uñas el velludo pecho de Hefesto.

—Pero, ¿qué crees que veo en él que no puedas tener tú? Bueno, él es más grande. Sí, *mucho* más grande. Pero la habilidad también es importante. ¿Por qué no me demuestras tu proverbial habilidad, mi venerado esposo? El tamaño no lo es todo...

Con los oídos zumbando de ira y vergüenza, Hefesto la apartó de sí y huyó de la alcoba y de la casa, perseguido por las carcajadas de Afrodita.

La mansión de Hefesto se alzaba sobre la Aguja Norte, pero la puerta estaba orientada hacia el puente que conducía al Cranón. El dios lo cruzó y se dirigió hacia la entrada del elevador que lo llevaría de nuevo al cobijo subterráneo de su fragua, de donde no debería haber salido aquella noche. Pero luego se arrepintió y decidió pasear un rato por el Buleuterión, la sala de consejos, pues el aire era fresco y límpido. Recorrió las terrazas que el día anterior habían estado plagadas de dioses, ahora vacías, y subió hasta la plataforma central, al pie del palacio de Zeus. Allí se acomodó en el asiento que ocupaba entre los grandes y contempló las estrellas y la luna, que ya había empezado su fase menguante. Desde allí, al borde del diáfano éter, se podían apreciar sus sombras y sus cráteres, y las miríadas de estrellas lucían azules, blancas y rojas.

Inquieto, se levantó y caminó junto al estanque donde se bañaban las divinidades marinas cuando asistían a las asambleas, y llegó hasta un mirador que se asomaba al este. Entre los edificios que se alzaban sobre las Agujas Nordeste y Sudeste, se abría un amplio espacio que en los días despejados permitía ver el mar, la península Calcídica e incluso su amada isla de Lemnos. Pero ahora

las nubes, blancas bajo la luz de la luna, lo cubrían todo, como si quisieran aislar a los dioses del Olimpo de las miserias de la tierra.

Hefesto se volvió al oír unos pasos sutiles a su espalda y el suave frufú de una tela. Era Atenea, vestida con un sencillo peplo azul, descalza, sin yelmo ni Égida.

—¿Te molesta que contemple el panorama a tu lado, Hefesto?

—Hay poco que ver —dijo él—. Sólo nubes.

Ella se apoyó en el pretil y permaneció un buen rato sin decir nada. Hefesto dejó de observar las nubes y torció los ojos para mirarla con disimulo. El viento hacía ondear la túnica de Atenea, pero de su cabello sólo se movía un rizo rebelde que había escapado de la horquilla de plata. A Hefesto le embelesaba su perfil: la nariz que bajaba recta hasta el afilado botón del final, los labios carnosos que a menudo intentaba esconder, el cuello largo y delicado que parecía más adecuado para lucir collares de oro que para sostener el peso del yelmo.

Mientras pensaba en lo afortunado que habría sido si Zeus lo hubiese casado con Atenea y no con Afrodita, se dio cuenta de que una lágrima rodaba por la mejilla de la diosa. Llevado por un impulso, tendió la mano para enjugarla; pero antes de que pudiera rozarla, Atenea le agarró por la muñeca con dedos fuertes como tenazas.

—¡Augg!

Atenea le soltó al momento y sonrió, un gesto casi más triste que aquella lágrima solitaria.

—Lo siento. No quería hacerte daño.

—Perdóname tú por mi atrevimiento —dijo Hefesto—. ¿Qué te atormenta?

La mirada de la diosa volvió de nuevo al mar de nubes.

—El futuro. No sé qué me va a deparar.

—¿El futuro? No tienes por qué preocuparte de él, Atenea —dijo Hefesto, con sarcasmo—. Somos los Olímpicos, inmortales y bienaventurados.

—No estoy tan convencida de que todos seamos bienaventurados. Y desde lo que le sucedió a Zagreo, tampoco estoy tan segura de nuestra inmortalidad. De todas formas, ¿para qué la queremos? —preguntó, mirando a Hefesto a los ojos—. ¿No crees que en el fondo los humanos son más felices que nosotros? Sus vidas son tan cortas que no les da tiempo a aburrirse de su propia estupidez.

—No acabo de entender lo que dices —contestó Hefesto, después de pensar durante unos segundos—. Yo nunca me he aburrido.

—Tú estás demasiado ocupado en tu fragua para pensar en esas cosas, y además no eres ningún estúpido —dijo Atenea.

—Vaya, ¿tú no crees que sea un estúpido?

—No sólo eso, sino que creo que eres el más inteligente de los dioses.

—Si lo fuera, los demás no se burlarían de mí constantemente —respondió Hefesto, con desesperanza.

Atenea le puso una mano en el hombro y se inclinó un poco para besarle en la frente.

—Lo hacen porque tienes un noble corazón, Hefesto, y la mayoría de los dioses no conocen el significado de la palabra nobleza.

Hefesto se estremeció al contacto de aquellos labios. Pero cuando estaba pensando cómo explicarle a Atenea que sentía por ella algo más que el simple afecto entre hermanastros, cinco notas de trompeta interrumpieron su conversación. Ambos volvieron la mirada al Cranón. Allí, por debajo de la Atalaya, se habían encendido luces en las ventanas de la sala donde la familia olímpica se reunía a cenar.

—Es la llamada de Iris —dijo Hefesto.

—Nuestro padre... —susurró Atenea—. Debe haber llegado ya.

Y eso quiere decir que debo marcharme antes de que me vea y se desate su ira, pensó. Pero Hefesto meneó la cabeza.

—No. Lo habríamos sabido. Zeus puede caminar de incógnito por la tierra, pero cuando regresa al Olimpo le gusta hacerse notar.

—Las cinco notas se repitieron, más rápidas e impacientes que antes—. Ven, debemos apresurarnos.

—No, ve tú —dijo Atenea—. Yo prefiero quedarme aquí.

—¿Cómo? No puedes hacer eso. Nos están convocando a todos los Olímpicos...

Atenea se mordió los labios. No podía contarle a Hefesto lo que había sucedido entre Zeus y ella, pero tampoco quería correr el riesgo de encontrarse con su padre. Finalmente, decidió que cuando llegaran al Cranón dejaría que el dios herrero se adelantara y ella se quedaría rezagada. La voz de Zeus era poderosa e inconfundible: sin duda la oiría de lejos con tiempo de sobra para retirarse.

Sus temores resultaron infundados. Zeus no había regresado aún. Cuando llegaron al triclinio, ya estaban allí las demás divinidades convocadas. Hera y Deméter se habían sentado en un diván, de tal manera que tenían entre ambas a Hestia, a quien no dejaban de consolar mientras gemía y murmuraba *¡Qué espanto! ¿Qué vamos a hacer?* en un tono plañidero que a Atenea le resultó poco convincente. Ares estaba de pie, con el trasero apoyado en una gruesa columna, los masivos antebrazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido en un gesto de perplejidad. Un poco apartada de los demás, Afrodita estaba reclinada en otro lecho y se dedicaba a comer uvas con parsimonia. Ártemis, que solía ponerse nerviosa encerrada entre paredes, daba paseos por la sala. Iris, tras haberlos convocado, aguardaba muy tiesa y con los dedos crispados sobre la trompeta dorada. Hebe, con gesto de preocupación, estaba llenando copas de ambrosía. Apolo se había sentado en un taburete junto a Hermes, y le apretaba el hombro para tratar de consolarle. El dios mensajero, muy pálido, tenía la

cabeza gacha y el gesto perdido. Sobre una mesita de ébano había un cofrecillo de cobre al que todos dirigían miradas aprensivas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Atenea, aunque sabía de sobra la respuesta.

—Malas noticias —contestó Apolo—. Mira en la arqueta.

Era la segunda vez que los dioses recibían un cofre en pocos días. Atenea levantó la tapa, preparada para encontrar algo horrible, pero aún así se estremeció de pies a cabeza cuando vio en el fondo de la caja dos ojos arrancados de sus órbitas. Dejó que Hefesto los viera, y luego cerró el cofre.

—Le volverán a crecer —dijo, más para sí misma que para los demás. Pues, aunque en el centro de aquellas esferas los iris azules parecían mucho más pequeños, seguían siendo inconfundibles. Eran los ojos de Zeus.

Hermes lo había presenciado todo. Zeus, privado del rayo por la traición de la reina Jenódice, había caído derribado ante Tifón. El dios supremo aún intentó resistirse, pero en aquel momento, por si fuera poca la ayuda que Tifón había recibido, apareció un gigantesco dragón. Impotente en la red de hilos invisibles, Hermes vio con horror cómo el dragón inmovilizaba a Zeus en el suelo mientras Tifón se agachaba sobre él y, con las uñas de los meñiques, largas y finas como dagas, le sacaba los ojos.

—Nuestro padre no gritó —dijo, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. No, él no dio un solo grito, pero yo sí.

Atenea sentía que una garra de hielo se había cerrado dentro de su pecho y le impedía respirar. Los ojos se le estaban humedeciendo, pero ya había llorado bastante cuando su padre descubrió que había perdido la virginidad, y no estaba dispuesta a consentir más debilidades. Para serenarse, estudió las reacciones de los demás. La única indiferente parecía Afrodita, que seguía comiendo uvas como si la hubieran convocado para un banquete y

no para una reunión de emergencia. En cuanto a Hera, su gesto era serio y contenido, pero no parecía demasiado compungida por su marido. En realidad, a Atenea le habría sorprendido lo contrario.

—¿Qué más pasó? —le preguntó a Hermes.

Con voz débil, Hermes les contó que el propio Tifón lo había encerrado en una jaula de hierro. *Sé que eres el dios de los ladrones*, le había dicho, *pero este cerrojo no abrirás*. Y con un chorro de llamas había fundido el candado a los barrotes, abrasándole de paso los dedos. Las quemaduras de Hermes ya se habían curado, pero no así el pavor que había pasado acurrucado en aquella jaula diminuta, temiendo a cada momento que Tifón o el dragón decidieran devorarlo o que lo mutilaran con la hoz adamantina; pues, como le había explicado Tetis al entregársela, lo que esa hoz cortaba no volvía a crecer.

Tras enjaularlo, lo llevaron a su cubil, en el cráter del volcán, donde había pasado varios días respirando vapores mefíticos y sufriendo un calor indecible. Allí sólo recibía las visitas del dragón. La criatura se quedaba mirándole fijamente con ojos de topacio, siseaba algo en su peculiar idioma y después de emponzoñar el aire con su aliento venenoso se marchaba.

Por fin, el día de su liberación, Tifón se presentó ante él y le entregó un papiro enrollado.

—Ess para k'e lo leass delante de loss demásss diossesss. Miss nuevoss súbditosss.

El dragón que acompañaba a Tifón dejó caer unos hilos de saliva sobre los barrotes de la jaula. Hermes se acurrucó contra el fondo, intentando evitar los vapores que subían siseando del metal corroído. Sus captores metieron la jaula en un saco de lona, y luego lo transportaron por los aires durante un largo rato. Al fin, lo soltaron junto al mar. Cuando la saliva del dragón terminó de hacer efecto sobre el hierro de los barrotes, Hermes pudo salir de la jaula y desatar los nudos del saco.

—Me habían dejado en un islote de las Esporadas. En cuanto me vi libre, volé hacia aquí. El resto...

—¿Dónde está ese papiro? ¿Lo has leído ya? —preguntó Atenea.

—No. Esperaba a que estuviéramos reunidos.

—Pues ya estamos todos los que tenemos que estar —dijo Hera, en tono seco—. Lee el mensaje de Tifón.

El papiro estaba escrito con signos egipcios. Mientras lo leía, Hermes levantaba la mirada de vez en cuando, como si quisiera pedir disculpas a los demás dioses por las atrocidades que su voz estaba pronunciando.

«Salve, dioses del Olimpo. Este es un mensaje de vuestro nuevo señor, Tifón, hijo de Cronos, señor del mundo. Os envió los ojos del que se hacía llamar dios supremo, ese pequeño Zeus que suplicó piedad a mis pies cuando lo derroté con mi poder. Pues Este es tan infinitamente superior al suyo y a los vuestros juntos como el de un león al de una miserable cucaracha. Os envió los ojos de ese patético fornicador, pues es todo lo que queda de él. El resto lo devoré, y ahora su carne y sus huesos hacen compañía en mi estómago a los del patético dioscecillo al que conocíais por Zagreo.

»Puesto que ahora soy vuestro señor, en breve me plantaré en vuestra morada del Olimpo y os haré conocer mi poder. Éstos son mis planes para vosotros:

»En primer lugar, abriré las puertas del Tártaro y liberaré a los titanes, mis parientes de sangre, legítimos señores del Olimpo a los que vosotros y vuestro reyezuelo Zeus encarcelasteis allí de forma inicua.

«Después me encargaré de cada uno de vosotros.

»A Hefesto le tengo guardadas las cadenas con las que ató a Prometeo a un dragón alado que le devorará los intestinos al igual que el águila de Zeus devora el hígado del titán injustamente condenado.

»A Hermes he tenido la generosidad de liberarlo para que os llevara mi mensaje, pero cuando llegue al Olimpo lo encerraré en una jaula aún más pequeña, para que pase la eternidad con la cabeza escondida entre sus propios tobillos.

»A la dulce Afrodita la consagraré como virgen a mi servicio...»

—¡Ja! ¡Eso habrá que verlo! —saltó la diosa, y desprendió otra uva del racimo.

»...como virgen a mi servicio. A Ártemis y Atenea les haré conocer el yugo del matrimonio, mientras encadenado a la pata de la cama, castrado y sin ojos, el bello Apolo cantará un himno nupcial con su afamada lira. Y cuando me haya hartado de ellas, se las entregaré a mis cien hijos para que hagan con ellas lo que se les antoje.

»Ares tendrá que sostener...

—¡No pienso seguir oyendo esta sarta de necedades! —exclamó Ártemis, y antes de que Hermes pudiera reaccionar le quitó el papiro y lo arrojó a las llamas de un brasero de bronce.

—¡Insensata! —dijo Hera—. Ahora no sabremos qué condiciones quiere exigir Tifón.

—¿Condiciones? —intervino Atenea—. ¿He oído bien? ¿Es que quieres escuchar las condiciones de ese monstruo?

—Ahórranos tu indignación, Atenea —replicó Hera—. Tenemos que ser realistas. Zeus era el más poderoso entre todos nosotros. Si Tifón ha conseguido destruirlo, es que es invencible. Al fin y al cabo, sólo se trata de cambiar a un déspota por otro.

—¡Estás hablando de tu marido y hermano!

—Tenía que ser —sollozó Hestia—. Tenía que acabar así. No podíamos...

—¡Cállate! —dijo Hera—. No es momento para gimoteos.

—En verdad que no lo es —dijo Apolo—. Tifón no es nuestro único problema. Tenemos otra urgencia.

El gesto del dios era tan grave que todos guardaron silencio y le prestaron atención. Apolo les explicó que dos días antes había partido por fin a cumplir la misión que Zeus le había encomendado: proteger la caravana sagrada. Puesto que no escampaba, al final decidió recurrir a un carro alado como los demás dioses y voló directo hacia el norte a unos mil codos de altura, por debajo de las nubes que encapotaban el cielo de horizonte a horizonte.

Antes de llegar al gran río Istro, había encontrado los restos de la expedición sagrada: carromatos quemados, caballos destripados, armas desperdigadas y cadáveres, muchos cadáveres, semienterrados en la nieve. La llegada de Apolo espantó a los lobos y otras alimañas que hozaban entre los cuerpos. No había dejado de nevar en varios días, y eso había cubierto las huellas, por lo que no pudo saber en qué dirección se habían marchado los atacantes, si habían vuelto a cruzar el Istro o estaban más al sur. Pero los indicios que encontró en el campo de batalla le convencieron de que, como se temía cuando tuvo la primera visión del desastre desde el aire, el ataque había sido obra de gigantes. Los muertos estaban destrozados, machacados: no había tajos ni heridas punzantes, pero sí cabezas aplastadas, miembros desgajados y troncos reducidos a pulpa. Las corazas no les habían servido de nada a los Consagrados tesalios que custodiaban el convoy.

Tan sólo había encontrado a un superviviente. Catreo, príncipe de Hieróptolis, yacía bajo los restos de un carro. Al parecer, el golpe que lo derribó lo había alcanzado sólo de refilón, por lo que quedó inconsciente y protegido de la vista de los asaltantes. Cuando Apolo lo recogió, tenía los labios azules, las manos y los pies congelados y apenas respiraba. Apolo le había impuesto la mano en la frente y había conseguido que recuperara el aliento. Aún así, el humano estaba demasiado débil para hablar, por lo que se lo había traído de vuelta al Olimpo. Allí, tras ungir sus miembros con una mezcla de vino y ambrosía, se había recuperado lo suficiente para contar que,

tal y como sospechaba Apolo, el ataque a la caravana había sido obra de gigantes.

—¿Qué ha pasado con los ingredientes de la ambrosía? —preguntó Afrodita, incorporándose en el diván. Hasta ese momento había seguido la conversación con aburrida indolencia.

—Se los han llevado los gigantes —respondió Apolo.

—¿Que se los han llevado? —intervino Hera—. ¿Y cuándo has sabido eso?

—Hace dos días. Lo acabo de explicar.

—¿Por qué no nos has dicho nada? ¿Por qué no me has informado a mí? ¡En ausencia de mi marido soy la señora del Olimpo!

—Ahora te estoy informando, *potnia* Hera —dijo Apolo, recalcando el título de *venerable* en tono sarcástico—. Estaba esperando al regreso de Zeus, y mientras tanto yo mismo intenté encontrar a los gigantes que habían robado la ambrosía.

—Deberías haber contado conmigo. No es una cuestión personal tuya.

—Sí que lo es. Entre los cadáveres encontré los de mis hijos, Doro y Polipetes.

Los dioses no solían sentir un apego excesivo por sus vástagos mortales; al fin y al cabo, llevaban mucho tiempo engendrándolos y acostumbrándose a que murieran en unos cuantos años, como mucho ciento cincuenta si en sus venas el icor predominaba sobre la sangre. Pero cuando alguien se atrevía a dañarlos, montaban en cólera, lo que a menudo había provocado enconados enfrentamientos entre ellos mismos.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó Atenea.

Esa misma tarde, tras dejar a Carreo en manos de Asclepio, Apolo regresó al norte a buscar a los gigantes. Pero las nubes estaban aún más bajas que por la mañana, y había zonas enteras cubiertas por espesos bancales de niebla que ni siquiera dejaban ver el suelo. Por la noche tuvo que rendirse y regresar al Olimpo.

—Hasta hoy no he sabido nada de los gigantes —prosiguió—. Era ya media tarde cuando me topé con ellos al norte de los montes Ródope, no muy lejos de los límites de Tracia.

—¡Los habrás aniquilado allí mismo! —dijo Hera.

—Eran mucho más numerosos de lo que me esperaba. Debía haber mil de los pequeños y más de cien de los pétreos —dijo Apolo. Los dioses llamaban *pétreos* a los gigantes ya adultos, que sobrepasaban los ocho codos de estatura y tenían la piel rocosa—. Y también estaban los Quince. Allí vi a ese desvergonzado de Ticio, y también a Encelado, Palas, Porfirión, Enaltes, Toante, los mismos que trabajaron para construir este palacio. ¿Crees que podía aniquilarlos a todos?

En vez de luchar, Apolo se tragó su ira y, desde el aire, invocó al jefe de aquel ejército. Fue Alcioneo, un coloso de más de quince codos, quien se puso en pie. La voz del gigante era un ronquido áspero, y aún más áspero fue su mensaje: Pues reconoció que ellos habían asaltado la caravana para robar los ingredientes de la ambrosía, y desafiaban a los dioses a venir a quitárselos.

Apolo comprobó desde lo alto que un círculo de pétreos rodeaba tres carromatos cubiertos con lonas. No llevaban caballos: los habían matado a todos durante el asalto, pues no los necesitaban para tirar de los carros. El agudo ojo de Apolo distinguió también la presencia de dos mujeres, atadas sobre el pescante del primer vehículo; sin duda eran Hipéroque y Laódice, pues no había encontrado sus cadáveres entre los demás. Qué destino podían sufrir dos hembras mortales entre los gigantes, prefería no pensarlo.

Apolo les exigió que le devolvieran los ingredientes de la ambrosía, pero Alcioneo se burló de él. *Quítanoslos tú mismo, amigo del sol*, le dijo. El dios pensó en utilizar su arco desde las alturas, pero no tenía más que treinta flechas, y los gigantes parecían innumerables.

Y no sólo estaban ellos. Apolo sobrevoló aquella horda, sorteando insultos y alguna flecha que volvía al suelo antes de rozar

su carro. Desde el aire, pudo comprobar que los gigantes eran la avanzada de todo un ejército. Por detrás venían multitudes de sátiros, ménades, centauros y hamadríades. Incluso vio humanos, bárbaros cimerios de costumbres tan repulsivas como los propios gigantes. Toda una horda que se dirigía hacia el sur huyendo de los fríos. Pero no era ése su único propósito.

—Es un ejército invasor —dijo Apolo—. Alcioneo me declaró su intención. No se conforman con habernos robado la ambrosía: piensan atacar el Olimpo.

—¿Cómo pueden ser tan osados? —preguntó Deméter.

—No sé cómo les ha llegado la noticia, pero ya saben que Zeus ha sido derrotado por Tifón.

El tono de Apolo seguía siendo sereno, pero las implicaciones de sus palabras eran terribles.

—Cuando Alcioneo me dijo lo que le había pasado a Zeus, volé de regreso para comprobar si lo que decía era cierto. Aquí me encontré con Hermes y supe que todo era verdad. Pero preferí que fuera él, testigo de los hechos, quien os los contara.

»Lo cierto es esto: los gigantes saben que los rayos de Zeus ya no se interponen entre ellos y el Olimpo, y están dispuestos a tomar el puente del Arco Iris y llamar a nuestra puerta.

—¡Ja! —se rió Afrodita—. ¡Eso es imposible! Aquí arriba estamos seguros. —La diosa del amor miró a su alrededor, buscando respaldo, pero sólo halló caras preocupadas, así que se volvió hacia su idolatrado Ares—. ¿O no es verdad que estamos seguros?

El dios de la guerra, sin importarle que Hefesto estuviera delante, se arrodilló junto al diván de Afrodita y tomó sus delicadas manos entre las suyas.

—¡Ningún gigante pondrá el pie en el Olimpo mientras siga corriendo por las venas de Ares! —Después se levantó y alzó un puño al techo. En aquella sala, él casi parecía un gigante—. Ni

siquiera llegarán a pisar los valles de Macedonia. ¡Mis tracios y yo los detendremos mucho antes de que lleguen al mar!

—No dudo de tu poder, Ares —dijo Apolo—, pero esos gigantes son muy numerosos.

—Tengo cien mil guerreros. Más que suficientes para aniquilarlos.

—Ya te he dicho que no hay sólo gigantes. Tendrás que luchar contra centauros y sátiros, por no hablar de los cimerios.

—De éstos se encargarán mis tracios. Para los gigantes, nos bastamos yo, Fobos y Deimos —se jactó Ares, aporreándose la coraza con su enorme puño.

—Debes escuchar a Apolo —recomendó Hefesto—. Él ha visto a ese...

—¡Tú cállate, herrero cojo! Te llevo conmigo para que forjes y repares armas, no para que opines de tácticas. Tranquila, madre —añadió dirigiéndose a Hera—. Antes de diez días estaré de regreso, y las cabezas de Alcioneo y Ticio vendrán colgadas de mi carro. Y de paso traeré las manzanas doradas que mi hermana necesita para mezclar la ambrosía.

—Y falta que nos hará —intervino Hebe, que hasta entonces había estado callada. Su gesto era el más preocupado de todos—. Nos queda ambrosía para dos meses.

—¿Dos meses nada más? —estalló Afrodita indignada—. ¿Cómo has podido ser tan poco previsora?

—Deja a mi hija tranquila —terció Hera.

—Gasté una gran cantidad para agasajar a los dioses que asistieron a la asamblea —dijo Hebe, con voz tímida.

—¡Haber gastado menos, cabeza hueca! ¡Mira que desperdiciar ambrosía con toda esa colección de rústicos advenedizos!

—Escucha, hija del miembro de Urano —terció Ártemis—. Si no te hubieras dedicado a fornicar con Ares, Zeus no habría tenido que desterrarlo, y si no lo hubiera desterrado no habría tenido que readmitirlo con tanta pompa. Tú tienes más culpa que nadie.

—A ti no te ha dedicado nadie ningún voto en este sacrificio, especie de virago —contestó Afrodita—. Escucha, Apolo. Lo que debes hacer es volar cuanto antes a Hiperbórea y conseguir los ingredientes de la ambrosía. ¡Y esta vez tráelos tú mismo, en lugar de confiárselos a esos inútiles humanos!

—¡Buena idea! —corroboró Ares.

—Dejando aparte la cuestión de que no soy tu recadero, hija de Urano —dijo Apolo—, hay un ingrediente fundamental que no podré conseguir. Las manzanas de oro de las Hespérides.

—¿Por qué?

—Porque el árbol del que salen no volverá a dar frutos hasta la primavera.

—¿Pero en Hiperbórea no reina una primavera perpetua? —preguntó Hera, casi tan preocupada como Afrodita por el previsible racionamiento de ambrosía.

—Una vez que se recolectan las manzanas, el árbol necesita un año para recuperarse y producir otras —explicó Apolo, fingiendo una paciencia que estaba lejos de sentir.

—En ese caso —dijo Afrodita—, es evidente lo que tenemos que hacer. O más bien lo que no tenemos que hacer.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hebe.

—No se te ocurra enviar ni un solo barril de ambrosía más a los palacios de Hades ni de Poseidón. Y no repartas más ambrosía entre los dioses menores del Olimpo. Si la reservas para los que estamos aquí, tendremos de sobra hasta que las manzanas de las Hespérides vuelvan a brotar.

—¿Crees que las demás divinidades estarán de acuerdo? —preguntó Artemis—. ¿Supones que las Cárites seguirán siendo tan amigas tuyas cuando sepan que tú te bañas en ambrosía y a ella ni siquiera se la dejas oler?

—Me da igual lo que les pase a los demás. Yo no puedo prescindir de la ambrosía. ¿Cómo pretendéis que le salgan arrugas a la diosa del amor y de la belleza?

—¿Cómo puedes ser tan mezquina? —preguntó Hefesto.

—Sé generoso tú, que ya eres lo bastante feo y no puedes empeorar.

—Calma —dijo Apolo—. Por más que os duela oírlo, debemos racionar la ambrosía.

—¡Sobre mi cadáver! —exclamó Afrodita.

—Sobre tu cadáver podría ser, si por obra de Tique los gigantes llegan hasta el Olimpo y tenemos que combatir contra ellos. Es preferible guardar la ambrosía por si cualquiera de nosotros sufre heridas graves.

Ares empezó a gritar, ofendido de que su hermanastro pusiera en duda su victoria. En segundos se levantó un guirigay de bravatas, voces destempladas y reproches de viejas ofensas. Atenea, aprovechando la confusión, tomó a Ártemis de la mano y la sacó del carro. Al amparo de una gruesa columna, le preguntó:

—Afrodita me contó que tú le habías pedido la red mágica que Hefesto tejó para atraparla. ¿Es verdad?

Ártemis se volvió a un lado, como si quisiera evitar no sólo la mirada de Atenea, sino también su cuerpo. Pero ella la agarró por el brazo y la obligó a volverse. Un destello de rabia brilló en los ojos de la diosa cazadora.

—No tengo por qué rendirte cuentas de nada de lo que hago —susurró.

—Si lo que haces tiene que ver con la traición que ha sufrido nuestro padre, sí. Además —añadió, señalando a Afrodita, que seguía en su diván, contemplando divertida cómo discutían los demás dioses—, ¿cuánto crees que tardará esa cabeza hueca en mencionarlo? Dime para qué la querías.

—Se... se la pedí a Afrodita para capturar a una cierva en Cerinia. Era la única forma de hacerlo sin causarle daño.

—¿Qué hay de peculiar en esa cierva?

—Es blanca y tiene los cuernos de oro. Quería ponerle mi marca para evitar que nadie tuviera la osadía de cazarla.

—Una historia muy poco convincente.

—¡No opines de lo que no sabes! ¡Tú sólo entiendes de alcobas, telares y recintos amurallados! ¿Cuándo fue la última vez que pisaste un bosque?

—Eres tú quien debe responder preguntas, Ártemis.

—No creerás de verdad que yo estoy involucrada en esto. ¡Zeus también era mi padre!

—¿Sí? ¿Qué tramabais entonces hace unos días cuando os sorprendí en el jardín y os quedasteis todas calladas?

—Estábamos criticando a Zeus, lo reconozco —dijo Ártemis—. Hera se sentía muy dolida con él. Decía que Zeus la humillaba negándose a admitirla de nuevo en su alcoba, y que todo el mundo lo sabía. Al parecer, estaba pensando en darle alguna lección. No sé si se refería a lo que ha sucedido...

—¿Una lección? ¿Llamas una lección a sacarle los ojos, cortarle la mano y dejar que sea devorado por un monstruo? ¿Qué sería para ti entonces una venganza?

—No sé. Yo no creo que Hera estuviera pensando en eso. Estaba muy dolida con Tetis porque era ella quien la había invitado a pasar una temporada en el Olimpo, y mira cómo la había pagado. Piénsalo: Tetis fue quien le entregó la hoz a Hermes...

—Ya. ¿Y qué hay de la red?

—¡Te juro que me la robaron de la alcoba! La tenía guardada en un arcón. Debió de ser Tetis...

Ya, pensó Atenea. Tetis había regresado con su padre Nereo el mismo día en que Zeus partió para combatir a Tifón. Después de una visita que se había prolongado por dos años, era sospechosa tanta prisa por marcharse, pues no se había despedido de la mayoría de las divinidades. Pero, por otra parte, qué oportuno resultaba culpar de todo a una diosa que ya no estaba en el Olimpo.

Los demás dioses seguían discutiendo. La amenaza de los gigantes y, sobre todo, la posibilidad de quedarse sin ambrosía parecían preocuparles mucho más que la caída de Zeus. Alguien

había abierto el cofre y lo había dejado sobre una mesita. Desde su interior, los ojos del dios del rayo miraban a Atenea.

Te aborrezco. Ya no eres mi hija, parecían decirle.

Pero tú sí eres mi padre, pensó Atenea, y cerró la cajita y tiró del brazo de Apolo.

—¿Puedes regenerarlo?

—No lo sé. Debería hablarlo con Asclepio.

—¿Y a qué estamos esperando? Deja que éstos se sigan desgañitando aquí y vamos a hacer algo útil.

El sanatorio del Olimpo, que habitualmente estaba vacío, tenía ahora más inquilinos que nunca. Sumergido en su urna de cristal, el corazón de Zagreo seguía palpitando. Atenea observó que le habían brotado algunas ramificaciones con cierto aspecto de válvulas, venas y arterias. En un lecho algo apartado, un mortal que debía ser Catreo dormía cubierto por una gruesa frazada. Y ahora, además, los ojos de Zeus los observaban desde su propia cárcel de vidrio.

—Tifón me lo pone cada vez más difícil —dijo Asclepio—. Primero un corazón, ahora unos ojos... ¿Qué será lo siguiente, un par de uñas?

—No seas irreverente —le advirtió Apolo—. ¿Puedes hacerlo o no?

—Diría que es imposible, pero aún así lo intentaré.

—Zagreo se está regenerando... —aventuró Atenea.

—Perdóname, diosa, pero lo único que podemos decir es que ese corazón está creciendo. Aún no sabemos si lo que salga de él se parecerá al dios que conocíamos como Zagreo o será un informe amasijo de carne.

Con frialdad, el médico introdujo los dedos en la ambrosía y clavó en cada uno de los ojos un fino tubo dorado, como había hecho con el corazón de Zagreo.

—Cuando salgamos de aquí, te dejaré encerrado —dijo Apolo—. Nadie más que Atenea o yo podrá entrar.

—¿A qué se debe esa precaución, padre? —preguntó Asclepio, mientras se secaba las manos.

—Tienes aquí una cantidad de ambrosía que equivale al menos a un barril. Prefiero que ningún dios se acerque por la enfermería.

—Y, sobre todo, ninguna diosa —añadió Atenea.

—¿Qué pasa aquí? —musitó Asclepio.

Ante su mirada impotente, los ojos se estaban deshaciendo, y en segundos quedaron reducidos a unas repugnantes hilachas blancas y negras flotando en la ambrosía.

—¿Qué significa esto? —preguntó Atenea, alarmada.

—Sólo puede ser una cosa —respondió Asclepio—. Los ojos de Zeus se han descompuesto porque si se regeneraran, duplicarían a su dueño, y eso es imposible. No pueden existir dos dioses iguales a la vez.

—Explícate.

—Muy sencillo, Atenea. Tifón no ha aniquilado a Zeus. Tu padre sigue vivo.

El regalo de Perseo

En la parte norte de la Argólide, a las afueras de Micenas, el joven Alcides contemplaba las estrellas tumbado sobre una gran piedra y revolviendo un tallo seco entre los dientes. La noche era tranquila, las vacas que cuidaba estaban recogidas en la majada y los perros dormitaban.

Alcides no había sido siempre pastor. Su historia era un tanto complicada. Hasta hacía un mes había vivido en Tebas, a cuatro días de marcha de Micenas. En realidad, la ciudad natal de su padre era Tirinto, en la Argólide, pero lo desterraron y no tuvo más remedio que huir al norte. Cuando llegaron a Tebas, el rey Creonte los acogió. Fue allí, pues, en la capital de Beocia, donde nacieron Alcides y su hermano mellizo, el enclenque Ificles. Su madre solía decir que Alcides había absorbido toda la sustancia de Ificles mientras ambos estaban en la matriz, y que si el embarazo, que duró un mes más de la cuenta, se hubiera prolongado, Ificles habría nacido seco y arrugado como una pasa.

Era el propio Creonte, protector de su padre, quien se había empeñado en despachar a Alcides lejos de Tebas y de vuelta a la Argólide. El problema del muchacho era su desmesurada fuerza física. Ya de pequeño, nadie quería jugar con él, pues cuando practicaba la lucha con los demás niños les rompía los brazos y las piernas; y cuando los hermanos mayores de los heridos venían a zurrarle, también les quebraba los huesos a ellos y, aunque le sacaran tres cabezas, les saltaba los dientes. Un día se le fue la mano y dejó a uno con el cuello vuelto del revés. Aquella vez no lo

desterraron porque el muerto era el hijo de un simple campesino que trabajaba las tierras de un amigo de su padre, pero le prohibieron que volviera a pelear con nadie.

Durante un tiempo, los destrozos ocasionados por su fuerza se habían limitado a muebles rotos, ánforas hechas añicos, tres puertas desvencijadas de sus goznes y una pared de encofrado demolida de un cabezazo. Pero lo más grave ocurrió cuando cumplió diecisiete años y empezó a tomar lecciones de música y poesía con su hermano Ificles. Ambos tenían como maestro al célebre citaredo Lino, que cobraba una pequeña fortuna por sus servicios. Alcides no entendía por qué debía aprender a tocar la lira en vez de dedicarse a disparar el arco, la única disciplina guerrera que, al no requerir contacto físico con nadie, se le permitía practicar. La música le desesperaba. No tenía buen oído, pero el mayor problema eran sus dedos, tan grandes que no le cabían entre las cuerdas. Por mucho cuidado que pusiera, siempre pulsaba dos o tres notas a la vez, lo que provocaba unas disonancias que ponían de punta los escasos cabellos de Lino.

—¡Burro, más que burro! —le insultaba el citaredo—. ¡Deberías aprender de tu hermano! ¡Parece mentira que seas hijo de un caballero tan distinguido como tu padre!

Un día en que ya había roto tres cuerdas, la frustración lo llevó a tirar la lira. Por desgracia, lo hizo con tanta violencia y tan mal tino que el instrumento se estrelló contra la sien de Lino, le aplastó los sesos y lo mató en el acto. Al menos, eso alegó él, pues su hermano Ificles juró que Alcides había apuntado a propósito contra la cabeza del maestro. Los tebanos se indignaron tanto que el rey Creonte, aunque estaba unido a su padre por vínculos de hospitalidad, no tuvo más remedio que desterrar a Alcides. Lo enviaron, pues, a la tierra de sus antepasados. Allí, a las afueras de la dorada Micenas, el joven apacentaba los rebaños de bueyes que la familia aún conservaba gracias a la mediación de un primo. Pero su padre le advirtió:

—No se te ocurra entrar en la ciudad.

Al parecer, el hombre temía que ni las célebres murallas ciclópeas de Micenas pudieran contener el vigor de su hijo. En realidad, sospechaba que Alcides, con su testarudez habitual, desobedecería su orden y visitaría la ciudad, donde su tamaño y su fuerza no tardarían en despertar el recelo del rey Esténelo. Con un poco de suerte, Este se libraría del bruto de su hijo o, aún mejor, Este acabaría con el rey, culpable de su destierro.

Alcides llevaba ya un mes cuidando los rebaños en los pastos que se extendían al norte de la llanura de la Argólida. Su única compañía era Téutaro, un bárbaro escita que no conocía más de cien palabras en griego, pero que era capaz de acertarle a un gorrión con una flecha en pleno vuelo. Alcides, aburrido ya de ver hierbajos, pedruscos, cuernos de vaca y las barbas de Téutaro, estaba sopesando si hacer una visita a Micenas, cuyas antorchas brillaban en la distancia recortándose contra la mole pétrea del monte. Eso sí, pensaba él, haría la visita de incógnito. Como si un mocetón que a los diecisiete años ya medía casi cuatro codos de pies a cabeza y otros dos de hombro a hombro pudiera pasar desapercibido en algún sitio.

Aquella noche soplaban un viento frío que había despejado el cielo. Tan sólo algunas nubes oscuras desfilaban en las alturas, como lobos a la caza de ovejas celestes. La luna había salido hacía unas horas. Al verla redonda y blanca Alcides, que siempre tenía hambre, se acordó del queso de cabra que le quedaba en el zurrón.

Esa noche había divisado ya dos estrellas fugaces. De niño, su madre le contó que su bisabuelo Perseo, un gran héroe, moraba en los cielos junto a su amada Andrómeda. Tras escuchar esa historia, Alcides pensó que aquellas luces que se desplomaban del firmamento eran regalos que le enviaba su antepasado, y que sólo tenía que fijarse dónde caían para correr a recogerlos. Sabía que las armas más poderosas y mágicas del mundo se forjaban con el metal que llovía del cielo, y estaba dispuesto a conseguir un buen

fragmentó para llevárselo al mejor herrero y encargarle un hacha y una espada. Pero las luces siempre se apagaban mucho antes de alcanzar el suelo y no podía seguir el final de su trayectoria.

Sin embargo, el tercer objeto celeste de aquella noche fue muy distinto. En vez de trazar un arco centelleante hacia el suelo, voló despacio y casi en horizontal sobre los montes al este de Micenas, con una luz más duradera e intensa. Al verlo, Alcides bajó de la piedra de un salto y despertó a Téutaro sacudiéndolo con lo que él consideraba delicadeza. El escita abrió los ojos, masculló una maldición en su idioma y luego le preguntó a Alcides qué pasaba.

—¡Allí! ¡En el cielo! ¡Mira antes de que se apague!

Pero la estrella fugaz, lejos de apagarse, llameaba cada vez con más brillo, y su trayectoria se volvía más errática. Pasó sobre sus cabezas, y en ese momento se oyó un espantoso bramido, como el rugido de un león amplificado por el eco de mil montañas, y luego un grito que parecía humano, y después las llamas se apagaron.

—¿Qué es eso? —se preguntó Téutaro.

Alcides no le contestó. Su aguda vista había distinguido que la estrella fugaz se dividía en dos sombras. Una, que aún brillaba tenue, como rescoldos de hoguera, siguió volando hacia el norte mientras que la otra, más pequeña y oscura, había caído sobre una loma cercana. ¡Allí estaba la roca del cielo, el regalo de Perseo! Sin perder más tiempo, Alcides recogió el zurrón y el arco y echó a correr.

—¡Encárgate de las vacas! —le dijo a Téutaro mientras se apresuraba hacia la colina, seguido por su perro Cólax.

Las piernas de Alcides eran tan fuertes y resistentes como el resto de su cuerpo. Aunque aquella loma se hallaba a unos diez estadios, no tardó en llegar a ella y subió la pendiente a la carrera.

Para su decepción, allí arriba no había ningún meteorito. Lo que encontró, en cambio, fue un cuerpo humano, tendido boca abajo y con las ropas aún humeantes. Alcides le dio la vuelta con el pie. El hombre era muy grande y pesaba tanto como una novilla de buen

tamaño. Le faltaba medio antebrazo derecho y cuando Alcides se acuclilló a su lado comprobó que no tenía ojos.

El hombre le agarró de la túnica con la mano izquierda y se incorporó. Alcides le cogió por la muñeca para soltarse, pero jamás en su vida había sentido un apretón tan fuerte como el de aquellos dedos. A duras penas consiguió zafarse de él, y hacerlo le costó un buen manojo de pelos del pecho.

—Tranquilo —dijo Alcides—. No voy a hacerte daño.

—Esa voz... Es humana...

—Pues claro. Soy un hombre. ¿Qué querías que fuera?

—Sácame de aquí ahora. Esa criatura va a volver.

—¿Qué criatura?

—¿No la has visto? ¿Eres ciego como yo?

—Yo sólo he visto una estrella que llameaba sobre mi cabeza.

—Era un dragón. Tenemos que irnos.

Alcides ayudó al desconocido a levantarse. De nuevo le sorprendió su peso. Debía tener los huesos de piedra, o de bronce. Sí, sin duda eran de algún material mucho más duro que el de los huesos normales, pues después de caer desde el cielo no parecía que se hubiera roto nada. De hecho, tras trastabillar durante unos cuantos pasos, el hombre bajó la loma con paso seguro y siguió a Alcides tomado de su mano.

No tardaron en llegar con Téutaro, que estaba sentado en la piedra comiendo queso. Las vacas mugían inquietas y los perros ladraban, pero el escita parecía tranquilo.

—¿Quién es ése? —preguntó al ver al hombre caído del cielo. Antes de que Alcides pudiera decirle que él tampoco lo sabía, Téutaro abrió los ojos despavorido y señaló hacia las alturas. Alcides se dio la vuelta. Recortándose contra la luna, una enorme sombra alada bajaba hacia ellos entre bramidos que sonaban como las trompetas de una docena de heraldos. Durante unos segundos Alcides se quedó indeciso, pero el desconocido saltó sobre su

espalda, le enlazó la cintura con las piernas y el cuello con el brazo que tenía intacto, y le gritó al oído:

—¡Huye!

Alcides no necesitó que se lo repitiera. La criatura, cuyas patas ya rozaban las copas de los árboles cercanos, abrió la boca y vomitó un chorro de fuego. Téutaro aulló, convertido en una antorcha humana. Alcides corrió sin volver la vista atrás, sintiendo tras de sí el calor de las llamas. A su espalda se oían los gemidos lastimeros de Cólax y los mugidos de terror de las vacas, pero unos segundos después se apagaron y sólo se escuchó el rugido del dragón y el crepitar del fuego.

Aunque el desconocido pesaba como un saco de piedras, el miedo impulsó a Alcides a correr con toda la velocidad de sus piernas, que era mucha. Entró en un pequeño robledal sagrado con la esperanza de despistar al dragón entre los árboles. Al torcer el cuello para mirar atrás, vio con angustia que la gran silueta alada planeaba sobre él. El dragón volvió a escupir llamaradas, pero al prender el follaje las ramas dispersaron el fuego, que no alcanzó sus cabezas por poco.

Perseguido por el incendio, Alcides salió de la espesura y corrió hacia una pequeña loma. Otra mirada hacia atrás le reveló que el dragón se había posado junto al bosquecillo y movía su cuello serpentino a un lado y a otro, buscándolos entre las llamas, mientras entre los robles incendiados se oía el lamento agudo y desesperado de la ninfa que habitaba aquel pequeño soto.

—No te detengas —susurró el desconocido—. Busca un escondite.

A Alcides sólo se le ocurría uno: la propia loma, que era en realidad un túmulo funerario, de los muchos dispersos por las afueras de Micenas. Corrió por el largo corredor de acceso, una galería levantada con enormes bloques de piedra labrada que parecía hundirse en el suelo. La tumba estaba cerrada con sólidas jambas de roble reforzadas con placas de metal, y sobre ellas

montaban guardia dos leones de granito. Alcides no se lo pensó dos veces y le dio una patada a la puerta. La gruesa tranca que había resistido a los intentos de los saqueadores de tumbas se partió en dos, y las puertas se abrieron. Una vez dentro, Alcides cerró las puertas con el hombro y, a tientas, las aseguró con una de las mitades del enorme pestillo. Fuera seguía oyéndose el rugido del dragón, pero parecía alejarse. Tal vez lo habían despistado.

—Me sigue buscando —dijo el hombre.

—Aquí estaremos a salvo —respondió Alcides, haciendo ademán de descabalar a su pasajero.

—¡No me sueltes!

—Es que pesas mucho.

—Te digo que no me sueltes.

De nuevo, no había otra opción que obedecer. Alcides, con el hombre auestas, hurgó en su zurrón. Con yesca, una mecha y un trozo de piritas encendió un pequeño fuego, lo suficiente para echar un vistazo a su alrededor. Allí había un poco de todo: sacos de arpilleras, cofrecillos de metal, trípodes, pebeteros, armas de cuero y de bronce. Alcides se decidió por un arcón de madera lleno de vestidos, lo vació, lo redujo a astillas a fuerza de patadas y le prendió fuego.

A la luz de la hoguera, comprobó que estaban en el interior de una gran cúpula de paredes recubiertas de estuco. A juzgar por los tesoros que contenía, no debía ser la tumba de un noble cualquiera, sino de todo un rey. Había muebles lujosos tallados en cedro y ciprés, lingotes de oro y plata, joyas y hasta juguetes de madera que se manejaban con cordeles. Alcides destapó un cántaro sellado con pez y asomó la nariz. Olía a vinagre.

—Huff... Esto debía ser vino. Qué estupidez guardarlo aquí para un muerto. Oye, amigo, ¿tengo que llevarte a la espalda el resto de mi vida?

—No, si encuentras algún sitio donde sentarme, siempre que no sea en el suelo.

—¿Es que eres de familia real?

—Tengo mis razones para no querer tocar el suelo.

Alcides escogió un trono de madera maciza con las patas talladas en forma de garras de león. El asiento se quejó con un áspero crujido cuando el extranjero se sentó encima, pero aguantó.

—Gracias por cargar conmigo —dijo el desconocido, buscando a Alcides con sus órbitas vacías.

El desconocido tenía las cejas y la barba chamuscadas, como la ropa. El aspecto del muñón de su brazo derecho resultaba extraño, pues el corte, que no sangraba, era tan limpio y recto como el de un madero aserrado. Alcides le levantó el codo para examinarlo, pero el hombre sacudió el brazo.

—¡Deja eso! Dame algo para cubrirme y cuéntame lo que hay dentro de esta tumba.

Alcides desgarró un vestido y le dio un jirón de lino para que se lo enrollara en el brazo. Mientras, le describió lo que veía.

—Qué insensatez enterrar todo esto donde nadie puede verlo —concluyó el desconocido.

—También hay grano —dijo Alcides, examinando otro par de tinajas—. Y eso que dicen que están empezando a pasar hambre en Micenas.

Eso recordó a Alcides que ya tenía hambre cuando el dragón apareció en el cielo. Abrió el zurrón, partió queso y pan y le dio una ración al desconocido. Cuando Este comió y bebió vino, Alcides se decidió a preguntarle:

—¿Cómo te llamas?

—Veo que eres un joven que respeta las normas de la hospitalidad. Primero hay que alimentar al viajero y sólo entonces interrogarle. Eso está bien.

—Así me lo enseñó mi madre. Pero dime, ¿cómo te llamas?

El hombre se quedó pensando unos segundos, y por fin dijo:

—Próxeno. Mi nombre es Próxeno.

A Alcides le dio la impresión de que se acababa de inventar aquel nombre; pero que alguien perseguido por un gigantesco dragón quisiera ocultar su identidad no era tan extraño, así que lo aceptó.

—¿Vienes de los cielos?

—Más o menos. Soy... de Tesalia. ¿Conoces Tesalia?

—No.

—Pues vengo de la ciudad de Larisa. Oye, estoy muy fatigado. Necesito descansar.

—No me extraña. Pelearse con un dragón debe ser muy cansado.

—Quiero que hagas algo por mí.

—Lo que tú digas —contestó Alcides, sin pensárselo.

—Debes conseguirme unas botas hechas con piel de una ternera o una cabritilla que aún no haya nacido.

A Alcides le pareció una petición muy extraña, pero pensó que tales botas debían poseer algún poder mágico. Dejó a Próximo en su trono, abrió la puerta del túmulo con cuidado y se asomó a la noche. Se oía el crepitar de las llamas, y también los rugidos del dragón, pero muy alejados. Salió por el corredor de acceso y comprobó que el bosquecillo seguía ardiendo y las llamas habían prendido los matorrales cercanos. Una gran sombra alada se alejaba hacia Micenas.

—Se van a dar un buen susto en la ciudad —se dijo.

Alcides rodeó el túmulo hacia el este y se dirigió a la aldea que se levantaba en la ladera de la colina más cercana. Allí abrió la choza de un pastor que conocía, lo sacó a tirones de la cama y le obligó a que lo llevara hasta el corral.

—Necesito una vaca que esté a punto de parir —le explicó.

Los dedos del joven eran como tenazas de hierro, y el pastor no se atrevió a protestar. El propio Alcides agarró los cuernos de la vaca y le retorció el cuello como si fuera un conejo. Después le abrió el vientre y sacó el feto palpitante de su interior.

—Ahora, fabricame unas botas —le dijo al pastor.

Para Zeus, señor del vasto y luminoso Olimpo, aquel encierro en una oscuridad total era una sensación enloquecedora. Pero se quedó inmóvil en el trono de madera, reprimiendo los deseos de chillar y salir corriendo. Aunque sentía a su alrededor las paredes de la tumba como una presencia ominosa y asfixiante, no se atrevía a poner los pies en el suelo. El dragón que le perseguía era un animal de la tierra. Si pisaba ésta, sería como encender una tea en la noche y revelar a aquella criatura reptilina dónde encontrarlo.

Zeus albergaba ya la certeza de que, pese a las palabras de su abuela, que le había pedido su cabeza, Tifón gozaba del apoyo de Gea. El propio monstruo lo había sugerido después de vaciarle los ojos con la punta de sus garras.

—La hisssstoria se rrepite. Crronoss derrocó a Urrano, tú derrocasste a Crronoss y ahorra Tifón te derroca a ti. Ella siempre bussca un campeón máss fuertrte.

Ciego y de espaldas en el suelo, incapaz de reaccionar, Zeus no había tenido más remedio que escuchar las baladronadas de Tifón. Estaba tan acostumbrado a fulminar a sus enemigos con el rayo que no hacía sino levantar el brazo derecho y agitarlo en vano en el aire. Aún sentía la presencia fantasmal de los dedos, pero ya no estaban allí ni se acumulaban entre ellos las chispas de su gran poder. Y sobre su mano izquierda sentía el peso de la zarpa del dragón que había acudido a ayudar a Tifón. En aquella posición, ni siquiera él podía levantar aquella pata enorme. Impotente, sintió como la fría punta de la hoz que le había cercenado el brazo rozaba su entrepierna.

—Podrrría casstrarte, como hizo nuesstro padrrre con el suyo —dijo Tifón, y el dragón que estaba a su lado emitió un siseo entrecortado que debía ser el equivalente a una carcajada.

A Zeus le horrorizó la idea, pues había tenido tiempo de ver la hoz con la que Jenódice le había cercenado el brazo, y sabía que era la misma con la que Cronos había mutilado a Urano, y que lo que aquella hoz mágica cortaba no volvía a crecer, aunque fuera de carne inmortal. Pero, por alguna razón que no llegó a explicarle, Tifón se conformó con las mutilaciones que había infligido a su prisionero y dejó de torturarlo. En lugar de eso, habló con el dragón en un extraño lenguaje. Zeus comprendía casi todas las lenguas, pero aquella era más antigua que él, y sólo captó el nombre de la criatura.

Delfine. La dragona esposa de Pitón. O bien Gea se había vuelto aún más senil de lo que aparentaba y no controlaba ya a sus criaturas, o había escogido un nuevo adalid. Y Zeus no dudaba de que su abuela mantenía toda su lucidez.

Unas manos humanas lo habían rodeado con una gruesa cadena. Después, la dragona lo aferró entre sus garras y Tifón se despidió de él.

—Adiós, poderoso Zeus. Parrrtess a un lugarr donde nunca volverá a verr la luz.

Algo restalló sobre su cabeza y un fuerte soplo de aire le azotó el rostro. Un segundo después, Zeus se encontró suspendido en el aire, y comprendió que Delfine había emprendido el vuelo. Zeus increpó a la dragona, y le ordenó que lo llevara de vuelta al Olimpo, o que al menos lo dejara en tierra. Pero la bestia sólo contestó con una carcajada serpentina. Volaron sobre el mar, casi rozando el agua; la espuma de las olas salpicó a Zeus más de una vez. Después el arrullo de la marea se perdió y Delfine empezó a elevarse. Zeus supo que estaban ya sobre tierra firme y que era su ocasión de escapar.

Ni las cadenas ni las garras de la dragona habían conseguido retenerlo. Pero luego, tras caer a tierra como un pedrusco inerte, si había huido de las llamas de Delfine había sido gracias a la ayuda de aquel joven tan fuerte que había cargado con él como si fuera

una pluma. Tenía una sospecha sobre la identidad del joven, pero aún debía averiguar más sobre él.

Ya había amanecido cuando Alcides llegó con las botas nuevas. Zeus arrugó la nariz cuando las tomó en la mano.

—Huelen muy mal.

—El pastor sólo ha podido quitarle el pelo y la carne. Luego ha bañado la piel un rato en alumbre y sal, pero no esperarías que terminara de curtirla en una sola noche.

Zeus ignoraba que las pieles tuvieran que curtirse. Al menos sabía que las túnicas y los mantos tenían que tejerse, porque había visto a Atenea hacerlo.

Al recordar a Atenea, le pareció de pronto que el terrible pecado por el que la había castigado a destierro eterno no lo era tanto. En un momento de flaqueza, su hija había perdido el virgo. Pero su propia debilidad había sido peor, pues había dejado que le arrebataran los ojos, la mano y, sobre todo, el rayo. Ahora estaba en un lugar desconocido, a oscuras, ciego y manco, desposeído de todo. Y de pronto le pareció que la falta de Atenea era nimia.

Aquellos pensamientos eran estériles, pues no le ayudarían a recobrar lo que le pertenecía. Decidió que era más provechoso hablar con su benefactor y le preguntó su nombre. El joven se lo dijo, y también le recitó los nombres de su padre y de su madre y de unos cuantos ancestros; en particular, el del gran Perseo, de quien se sentía muy orgulloso.

—Por parte de él, desciendo del propio Zeus —añadió.

—En ese caso, la sangre que corre por tus venas es poderosa —dijo Zeus, y pensó para sí: *Ni tú mismo lo sabes bien, joven Alcides* —. Entonces, ¿estamos cerca de Tebas, la de las Siete Puertas?

Alcides le sacó de su error, le explicó que estaban a pocos estadios de Micenas y le contó de paso por qué lo habían desterrado de Tebas. Zeus se rió de buena gana.

—¡Si has hecho eso con un pobre maestro de música, no quisiera haber sido tu instructor de lucha!

—Ni tú ni nadie —se lamentó el joven—. Parece que todo el mundo me tiene miedo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Zeus, que oía unos chasquidos y un sonido de roce.

—Te estoy preparando un bastón. Así podrás caminar sin tropezar.

—Eres muy considerado.

—Eso deberías decírselo a mi padre, que está empeñado en que soy un bruto. Se cree que disfruto abusando de mi fuerza, pero no tiene razón.

—No te preocupes. Seguro que en el fondo de su corazón no piensa eso.

—Oye, Próximo. ¿Quieres que te lleve a Micenas?

Zeus meditó unos segundos.

—No. No se me ha perdido nada allí. De hecho, lo que necesito es recobrar lo que he perdido. —Se acarició el muñón a través del trapo que lo cubría—. Pero va a ser difícil. Esta mano no me volverá a crecer.

—Claro que no. ¿Es que esperabas otra cosa? —preguntó Alcides con tono de extrañeza, como si pensara que al forastero le faltaba algún sentido.

—No, claro que no. No todo lo que se pierde se recupera... aunque siempre hay que intentarlo. ¿Te gusta viajar, Alcides?

—He viajado poco. Bueno, vine desde Tebas hasta aquí. Supongo que es más de lo que puede decir mucha gente.

—Si me acompañas, yo te llevaré más lejos. Mucho más lejos. ¿Querrás acompañarme?

—No sé... Tengo que cuidar las vacas de mi padre.

—Las vacas que no se hayan abrasado deben estar ahora en la panza del dragón. A ver, dame tu mano.

—¿Para qué?

—Tú dámela y no me discutas.

Zeus tomó la mano de Alcides en la suya y apretó. Los dedos no crujieron. De haber sido un humano normal, le habría roto los huesos.

—Tienes dedos de piedra. Estas manos son de guerrero, no de pastor. Tu destino no es apacentar rebaños, Alcides. Si vienes conmigo, podrás realizar grandes proezas.

—¿Cómo de grandes? —se interesó el joven.

—¿Qué te parece reconquistar un trono?

—Suená bien.

Si supieras que hablo del trono del mundo, tal vez no te sonaría tan bien, mi noble e inexperto Alcides, pensó Zeus. Pero a su debido momento lo descubriría.

La hospitalidad de Perséfone

Atenea volaba a lomos de Glauce, pues le resultaba más cómodo cabalgar a horcajadas de la hipogrifo y guiarla con la presión de las rodillas que uncir el carro, llevar las riendas y mantener el equilibrio del vehículo en el aire. Se dirigía hacia el oeste, sobre una capa de nubes bajas entre las que se abrían huecos que permitían divisar las tierras de más abajo. Los bosques y montañas no se veían tan verdes y brillantes como otros días, sino teñidos de tristes matices de gris, pues sobre su cabeza, a mucha más altura, flotaba un denso celaje de nubes. El aire era frío, como si el invierno se hubiera decidido a aposentarse sobre la tierra dos meses antes de tiempo.

Tras saber que Zeus seguía vivo, Atenea y sus hermanastros Apolo y Hermes habían resuelto actuar por su cuenta, sin comunicar sus decisiones a los demás dioses. Hermes, que empezaba a reponerse de la conmoción y el miedo que había sufrido durante su cautiverio en la isla de Atlas, estaba seguro de la identidad del dragón que auxiliaba a Tifón.

—Tenía los ojos amarillos. Estoy seguro de que era Delfine —dijo.

—La pareja de Pitón, el dragón que custodia Delfos —asintió Apolo.

—¿Creéis que puede ser una casualidad? Porque yo no, y por eso no he querido contarle delante de Hera ni de los demás.

—Así que es la propia Gea quien ha organizado la conjura para derrocar a Zeus —dijo Apolo.

Atenea pensó que aquella conjetura tenía sentido. Gea siempre había sido la instigadora de las revoluciones que habían reemplazado a unos soberanos por otros. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez, por qué iba a conformarse con quedar retirada en un rincón oscuro, dejar el gobierno del mundo en manos de Zeus y no volver a inmiscuirse en sus asuntos? La idea de que Gea promovía aquella conjura no hizo sino acrecentar sus sospechas sobre Hera y las diosas que la rodeaban. Por eso, pese a que Apolo insistía en contar con su hermana Ártemis, Atenea la había vetado.

—No podemos confiar en ella —insistió.

Desde que habló con Ártemis en el triclinio del palacio de Zeus, la diosa cazadora se había hecho la encontradiza con ella en varias ocasiones para convencerla de que no era ninguna traidora, pero Atenea prefería pecar de suspicaz que de ilusa. Su sensación era que Gea había tejido una tupida red de intrigas, en la que a cada pieza de la trama le había hecho una promesa distinta sin revelar a nadie toda la verdad completa. Le parecía una casualidad más que improbable que la traición que había derrocado a Zeus se produjera a la vez que los gigantes asaltaban la caravana de Hiperbórea y proclamaban su intención de expugnar el mismísimo Olimpo. Era obvio al mirar a la cara de Hera que esa segunda parte de la conjura la había sorprendido a ella misma. La soberana consorte de los cielos había sufrido una conmoción mucho peor al saber que podían perder el suministro de ambrosía que al recibir en un cofre los ojos de su esposo Zeus.

Si Atenea había vetado a Ártemis, Hermes había hecho lo propio con Hefesto. Ella insistía en defender la probidad del herrero, pero Hermes, al estar de por medio la red mágica que Hefesto había tejido para atrapar a su esposa, no las tenía todas consigo.

—Además —arguyo—, hoy mismo ha de partir para la campaña contra los gigantes. No es conveniente compartir nuestros planes con él. Aunque él no quiera, es posible que se los acabe revelando a Ares.

—¿Tampoco te fías de Ares? —preguntó Atenea.

—¿Y de cuál de sus virtudes quieres que me fíe? ¿De su inteligencia o de su fidelidad?

—En cualquier caso, dejemos que ellos vayan contra los gigantes —dijo Apolo—. Al menos conseguirán frenar su avance.

Decidieron que Hermes y Apolo viajarían a Delfos. Allí tenía su sede Gea, y allí solía morar la dragona que había colaborado con Tifón. Si Zeus aún no había sido destruido, era probable que su abuela lo tuviera encerrado cerca de ella, en el ombligo de la Tierra.

Aunque también era probable que sus enemigos lo hubieran aprisionado en el Tártaro, al igual que él había hecho con los titanes. En cualquier caso, Atenea acudiría allí para cerciorarse de que Tifón no hubiera abierto aún la puerta de la mazmorra infernal, tal como amenazaba en su mensaje. Al principio Hermes insistió en encargarse de esa misión. Él visitaba a veces el Hades para guiar las almas de guerreros de sangre noble caídos en batalla; aunque eran más a menudo sus hijas Pompe o Necragoga quienes cumplían con aquella tarea, ayudadas por los dáimones que pululaban por la superficie de la tierra.

—Debería ir yo.

—No —se opuso Atenea—. Vuestra misión en Delfos requiere de más sigilo. Eres el más apropiado para infiltrarte en la morada de Gea y encontrar a nuestro padre.

Apolo apoyó las razones de Atenea, y Hermes cedió al final. Pero antes de que Atenea partiera, se empeñó en advertirla.

—Es un lugar peligroso, incluso para un dios. Procura no salirte de los senderos marcados y no contrariar a Hades ni Perséfone. Ésos son sus dominios, y en ellos son tan poderosos a su manera como nuestro padre en el Olimpo. Y no aceptes su hospitalidad con demasiada ligereza.

Cuando llegó al mar y vio en la distancia los perfiles de la isla de Corcira, Atenea le indicó a Glauce que bajara. Atravesaron las nubes bajas y sobrevolaron la costa del Epiro hasta encontrar la desembocadura del río Aqueronte. La mitad de sus aguas provenían de la gran laguna de Aquerusia, en el mundo exterior; pero la otra mitad subía desde las entrañas de la tierra. Orientándose casi a tientas por las brumas perpetuas que cubrían aquel lugar, Atenea llegó hasta una gruta de la que brotaban las aguas subterráneas.

—Ánimo, Glauce. No temas a la oscuridad.

Penetraron en aquella gruta y remontaron la corriente. Aunque en aquella ocasión no podría decirse que volaban río arriba, pues las aguas subían desde las profundidades contrariando a su naturaleza y a la propia gravedad, impulsadas por el calor y la presión que reinaban en las fuentes infernales del río. Atenea encendió una antorcha para iluminar su camino, pero aún así volaron con precaución, pues no había más de seis codos entre las aguas fragorosas y el techo del túnel. Durante horas siguieron descendiendo, y pronto reparó Atenea en las presencias que pasaban a su lado, ligeras e inmateriales como soplos de aire frío que despertaban tristes ecos entre las paredes de roca.

El río estaba cada vez más caliente y su corriente se hacía más turbulenta conforme se internaban en las profundidades de la tierra. Atenea no sabía cuánto habían descendido, aunque Hermes le aseguró que el reino de Hades estaba a más de tres mil codos bajo tierra. Por fin, cuando las llamas de la antorcha ya casi lamían la mano de Atenea, llegaron al final del túnel.

Habían desembocado en una vasta caverna. El techo era fosforescente, como un cielo encapotado bajo una luna llena verde, y estaba a tal distancia del suelo que se formaban nubes bajo su dosel. El río se abría en una laguna central de aguas que burbujeaban y parecían brotar de algún lugar aún más enterrado,

donde el calor y la presión debían ser aún mayores para empujarlas con tal ímpetu hasta el mundo exterior. La fantasmal luminosidad del lugar hacía visible lo que hasta entonces había permanecido oculto. Volando alrededor de Atenea y su hipogrifo llegaban las almas de los muertos: imágenes casi translúcidas de lo que habían sido en vida, jirones verdosos de rasgos apenas reconocibles que flotaban veloces como restos de nubes arrastrados por el viento en las alturas. Y esas almas se arremolinaban en la zona sur de la caverna, en una vasta llanura que se perdía entre brumas caliginosas.

Atenea se posó junto a un solitario ciprés de hojas plateadas y allí dejó a Glauce. Ante ella se extendía la pradera de los asfódelos, pero a aquella luz los alargados pétalos blancos parecían más bien gusanos pútridos. En cualquier caso, las flores apenas se veían bajo la ingente muchedumbre de muertos que poblaba el lugar. Atenea se franqueó el paso tanteando con la lanza como un ciego con su bastón, y las almas le abrieron un pasillo, temerosas aún en su muerte de rozar a una diosa del Olimpo. Pasó junto a un arroyo de aguas oscuras que fluía hacia el lago central y lo vadeó de un salto. Allí, algunas almas sedientas se agachaban para beber, y con cada trago perdían algún recuerdo, ya que aquél era el Leteo, el río del olvido. Tras cruzarlo, Atenea no tardó en llegar a la orilla del Aqueronte. Había tenido suerte, pues la balsa de Caronte aún no había partido.

El propio barquero, apoyado en su bichero, recibía a su pasaje fantasmal. Era un anciano feo y arrugado, de barbas largas y enmarañadas, que se cubría con un sombrero de cuero mugriento. A su lado, dos demonios con plumas grises y pico de pájaro recibían en sus garras el pago de la travesía: un disco de cobre, el mismo que los deudos de los difuntos les ponían bajo la lengua o sobre los párpados durante los ritos funerarios. Según le explicó Hermes, a algunos no los admitían en la balsa. Todos aquellos que no hubieran sido sepultados o incinerados debían aguardar un tiempo indefinido

en la pradera de los asfódelos, hasta que alguien se hacía cargo por fin de sus cuerpos. Pero esa situación, que en épocas corrientes era anómala, debía haberse convertido en la norma, pues los demonios que auxiliaban a Caronte rechazaban a más pasajeros de los que embarcaban.

—¿Qué te trae por el infierno, diosa? —preguntó el anciano al ver a Atenea en la pasarela.

—Ningún asunto de tu incumbencia, barquero. —Buscó bajo su peplo y sacó el disco de cobre—. Aquí tienes mi viático.

—No es necesario. Tú no eres uno de los muertos.

—No quiero deber nada a nadie en este lugar. ¡Toma, te digo!

Atenea ocupó su lugar en la balsa, haciéndose hueco a golpe de contera. Los espectros de los muertos no eran del todo inmateriales, al menos al entrar en aquel reino. Su contacto era frío y viscoso, no del todo sólido, pero tampoco tan fluido como el del agua. Sus voces sonaban débiles como el rumor de hojas agitadas por la brisa, pero el número de las almas era tal que la suma de sus susurros formaba un coro estremecedor.

Caronte empujó con el bichero, y la almadía se internó en el lago. Atenea se acercó a la borda por evitar en lo posible el contacto de los difuntos, pero la cercanía del agua tampoco era agradable. De la superficie se alzaban vaharadas de calor, y del oscuro fondo subían burbujas grandes como hojas de loto que reventaban con sonoros estallidos y desprendían gases amarillos que olían a azufre y a vísceras descompuestas.

Caronte dejó en manos de sus auxiliares el gobierno de la embarcación y se acercó a su ilustre pasajera con una sonrisa desdentada que asomaba entre sus barbas como la boca de una cueva.

—¿Siempre hay tantos muertos? —le preguntó Atenea.

—¡No! Jamás habíamos tenido tantos. Toda la pradera de los asfódelos está abarrotada, cuando antes los difuntos sólo se agolpaban en la orilla. Te digo, diosa —añadió Caronte, apoyando

sus palabras con un dedo reseco como hueso de pollo—, que algo raro está pasando allí arriba. La mayoría de los muertos vienen sin enterrar ni incinerar, así que no les puedo permitir que crucen a la otra orilla. Pero si siguen llegando, ¿qué vamos a hacer?

Atenea asintió, pero no dijo nada. Sin duda, no era casualidad que aquella insólita afluencia de muertos acaeciera a la vez que el reino del Olimpo se tambaleaba bajo la amenaza de Tifón y de los gigantes.

Cuando llegaron a la otra orilla, los muertos se repartieron en dos filas, conducidos por una horda de demonios emplumados que los hostigaban con palos y vejigas de cerdo hinchadas. Antes de bajar a las inmensas cavernas del Erebo, donde pasarían el resto de la eternidad, debían rendir cuentas ante Radamantis y Éaco, los jueces infernales. Hades solía quejarse de que con los dos apenas bastaba para tanto muerto, y Zeus le había prometido que cuando le llegara la hora a Minos, célebre por su probidad y su justicia, lo nombraría tercer juez.

Atenea se apartó con alivio de la riada de luciérnagas formada por los espectros de los difuntos. Caminó junto a una roca de la que manaba un manantial de aguas gélidas, las mismas aguas de la Estigia por las que juraban los dioses, y luego subió la escalinata que conducía al palacio de Hades. Su fachada estaba tallada en la roca viva, y fuera de unas enormes pilastras no había más adornos en ella. Las puertas eran dos enormes hojas reforzadas con placas de bronce y la aldaba una cabeza de gorgona. Atenea llamó tres veces y esperó.

Un postigo disimulado bajo una de las placas se abrió chirriando sobre sus goznes. Una mujer de cabellos negros y piel blanca como cáscara de huevo salió a recibirla.

—Saludos, Hécate —dijo Atenea.

—¿Qué te trae por aquí, diosa guerrera? No es habitual recibir visitas de los olímpicos en esta humilde morada.

Según las normas de Zeus, no era cortés preguntar el motivo de la visita antes de agasajar al huésped. Pero sin duda en el reino infernal regían otras leyes.

—Quiero ver a mi tío, el venerable Hades.

—Por desgracia, es imposible —respondió Hécate, sin franquearle aún el paso—. El rey está fuera, pues ha ido a visitar a su hermano Poseidón.

Algo deben tramitar también esos dos, pensó Atenea. Era lógico que los dos dioses postergados en el reparto del mundo aprovecharan la caída de Zeus para reunirse y organizar las cosas a su modo.

—En ese caso, quiero ver a mi hermana, la reina Perséfone.

—Como desees, diosa guerrera. Sígueme, por favor.

Atenea entró, y la puerta se cerró tras ella. Hécate, con una antorcha en la mano, la guió por el recibidor, que debía ser muy espacioso, pues la luz de las llamas no alcanzaba a iluminar ni las paredes ni el techo. Llegaron a una escalera que bajaba por un estrecho túnel. Allí, Atenea observó que, aunque Hécate mantenía siempre la misma forma, las sombras que proyectaba su antorcha eran cambiantes, y en las paredes del túnel tan pronto se recortaba el perfil de una mujer como el de una leona, una serpiente o un perro.

Caminaron unos veinte pasos y se detuvieron ante una puerta de cobre. Ante ella aguardaba una anciana sirvienta vestida con un largo sayo negro, que extendió la mano al verlas llegar.

—Debes dejar una de tus prendas si quieres pasar.

—Eso es absurdo —dijo Atenea.

—Así lo ha dispuesto la señora del inframundo. Ésas son sus leyes.

Atenea miró a Hécate, que se limitó a asentir. Fuera del círculo que proyectaba la antorcha, todo eran sombras impenetrables, de las que de vez en cuando llegaban susurros y chillidos casi

imperceptibles. No, como le había advertido Hermes, no parecía prudente salirse del camino.

—Toma —le dijo a la criada, quitándose el yelmo—. Cuídalo.

—Lo haré, señora.

La puerta se abrió, dando paso a un túnel aún más angosto que bajaba en una cuesta tan empinada y resbaladiza que habían tallado en ella escalones alargados guarnecidos con mamperlanes de madera. Tras caminar unos veinte pasos, llegaron ante una puerta de ébano. Allí montaba guardia otra criada que bien podría haber sido hermana gemela de la primera.

—Una prenda, señora.

Atenea se quitó un pendiente y lo dejó en aquella mano sarmentosa. Pero la anciana meneó la cabeza y le dijo que debía quitarse los dos.

—No lo entiendo.

—Así lo ha dispuesto la señora del inframundo. Ésas son sus leyes —contestó la criada.

Atenea se desprendió del otro pendiente, y mientras pasaban a un nuevo túnel, le preguntó a Hécate:

—¿Cuántas puertas hay?

—Las necesarias para cada visitante.

Después llegaron ante una puerta de marfil, y en ella Atenea tuvo que dejar las horquillas que le sujetaban el pelo. En la cuarta puerta, de hierro forjado, escuchó las mismas palabras (*Así lo ha dispuesto la señora del inframundo. Esas son sus leyes*) y se despojó del manto. En la quinta, una losa de sólido granito, dudó un momento, y al final se desató las sandalias. La sexta puerta era de bronce fundido, y allí dejó el ceñidor.

Aún toparon con una séptima puerta, tallada en negro basalto. Mientras la sirvienta tendía su mano arrugada, Atenea vaciló de nuevo. Sólo le quedaban la túnica y la lanza. Tenía que elegir entre seguir desarmada o desnuda. El pudor pesaba en ella, pero más su

naturaleza de diosa guerrera, así que se soltó los prendedores y entregó la túnica a la anciana.

—Espero que no haya más puertas —dijo, apoyándose muy digna en la lanza.

—No las hay.

Entraron en una sala de baños, de techo bajo y paredes excavadas en la roca. Cuando la puerta de basalto se cerró a su espalda, Atenea comprendió que no tenía más remedio que meterse en el agua, pues la pileta ocupaba todo el suelo de la estancia. Apoyada en su lanza, bajó los escalones de piedra hasta que el agua le llegó por encima de la cintura. Estaba muy caliente, pero no llegaba a quemar la piel, y desde el fondo subían burbujas que al reventar en la superficie esparcían aroma de rosas. Hécate entró con ella, sin quitarse la túnica, y le restregó la espalda con una esponja.

—No necesito ningún baño —dijo Atenea, sin demasiada convicción.

—Oh, sí. Mientras cruzabas el Aqueronte se te ha pegado a la piel y a la ropa el olor del azufre y la impureza de los muertos. Pero no te preocupes, cuando se te devuelva tu vestido ya estará limpio.

Por encima del agua, las manos que la frotaban tenían forma humana. Pero bajo la superficie Atenea sintió el roce de algo tibio y flexible, como tentáculos que se deslizaran entre sus pantorrillas. El tacto era escalofriante y a la vez sensual. Cerró los ojos un instante y se dejó llevar por las sensaciones, hasta que se dio cuenta de que se estaba adormilando.

—¡Basta ya! —dijo, apartando a Hécate—. Quiero ver a Perséfone, y quiero verla ya.

—Está bien, doncella guerrera —contestó la diosa infernal—. Ven conmigo.

En la pared que tenían a la izquierda se abrió una puerta de piedra. Atenea salió del baño, aún chorreando, y pasó a una pequeña estancia donde en lugar de suelo había un enrejado de

hierro. De las profundidades subía una fuerte corriente de aire caliente que no tardó en secarle la piel. Allí, la propia Hécate le ungió la piel con aceite perfumado con jazmín y mirto, mientras una sirvienta le traía una túnica nacarada. Atenea conocía aquella prenda, pues se la había visto puesta a la propia Perséfone cuando todavía era Core.

En aquella época, cuando Core era una doncella que aún moraba con su madre en el Olimpo, habían trabado cierta amistad. Atenea jugaba con ella, y también le había enseñado los secretos del telar. Ya entonces había notado algo extraño en su hermanastra, que solía reaccionar de forma extemporánea a lo que veía o escuchaba. Un gorrión muerto y comido por los gusanos podía hacer que prorrumpiera en estridentes carcajadas, y a veces se entristecía tanto contemplando una puesta de sol desde el Olimpo que se encerraba en su alcoba durante diez días sin probar bocado. Pero desde que se había convertido en la infernal Perséfone, se hizo evidente que la mente de su hermanastra no regía del todo bien. Sin duda, no debía ser muy sano habitar seis meses bajo tierra como reina de una corte de muertos, rodeada de monstruos, aguas borboteantes, vapores sulfurosos y un marido que sólo disfrutaba cuando encontraba un nuevo motivo para quejarse de su amargo destino.

Ya vestida y calzada con unas sandalias de piel flexible, Hécate la condujo a presencia de la reina. Perséfone la esperaba en una sala rectangular, de techo bajo y desnudas paredes de granito. En el centro había una larga mesa tallada en piedra, al igual que las sillas que la rodeaban. Pese a la austeridad de la estancia, la vajilla, la copa y los candelabros que la iluminaban eran de oro macizo. Había cuatro invitados sentados a ambos lados de la mesa, pero ni se levantaron para recibir a Atenea ni pronunciaron palabra, pues estaban tan petrificados como las sillas que ocupaban. Una muestra del macabro humor de su hermanastra. Perséfone, que vestía una túnica índigo y se había maquillado los párpados del mismo color,

acudió a recibirla con los brazos abiertos y una sonrisa que no se correspondía con su gélida mirada.

—¡Atenea! —exclamó, besándola con labios fríos como una lápida—. Qué placer tan inesperado. Ven, siéntate aquí. Caligenia te servirá.

Atenea dejó la lanza en el suelo y ocupó su lugar en la cabecera opuesta a Perséfone. La criada a la que su hermanastra se había referido como Caligenia escanció vino de color rubí en la copa de Atenea, pero ésta la apartó.

—Gracias, no tengo sed.

La criada emitió un gruñido ininteligible. Atenea se volvió hacia ella y comprobó con desagrado que el lugar de la boca lo ocupaba una estrecha ranura cuyos bordes estaban unidos por unos extraños hilos, como si la hubieran cosido con su propia carne.

—¿No comes nada, hermana? —preguntó Perséfone, mientras elegía el higo más maduro de una fuente cercana.

—No. Tampoco tengo apetito —respondió Atenea.

No pruebes la comida ni la bebida del inframundo, la había advertido Hermes, *si no quieres quedar ligada a ese lugar*. Atenea descubrió que tenía hambre y que los pescados, las frutas y los dulces repartidos por las bandejas ofrecían un aspecto tentador, pero no sentía ningún deseo de atar vínculos con la morada infernal.

—Como tú quieras —le dijo Perséfone—. Ahora, dime, ¿a qué has venido?

—Tal vez lo sepas ya.

—Lo sospecho, pero quiero oírlo de tus labios. Habla con libertad, hermana.

Atenea hizo un sucinto relato de lo que había pasado desde que Perséfone abandonara el Olimpo para regresar con su marido. Su hermanastra ni siquiera parpadeó al oír cómo Hermes había regresado con un cofre que contenía los ojos arrancados de Zeus. Por si acaso, Atenea se abstuvo de explicarle lo que había ocurrido

con ellos en la enfermería de Asclepio, así como su certeza de que el rey de los dioses seguía vivo en alguna parte.

—Tenía que pasar algo así —dijo Perséfone, en tono enigmático

—. ¿Qué puedo hacer yo, una simple diosa?

—He venido aquí para impedir que Tifón cumpla su palabra.

—¿A qué palabra te refieres?

—Amenazó con abrir el Tártaro y liberar a los titanes y a las demás criaturas que siguen encerradas en él. Así que quiero que me lleves hasta las puertas del Tártaro para cerciorarme de que siguen cerradas y bien custodiadas.

—¿Por qué? ¿Qué me importa a mí que los horrores que alberga ese lugar se propaguen por el mundo exterior como langostas?

Caligenia le ofreció una bandeja con aceitunas y anchoas en salazón. Atenea la rechazó de nuevo.

—Porque eso alteraría el orden del mundo, tal como lo estableció nuestro padre Zeus.

—¿Y a mí qué más me da lo que quisiera nuestro padre Zeus? Que descanse en paz en las tripas de ese monstruo, junto con los restos de su hijo.

—¿Su hijo? Querrás decir *tu* hijo.

—Has oído bien, hermana. No me digas que no sospechabas que Zeus era el padre de Zagreo.

—Eso no es... no puede ser cierto.

—¿No? ¿Acaso algo ha retenido alguna vez la lujuria de nuestro padre? Él se encaprichó de mí, como de tantas otras antes y después que yo. Debes ser de las pocas que se ha librado... supongo —añadió en tono malévolo—. Me poseyó en una cueva, burlando la vigilancia de mi madre. Pero el mismo día que me desfloró también me dejó embarazada, algo que no entraba en sus planes. En aquel momento no quería incurrir de nuevo en la ira de su esposa, así que para ocultar mi gravidez tramó un plan con su hermano Hades. Este me raptó y me trajo aquí, y cuando di a luz a Zagreo lo prohijó como si fuera suyo.

Perséfone hizo una pausa, sin dejar de clavar dos ojos como brasas en el rostro de Atenea. Ésta, sin saber qué decir, bajó la mirada. Ahora comprendía el afecto especial que Zeus había sentido siempre por Zagreo, a pesar de su insolencia y sus desmanes. No era el cariño de un tío benévolo, sino el amor de un padre que consentía demasiado a su hijo.

—Parece que te es indiferente que Tifón haya devorado también a tu hijo —dijo por fin.

—¿Indiferente? Estás muy equivocada, hermana. Cuando llegó el corazón de Zagreo en aquella caja y vi el gesto de dolor de Zeus, no sentí indiferencia, sino alegría. ¡Sí, alegría! Era la única forma de vengarme de él. ¿Por qué fue tan cobarde? Si tanto anhelaba poseerme, ¿por qué no repudió a Hera y se casó conmigo? Bien merecido tiene haberse reunido por fin con su amado hijo.

Atenea no podía creer lo que estaba oyendo. La indignación que tremolaba en la voz de Perséfone era la de una mujer enamorada, despechada, incluso celosa de su propio hijo.

—Entonces, ¿tú tramaste lo de Tifón?

—No, no fui yo. Aunque es cierto que sabía lo que iba a pasar. ¿Quieres conocer la verdad?

—Es evidente.

—Debes saber que me equivoqué contigo. Le sugerí a Hera que te reclutara para la conspiración que había de derrocar a nuestro padre, pero ella me dijo que jamás lo traicionarías.

—En eso llevaba razón Hera.

—¿Y por qué? Tú tenías tantos motivos como yo para odiar a Zeus. Recuerda lo que hizo con tu madre.

Caligenia volvió a ponerle la copa de vino delante de los ojos. Atenea la apartó con gesto irritado. Sabía de sobra lo que Zeus había hecho con su madre. Metis, hija de Océano, había sido la primera esposa de Zeus en la época en que aún batallaba contra los titanes. Cuando quedó encinta, Gea profetizó que el hijo varón que naciera de ella sobrepasaría en poder a su padre y lo destronaría. El

día del parto, Zeus esperaba al pie del lecho con el rayo cargado entre sus dedos para aniquilar a la criatura recién nacida. Atenea resultó ser hembra y no varón, por lo que le perdonó la vida. Pero no quería correr el riesgo de que Metis volviera a quedar embarazada, de modo que la fulminó con el rayo y redujo a cenizas su carne divinal.

A veces, Atenea pensaba que debía aborrecer a Zeus por aquello. Pero no podía. No había llegado a conocer a su madre, que para ella tan sólo representaba un nombre sin rostro. La diosa Ilitía, que había asistido al parto, le contó en una ocasión que Metis estaba tan enamorada de Zeus que ella misma suplicó que la matara para no poner en peligro el futuro de su reinado. Además, su padre la había tratado desde niña con un cariño que no había mostrado por ninguno de sus otros hijos. Incluso se había desprendido de la Égida, la coraza de escamas de dragón que lo hacía invulnerable, para regalársela a ella.

La misma coraza que le había quitado al descubrir que había quebrantado su voto de castidad.

—Lo que hizo con mi madre no es asunto que deba discutirse ahora —dijo Atenea, aventando aquellos pensamientos—. Cuéntame los detalles de la conspiración.

—Lo haré, mi querida hermana. No te ahorraré ni un solo pormenor —contestó Perséfone con una fría sonrisa.

Atenea comprendió que, si su hermanastra compartía su información con tan aparente ligereza, era porque no tenía la menor intención de permitir que abandonara la morada de Hades. *Bien, reina del inframundo. Veremos si eres capaz de retenerme aquí.*

—Toda la conjura es obra de Gea —dijo Perséfone.

—Eso ya lo suponía.

—¿Piensas interrumpirme a cada momento? Si es así, bebamos más vino. Caligenia, sirve a mi hermana.

Atenea apartó de nuevo la copa que le tendía la criada muda e hizo un gesto a su hermana para que continuara.

—En realidad, el impulso inicial partió de la propia Hera. Llevaba mucho tiempo indignada por las infidelidades de su marido. Para colmo, Zeus se permitió el lujo de desterrar a Ares por un solo adulterio, ¡él, que había cometido cien!

No fue por el adulterio, sino por romper el juramento de Estigia, pensó Atenea, pero prefirió no interrumpir la momentánea locuacidad de su hermanastra.

—Así que Hera —prosiguió Perséfone— consultó con Gea. Ella le explicó cómo podía no sólo humillar a Zeus, sino incluso derrocarlo.

Perséfone hizo una pausa, que Caligenia aprovechó para plantar ante la nariz de Atenea una bandeja con dulces de pasas y miel. Ella la apartó de un manotazo y dirigió a la criada una mirada de advertencia. Pero los ojos de Caligenia permanecieron tan opacos e insensibles como cerrada la ranura que tenía por boca.

—Puedo entender que Hera quisiera vengarse de Zeus —dijo Atenea—. Pero derrocarlo, ¿para qué? Hera es la soberana del Olimpo gracias a que está casada con nuestro padre.

—Tú lo has dicho bien. *Precisamente* por estar casada con él. Hasta ahora, las diosas siempre hemos estado relegadas tras los dioses varones. Y eso, aunque Gea es la divinidad más antigua y poderosa que existe. ¿Te das cuenta de todas las humillaciones que han tenido que soportar las esposas de los señores del Olimpo? Gea fue violada por Urano. Cronos se dedicó a engendrar hijos alegremente con Rea, y luego, tras dejar que ella sufriera las molestias del embarazo y los dolores del parto, los fue devorando. Y Zeus nunca ha cesado de infligir humillaciones a su esposa, acostándose con toda diosa o mortal que se le ponía por delante, e incluso con un jefebol!

La alusión a Ganímedes hizo que Atenea enrojeciera y agachara la mirada, pero no dijo nada.

—Esta vez no volverá a reinar ningún soberano varón en los cielos —aseguró Perséfone.

—¿Y Tifón qué es?

—Tifón no es más que una herramienta, el arma utilizada por las diosas para derribar a Zeus. Cuando llegue el momento, Gea lo apartará de en medio.

Si es que ese monstruo se deja, pensó Atenea.

—¿De dónde ha salido Tifón? ¿Es cierto lo que afirma, que es hijo de Cronos?

—En cierto modo, sí. Cuando nació Zeus, Cronos decidió que no tendría más hijos. Desde entonces derramaba su semilla sobre el vientre de su esposa Rea. ¡Una acción repugnante! Una vez que estaba demasiado borracho para darse cuenta, Rea se las arregló para recoger parte del semen y esconderlo en el país de los gigantes, donde lo conservó en hielo. Ignoro qué pretendía con ello, pero una generación divina después le fue muy útil a Hera. Aprovechando una ausencia de su marido, viajó a las tierras del norte y consiguió que Alcioneo, el caudillo de los gigantes, le entregara el esperma congelado de Cronos.

—¿A cambio de qué?

—Dicen que se acostó con él, pero no acabo de creérmelo. Lo veo un acto... desproporcionado —respondió Persefone con una agria sonrisa—. No sé exactamente qué pactó con los gigantes, pero le dieron lo que pedía. Una vez conseguida la semilla de Cronos, ella misma debía realizar el conjuro. Acudió a la cueva del monte Ida, el mismo lugar donde Rea alumbró a Zeus, pues lo que ella pretendía era engendrar a un anti-Zeus que lo aniquilara. Allí llevó un huevo de dragón puesto por la dragona Delfine, la última de su especie. Hera tuvo que untar el huevo con el semen de Cronos, ponérselo entre los muslos y tumbarse a incubarlo en el suelo de la cueva durante dos noches y un día.

«Cuando se cumplió la segunda noche, Hera enterró el huevo fecundado en la gruta y se marchó de allí. Pero desde ese momento, y mientras durara la gestación de Tifón, debía permanecer casta durante un año entero.

—Entiendo —dijo Atenea. Todos sabían que Hera y Zeus llevaban tiempo sin compartir alcoba.

—Encontrar motivos para no acostarse con Zeus, dadas sus constantes infidelidades, no era difícil, y además estaba el destierro de Ares. Caligenia, sírvele vino a nuestra huésped.

—Ya te he dicho que no tengo sed. Sigue.

—Aún así, Hera tenía miedo de que en un arrebato de lujuria Zeus echase abajo la puerta de su dormitorio y la forzase. Para evitar que el deseo de su marido se inflamara más de la cuenta, invitó a Tetis a visitar el Olimpo.

—¿Quieres decir que ella misma metió a Tetis en la cama de Zeus?

—Astuta, ¿no te parece? Así pasó un año y Tifón salió del huevo. Durante otro año estuvo creciendo en la cueva, alimentándose con carne humana que le ofrecía Delfine, y por fin, hace unos días, salió a la luz para desafiar a Zeus y someterlo a la humillación que se merecía.

—Pero no sin antes devorar a Zagreo, que era tu hijo.

—También era un dios varón —repuso Perséfone con desprecio—. Ya no podrá convertirse en nuestro soberano.

La reina del infierno se puso en pie y se acercó a Atenea, rozando con sus blancos dedos las nuca de las estatuas de piedra que habían asistido en silencio a la conversación. La diosa de la guerra percibió la amenaza y tensó los músculos.

—Supongo que me has contado todo esto para que participe de vuestros planes.

—¿Participar tú? Ya es demasiado tarde. La suerte está echada para el Olimpo. Pronto será un lugar de llama y ceniza.

—¿Quién más conoce la conjura?

—Hay muchas diosas, cada una en mayor o menor grado. Mi madre, por ejemplo, que es una sentimental, creyó que lo único que quería Hera era dar una lección a Zeus. Sé que cuando se enteró de la verdad lloró por él.

—¿Ártemis?

—Supongo. Nunca he hablado abiertamente con ella. Hebe, Hestia, Angelia...

—¿Angelia? ¿La hija de Hermes?

—Ella fue quien se encargó de llevar a la isla de Atlas la red de oro invisible y la hoz adamantina.

—¿Afrodita?

—No, ella no. Gea nunca se ha fiado de ella. Cuando llegue el momento, Afrodita será aniquilada, o tal vez arrojada al Tártaro con los demás varones. No lo sé y me es indiferente. —Perséfone ya estaba a dos pasos de Atenea—. Ahora, mi querida hermana, ¿quieres beber de una vez?

Caligenia agarró con una mano la barbilla de Atenea y con la otra intentó introducirle el borde de la copa en la boca. La diosa de la guerra se volvió hacia la silenciosa criada. La ranura se había convertido en una gran boca sin labios, cuajada de hilera tras hilera de agudos colmillos, y de la que brotaba una lengua verde y bífida. Atenea le dio un manotazo y arrojó lejos la copa. Después se levantó del asiento de piedra y aprovechó el impulso de su movimiento para agarrar a Caligenia por la cintura, levantarla sobre su cabeza y arrojarla lejos de sí. La sirvienta resbaló por la mesa de piedra, llevándose de camino la mitad de las bandejas, y se estrelló contra el sitial de granito de la cabecera.

Perséfone intentó apoderarse de la lanza de Atenea. No consiguió despegarla del suelo, pero el violento tirón que tuvo que dar la derribó de espaldas. Atenea se apresuró a recoger su lanza y apuntó con ella a Perséfone.

—Esto es un regalo de tu amada Gea —le dijo—. ¿Quieres probarlo?

Un agudo siseo la hizo desviar la atención a la derecha. Caligenia se había levantado y saltaba sobre ella desde la mesa. Su boca aún había crecido más y ahora no era una sola lengua, sino dos las que asomaban entre los innumerables colmillos. Atenea se

giró y la punta de Némesis interceptó el vuelo de Caligenia, que se ensartó en ella por su propio impulso.

—¡*Apélaune!* —exclamó Atenea.

El metal líquido onduló como un reflejo en un estanque y la propia lanza repelió a Caligenia, que voló de nuevo, para estrellarse ahora contra la mesa. Aún así, se levantó y embistió otra vez. La boca no dejaba de crecerle y se había convertido en una monstruosa abertura que ya había devorado los rasgos de la cara. Atenea le clavó la lanza entre las hileras de dientes y removió la punta con saña hasta que sintió cómo las vértebras se astillaban bajo su punta. Después volvió a pronunciar la orden: ¡*Apélaune!* El arma repelió de nuevo a la sirvienta, cuya cabeza chocó contra la pared con tal fuerza que los huesos occipitales se rompieron con un sonoro crujido.

Atenea, por fin, dirigió su atención a Perséfone. Su hermanastra ya se había puesto en pie y huía por una puerta que acababa de abrirse en la pared. Atenea corrió en su persecución, pero la losa de granito que se había desplazado para abrir paso a Perséfone cayó a plomo, y una vez cerrada desapareció cualquier ranura o mecanismo que diera señal incluso de su existencia.

—¡Por los perros de Hécate! —maldijo Atenea, pensando más bien en Perséfone que en la diosa que la había guiado hasta allí.

Rabiosa, descargó un lanzazo contra la pared, de la que saltaron chispas y gruesas lascas.

Ni siquiera un grueso bloque de granito era inmune al poder de su lanza de adamantio. Pero supo que, si quería abrirse paso a través de las paredes de la mansión de Hades, tendría que armarse de paciencia.

El ojo de las Grayas

En el puerto de Nauplia, Alcides y Zeus embarcaron en una nave llamada *Salaminia*. Era un barco ligero, de poco más de cuarenta codos de eslora. Lo impulsaba una vela cuadrada cuando los vientos eran favorables y, más a menudo, la fuerza de sus veintiséis remos. El capitán era un joven de espíritu aventurero llamado Cécrope, hijo del rey de Atenas. Al ser el menor de los hijos varones y no tener esperanzas de heredar una gran hacienda, se había hecho marinero y llevaba algún tiempo comerciando por todo el Egeo, el mar de Creta y el lejano Ponto. A su padre Erecteo, convencido de que los nobles debían dedicarse a cuidar sus tierras, cazar, lanzar la jabalina y criar caballos para uncirlos en sus carros de guerra, no le entusiasmaba la carrera de mercader de su hijo, y llevaba sin recibirlo en su palacio de la Acrópolis más de dos años.

Todo eso se lo explicó Cécrope a los dos pasajeros sin el menor reparo, pues era de natural expansivo. Por la voz, que era ronca y potente, Zeus sospechó que se trataba de un hombre alto (considerando que era humano) y corpulento, moreno y de cabello y barba tupidos. Pero la voz de Cécrope engañaba, pues aunque en verdad era alto, su complexión resultaba más bien flaca y desgarbada, y el pelo castaño ya le raleaba sobre la frente.

—No creo que os interese venir con nosotros —les advirtió cuando se dirigieron a él en el puerto—. Vamos a un lugar lejano.

—¿Cuan lejano? —preguntó Zeus.

—La Cólquide.

—¡La Cólquide! —repitió Alcides, pues le gustó la sonoridad del nombre—. ¿Y eso dónde cae?

—¿Sabes dónde da la vuelta el Céfiro, cuando se aburre de soplar hacia el este y se topa con la morada del Austro? Pues allí mismo, en los confines del mundo, está la Cólquide.

Para Zeus no era el fin del mundo, pues sabía que más allá del Ponto y las montañas del Cáucaso se extendía el mar Hircanio, y pasado Este una región de vastas estepas y planicies inacabables. Pero se hallaba lo bastante lejos de Delfos, el auténtico centro del mundo, y lo que él quería era interponer todos los estadios posibles de mar y tierra entre su abuela y él. Pues su mente ya había empezado a maquinan planes.

No pensaba permitir que aquel usurpador que siseaba como una serpiente y se hacía llamar hijo de Cronos ocupara su trono del Olimpo. Sin duda, muchos poetas estarían ya retocando sus cantos para entonar loas al cuarto soberano celeste y celebrar el día en que Zeus, señor de la tormenta, había sido humillado, cegado y mutilado. Tal vez muchos de sus templos estarían siendo abandonados, demolidos o traspasados a otras divinidades, como había ocurrido con los santuarios de sus antecesores en la soberanía del mundo. Probablemente, hasta su esposa Hera estaría abriendo las sábanas para acoger en su lecho al nuevo señor, sin importarle que en vez de cabellos tuviera serpientes, que su miembro viril fuera retorcido y escamoso y que su aliento oliera a azufre.

Pero si alguien pensaba que el poema de Zeus había llegado a su verso final y que iba a resignarse al olvido como su padre y su abuelo, ese alguien estaba muy equivocado.

—La Cólquide es perfecta —dijo Zeus—. Tengo un gran interés en visitar a un allegado mío que mora cerca de aquellas tierras.

—¿Has estado allí? —preguntó Cécrope, y su tono denotaba incredulidad.

—En más de una ocasión.

—¿Conoces a su rey Perifetes?

—¡Ah, hijo de Erecteo, quieres burlarte de este pobre viejo! ¿O es que no confías en lo que te digo? En el trono de Fasis no reina ningún Perifetes, sino Eetes, hijo de Perseide y cuñado del gran Minos. ¿Es necesario que añada, para que creas en mi palabra, que en el roble más alto del bosque que crece a las afueras de Fasis está clavada la piel de oro de un carnero mágico?

—¡Basta, basta! Ya veo que conoces la Cólquide. Sabrás, por tanto, que la navegación hasta ese lugar está sembrada de peligros.

—Lo sé, pero eso no me disuadirá —dijo Zeus, y añadió, complacido en su propio papel—: Todos los humanos hemos de morir tarde o temprano.

—Zarparemos mañana al alba, pues se nos echa encima el invierno.

De hecho, les explicó Cécrope, con el tiempo que estaba haciendo y las alturas del año a las que se encontraban, la prudencia habría sugerido que se quedaran en Nauplia. Pero si pasaban el invierno sin comerciar, tal vez antes de la primavera se verían obligados a hervir las suelas de sus sandalias para tener algo que comer.

—Es preferible aventurarse en el reino de Poseidón. Nos ahogaremos por el camino o alcanzaremos la Cólquide. Y si llegamos, allí no moriremos de hambre.

Así pues, partieron al día siguiente. La *Salaminia* llevaba ánforas de vino y aceite, corazas de bronce fabricadas en Argos y valiosa orfebrería de Micenas. Una vez llegados a la Cólquide, las cambiarían por trigo y pescado en salazón: salmón, raya, esturión y rodaballo. E incluso oro de las montañas del Cáucaso, por el que podrían obtener una buena ganancia en tierras aqueas.

Todos los bienes que llevaba encima Zeus eran un grueso cingulo, trenzado con miles de hilos de oro, y un anillo también de

oro con un zafiro engastado. El anillo se lo dio a Cécrope para pagar el pasaje, reservando el cinturón para más adelante. Aquel objeto grueso y brillante provocó entre los marineros miradas de codicia, y también de curiosidad, pues era chocante ver un cíngulo tan valioso alrededor de una túnica raída y chamuscada como la que llevaba el viajero que se hacía llamar Próximo.

Por lo demás, Zeus se había afeitado la barba como un cretense. Al pronto pensó en impedir que le volviera a crecer recurriendo a su propia naturaleza, como hacían sus hijos Apolo o Hermes; pero luego, al reparar en que un hombre barbilampiño de su edad aparente llamaría demasiado la atención, permitió que le asomaran unos pelillos grises de cuando en cuando para afeitárselos delante de todos y complementar su disfraz. Encorvado para disimular su estatura, sucio, sin barba y con los ojos tapados por un vendaje, ni los propios olímpicos lo habrían reconocido.

Alcides colaboraba en las tareas de carga y estiba, y remaba cuando llegaba su turno, aunque el piloto tuvo que reconvénirle para que no lo hiciera con tanto entusiasmo, pues se adelantaba a los demás y les hacía perder el ritmo. El muchacho, que a duras penas conseguía acomodar sus enormes piernas en la bancada, estaba encantado con la travesía. Sólo había visto el mar de pasada, cuando cruzó el istmo de Corinto; pero ahora, tras vomitar un par de veces el primer día, no tardó en acostumbrarse a los cabeceos y bandazos y se pasaba el día contemplando fascinado la estela que dejaba la nave tras de sí. Harto de cuidar vacas, aquélla era una aventura inesperada que, literalmente, le había caído del cielo.

La mitad de los cuarenta marineros de la *Salaminia* eran atenienses como Cécrope, y la otra mitad procedían de la propia Argólida. Por la noche dormían al raso, en las playas en las que embarrancaban la nave, y algunos de ellos se acostaban sobre el propio puente. La única cabeza resguardada de la intemperie era la de Cécrope, que disponía de una pequeña toldilla a popa. Zeus procuraba sentarse cerca de la amura de proa para respirar el aire

fresco antes de que Este atravesara la cubierta y se impregnara de los diversos olores de los marineros. Privado de la vista, su oído y su olfato se habían agudizado en tal medida que podía reconocer quién se acercaba por el sonido de sus pasos y por el olor de su sudor y de su ropa.

Apenas habían pasado cinco días desde que Tifón le vaciara los ojos con sus garras, y ya estaban empezando a regenerarse. Los notaba como cuentas de vidrio duras y frías que se abrían paso entre los huesos de las órbitas y le despertaban una molesta comezón. Para evitar la tentación de rascarse, y también las preguntas inoportunas de los humanos, se había cubierto los ojos con un paño.

En el Olimpo y bajo los cuidados de Asclepio sus ojos no habrían tardado más de dos días en regenerarse. Sin ambrosía, ignoraba cuánto tiempo necesitaría para recobrar la visión. ¿Veinte, treinta, cuarenta días? En cualquier caso, demasiado para sus planes, pues cuanto más tardara en regresar más se acostumbrarían dioses y mortales a obedecer a un nuevo señor. Pero, si la *Salaminia* seguía la ruta que él preveía, tal vez encontrara una forma de recuperar la visión.

El problema seguía siendo su brazo. La carne cortada por la segur que castró a Urano no volvería a regenerarse. E incluso en el caso de que la leyenda estuviera equivocada y el poder de la hoz adamantina no fuera tal, aunque el brazo le volviera a brotar, ya no sería el mismo que forjaron para él los Cíclopes trenzando cables de metal con sus músculos y tendones. Con él, Zeus había perdido el arma que lo hacía invencible. Sin el rayo, ¿cómo podría regresar al Olimpo, derrotar a la criatura Tifón y sobreponerse a las conjuras de quienes le habían traicionado dentro de su propia familia? Pues era evidente que existía una conspiración contra él.

¿Quiénes estaban involucrados? Habría apostado el otro brazo a que su esposa era la primera implicada. En cuanto a la red que había impedido a su hijo Hermes ayudarlo, era obra de Hefesto. El

dios herrero haría cualquier cosa que le ordenara su madre, aparte de que Zeus, tenía que reconocerlo, nunca le había dado demasiados motivos para apreciarlo. Incluso el propio Hermes podía haber fingido que caía en la trampa.

¿Y la hoz, de dónde había salido? Se decía que aquella arma se había perdido en las profundidades del mar. El reino de Poseidón. Su hermano era de los dioses que más interés podría tener en derrocarlo. Nunca había aceptado de buen grado la primacía de Zeus. Sólo el rayo forjado por los cíclopes lo mantenía en su sitio.

El rayo, el rayo. Todo volvía al rayo. Necesitaba recobrar su arma, o conseguir otra que fuera al menos igual de poderosa. Desde el Espejo del Tiempo, Cronos le había vaticinado que sería vencido, humillado y mutilado. Hasta ahí, todo se había cumplido. También había asegurado que sufriría la más terrible de las pérdidas. ¿Se trataba de una redundancia que repetía lo anterior? No: Zeus se temía que cada una de las palabras de Cronos acarrearba su propio significado y que aquella pérdida aún le aguardaba en el futuro.

El futuro. *El secreto del futuro está enterrado en el pasado*, había dicho Cronos. Con esas palabras tenía que referirse a lo único que de verdad importaba en todo el cosmos: el poder. Así pues, era el secreto del poder lo que debía buscar en el pasado. Con él se aseguraría el futuro.

Acodado en la amura y aspirando el olor a sal, Zeus cavilaba sobre el poder absoluto. Él lo había ejercido merced al rayo. Cronos había sido su antecesor. Para mantenerse en el trono, su padre se había valido de su astucia y su falta de escrúpulos, y también del ascendiente que ejercía sobre sus hermanos los Titanes. ¿Y Urano, primer soberano del mundo? ¿Cómo lo había hecho él? ¿En qué había basado su poder para sojuzgar a la indomable Gea?

... Urano, que había puesto todo su poder y su sabiduría en los cinco anillos que gobiernan el firmamento, amenazó con utilizarlos para lanzar sobre Gea el fuego celeste que sobrepasa en poder y

destrucción a los demás fuegos de la tierra como la lava del volcán a la llama de una mecha...

Así lo había recitado Hermes en aquella posada de Arcadia. Los anillos de Urano. Para Zeus sólo habían sido una expresión, un oscuro juramento que él mismo utilizaba y cuyo verdadero sentido se le escapaba. En una ocasión, cuando era muy joven y aún no había emprendido el asalto del Olimpo, le preguntó a su abuela por ellos. Gea le dijo que tales anillos no existían, que sólo eran una leyenda: la única forma en que podía conquistar el poder era liberar a los prisioneros del Tártaro, los hecatonquiros y los cíclopes. Zeus había seguido su consejo y gracias a él había conseguido el rayo.

En cualquier caso, Gea era parte interesada, así que Zeus no podía fiarse de esa información. Si ese poder superaba en tanto al de Gea que Urano lo había utilizado para violarla, era lógico que ella quisiera ocultar hasta el conocimiento de su misma existencia.

¿A quién podía consultar Zeus? Se le había pasado por la cabeza la idea de visitar a su madre. Pero Rea había renunciado a la compañía de los otros dioses, se hacía llamar Cibeles y vivía en Frigia, rodeada de ménades y de sacerdotes que se castraban para consagrarse a ella. Además, Rea no tenía demasiada personalidad y siempre había sido una especie de prolongación de su propia madre Gea. Mejor no mostrarse ante ella.

Había una persona versada en el conocimiento del mundo antiguo y en la ciencia de los titanes, pues él mismo era hijo de Jápeto, uno de los más poderosos de su estirpe. Pero era dudoso que esa persona accediese de buen grado a compartir sus conocimientos con él. Mucho tiempo atrás, Zeus había ordenado a Hefesto y a dos divinidades llamadas Cratos y Bíos que lo colgaran de unas cadenas de hierro en el monte Estróbilo, el pico más alto del Cáucaso.

No, no parecía probable que Prometeo quisiera colaborar con él. Prometeo, que se jactaba de haber creado a los hombres en su

torno de alfarero cuando Zeus aún no se había convertido en soberano celeste, y también de haberles concedido el don de la palabra, e incluso de la arcana escritura. Prometeo, que se hacía llamar benefactor de la humanidad, que había enseñado a los mortales el dominio del fuego y la ceremonia del sacrificio. Prometeo, a quien Zeus había castigado porque le quería arrebatarse el cariño y la adoración de los hombres.

Pero el caso es que, si quería averiguar el paradero de los anillos de Urano y conocer el poder que encerraban, no tenía nadie a quien recurrir salvo al curioso, metomentodo y sabio Prometeo.

Por suerte, la Cólquide yacía al pie de las montañas del Cáucaso, no muy lejos del Estróbilo.

Por las noches, Zeus se negaba a bajar a tierra y se tendía sobre la cubierta. No quería que ninguna parte de su cuerpo tocara el suelo, salvo los pies. Las botas, esperaba, evitarían que Gea pudiese averiguar su paradero; pues la ternera de cuya piel las habían confeccionado no había llegado a ver la luz ni posarse jamás sobre la tierra, y Gea no podía saber de su existencia.

La segunda noche pernoctaron en el Sunión, al sur del Ática. Allí, mientras los demás dormían, un marinero llamado Parrasio se acercó a Zeus. Este escuchó sus pasos y reconoció su olor. Parrasio se detuvo a su lado y se arrodilló sobre la tablazón. Sin duda venía buscando el cíngulo. Se iba a llevar una buena sorpresa cuando su presunta víctima le rompiera todos los huesos de la mano. Pero antes de que Zeus llegara a moverse, se oyó la voz de Cécrope.

—No se te ocurra tocar a mi huésped.

—¿Tú huésped? —protestó el marinero—. ¿Por la miseria que te ha pagado? Con ese cinturón tienes para pagar a toda la tripulación.

—¡Es mi huésped, te digo!

A la mañana siguiente, para satisfacción de Zeus, Cécrope dejó a Parrasio en tierra y reclutó a otro marinero en la aldea de Tórico. Ese mismo día, a media tarde, llegaron al extremo sur de la isla de Eubea. Zeus recordaba que allí, en un promontorio del cabo Cafareo, había un templo construido en su honor. Para su desaliento, cuando se acercaban a él le llegó el olor de un incendio.

—¿Qué pasa? ¿Qué se está quemando? —preguntó a Alcides.

—Un templo, en lo alto de un cantil. El fuego se ha extendido a unos arbolillos cercanos. Deben ser encinas... No, espera, creo que son acebuches.

—¡Me importa un comino qué árboles sean! ¿Alguien está apagando el incendio del templo?

—Más bien diría que lo están avivando. Hay unos jinetes alrededor... Espera, oigo gritos. ¡Los muy bastardos nos están tirando flechas incendiarias!

Al parecer, se hallaban demasiado lejos para que las saetas los alcanzaran; pero aún así Cécrope ordenó al timonel que virara a estribor y se alejara de la costa. Alcides pidió a un marinero que le prestara un arco, puso una flecha en él y disparó.

—¡Bravo, muchacho! —le felicitó Cécrope—. ¡Has acertado a más de un estadio!

—Ése no es un jinete —dijo Girtón, el segundo oficial del barco—. ¡Es un centauro!

Desde la distancia llegaron gritos de rabia y frustración. Zeus reconoció el peculiar ululato de los centauros, mezcla de alarido humano y relincho equino. Que los hombres-caballo se dedicasen a quemar los templos significaba que las noticias sobre su derrota a manos de Tifón se estaban propagando a los cuatro vientos. Y que disparasen flechas contra un barco tripulado por humanos sin provocación previa significaba que la guerra contra los hombres de la que le había advertido el viejo Quirón había empezado ya.

Dos días después se encontraban en el centro de un triángulo dibujado por las islas de Esciros, Lemnos y Lesbos, una vasta zona de mar abierto que Cécrope quería dejar atrás cuanto antes. El cielo se había despejado un poco, pero soplaba un fuerte céfiro que, si bien no perjudicaba su avance, levantaba una marejada que hacía cabecear el barco con violencia. Al oír los chillidos de las gaviotas, Zeus supo que se acercaban a la isla que quería visitar. Desde el aire, según recordaba, tenía forma de triángulo, con los bordes recortados como un gran puñal de sílex.

—Quiero desembarcar en esa isla —le dijo a Cécrope.

—¿Ésa? Si ni siquiera tiene nombre. Allí no habita nadie desde hace mucho tiempo.

—Desde hace veinte años, para ser precisos.

—¿Lo ves? Mucho tiempo —replicó Cécrope.

Zeus soltó una carcajada seca. A los humanos, y más si eran jóvenes, unas cuantas décadas se les antojaban una eternidad. Pero él sabía que en aquella isla que Cécrope creía desierta moraban unas peligrosas criaturas a las que le interesaba sobremanera encontrar, sin que ellas, por su parte, averiguaran su presencia.

—Mi tío Alexias, el marino, me advirtió de que nunca se me ocurriera acercarme a esa isla —insistió Cécrope—. Según me dijo, está maldita.

Zeus oyó pasos y susurros a su alrededor. Los marineros, que, salvo los encargados de las velas y el timón, estaban ociosos, se habían congregado a su alrededor para escuchar la conversación, y algunos de ellos repetían en voz baja la palabra maldita.

—Algo de razón llevaba tu tío —reconoció Zeus—. Escucha, llévame a la toldilla.

Allí se sentaron los dos y compartieron un vino de Trecén. Acostumbrado a degustar en el Olimpo los mejores caldos del

mundo, Zeus pensó que aquél sabía a vinagre, pero lo bebió sin torcer el gesto por respeto a su anfitrión.

—¿Por qué quieres desembarcar en ese lugar? —le preguntó Cécrope.

—Tengo mis propias razones.

—Si no eres más explícito, me resultará difícil convencer a los marineros de que atraquemos en un lugar inhóspito del que nada bueno se cuenta. Eso, por no hablar de convencerme a mí mismo.

Zeus se soltó el cíngulo de hilos de oro.

—Toma esto. ¿Cuánto calculas que pesa?

—Hmmm... —Cécrope tomó el cíngulo y lo sopesó—. Diez minas, tal vez doce.

—¿Y eso es mucho?

—¿Bromeas? ¿Doce minas de oro?

Zeus no supo qué contestar. Sospechaba que su cinturón debía ser muy valioso para los humanos. Él nunca había tenido que molestarse en calcular el valor de las cosas, pues desde que se convirtiera en soberano del mundo todo le había venido regalado. Para él, el oro no era más que un hermoso metal que no se corroía ni oxidaba.

—¿Si te lo doy, me desembarcarás en la isla?

—¿Bromeas? Por esto, sería capaz de cruzarte al otro lado del río Aqueronte.

—En ese caso, quédatelo. Es tuyo.

Cécrope se encogió de hombros. Ignoraba qué clase de loco era aquel pasajero que llevaba encima más de diez minas de oro y al mismo tiempo vestía una túnica chamuscada y unas botas malolientes. Pero, mientras le pagara bien, no le importaban demasiado sus motivos.

Lo cierto era que, por muy excéntrico que fuese, el tal Próximo le resultaba simpático. Era todo un personaje. Aunque iba siempre encorvado y apoyado en un bastón, sobrepasaba en altura y anchura de hombros a todos los marineros de la Salaminia, salvo al

mocetón que lo acompañaba. Además, irradiaba un aura de nobleza y autoridad inconfundible para alguien que, como Cécrope, conocía de cerca la aristocracia. De hecho, Próxeno, ciego y manco, con las ropas hechas jirones, parecía más rey que el propio Erecteo, su padre, vestido de gala y sentado en su trono.

Detrás de su ceguera y de la mutilación, sospechaba Cécrope, había un relato más que interesante. Pero su cortesía innata le impedía preguntarle, y Próxeno nunca hacía referencia a sus lacras. En una ocasión en que se quitó el paño que le cubría los ojos para lavarlo a la orilla, Cécrope se acercó con disimulo para comprobar la causa de su ceguera. Para su horror, no se trataba de una herida, ni siquiera de cataratas. Las cuencas de Próxeno estaban vacías, salvo por dos extrañas manchas blancas en el fondo, como si algún insecto enorme hubiera elegido aquel lugar para depositar sus huevos.

—Está bien. Te desembarcaré —le dijo—. Pero te esperaremos en el barco, sin pisar tierra. Y si encuentras a alguien en la isla, no lo subas a bordo.

—No te inquietes. Sólo hay una cosa que me interesa en esa isla, y es un objeto, no una persona.

Vararon en el extremo sur, en una caleta de poco más de medio estadio, cerrada por un islote. El sol estaba a medio camino del horizonte.

—Si tardas mucho, tendremos que pasar la noche aquí —dijo Cécrope—. Si partiéramos ahora mismo, llegaríamos a Lemnos al atardecer. Pero si nos demoramos, nos caerá la noche en alta mar, y no me entusiasma la idea.

—En ese caso, mejor que cuentes con pasar la noche aquí —respondió Zeus.

Cécrope le tendió el cíngulo.

—¿Por qué me lo devuelves? —preguntó Zeus.

—¿Qué me impediría llevármelo y dejarte abandonado en esta isla? Quédatelo de momento y entrégamelo cuando vuelvas.

—¿Qué sentido tiene hacer tratos con un hombre si no confías en él?

—No lo hago por ti, Próxeno, sino por mí. Prefiero no sentir la tentación de abandonarte. Llévatelo, te digo.

Finalmente, Zeus accedió y volvió a atarse el ceñidor a la cintura. Después desembarcó junto con Alcides, que llevaba las provisiones de ambos: un odre de agua y un zurrón con queso, uvas pasas y pan. Caminaron por la playa hasta la primera hilera de colinas, y cuando subieron Zeus le preguntó a Alcides qué se veía desde allí.

—Toda la isla es parecida —respondió el joven—. Hay líneas de colinas, una tras otra. Todas van hacia allí... hacia el norte, quiero decir. Espera... Sí, allí en el norte hay un monte un poco más grande, y sale humo de lo alto.

—Pues guíame hacia ese humo.

—¿Qué buscas en esta isla? —preguntó Alcides.

—Visión.

—¿Hay un oráculo aquí?

—No, mi querido Alcides, no es visión profética lo que busco. Hablo de visión real.

—Entonces, es que te quieres curar la vista —dedujo el joven—. ¿Hay un santuario de Asclepio?

—¿Y cómo pretendes que me cure la vista, si no tengo ojos que curar? Piensa, Alcides, piensa. Demuéstrame que no eres sólo músculos y buen corazón.

Alcides tardó un rato en contestar. Ya habían trepado a la siguiente línea de lomas, y ahora caminaban hacia el nordeste siguiendo el ondulado dibujo de la cresta. Sobre sus cabezas gritaban las gaviotas, y a su alrededor cantaban los grillos y de vez en cuando una lagartija se alejaba reptando entre los arbustos.

—Entonces es que buscas unos ojos —concluyó Alcides, al fin.

—¡Bravo! Eso es lo que quiero conseguir. O mejor aún, lo que tú me vas a conseguir.

La tarde cayó sobre ellos. Su camino los llevó a un brezal impenetrable. Pero Alcides, en vez de buscar un rodeo, avanzó a pisotones, despreciando los arañazos que el ramaje dejaba en sus pantorrillas. Por fin, cuando el sol empezaba a ponerse, llegaron al pie del único monte digno de tal nombre.

—Hay una hoguera en lo alto —dijo Alcides—. Ahora veo las llamas.

—Allí están. ¿No oyes sus voces?

—¿Voces? No.

—Cierra los ojos y escucha...

Alcides obedeció. Sólo oía gaviotas. Pero en seguida se dio cuenta de que lo que creía chillidos de aves eran voces humanas, agudas y estridentes como carcajadas de mujeres borrachas.

—Allí arriba están ellas —dijo Zeus—. Las que tienen lo que necesito.

—¿Quiénes son ellas?

—Siéntate y come algo. Puede que tengas que pelear.

Mientras bebían vino y daban cuenta del queso, Zeus se lo explicó.

—¿Has oído hablar de las tres Grayas?

—No.

—Son tres mujeres que nacieron ya viejas y con el pelo blanco, y por eso tienen ese nombre. —Zeus se rascó la barbilla—. Tal vez incluso nacieron antes que yo, aunque no estoy seguro. Así que puedes imaginar lo viejas que son ahora.

En realidad, no puedes imaginártelo, añadió para sí.

—Entonces, ¿para qué voy a pelear con ellas? Si son tan viejas como dices, bastará con que les dé un soplo para derribarlas.

—No estés tan seguro. Las Grayas son criaturas terribles. Se alimentan de los humanos, chupándoles la sangre. Te explicaré lo que tienes que hacer...

Alcides, tras recibir las instrucciones de Zeus, trepó por la suave cuesta del monte. Aunque ya se había hecho de noche, apenas se veían estrellas, pues las nubes cubrían el cielo casi por entero. Entre el crepitar de las llamas, seguían oyéndose gritos destemplados y carcajadas chillonas.

—¡Te lo dije! ¡Te lo dije! —insistía una voz.

Ya estaba lo bastante cerca para ver que en lo alto de la colina se abría un claro. Allí, en el centro de un círculo de piedras, ardía una hoguera, y sobre ésta se calentaba un enorme caldero de bronce. A su alrededor se movían tres extrañas sombras. Al acercarse, Alcides vio que eran tres ancianas, cubiertas con largos mantos oscuros que llegaban hasta el suelo. Estaban casi calvas y las cuencas de sus ojos se veían tan vacías como las de Próximo. Una de ellas se volvió hacia Alcides. Con manos huesudas sostenía sobre la frente una gran gema roja. El ojo que quería conseguir Próximo.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

—Dile que se acerque, Enio.

—Cállate, Pefredo. Yo sé bien lo que hago.

A Alcides le costaba distinguir quién hablaba en esa algarabía de voces. Además, sólo una de ellas conservaba los dientes. Aunque en seguida descubrió que ni siquiera era así: la anciana se llevó la mano a la boca, se sacó la dentadura entera y se la pasó a la que tenía la joya sobre la frente.

—¡Acércate, mozo! —dijo la tal Enio, con la voz algo más clara gracias a los dientes—. Ven aquí y charla con nosotras. Estamos tan solas y tan aburridas...

Alcides se detuvo a cinco pasos. El caldero borboteaba, pero daba la impresión de que dentro no había más que agua.

—¿Para qué cocéis agua, si no hay nada en la olla? —preguntó.

—¡Oh, tú lo vas a remediar! —dijo otra de las viejas.

—Cierra la boca, Dino —contestó la que debía ser Pefredo—. ¡Vas a ahuyentarlo!

Aunque Próximo no le hubiese advertido, al oír discutir a las Grayas, Alcides habría tenido buen cuidado de no acercarse demasiado a ellas. Así que habló desde lejos.

—He venido a pedir una cosa, señoras.

—Acércate más, hijo —dijo Enio, apretándose la joya contra la frente—. No puedo oírte.

La mano de su hermana Dino le reptó por la cara, buscándole el ojo. Pero Enio le dio un bocado, aprovechando que también tenía en su poder la dentadura, y Dino se apartó con un chillido.

—Estoy bien aquí, señora —dijo Alcides—. Lo que quiero es vuestro ojo. Lo necesito.

—¡Nuestro ojo! Pero ya puedes ver que sólo tenemos uno. ¿Qué pretendes que hagamos sin él?

—Sólo será un rato.

—¡Mientes! ¡Sí, mientes, cochino mortal! —gritó Enio.

La indignación la hizo aflojar la presión sobre el ojo, y Pefredo se apresuró a quitárselo entre risotadas. En ese momento, un lagarto pasó correteando junto a ella. En cuanto la Graya lo vio, un tentáculo grisáceo brotó de debajo de su manto, atrapó al reptil y lo echó al caldero.

—¿Para qué quieres nuestro ojo? —dijo Pefredo, que ahora, aunque desdentada, llevaba la voz cantante—. Si quieres respuestas, té las daremos. No hace falta que nos robes el ojo, como hizo ese granuja de Perseo.

—Perseo era mi bisabuelo.

—¿Tu bisabuelo? ¿Tanto tiempo ha pasado? Cuéntanos cómo murió, anda. Porque habrá muerto, ¿verdad?

—¡Y nosotras seguimos vivas! —saltó Dino, y las tres se rieron a carcajadas.

Alcides se estaba aburriendo. Al ver que dialogando no llegaba a ninguna parte, recogió del suelo una peladilla y se la tiró a Pefredo.

La piedra le dio en la cabeza y la vieja, con un chillido, abrió la mano y dejó caer al suelo la joya roja.

Alcides se precipitó hacia el ojo de las Grayas. Cuando lo cogió, unos tentáculos se enrollaron en su brazo. Salió corriendo, llevándose detrás a una de las viejas. No debía ser Pefredo, porque ésta se revolcaba en el suelo, doliéndose de la pedrada. Alcides siguió tirando, aunque los tentáculos tenían minúsculos dientes que se le clavaban en el antebrazo y su dueña chillaba como un cochino en la matanza, jaleada por las otras, que manoteaban junto al caldero. Alcides se detuvo y pateó a la Graya. El manto se había enganchado en una rama, y al hacerlo descubrió que en vez de piernas tenía todo un manojo de tentáculos; ya le había advertido Próxeno de que en origen eran criaturas marinas, aunque luego se habían dedicado a recorrer las islas más pequeñas del Egeo para vampirizar a sus moradores.

—¡Devuélveme el ojo! —chilló la Graya, rodeándole las piernas con los tentáculos—. ¡Tu bisabuelo nos lo devolvió!

Alcides sintió un dolor como el de cien pinchazos de ortiga. Golpeó a la vieja en el pecho y notó que el puño se le hundía en una masa fofa y sin huesos. Por fin logró librarse de los tentáculos, levantó a la Graya sobre su cabeza y la arrojó por los aires con tan certera puntería que cayó dentro del caldero. Los chillidos de la vieja se redoblaron, mientras las otras se mofaban de ella.

—¡Necias, no os riáis! ¡Nos ha robado el ojo!

Zeus, que aguardaba de pie bajo la colina y había escuchado los lejanos chillidos de la discusión y la pelea, oyó ahora las pisadas de Alcides bajando por la ladera.

—¿Lo tienes?

Por toda respuesta, el joven tomó la mano izquierda de Zeus y le puso en ella el ojo de las Grayas. Era tibio al tacto, tenía el tamaño de un huevo de gallina y su forma era plana por un lado y convexa

por el otro. Zeus se lo puso delante de sus cuencas vacías, pero no pasó nada.

—Ellas se lo colocaban más arriba, en la frente —le dijo Alcides.

—Entiendo.

No era exactamente ver. Pero lo cierto era que dentro de su cabeza, en un lugar extraño que no estaba ni en sus ojos ni detrás de ellos, apareció una figura alta, de hombros anchos y macizos y una cabeza que parecía pequeña en proporción a su corpachón. Los colores eran extraños, negros, rojos y violetas, sin la riqueza de matices de la visión real, pero las formas se apreciaban nítidas y cortantes.

Me servirá, pensó Zeus. Y sonrió por primera vez en muchos días. Había dado el primer paso para reconquistar el Olimpo.

El barril de bronce

Aquella expedición había empezado con mal pie para Hefesto, cuando Ares irrumpió en su fragua y lo humilló delante de todos los cíclopes. No era de esperar que mejorara a partir de entonces, y no lo había hecho. Ahora que caminaba al paso de los gigantes, arrastrando una gruesa cadena por la nieve, el dios herrero se maravillaba una y otra vez al recordar cómo se había desarrollado la campaña, pues era difícil que pudieran hacerse peor tantas cosas a la vez.

Se habían reunido con el ejército tracio al oeste del río Estrimón, y desde allí habían marchado al norte. Ares se jactaba de que había movilizado a cien mil guerreros, y tal vez fuera verdad, pero como no se organizaban en compañías ni se estaban quietos el tiempo suficiente para contarlos, era imposible saberlo con exactitud. Aquella horda era inmanejable, como pronto comprobó el propio Ares, y más cuando empezaron a sortear ríos y bosques, collados y gargantas. Para aligerar la marcha, la expedición se dividió en tres columnas. La que viajaba al oeste estaba al mando de Fobos, y Deimos se encargó de la del este. En el centro, con el grueso de las tropas y los pertrechos, entre retemblar de pies y pezuñas y algarabía de gritos y cánticos guerreros, viajaba el propio Ares. El dios de la guerra conducía su carro, tirado por tres gigantescos corceles negros que llevaban las alas recogidas sobre los lomos mientras caminaban. Detrás de él iba Hefesto, en un carromato

remolcado por dos caballos capones, donde llevaba sus herramientas. El dios herrero sabía que el contraste entre su hermanastro y él era patético, pero no le importaba con tal de no arrastrar su pie lisiado del alba al anochecer. Tras él viajaban los cíclopes. Había elegido a veinte de los más jóvenes, aunque había dejado en el Olimpo a su favorito, Cerauno, para evitar que se repitiera su altercado con Ares. En cada alto del camino, mientras los demás descansaban, ellos trabajaban. Ya habían forjado miles de armas, y durante el camino se dedicaron a fabricar y ensamblar las máquinas de guerra que debían batir a los gigantes.

Para explorar el terreno, el propio Ares mandaba a sus caballos que desplegaran las alas y volaba con el carro hacia el norte. Los primeros días tuvieron nubes bajas, y a menudo las zonas llanas y las cuencas de los ríos se cubrían de un espeso manto de brumas que no dejaban ver el terreno. Al segundo día encontraron nieve, y ya no dejaron de caminar hundiendo los pies en ella. Por fin, al atardecer de la quinta jornada, el cielo se despejó y Ares volvió muy excitado de su vuelo de reconocimiento. Había encontrado a los enemigos.

—¡Tal y como lo había descrito el mariquita de la lira! —dijo Ares. Sólo se refería así a Apolo cuando Este no estaba delante—. Son una horda. Los gigantes en el centro, y alrededor de ellos los cimerios, acampados sin orden ni concierto.

O sea, pensó Hefesto, más o menos como su propio ejército. Pero no había quien desmoralizara a Ares, que insistió en atacar por sorpresa aprovechando las sombras de la noche. Odriso, un reyezuelo tracio, se atrevió a sugerir que no era buena idea, pues la luna apenas era una ranura blanca en el cielo. ¿Cómo pensaba Ares manejar un ejército tan numeroso a oscuras? Por toda respuesta, el dios desenvainó su enorme espada y le partió el cuerpo por la mitad.

—¿Alguna otra objeción?

Lógicamente, nadie dijo nada. Ares se atavió con su nueva armadura de guerra, y Hefesto suspiró de alivio, pues esa misma tarde había terminado de repujar las grebas y las musleras. El dios de la guerra, cubierto de acero de los pies a la cabeza, armado con su espada y protegido con el enorme escudo que tuvieron que traerle entre cuatro tracios, ofrecía un aspecto imponente a la luz de las antorchas que alumbraban el campamento. Pese a que la prudencia más elemental aconsejaba silencio, los tracios lo aclamaron a grandes voces, pues en verdad pensaban que aquella colosal estatua de metal sólo podía conducirlos a la victoria. Pero, claro, aún no habían visto a los gigantes ni sabían cuánto podía medir un verdadero coloso.

Los enemigos habían acampado junto a la orilla de un río poco profundo. Ares ordenó a Fobos y a Deimos que se llevaran sus tropas y rodearan por el este y por el oeste las alturas que dominaban el río, y él mismo remontó la corriente con la mitad del ejército. Al igual que Hefesto y los cíclopes, Ares se orientaba bastante bien en la oscuridad, aprovechando que la nieve reflejaba con un difuso resplandor la escasa luz de la luna. El problema era que sus amados tracios no poseían ojos de inmortales. Unos diez estadios antes de llegar al campamento de los gigantes, tuvieron que atravesar un espeso hayedo. Cuando salieron al otro lado, una hora antes del amanecer, los caudillos de los tracios descubrieron que la mitad de sus hombres se habían perdido en el bosque. Pero Ares no quiso atender a razones, pues prefería lanzar por sorpresa un ataque fulgurante antes que reorganizarse y recobrar la superioridad numérica. Hefesto supo más tarde que en el fondo su hermanastro no andaba tan errado, pues las tropas que se extraviaron entre la espesura jamás habrían aparecido: los sátiros y las ninfas emboscados entre las hayas dieron buena cuenta de ellos.

Tras abatir a un grupo de vigilantes cimerios, tomaron una loma desde la que se dominaba el campamento enemigo. Muchas de las

hogueras eran ya montones de rescoldos. Ares se animó aún más, interpretando aquello como una muestra más de negligencia. Dividió de nuevo a sus tropas y envió a la mitad de ellas hacia la izquierda, donde, justo a la orilla del río, dormían los cimerios en sus tiendas de pieles. Él mismo, con las máquinas de guerra, se preparó para atacar a los gigantes, que dormitaban a la intemperie, inmóviles como grandes peñascos inertes.

Al principio, el ataque contra los cimerios fue un éxito, pues los guerreros de Ares los sorprendieron dormidos e hicieron una carnicería entre ellos. Por desgracia, los tracios, que no eran mucho menos salvajes que los propios cimerios, se dejaron dominar por la sed de sangre y los persiguieron río arriba. Eso llevó a buena parte de ellos a una garganta, desde cuyas paredes fueron acibillados por centauros y arqueros escitas que los esperaban emboscados con sus arcos.

En cuanto al propio Ares, lanzó su ataque desde la misma loma. Los onagros, balistas, escorpiones y catapultas fabricados por Hefesto y sus cíclopes dispararon andanada tras andanada, y durante un buen rato el aire se llenó de los silbidos de las piedras y las enormes flechas que caían sobre los gigantes. Con la visera del casco alzada, Ares exhibía una sonrisa truculenta, esperando el momento de cargar al frente de sus tracios y estrenar sus nuevas armas contra lo poco que quedara de sus enemigos. En cuanto a Hefesto, estaba preocupado por el pasmoso silencio con que los hijos de Gea parecían estar recibiendo el ataque. No tardaría en comprender la razón.

Los gigantes disponían de su propia espía aérea, Celeno, una de las tres hermanas arpías. Celeno gozaba de una gran ventaja sobre el propio Ares y su conspicuo carro alado, pues en vuelo no se distinguía de cualquier otra ave rapaz. De modo que Alcioneo, el jefe de los gigantes, al saber que el ejército de Ares se acercaba, decidió tenderle una trampa. El campamento que el dios de la guerra había sobrevolado no era más que un montón de pedruscos

colocados con cierto arte para que parecieran gigantes, aderezado con algunos de ellos que paseaban entre sus supuestos compañeros. En cuanto a los cimerios, no les habían dicho nada para que sirvieran como cebo, ya que les era indiferente que murieran todos o la mitad de ellos.

Los gigantes se habían escondido en la ladera de un monte boscoso, casi a la retaguardia de Ares y dominando la loma que el dios de la guerra había creído una posición tan ventajosa. Cuando los proyectiles de la artillería se agotaron, Alcioneo dio la orden de ataque. Hefesto recordaría siempre con escalofríos el momento en que se había girado sobre los talones para ver cómo el bosque que tenía a su espalda se venía abajo a la pálida luz del alba. Los árboles caían copa sobre copa, tronco sobre tronco, en medio de un tremendo fragor, como si una bestia inconcebible se agitara en la espesura. Y entonces aparecieron en vanguardia no los gigantes más jóvenes, sino los Quince, los grandes de verdad, embistiendo contra ellos armados con árboles enteros que habían desgajado de sus raíces. Los tracios de la retaguardia arrojaron las armas y huyeron, y al hacerlo empujaron a sus propias filas y pisotearon a sus compañeros.

Aquellas criaturas podían parecer lentas, pero una vez que arrancaban a correr, sus piernas les permitían doblar en velocidad a los humanos. Los tracios fueron alcanzados y masacrados, primero por los Quince, después por los cien pétreos, que no eran mucho menores que aquéllos, y por último por los jóvenes, que aun siendo más pequeños se bastaban para aplastar todo lo que se les ponía por delante. La derrota de Ares fue completa, de proporciones tan épicas como la victoria que pretendía celebrar a su regreso al Olimpo. Los gigantes sólo perdieron a veinte de los suyos. Quince cayeron luchando contra los cíclopes, de los que no dejaron con vida a ninguno; y los otros cinco cometieron la imprudencia de querer reducir a Ares sin esperar a sus mayores. Las máquinas de

asedio cayeron en su poder intactas, pues Alcioneo tenía la intención de tomar el Olimpo con ellas.

Las otras dos columnas, que debían haberse reunido con Ares al despuntar el sol, no corrieron mucha mejor suerte. La primera fue aniquilada al internarse en un bosque, y la segunda se dispersó al ser atacada desde las alturas de unos riscos. Deimos logró huir, pero a Fobos lo trajeron prisionero. Al día siguiente, lo metieron en un gran horno. Cuando el metal de su armadura se licuó, se escuchó un aullido terrorífico que hizo apartarse incluso a los gigantes, y una sombra oscura se levantó como un torbellino y huyó llevado por un soplo de aire. Al verlo, Hefesto comprendió que no se podía destruir a un ser tan elemental como el miedo y que Fobos no tardaría en encarnarse en un nuevo cuerpo; mas, por el momento, había quedado fuera de combate.

De los prisioneros, sólo Hefesto y Ares quedaron con vida. Los gigantes no tenían ningún interés en los tracios, así que se limitaron a pisotearlos a todos hasta reducirlos a una enorme masa de sangre, vísceras y carne machacada sobre la nieve.

Tras aquella fácil victoria, el ejército de los gigantes prosiguió su marcha hacia el sur. Durante el día, Hefesto cojeaba arrastrando sus cadenas. Por la noche, siempre con los tobillos engrillados, servía de copero a sus captores, recordando los tiempos en que había escanciado ambrosía en los banquetes del Olimpo. Los gigantes se habían aficionado al vino, del que habían capturado una buena provisión al derrotar a los tracios, y lo bebían al amor de las hogueras encendidas por todo el vivac. Pese a las quejas de las ménades, melíades y hamadríades que acompañaban al ejército, los gigantes no tenían ningún escrúpulo en arrancar a su paso los árboles más grandes y viejos, troncharlos a patadas y encender enormes fogatas cuyas llamas se elevaban sobre el techo de los

bosques. No lo hacían porque tuvieran frío, ya que eran prácticamente insensibles a la temperatura, sino por alumbrarse.

—¡Eh, diosecillo! —le dijo Alcioneo la segunda noche—. Lléname otra vez la copa.

Hefesto se cargó el barril al hombro y se acercó para llenar la gran crátera que el gigante había llamado «copa» en tono jocoso.

Alcioneo era de los pocos de su raza que gozaba de algo parecido al sentido del humor.

—Me caes bien, diosecillo —le dijo, dando un trago digno de la propia Caribdis al absorber la marea—. Creo que te respetaré la vida, y cuando encerremos en el Tártaro a los demás, a ti te dejaré como copero.

—¿Pensáis encerrar en el Tártaro a los demás dioses? —preguntó Hefesto, rellenando de nuevo la crátera.

—Personalmente, yo me conformaría con despedazarlos. Pero ésa es la idea de Tifón.

—¿Qué tenéis que ver vosotros con Tifón?

—No seas tan preguntón, diosecillo, o tendré que arrancarte las piernas. Anda, ve a servir a mi hermano Porfirión, que tiene la copa vacía.

Al día siguiente, durante el camino, Hefesto logró averiguar más. Alcioneo le había asignado a un gigante joven llamado Perusio para que lo adiestrara en el manejo de las máquinas de guerra y los secretos de la poliorcética. Perusio era de los más avisados de su raza, lo cual no era mucho decir. Entre lección y lección, Hefesto consiguió sonsacarle. Los gigantes consideraban que Tifón, como hijo de Gea, era el legítimo soberano del mundo; el hecho de que su padre fuese Cronos les traía sin cuidado, pues no sentían ninguna estima por la estirpe de los titanes. Al parecer, el plan era reunirse con el nuevo monarca al pie del Olimpo, en el paso de Tempe. Allí, el monstruo convocaría a su propio ejército, los cien hijos de Tifón, que lanzarían un ataque aéreo sobre el Olimpo mientras los gigantes escalaban por el puente del Arco Iris.

—¿Quiénes son los cien hijos de Tifón? —preguntó Hefesto, alarmado—. ¿Es que existen otros cien monstruos como él?

Los ojos de Perusio se estrecharon bajo aquellos arcos ciliares que parecían balcones.

—No llames monstruo al hijo de Gea o yo mismo te arrancaré los brazos.

Así comprendió Hefesto que los gigantes, que jamás habían respetado ninguna autoridad y sólo a regañadientes se habían sometido a la de Zeus, consideraban a Tifón, aunque tuviera más de dragón que de gigante, uno de los suyos. Y pensó que, destruido su padre y vencido Ares, no habría fuerza en el Olimpo que pudiera resistir la alianza de aquellos poderes monstruosos y telúricos.

Lo que no comprendía era el papel de los mortales que acompañaban al ejército de Alcioneo. Hefesto había hablado con un cimerio, que se llamaba Trundh o algo similar, y le había preguntado por qué combatían con los gigantes, cuando era obvio que uno de los fines de aquella guerra era aniquilar al género humano. El bárbaro contestó que eso no iba con ellos, pues los cimerios estaban emparentados con los gigantes, y no con los demás humanos.

—No sólo nos dejarán vivir, sino que además nos entregarán todos los despojos de la batalla. —Trundh soltó una risotada que olía a hidromiel demasiado fermentada—. Incluyendo a las mujeres.

Qué ingenuo eres, humano, pensó Hefesto, pero no dijo nada. Sin duda, Trundh acabaría comprendiendo la verdad. Para su propia desgracia.

Esa noche Hefesto volvió a ejercer de copero para los Quince, que estaban sentados formando un corro tan amplio como la plaza de una ciudad aquea. Mientras acarreaba barriles, su hermano Ares, que estaba cargado de gruesas cadenas, no dejaba de lanzar bravatas.

—¡Soltadme si sabéis lo que es el valor! —les dijo—. ¡Enfrentaos con el dios de la guerra! ¡De uno en uno o todos juntos!

El propio Hefesto estaba cansado de aquella cantinela, en la que se repetían lindezas como *aplastaros vuestras pelotas de piedra o arrancaros esos rastros que tenéis por pelucas*. Alcioneo, alzando su crátera en alto, pidió silencio a sus hermanos y les preguntó si alguno estaba dispuesto a enfrentarse con Ares y bajarle los humos.

—¡Yo! —contestó uno de ellos, llamado Porfirión.

Mientras los demás se aporreaban las piernas y el pecho con los nudillos, en un escalofriante aplauso que sonaba como una avalancha de rocas en la montaña, Porfirión se puso de pie. Hefesto le calculó doce o trece codos de estatura. Era de los grandes de verdad, con la piel de roca y los cabellos leñosos. El gigante se golpeó el pecho como un gran mono de las selvas al sur del Libia y rugió desafiando a Ares. Era evidente que había bebido mucho, como todos. Hefesto calculaba que, trasegando a ese ritmo, las provisiones de vino se agotarían antes de llegar al Olimpo. No quería pensar qué pasaría llegado ese momento, pero sospechaba que la ira de los gigantes convertidos en abstemios a la fuerza se volcaría contra él.

El propio Trundh soltó las cadenas de Ares, pues los dedos de los gigantes eran demasiado gruesos y toscos para manejar llaves.

Lo habían engrillado por el cuello, la cintura, las muñecas, los tobillos y hasta los codos. Cuando viajaban, Ares tenía que arrastrar ocho bolas de plomo que iban marcando un profundo surco en la nieve, pero el dios lo hacía con buen paso y sin bajar la barbilla, para demostrar a los gigantes que no tenía nada que envidiarles en fuerza.

Ares caminó hacia el centro del corro, frotándose las muñecas. Tan sólo llevaba puesto un jirón de manto, enrollado alrededor de la cintura y entre las piernas para cubrir sus partes pudendas. Su cuerpo desnudo tenía algo de gigantino, muy lejos de las proporciones perfectas de Apolo, y con unos músculos más

hinchados aún que los de su padre Zeus. Pero su rival era casi el triple de alto, y sus miembros y su tronco no eran de carne y hueso; o, si lo eran, esa carne se encontraba rodeada por una espesa capa de piedra.

Porfirión se agachó un poco, levantó la pierna izquierda a un lado y la dejó caer, y luego hizo lo mismo con la otra. Hefesto sintió cómo el suelo retemblaba bajo sus pies, pero Ares no pareció inmutarse por aquel alarde.

—¿Tengo que pelear sin mis armas?

—Así es, dios de la guerra —respondió Alcioneo.

—No importa —contestó Ares, golpeándose la palma izquierda con el puño.

Mientras Alcioneo usaba un enorme madero para trazar en la nieve un círculo del que los contrincantes no debían salir, los demás gigantes abrieron el corro. Porfirión avanzó hacia Ares. También iba desnudo, salvo por un faldar de cortezas de árbol atado con cuerdas a su cintura de tonel. El gigante levantó la cabeza, emitió un bramido de desafío y dio dos zancadas hacia su enemigo, alzando un brazo enorme para descargar un porrazo sobre él. En proporción, los gigantes eran más bien paticortos, por lo que sólo tenían que flexionar un poco sus pedregosas rodillas para golpear el suelo con las manos.

Ares no se limitó a esquivar el mazazo, sino que se agachó un poco, pasó bajo las piernas del gigante y al llegar al otro lado le dio una patada en la pantorrilla. Porfirión rugió frustrado y se dio la vuelta. La cintura le rechinó como un gozne mal engrasado y los demás gigantes se rieron de su torpeza, aunque nada hacía pensar que ellos fueran mucho más ágiles.

—¡Te has equivocado, montón de estiércol! —dijo Ares—. ¡Es aquí donde estoy!

Porfirión se acercó ahora con más precaución, agachándose y abriendo los brazos como dos enormes palas para abarcar más terreno y evitar que la presa se le escapara por los lados. Ares

retrocedió despacio, con los puños en guardia como un pugilista. Su aliento se levantaba formando una nubécula de vaho; pero el del gigante no se veía, pues el aire no llegaba a calentarse dentro de su gélido pecho.

Con cierta sorpresa, Hefesto se dio cuenta de que sus simpatías iban con el gigante. Ya que todo estaba perdido para la causa de los dioses, al menos había llegado el momento de que su hermano, que tantas vejaciones le había infligido, recibiera una lección. Algo que sin duda iba a ocurrir, pues Ares ya estaba llegando al borde del círculo que delimitaba la improvisada palestra.

Ares se detuvo justo antes de pisar la raya. El gigante sonrió de forma aviesa, mostrando sus grandes dientes de pedernal, y con la mano derecha a la altura del suelo le envió a Ares un bofetón que era más bien como una barrida de la marea. El dios de la guerra, con una coordinación sorprendente en alguien tan musculoso, dio un gran salto y encogió las piernas en el aire, para volver a caer en la nieve una vez que la mano pasó de largo. Después, no conforme con sortear el golpe, pasó a la ofensiva. El movimiento del gigante llevaba demasiada inercia para detenerlo de súbito, y siguiendo el giro de la cadera el pie derecho se le despegó un poco del suelo. En ese mismo instante, Ares se abalanzó sobre él, le agarró por el tobillo y con un gemido de esfuerzo le levantó la pierna.

Porfirión se quedó unos segundos apoyado sobre un solo pie y con la masa del cuerpo desequilibrada hacia la izquierda. Al no ser lo bastante rápido de movimientos como para contrapesar con los brazos, y tal vez por culpa del vino, se derrumbó sobre el costado; momento que aprovechó Ares para correr hacia su espalda y rodearle el cuello con los brazos.

Ayudándose de las manos, el gigante se incorporó. Pero Ares seguía colgado a su espalda, apretando con fuerza. Un dios normal, como el propio Hefesto, no habría podido abarcar ese cuello monstruoso entre sus brazos, pero no en vano Ares era el más grande de los olímpicos. Porfirión se dedicó a girar sobre sí mismo

como una inmensa peonza, tal vez con la absurda esperanza de que en una de aquellas vueltas, por algún milagro, se encontrara a Ares de frente, y no colgado tras él. Los demás gigantes se reían de la estupidez de su compañero, aporreaban el suelo y se golpeaban los muslos para celebrarlo. Entre tanto regocijo, un par de cráteras pasaron a mejor vida y unos cuantos azumbres de vino se derramaron sobre la nieve.

Porfirión respiraba cada vez peor. Le era imposible agarrar a Ares, pues al doblar los codos, sus propios bíceps rocosos le topaban contra los antebrazos. Ares seguía apretando. Los músculos de su espalda se hincharon bajo la piel como enormes nudos que parecían a punto de reventar, y tenía el rostro tan rojo por el esfuerzo que la piel no se le distinguía apenas del cabello. Por el contrario, sus dedos, enganchados en una tenaza bajo la barbilla del gigante, se veían tan blancos como la nieve que los rodeaba.

—¡Tírate de espaldas y aplástalo, sesos de piedra! —se le escapó a Hefesto, pero entre la algarabía de las voces gigantinas nadie lo oyó.

Porfirión clavó la rodilla en tierra y manoteó en el aire. Los ojos le bizquearon de una forma tan cómica que provocó una nueva oleada de carcajadas, y se desplomó boca abajo en la nieve.

Ares aún esperó un rato. Por fin, cuando se cercioró de que el gigante estaba fuera de combate, soltó su presa y se puso de pie sobre su espalda.

—¡He derrotado al campeón que habéis elegido! —proclamó—. Me he ganado el derecho a ser liberado. ¡Traedme mis armas!

Alcioneo se rió a carcajadas. Por detrás de Ares, Palas, un gigante más pequeño que Porfirión, pero también más rápido, cogió uno de los yunques que Hefesto había traído del Olimpo y se lo arrojó. En aquello de arrojar piedras y otros objetos contundentes, los gigantes eran bastante hábiles. El yunque golpeó a Ares en la espalda y lo derribó. Un mortal habría perecido aplastado, pero el dios de la guerra sólo quedó aturdido. Sin embargo, fue el tiempo

suficiente para que varios gigantes se acercaran a él y lo inmovilizaran. Mientras, Porfirión seguía tendido boca abajo. Hefesto no estaba seguro de si había quedado inconsciente o Ares lo había matado, aunque dudaba de que fuese tan sencillo acabar con uno de los Quince.

—Ya nos hemos divertido bastante. Quiero que lo inmovilices bien —dijo Alcioneo, dirigiéndose a Hefesto—. Ya hemos comprobado que tiene más fuerza de la que creíamos.

Cuando Ares recobró el sentido, lo hizo dentro de una especie de grueso barril de bronce que lo ceñía de los pies a la barbilla como un enorme cinturón. Al ver que el propio Hefesto estaba terminando de fundir los bordes, el dios de la guerra rechinó los dientes.

—Debes estar disfrutando mucho, *hermano*.

Hefesto, agachado para completar la soldadura, se limitó a sonreír.

A partir de ese momento, los gigantes prosiguieron su camino hacia el Olimpo llevando a su prisionero en aquella ridícula prisión. Normalmente, el gran barril de bronce viajaba en un carromato, pero si el terreno lo permitía, lo llevaban rodando, entre improperios y espumarajos de rabia de Ares. Hefesto descubrió que los gigantes, a su manera salvaje, tenían cierto ingenio. Sí, tenía que reconocerlo: en medio de tanto miedo y sufrimiento, estaba disfrutando.

Las hijas de Nereo

Cuando entre las razas antiguas corrió la voz de que el soberano de los dioses había caído, también se propagó una consigna difundida desde Delfos, el ombligo del mundo:

Exterminar a los humanos.

Aunque muchos hombres moraban al amparo de ciudades amuralladas, la mayoría vivían dispersos y fueron presas fáciles. De los bosques salían ménades y sátiros furiosos que exterminaban aldeas enteras. Sólo mataban, sin saquear como hacían los humanos, puesto que aquellos seres de la espesura no ambicionaban posesiones materiales. Los antiguos moradores de las frondas llevaban una vida dura y sobria, y no se reproducían más allá de lo que les permitía su entorno, mientras que los hombres eran para ellos como una plaga de langostas, hormigas que se multiplicaban sin cesar hasta que lo consumían todo.

Los humanos que vivían en pueblos protegidos con empalizadas resistieron mejor, pero ya no se atrevían a salir con la antigua despreocupación. Las partidas que se alejaban para cazar o cortar leña nunca regresaban. En las aldeas que no tenían sus propios pozos, buscar agua también era una empresa arriesgada que requería de partidas numerosas, con hombres armados de arcos y lanzas vigilando mientras sus compañeros rellenaban odres y tinajas. Pues el peligro acechaba dentro del mismo río. Al principio eran ninfas de blancos brazos y turgentes pechos que seducían a los hombres; pero luego, cuando cundió la voz y los jóvenes ya no eran tan incautos de dejarse dominar por la lujuria, las náyades se

mostraban en su verdadera forma, y de las aguas surgían largos brazos cubiertos de escamas verdes que arrastraban a sus presas a las honduras de los ríos y los estanques para ahogarlos.

Los centauros atacaban a los mercaderes que recorrían las rutas al norte del Ponto Euxino o en el corazón del Imperio Hitita, e incluso las caravanas que unían Egipto, Siria y Mesopotamia. Cuando Hermes lo supo, acudió al monte Pelión a exigirle a Quirón que cesaran las matanzas. Pero el sabio anciano le dijo que no era capaz de refrenar los ímpetus de los centauros más jóvenes, que llevaban muchos años deseando aniquilar a los humanos.

—Desengáñate, hijo de Maya —le dijo el dios-centauro—. La hora de los humanos ha pasado.

Y tal vez la de los olímpicos, pensó Hermes.

La hambruna se extendió. Si el pasado invierno había sido malo, Este prometía ser aún más crudo. El sol estaba casi siempre oculto tras capas de nubes, pero no eran sólo las nubes. También flotaban bajo el éter capas de cenizas que, incluso cuando el cielo parecía despejado, debilitaban la fuerza del sol. A veces esas cenizas flotaban tan bajas que hacían toser a los niños y morir entre esputos a los ancianos.

—La Tierra está furiosa con nosotros —decían muchos. Y para aplacar a la madre Gea, en muchos lugares se volvió a los sacrificios humanos, ignorando que ya era demasiado tarde.

Pues el destino de la humanidad estaba decidido.

Mientras surcaba las aguas de la Propóntide, poco después de cruzar el estrecho de los Dardanelos, la propia *Salaminia* fue atacada por una criatura marina, un monstruoso calamar cuyos tentáculos arrebataron a dos marineros de la cubierta. Sin duda se habría llevado a más víctimas, pero Alcides le arrojó un arpón con tanta fuerza que le hundió casi dos codos de hierro en el ojo. Muerto

o malherido, el calamar se sumergió en las profundidades y no volvieron a saber nada de él.

Esa misma noche vararon la nave en la isla de Mármara y acamparon en la playa, no muy lejos de las canteras de mármol que daban nombre al lugar. Los marineros dormían bien apiñados junto a los rescoldos de la hoguera y protegidos de la fría brisa nocturna por el casco de la nave. Zeus, como siempre, se negó a desembarcar, convencido de que si tocaba el suelo con cualquier parte de su cuerpo que no fueran las botas de ternera no nacida, su abuela Gea detectaría su presencia.

Alcides estaba de guardia cuando vio algo fosforescente en el agua. Al pronto pensó que era el reflejo de la luna; pero al levantar la mirada vio que la luna, apenas una rendija de luz, se hallaba en otro cuadrante del cielo y a medias tapada por las nubes. Se acercó al agua, decidido a investigar, y oyó una voz que susurraba:

—Alcides... Alcides...

Sorprendido de que lo llamaran por su nombre, se metió en el mar y chapoteó hacia el resplandor. Cuando el agua le llegaba por encima de las rodillas, advirtió que había un abrupto escalón en el fondo arenoso y se detuvo en el borde. La fuente de la luz, que estaba tres o cuatro codos más allá, no tardó en revelar su naturaleza. Era una mujer. Sólo su cabeza asomaba fuera del agua, rodeada por una larga cabellera plateada que se abría como un enorme nenúfar acunado por la blanda marea.

—Ven aquí, joven humano —le canturreó la voz—. Ven y te haré conocer delicias sin cuento. Estoy muy sola en estas húmedas profundidades.

—No se me da muy bien nadar —objetó Alcides.

—¡Oh, no puedo creerlo! Tienes los brazos tan robustos, y el pecho tan musculoso... Hmmmm... ¿Cómo será lo demás?

—Creo que...

—Me harás muy feliz cuando me abrases en un lecho de algas, nácar y coral. Te haré conocer placeres que jamás te has atrevido a

soñar.

El cuerpo de la mujer empezó a surgir sobre la superficie. Cuando extendió los brazos hacia Alcides, sus pechos se juntaron dibujando entre ellos una línea prieta que hizo mugir al muchacho. No había visto una mujer hermosa desde que abandonara Tebas para cuidar los rebaños de su padre.

—Ven conmigo. Besa mis labios...

Alcides se adelantó, y al hacerlo perdió pie y se hundió. Chapoteó asustado, mientras ella le aferraba las muñecas y lo atraía mar adentro. Pero en ese momento otros dedos más rudos le agarraron del pelo y tiraron de él con tal fuerza que Alcides salió del agua y se llevó de paso a la mujer.

—¡No me saques del agua! —chilló ella.

Alcides se arrodilló sobre la arena, tosiendo y escupiendo agua. Zeus, al que el joven seguía conociendo como Próxeno, lo soltó y, antes de que la mujer pudiera regresar al mar, la agarró de los cabellos y la arrastró hasta la hoguera. Sólo entonces vio Alcides lo que el agua le había ocultado. Su seductora tenía el bajo vientre tapado por una concha ceñida con una cadena dorada. Sus muslos estaban unidos, y por debajo de las rodillas se convertían en una larga cola de escamas plateadas rematada en una gruesa aleta horizontal como la de un delfín.

—¡Una nereida! —exclamó Cécrope, bajando de un salto de la nave.

—¡Atrás! —dijo Zeus—. No os acerquéis.

Los gritos de la criatura marina habían despertado a los marineros. Uno de ellos se acercó demasiado a la nereida, que lo derribó de un coletazo. Zeus se arrodilló junto a ella y le apretó la garganta con la mano izquierda.

—¡Me ahogas! —gimió ella—. ¡Suéltame!

—Dime quién eres. ¡Rápido o te parto el cuello!

—Soy Eucrante, hija de Nereo —confesó ella.

Zeus asintió. Aunque a la luz fantasmal del ojo de las Grayas todo parecía distinto, reconoció a esa nereida, que había estado un par de veces en el Olimpo como emisaria de su padre. También se había encontrado con ella en sus visitas al palacio de Poseidón. Eucrante era una criatura deliciosa, como todas sus hermanas, y en especial Tetis, que había renunciado a su cola para vivir en el Olimpo. Pero incluso cuando permanecían en su forma original, hacer el amor con ellas era una experiencia curiosa. Si bien la falta de piernas impedía ciertos movimientos, flotar en el agua permitía otros muy peculiares.

No, se dijo Zeus. No era un buen momento para dejar que su propio Príapo se adueñara de él.

—¿Qué pretendías? —preguntó—. ¿Arrastrar a Alcides a las aguas para ahogarlo?

—¡No! —gimió Eucrante—. Sólo quería acariciarlo. Me siento tan sola allí abajo que a veces, cuando veo la luz de la luna sobre mi cabeza, me asomo para buscar amantes.

La voz de la nereida era tan dulce que los marineros habían formado un corro en torno a ella y la miraban arrobados. Zeus ordenó a Alcides que los apartara, y que de paso él también se mantuviera alejado, no fuera a caer de nuevo en aquel embrujo acuático. Pero Cécrope se quedó junto a él.

—Yo soy el capitán. No puedes darme órdenes.

—Tómatelo como una sugerencia entonces. Pero apártate y déjame hablar con ella en privado.

Incapaz de resistir la mirada del ojo de las Grayas, Cécrope tragó saliva y se alejó con sus marineros. Zeus volvió su atención a la nereida.

—Eucrante —susurró—. ¿Sabes quién soy yo?

Ella le miró con sus grandes ojos verdes y negó con la cabeza.

Parecía sincera, algo que no extrañó a Zeus. Con la barba afeitada, una venda sobre los ojos, aquella horrible gema roja atada

con un cordel a la frente y tan sucio que hasta parecía un humano, habría sido difícil reconocer al antiguo rey de los dioses.

—¿Qué se dice en tu reino? ¿Qué se cuenta en el palacio de Nereo?

—No te entiendo —respondió Eucrante, y agarró la muñeca de Zeus con ambas manos. Pero, aunque la nereida tenía el doble de fuerza que un mortal, desistió al comprobar que no conseguiría zafarse de aquella presa de acero.

—He oído que han pasado cosas muy extrañas en los últimos días. Quiero que me cuentes todo lo que sepas.

—¡No sé de qué me hablas!

Con un suspiro de impaciencia, Zeus la arrastró hasta la hoguera y le acercó la cara a los rescoldos. Sabía que el calor seco no era bueno para la nereidas en su forma marina. Eucrante, incapaz de metamorfosearse en tan poco tiempo, gimió de terror y trató en vano de apartarse de las ascuas.

—¡El fuego no, por favor!

—¡Contesta a mis preguntas!

Por fin, Eucrante habló. Primero le contó lo que todo el mundo parecía saber: que Zeus había sido derrotado por una criatura más poderosa que él y que el trono del Olimpo estaba vacío, esperando a que su nuevo y legítimo dueño decidiera ocuparlo.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Zeus.

—De Tifón, el hijo de Cronos y Gea.

Eucrante añadió que entre todas las razas antiguas había corrido la orden de jurar fidelidad y obediencia a Tifón. Pero esta vez no deberían jurar por Estigia, sino por la propia Gea. Y la primera orden del nuevo monarca era matar humanos. Matarlos en todo lugar y siempre que fuera posible.

—Así que tú querías asesinar a Alcides.

—¡No! —chilló Eucrante—. De verdad me gustaba. Quería llevarlo conmigo a mi reino para convertirlo en mi amante.

—Por desgracia, el joven Alcides no tiene branquias como tú, así que sólo habrías sido la amante de un cadáver hinchado y lívido. Dime: ¿Qué más sabes de Zeus? ¿Sigue vivo?

—No. El gran Zeus ha muerto. Dicen que ese monstruo lo devoró después de derrotarlo.

—¿Cómo pudo vencerle? ¿Por qué Zeus no lo fulminó con el rayo?

—¡No lo sé! ¡Por favor, me estás quemando!

Movido por la rabia, Zeus se había olvidado de apartar a Eucrante de las brasas, y ahora sus hermosos cabellos plateados estaban humeando. La alejó dos pasos de la hoguera y con la mano izquierda apretó el mechón de pelo hasta que dejó de arder.

—Creo que lo traicionaron —sollozó la nereida.

—¿Quién lo traicionó?

—Dicen que su propia mujer. Hera. No me extrañaría... Esa diosa es antipática y soberbia, y cuando estuve en el Olimpo me miraba con odio.

—¡Ja! —Zeus descubrió que la nereida le empezaba a caer bien, aunque hubiese estado a punto de ahogar a su joven guardaespaldas.

—También he oído —prosiguió Eucrante, que, con la veleidad propia de las razas marinas, parecía haberse animado a hablar— que fue la propia Hera quien provocó el nacimiento de Tifón.

—¿Cómo? Explícate...

Eucrante hizo un relato bastante prolijo de una escabrosa historia sobre el semen de Cronos y unos huevos de dragón. Zeus no daba crédito a la alevosía de Hera.

—Al final el hijo de Licaón tenía razón —sentenció con tristeza—. Vivimos en una edad de hierro en que la mujer desobedece y engaña al marido. ¿Cómo has sabido todo eso, Eucrante, hija de Nereo?

—No te lo puedo decir. Mis hermanas me matarían.

—Eso sólo ocurrirá si yo te dejo con vida. —Zeus volvió a apretar la tenaza de sus dedos, lo justo para que la nereida recordara que aún seguía en peligro—. ¿Por qué iban a matarte tus hermanas? ¿Están implicadas?

—¿Y tú por qué quieres saberlo, mortal? —jadeó ella—. ¿Qué más te da a ti?

—¿Has oído hablar de Tiresias? —preguntó Zeus, aflojando de nuevo la presión.

—El adivino ciego que fue mujer y luego hombre...

—Pues ése soy yo —improvisó Zeus—. Aunque me haga llamar Próxeno, soy en realidad Tiresias, y un dios muy importante me ha ordenado que averigüe todas estas cosas.

—Tienes demasiada fuerza para ser un adivino.

—Una cosa no quita la otra. ¿Qué hay de tus hermanas? ¿Son también traidoras?

—¡No, no! Nosotras no tenemos nada que ver con las intrigas del Olimpo. La única que sabe de esas cosas es mi hermana Tetis. Hace unos días volvió del palacio de Zeus y habló de todo ello con mi padre. No sabían que yo les estaba escuchando.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que toda esa historia de los huevos de dragón se la escuchaste a tu hermana?

—Sí.

Zeus abrió los dedos un instante, perplejo. De modo que Tetis conocía los detalles de la conjura, y no se los reveló. Mientras se acostaba con él, también andaba en tratos con su esposa. Y además, recordó, había sido ella quien le insinuó que Atenea había traicionado su voto de castidad para malquistarla con ella. ¡Qué insignificante le parecía ahora que su hija hubiera perdido la virginidad con Ganímedes!

Y Nereo. El anciano dios del mar también lo sabía. Zeus empezaba a pensar que, si reconquistaba el poder, la lista de divinidades de las que tenía que vengarse era tan larga que iba a dejar el panteón vacío.

Más tarde Alcides se acercó a hablar con él. Al pensar en la traición de Hera, y en la de Tetis, que casi le dolía más, Zeus se había mordido la mano con tanta rabia que le había fluido icor por la herida. El joven se quedó mirando con gesto de asombro aquel líquido rosado, tan distinto de la sangre humana.

—Eres un dios... —susurró.

—No soy ningún dios —contestó Zeus, de mal humor—. Sólo soy Próxeno, y esto es linfa. ¿No sabes lo que es la linfa?

—Yo lo que sé es que si me hago una herida en la mano, la sangre me sale roja.

—Pero no tan roja como a otra gente.

—¿Qué quieres decir?

—Olvidalo, Alcides. Duérmete, y no sueñes con nereidas. Podrías ahogarte hasta en sueños.

Cruzaron la Propóntide con la nereida atada en cubierta. Al principio, Zeus la había colocado delante de la toldilla, pero la visión de aquel cuerpo casi desnudo perturbaba demasiado a los remeros, así que se la llevó a proa. Cécrope no estaba demasiado contento.

—¿Quieres atraer sobre nosotros la desgracia? —bisbiseó al oído de Zeus—. Es una nereida. Su padre o el propio Poseidón hundirán este barco si no la soltamos.

—La desgracia ya ha caído sobre nosotros, y sobre todos los humanos. ¿Recuerdas ese calamar que nos atacó? Era el propio Proteo.

—¿El viejo del mar? ¿Y tú cómo puedes saberlo?

Zeus tabaleó con la uña sobre la superficie pulida del ojo de las Grayas.

—Con este ojo veo más que todos vosotros juntos. Y te digo que más te vale que me hagas caso en estas cuestiones. Mejor es llevar

a bordo a la hija de Nereo como rehén que dejarla ir. Ahora mismo, no es seguro para los humanos cruzar el mar. Ni las tierras. Lo único seguro en este momento para los mortales es estar muerto.

Cécrope no quedó muy convencido. Pero por la tarde, cuando ya veían en el horizonte la ciudad de Bizancio y las rocas que rodeaban el estrecho del Bosforo, se cruzaron con un barco cretense. El capitán se asomó por la borda y les avisó a grandes gritos de que no siguieran. Cécrope ordenó abarloar la *Salaminia* a la nave cretense y parlamentó con el capitán. Este le dijo que su barco era el único superviviente de una flotilla de seis barcos que se dirigía a la Cólquide para comerciar con el rey Eetes.

—No hemos podido pasar. Cuando entramos en el estrecho, la mar se picó, aunque no hacía viento, y empujó nuestros barcos contra las rocas Simplégades.

Zeus, que escuchaba la conversación, asintió con gesto grave. Las Simplégades. Las Rocas Entrechocantes que tanto habían temido los marinos en el pasado, hasta que él mismo prohibió a las divinidades del mar que siguieran azotando y hundiendo las naves que atravesaban el estrecho del Bósforo. Pero sus órdenes, era evidente, ya no tenían validez.

Los dos capitanes intercambiaron regalos y se despidieron. Después, Cécrope ordenó poner proa hacia Bizancio. Los marineros, que habían oído la conversación, casi se amotinaron. Cécrope tuvo que recurrir a toda su persuasión para convencerlos de que, por el momento, no intentarían cruzar el estrecho.

—Pasaremos la noche en tierra, y mañana decidiremos. Tal vez podamos comerciar con los bizantinos.

Pero luego le confesó a Zeus que no tenía muchas esperanzas, pues ni las mercancías que llevaban a bordo interesarían demasiado en Bizancio, ni podrían abastecerse de comida en esa ciudad tan pequeña.

—Esto es parte de una conjura para matar de hambre a los humanos —dijo Zeus—. ¿Me empiezas a creer ahora?

—Da igual que te crea o no. No podemos seguir adelante. Olvídate de visitar a tu amigo de la Cólquide.

—Eso ya lo veremos.

Pasaron la noche en una cala resguardada de las olas. Al norte se adivinaban las luces de Bizancio, un pequeño asentamiento que había sido fundado pocos años antes por Bizante, hijo de Poseidón. Mientras los marineros discutían y cuchicheaban entre ellos por qué su capitán no los había llevado directamente a la ciudad, Zeus le dijo a Alcides que se echara al hombro a Eucrante y le siguiera.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —protestó la nereida.

—Tú haz lo que yo te diga y no te pasará nada.

Mientras Zeus le explicaba a Eucrante lo que quería de ella, cruzaron un resbaladizo espigón que los llevó a otra cala, aún más pequeña. Allí, ataron una cuerda al cuello de la nereida, con un nudo tan prieto que, una vez mojado, la única forma de soltarlo era cortándolo. Después la echaron al agua. Eucrante, cuya piel ya estaba empezando a agrietarse, se sumergió y nadó hacia la boca de la ensenada mientras emitía silbidos agudos como un delfín.

No tardó en aparecer otra sombra en el agua. Agazapados tras una roca incrustada de mejillones, Zeus y Alcides vieron cómo una cola juguetona chapoteaba alrededor de Eucrante. Esta nadó de espaldas, como si estuviera contemplando las estrellas, y aprovechó para acercarse a la orilla. La segunda sombra la siguió, y cuando asomó la cabeza fuera del agua comprobaron que se trataba de otra nereida.

—¿Por qué no te mueves, hermana? —dijo la recién llegada—. ¿Acaso estás triste porque ese amante que saliste a buscar te rechazó? Yo te consolaré.

La nueva nereida se acercó a Eucrante y le dio un beso. Al verlo, Alcides chasqueó la lengua y suspiró.

—Espero que no le hagas daño —le dijo a Zeus.

—No me digas que te has enamorado de esa nereida.

Zeus vio que Alcides enrojecía. Pese a que la noche era oscura, con el ojo de las Grayas era capaz de detectar cosas que a una pupila normal serían invisibles.

—¿Has hablado con ella? Mira que os he vigilado, y aún así me habéis engañado —dijo Zeus, en tono un tanto indulgente. Al fin y a la postre, Alcides no era más que un adolescente muy crecido y con los músculos demasiado desarrollados.

—No está bien que la tratemos así. Tiene el cuello muy delicado.

—No tanto como crees. Es una inmortal. No se le romperán las vértebras, y las rozaduras se le curarán en seguida.

—Sabes mucho de dioses.

Zeus sonrió de medio lado. El mocetón seguía obsesionado con su posible naturaleza divina.

—Ya hablaremos de eso.

En el agua, Eucrante había abrazado a su hermana.

—¡Oh, Galene! —dijo—. ¡Soy tan desgraciada!

Galene correspondió a su abrazo, y sus dedos debieron encontrar la cuerda, pues torció el gesto.

—¡Perdóname! —exclamó Eucrante.

—¿Por qué?

En ese momento Eucrante emitió un grito agudo, como una mezcla de chirrido y silbido de delfín, y Zeus tiró de la cuerda con la izquierda. Aunque Galene se debatió, su hermana no soltó el abrazo. Angustiado por el cuello de Eucrante, Alcides corrió hacia la orilla, se metió en el agua hasta la cintura y sacó a las dos nereidas.

Cuando regresaron con su nueva pesca, los tripulantes de la *Salaminia* aún seguían despiertos y discutían entre ellos. Pero la llegada de otra nereida despertó su atención. Galene tenía el cabello oscuro y los senos pequeños y deliciosos como manzanas. Algunos de los marineros preguntaron por qué, ya que tenían a dos nereidas, no las echaban a suertes y al menos algunos disfrutaban de ellas. Las ondinas, atadas sobre la cubierta, se habían cruzado de brazos para cubrirse los pechos y se miraban enfurruñadas.

Galene no estaba muy contenta con su hermana por haberla atraído a una trampa.

—No os lo recomiendo —dijo Zeus, cuando vio que el propio Cécrope se relamía sin darse cuenta al contemplar a las dos nereidas. No dejaba de comprenderlo. Las inmortales podían exudar unos aromas que para los humanos resultaban irresistibles—. No disfrutaréis mucho de forzarlas fuera del agua, y si luego las soltáis, ya podéis alejaros del mar el resto de vuestras vidas.

—¿Y tú? —preguntó un marinero llamado Hemo—. Eres tú quien las ha secuestrado, Próximo. ¡Escuchad, bellas doncellas!

—Ésas tienen de doncellas lo que tú de inteligente —dijo Zeus.

—¡Sabed que es sólo Próximo quien os retiene! —prosiguió el marinero—. ¡Y que yo, Hemo, hijo de Tálaso, no tengo nada que ver con esto!

—Pues entonces libéranos, Hemo hijo de Tálaso —contestó Galene con voz melindrosa—, y mi padre no sólo te perdonará la vida, sino que te recompensará.

Hemo dio un paso hacia la escalerilla que subía a la nave, pero Zeus le puso la mano en el hombro y apretó, lo justo para hacer que le crujieran los huesos.

—Quédate aquí abajo. Esas nereidas son vuestro pasaje para cruzar las Simplégades vivos. No lo olvidéis.

Mientras los demás por fin dormían, Zeus se quedó en cubierta vigilando a las dos nereidas, que se mantenían apartada la una de la otra y sin hablarse. Zeus aprovechó las frías horas que precedían al alba para interrogar a Galene. La ninfa del mar le reveló algunas cosas más que Eucrante. Había llegado a la corte de Nereo la noticia de que se había librado una gran batalla más allá de Tracia, y que un ejército de miles de humanos había sido aniquilado por los gigantes del Norte. Galene reconoció que se alegraba del destino de ese ejército, pues su general era Ares, un dios brutal que había

violado a algunas de sus hermanas. Además, estaba de acuerdo en que los humanos eran demasiado insolentes y había que darles una lección.

—No hay reino que respeten —dijo—. Se atreven a cruzar con sus casas de madera las aguas que no les pertenecen, y además cazan con sus anzuelos y sus arpones a los súbditos de Poseidón.

—¿Poseidón tiene algo que ver en la conjura contra Zeus?

Galene, que era más indiscreta que su hermana, le explicó que su padre Nereo había hablado de la caída de Zeus con Poseidón, y que Este, aunque afirmaba no saber nada, dijo al saber que Tifón había derrotado a su hermano: «Me alegro. Ese engreído se merecía por fin una lección.»

—Yo creo que está contento porque ahora él va a ser el soberano de todo —aventuró Galene—. ¿Tú crees que trasladará el palacio del Olimpo al mar? Nunca he estado en el Olimpo.

—Pues, si quieres seguir viva para visitarlo alguna vez, mañana haz lo que yo te ordene.

A la mañana siguiente, los vientos para entrar en el Bósforo no eran propicios. Eucrante, en tono mordaz, le dijo a Cécrope que si quería encontrar una corriente favorable no tenía que esperar: tan sólo debía hundir la *Salaminia* y, cuando llegara a los cincuenta codos de profundidad, descubriría que había una contracorriente de aguas frías que entraba en el Ponto. El capitán, contemplando con ojo preocupado las cabrillas que se estaban formando en el mar, sugirió hacer un sacrificio en honor de los dioses. Zeus le dijo que lo olvidara.

—¿A quién vas a sacrificar? Hasta que no se aclare quiénes vencen esta guerra, no malgastes las dos ovejas que te quedan.

—Hemos capturado a dos divinidades del mar.

—Son simples nereidas. No hagas mucho caso de sus ínfulas.

—No quiero incurrir en la ira de los dioses.

—Ahora todos los dioses están tan airados unos contra otros que no creo que les quede enojo que gastar con un simple mortal.

Además, en esta guerra que ha empezado no se puede ser neutral.

Cuando llegó el momento de botar la nave, descubrieron que buena parte de los marineros se negaba a seguir adelante. El viento del norte era cada vez más fuerte, y la corriente hacía desfilas ante sus ojos los pecios de los barcos que habían quedado aplastados entre las rocas la víspera. Los hombres que provenían de la Argólida le pedían al capitán que los llevara de vuelta a su tierra ahora que estaban a tiempo, mientras que los atenienses, aunque no de muy buena gana, estaban dispuestos a seguir con él. Al ver un cuchillo en manos de un marinero de Nauplia, Cécropo desenvainó su espada. Pero Zeus le contuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Deja que se vayan a Bizancio. No necesitamos a cobardes asustados.

—¿Y cómo piensas que atraviese las Simplégades si me quedo sin la mitad de los remeros? Allí dentro no podemos fiarnos de las velas.

—Deja eso en mis manos.

Cécropo miró con desconfianza el muñón de Zeus y se mordió el labio. Los marineros argivos, al escuchar las palabras del pasajero ciego, se negaron a quedarse allí a menos que el capitán les dejase la mitad del cargamento para comerciar en Bizancio. Entre regateos, perdieron casi media mañana. Pero al final, la elocuencia de Cécropo y los abultados músculos de Alcides convencieron a los díscolos de que era mejor conformarse con la sexta parte de la carga que acabar con la cabeza descalabrada por un golpe de remo.

Cuando los argivos se marcharon hacia la ciudad, no quedaron hombres suficientes para empuñar todos los remos. Para colmo, cuando se acercaron a la boca del estrecho, el viento y la corriente se conjuraron para frenar el avance de la nave. Zeus nunca había atravesado el Bósforo en barco y sólo recordaba su sinuoso dibujo desde el aire. Pero Artemidoro, el piloto ateniense, que conocía bien

aquellas rocas, dijo que no recordaba haberlas visto nunca tan juntas.

—Es como si la propia tierra se hubiera vuelto en contra nuestra —dijo.

—Tal vez digas más verdad de lo que tú mismo crees —repuso Zeus.

Su plan era obligar a las nereidas a guiarlos entre la espuma y los escollos. Para ello, ataron a ambas con una especie de arnés y las soltaron en el agua. Los marineros observaron embobados los fascinantes movimientos de sus colas y la forma tan provocativa en que se ondulaban sus nalgas, hasta que Cécrope les ordenó ocupar sus puestos junto a los escálamos. Fasolo, el mejor arquero de la tripulación, se plantó en proa junto al capitán, con la orden de disparar a las nereidas si intentaban escapar de las cuerdas o arrastrar la nave contra los acantilados.

El propio Zeus se sentó a estribor, donde le era más cómodo empuñar un remo con la mano izquierda y empujarlo con el muñón, mientras Alcides se colocaba a babor. Cuando empezaron a bogar, los demás se quedaron admirados. Aunque quedaban diez remos sin cubrir, con Zeus y Alcides la nave disponía de más impulso del que había tenido hasta entonces.

—Éstos no son mortales corrientes —le susurró Fasolo a Cécrope.

—Lo mismo sospecho yo desde hace tiempo —repuso el capitán, sin levantar la voz—. Me quedaré más que satisfecho cuando los desembarquemos en la Cólquide.

—Antes tenemos que atravesar las Simplégades.

Pero el plan de Zeus funcionó. Las nereidas nadaban separadas por más de cuarenta codos, un espacio suficiente para que la nave siguiera su estela sin estrecheces. Aunque el trayecto era de más de ciento cincuenta estadios y tuvieron que remar durante muchas horas, bien fuera por azar o porque las divinidades marinas no querían poner en peligro a dos de las suyas, el viento amainó y tan

sólo tuvieron que luchar contra la corriente de superficie que se desplazaba del Ponto al Mar Interior.

Al atardecer, cuando ya habían dejado detrás el estrecho y se abría ante ellos la inmensidad del Ponto, Alcides jaló las cuerdas e izó a las nereidas a bordo. Después embarrancaron en una arena de playa clara, junto a la desembocadura de un río, y allí Zeus se llevó aparte a Galene y Eucrante.

—Déjanos libres —le suplicaron—. Ya hemos hecho lo que pedías. Nuestro padre nos castigará por haber remolcado una nave humana.

—Es verdad —dijo Alcides—. Les prometiste que las soltarías si nos ayudaban a cruzar el estrecho.

Zeus se quedó pensativo. Las nereidas eran rehenes valiosas, pues mientras estuvieran a bordo ninguna divinidad del mar atacaría la *Salaminia*. Pero ya estaban causando demasiados problemas entre lo que quedaba de tripulación, por no hablar de los estragos que la visión de sus cuerpos desnudos provocaba en Alcides. Y era cierto que les había dado su palabra de liberarlas al llegar al Ponto.

—Te juramos por Estigia que nadie hará daño a vuestra nave —aseguró Eucrante.

—Ese juramento lo instituyó Zeus. Ya no tiene valor.

—¡Sí que lo tiene! —insistió ella, y abrió aún más sus grandes ojos verdes para decir—: Por Estigia juro esto. Si no llegáis con bien a vuestro puerto, que las divinidades infernales nos saquen a mi hermana y a mí el corazón, la lengua y los ojos, y que luego nos encierren en el Tártaro con las horribles criaturas que allí moran.

—¿Tú también lo juras, Galene? —preguntó Zeus.

—¡Lo juro, por la sagrada Estigia! ¡Por el trono de Zeus, que aún puede resucitar!

Eucrante miró a su hermana con un destello de rabia en los ojos. Zeus comprendió que las dos nereidas habían hablado entre ellas, y que sospechaban o conocían su identidad. Pero Galene había sido indiscreta. Ahora su dilema empeoraba. Si las soltaba, conociendo

la forma de ser de las nereidas, sin duda le irían con el cuento a alguien.

—¡También te juramos no hablarle a nadie de ti, Próximo! — añadió Eucrate, como si le hubiera leído los pensamientos—. ¡Ni siquiera a nuestro padre!

Zeus meneó la cabeza. Debería matarlas, en ese mismo momento o más adelante, en la Cólquide.

Pero las palabras de Atena resonaban en su mente. *Eres el señor del orden. Tú eres el padre de Dike, la Justicia.* Sí, él era el dios de los jueces y los soberanos, él era quien le había otorgado a Estigia el privilegio de ser testigo del juramento que ataba con vínculos irrompibles, él era el protector de los huéspedes y los extranjeros. Si él mismo no creía en su juramento, si no aceptaba la palabra que aquellas dos nereidas le ofrecían basándose en la ley que él mismo había establecido, ¿dónde quedaba el orden que quería instaurar en el mundo?

—Suéltalas —le dijo a Alcides, con un suspiro.

Sonriendo, el joven empezó a desatar las cuerdas. El nudo de Galene, que estaba empapado, se resistía, así que Alcides tiró de ambos extremos y rompió la soga. *Qué impaciente es,* pensó Zeus, y se dijo que algún día la combinación de su fuerza y su impaciencia le acarrearía problemas.

El ombligo del mundo

A lo largo de su vida, que no era tan breve como sugería su aspecto juvenil, Hermes había aprovechado a menudo su velocidad y su sigilo para colarse en sitios donde su presencia no habría sido bienvenida. Pero jamás se había sentido tan sobrecogido de terror como ahora, escondido y aovillado en una hornacina natural que se asomaba a una sala excavada en el corazón de la tierra.

Por debajo de la gruesa columna de piedra en cuya oquedad se había ocultado, había una piscina de lava fundida, y en ella estaba el propio Tifón, sentado y con las alas recogidas a la espalda, tan relajado como el propio Hermes lo había estado en el baño que compartió con la reina Jenódice. Frente al monstruo, al borde de esa ardiente piletta, se hallaba la gran diosa Gea, vestida con un manto oscuro que cubría su rostro.

¿Qué demonios hago yo aquí?, se preguntaba Hermes, sin tan siquiera atreverse a pensarlo demasiado fuerte por si el monstruo que disfrutaba de su baño de lava era capaz de oírlo.

Pero sabía muy bien cómo había llegado a esa situación. Siguiendo el rastro de su padre Zeus.

Habían llegado a Delfos volando en el carro alado que perteneciera a Zagreo, pues el cielo seguía encapotado y Apolo no habría podido remontar el vuelo después de posarse en tierra. Desde las alturas habían visto arder la pequeña ciudad que se hallaba al pie del santuario, y también columnas de humo

elevándose desde las aldeas dispersas por las laderas del monte. Al parecer, la guerra contra los humanos de la que centauros y ninfas habían amenazado en la última asamblea del Olimpo iba en serio.

El carro lo habían dejado oculto entre la espesura, no muy lejos del santuario. Hermes había adormecido a los hipogrifos con su caduceo para evitar que sus relinchos alertaran de su presencia.

Después, para entrar al templo de Gea tuvieron que sortear una vigilancia inusitada. Había diez centauros armados con arcos y flechas custodiando la entrada, y un nutrido grupo de sátiros quemando cadáveres humanos en una gran pira ante el altar de Gea.

Entre las flechas de Apolo y la rápida espada de Hermes habían dado cuenta de todos. Él habría preferido colarse subrepticamente, pero los centauros estaban demasiado cerca de la puerta del templo y no convenía dejar con vida a nadie que pudiese dar la alarma. Cuando acabaron con los vigilantes, Apolo arrancó las flechas de los cadáveres para volverlas a usar más adelante. Había empleado veinticinco, que se habían cobrado otros tantos muertos, pues Apolo jamás fallaba un disparo. Llevaba cinco más en la aljaba, pero esas las tenía reservadas para caza mayor. Había estado durante tres días encerrado en su morada, destilando un líquido negro y espeso con el que había emponzoñado sus puntas doradas; pues Apolo, aparte de dios sanador, era el vengador que a veces enviaba plagas y pestilencias sobre pueblos enteros cuando quebrantaban las leyes sagradas.

Tras entrar en el templo del oráculo, Apolo se plantó en el umbral del áditon con el arco tendido, mientras Hermes empujaba la palanca que desplazaba la puerta. Algo se movió en la oscuridad y Apolo disparó. Su flecha se clavó con un impacto sordo, pero no escucharon el rugido que esperaban, sino un estertor humano. Al entrar en el áditon, descubrieron que la saeta no había alcanzado a Pitón, el centinela al que pensaban encontrar, sino a una muchacha

que se agitaba en el suelo vomitando una baba negruzca. Hermes la decapitó para evitar que siguiera gritando.

—¿Qué hacía una humana aquí dentro? —preguntó—. ¿Por qué no la han matado como a los demás?

Apolo, mientras ponía en pie el trípode de bronce que la joven había derribado en su caída, le contestó:

—Ella era la elegida para el oráculo. En cualquier caso, iba a morir cuando recibiera la visión. Pero he desperdiciado una flecha.

Ante ellos se abría el *khasma*, una gran sima de casi veinte codos de anchura. Apolo se colgó a la espalda de Hermes, y Este saltó a la sima batiendo las alas de los pies para controlar la caída. Tras bajar cerca de cien codos por un pozo casi vertical, llegaron a una enorme gruta que se hundía en el seno del Parnaso. Una vez abajo, Hermes sacó de su morral una antorcha ingeniada por Hefesto. Se trataba de un manojo de finas hebras de cristal que, tras dejarlas durante dos días al sol y una vez a oscuras, se iban desprendiendo poco a poco de la luz que habían guardado en su interior. Alumbrados por este ingenio, vieron que el techo de la caverna estaba cuajado de estalactitas, y que también había gruesas columnas que se alzaban desde el suelo, adornadas por las colgaduras que el tiempo había dejado en su superficie como enormes goterones de cera. Entre ellas se dibujaba un complejo laberinto en el que no se distinguía ningún sendero claro.

—Ve tú delante —dijo Apolo—. Siempre te has sabido orientar en los parajes oscuros.

—Confías en mí más que yo mismo —respondió Hermes, nervioso.

Avanzaron escoltados por las sombras cambiantes que proyectaba la antorcha de Hefesto en aquel irregular paraje. La gruta se iba angostando, y a los lados se abrían bocas y túneles de los que de vez en cuando salían tenues resplandores rojizos. No tardaron en oír un rugido lejano a sus espaldas, y Hermes se volvió alarmado.

—Ahí está el dragón —susurró.

Pero el rugido volvió a sonar de nuevo, esta vez a su derecha, y un instante después su eco se desplazó y subió de volumen, como si la fuente de aquel ruido se encontrara delante de ellos.

—Estamos rodeados...

—Tranquilo, hermano —dijo Apolo—. Creo que los ecos de este lugar son engañosos.

Siguieron avanzando con cautela, Hermes sosteniendo la antorcha y Apolo con la segunda flecha ponzoñosa preparada en el arco. Se esperaban un lugar distinto, poblado de vida, aunque fueran murciélagos, culebras o insectos, pero la cueva estaba desierta. Y aún así, todo aquel laberinto de grutas parecía respirar, como si la presencia de Gea aleteara en cada rincón.

—¿Tú crees que nuestro padre está aquí? —susurró Hermes. Lo que le había parecido una buena idea en el Olimpo, cuando hacían planes con Atenea, ahora se le antojaba una insensatez.

—Empiezo a sospechar que no —contestó Apolo.

Un nuevo rugido sonó a sus espaldas, ahora mucho más cercano. Se volvieron sobresaltados, pero detrás de ellos no había más que columnas y aguzadas estalagmitas. En ese momento, Hermes notó que se le erizaba el cabello en la nuca y comprendió que la reverberación de la caverna los había vuelto a engañar. Se giró de nuevo, y su antorcha iluminó un rostro de escamas aceradas y ojos rojos como ascuas. El rostro de Pitón.

—¡Déjame a mí! —gritó Apolo.

Ya habían hablado de lo que harían en ese caso. Hermes aceleró los latidos de su corazón para esquivar la primera dentellada de Pitón, voló sobre su lomo y huyó siguiendo el túnel por el que había venido la bestia. El olor de orines y azufre era intenso, y no le costó rastrearlo.

De ese modo, dejando a su hermano en una situación más que comprometida, había llegado al cubil del dragón. Allí había escuchado voces, y siguiendo éstas encontró un amplio túnel ante el que montaban guardia dos colmilludas lamias con colas de serpiente. Ahora las lamias yacían decapitadas, mientras Hermes se acurrucaba en su escondrijo escuchando la conversación entre Gea y Tifón, casi sin atreverse a respirar.

—¡El más poderoso y bello de mis hijos! —decía la Gran Madre—. Estoy orgullosa de ti.

A su manera cruel y salvaje, Hermes tenía que reconocerlo, Tifón era espléndido. Sus hombros eran anchos como los de un gigante, y las crestas aguzadas que los remataban aún los hacían parecer más poderosos. La lava arrancaba destellos cambiantes a las escamas metálicas de su pecho, sus cuernos eran largos y curvados como los del mejor toro de la manada y su cola parecía una gran serpiente nadando sobre la roca fundida. Sus ojos rojos reflejaban una fiera determinación, sin las dudas que a veces enturbiaban las decisiones de los dioses. Tan sólo su voz deslustraba la impresión de bárbara majestad que emanaba de él; pues era evidente que su cuerpo, a medias humano y a medias dracontino, no había sido concebido para el lenguaje articulado, y siseaba y escupía al hablar, y la voz se le quebraba en gallos como a un monstruoso adolescente.

Ante la piscina de lava formaba una hilera de sirvientes, todos ellos seres vagamente humanos, de pieles escamosas y garras amarillas; unas lastimosas criaturas desprovistas de ojos que se movían con torpeza orientándose con agudos chillidos, como murciélagos sin alas. Pasaban desfilando de uno en uno y dejaban al borde la pileta ofrendas para Tifón. Todas eran armas forjadas en hierro: espadas, puntas de flecha, moharras de lanza, puñales, discos corazas, broqueles, grebas.

—¡Recobra ese metal que los hombres me han robado impunemente, hijo! —le decía Gea.

Y Tifón iba cogiendo las armas entre sus garras, se las llevaba a la boca, las trituraba entre sus mandíbulas y las tragaba para alimentar el monstruoso crisol que ardía en sus entrañas.

Pero cuando le llegó el turno al último sirviente, Este sacó de una espuerta una ofrenda inesperada: la mano amputada de Zeus. Hermes contuvo el aliento y esperó, temiendo que el monstruo también la quisiera engullir. Si lo intentaba, tendría que actuar para quitársela de las garras; pero, por veloz que fuese, la idea de acercarse tanto a aquellas fauces que vomitaban metal líquido le aterraba.

Más Tifón, en lugar de devorarla, agitó la mano en alto.

—¡Rayoss y truenoss del cielo! ¡Vuesstro nuevo amo oss invoca!

Al ver que nada ocurría, el monstruo arrojó lejos de sí la mano de Zeus y sacudió la enorme cola, levantando salpicones de lava que cayeron sobre la cara de uno de los sirvientes. Mientras Este se retorció en el suelo, aullando de dolor, otro se apresuró a recoger el miembro cercenado de Zeus de donde había caído.

—No funciona de esa forma —dijo Gea—. Para dominar el rayo, tendrías que amputarte el brazo como hizo Zeus.

—¿Para tener una mano tan pek'eña y débil como essa? ¡Jamáss!

—No importa. Tú no necesitas el rayo. Ése es un poder celeste, tan débil en comparación con el de la tierra como el aire es liviano en comparación con la roca. Tú eres mucho más fuerte, porque dominas el poder de mi corazón, la furia del hierro fundido.

—¡Y ésse ess el poderr k'e dessataré ssobre el Olimpo, madre! ¡Lo arrassaré, lo arrancaré y lo hundiré en lass prrofundidadess del marr! —exclamó Tifón, volviendo a chapotear en la lava. Un cuajaron de magma cayó sobre el manto de Gea, que se lo quitó de encima con un gesto de paciencia, como la madre que se limpia la papilla esputada por su hijo.

—El Olimpo no puede ser arrancado de sus cimientos, mi bravo campeón, pues se asienta sobre Pirgos, y Pirgos está encadenada a mis propias raíces por un juramento que ni yo puedo violar.

—¿No puedo arrancarlo entonces?

—No. Pero sí devastarlo.

—¡Sí! ¡Yo haré k'e no k'eden ni loss recuerrdoss de loss diosess olimpicoss! ¡Loss ekssterminaré a todoss!

Gea se rió, y sus carcajadas helaron el icor de Hermes. Esperaba que la Gran Madre calmara las ansias aniquiladoras de aquella criatura, pero Gea le espoleó aún más.

—¡Ah, el más fiel de mis retoños! Cuando tus cien hijos despierten de su sueño de fuego, os uniréis a los gigantes y juntos borraréis de mi faz a esa estirpe de dioses insolentes que me han perdido el respeto a mí, a la madre de todos.

¿*Cien hijos?*, se preguntó Hermes, y se estremeció al pensar que pudiera haber cien criaturas similares a Tifón y que para colmo se aliaran con los gigantes. Si era así, los dioses olímpicos estaban condenados.

—¡Sssí! —dijo Tifón—. ¡Barreré lass defensass del Olimpo, abrassaré suss moradass, violaré a suss diosass, lass desscuartizaré y luego devoraré suss miembross!

—¡Bien dicho! Cuando el Olimpo sea un sepulcro vacío y arrasado por tu furia, yo crearé una nueva raza de dioses sobre los que tú reinarás hasta el fin de los tiempos. Y también aniquilaré a la humanidad, y crearé otra nueva a mi antojo. Pues esto ha ocurrido muchas veces y volverá a ocurrir.

—¡Ssí, madre! ¡Crearáss un nuevo cielo y una nueva tierra!

—¡No! ¡Un nuevo cielo no! —rugió Gea, y en su voz vibraron a la vez la ira y el miedo—. Nunca más los ojos del cielo han de contemplar mi rostro.

—¿Cómo lo haráss, madre?

—Haré reventar todos los volcanes de la tierra con la furia de mis entrañas, y sembraré el aire con un espeso manto de cenizas que

cubrirá el mundo entero. Jamás nadie volverá a ver las estrellas ni la luz del sol. ¡Jamás! —Señalando a las patéticas criaturas reptilinas que tras entregar sus ofrendas aguardaban con las cabezas gachas y las garras escondidas bajo los mantos, Gea añadió—: Éstos que ves aquí serán vuestros sirvientes, la nueva humanidad que sacrificará a sus hijos en el altar de los nuevos dioses.

Hermes estaba atónito. Ya sospechaba que Gea había instigado la conjura contra Zeus, pero no sospechaba que albergase a la vez tanto odio contra los humanos y, sobre todo, contra los olímpicos que eran sus descendientes. *Hera debe saber esto*, se dijo. *Veremos si aún sigue dispuesta a jugar a las conspiraciones.*

—¿Y Zeuss, madre? ¿Dónde esstá Zeuss? —preguntó Tifón.

Hermes aguzó aún más los sentidos al oír aquello. Al ver la mano amputada de Zeus y no tener más noticia de él, había temido que el dios ya estuviera en el estómago de Tifón, haciendo compañía a Zagreo en el interior de un amasijo de hierro fundido. Pero era evidente por la inquietud de Tifón que el rey de los dioses aún seguía vivo.

—Tú, el más poderoso de mis hijos, no debes preocuparte por él —contestó Gea.

—Esstaremos máss trank'iloss cuando lo veamoss desstruido.

—Eso no tardará en ocurrir. En este mismo momento, los vapores del tiempo deben estar subiendo por el *khasma*. Cuando la virgen consagrada los reciba, extraeré de su mente muerta la información que necesito. Entonces te diré dónde está Zeus, y esta vez podrás destruirlo.

—Debisste dejar que lo anik'ilara cuando esstaba a mi merced...

—siseó Tifón, señalando al rostro de su abuela con uñas que parecían lanzas—. Ahora esstará prrevenido contrra mí.

—Sin su rayo no es más que un vulgar dios —dijo Gea, sin inmutarse.

—Pero ssin su rayo logrró esscapar de Delfine.

—Cuando despierten tus hijos, habrá cien como Delfine, y ni Zeus recobrando su rayo, ni Poseidón con el tridente que sacude las tierras podrían hacer nada contra tal poder.

Gea se volvió hacia el sirviente que había recogido la mano de Zeus y le hizo un gesto para que se la entregara. Después, ella misma se la tendió a Tifón.

—Puedes empezar a aniquilar a Zeus. Devora su mano ahora.

Hermes podía no ser el más valiente de los dioses, pero sabía cuándo debía actuar. Le había fallado a Zeus en la isla de Atlas, cuando por lujuria se dejó robar la hoz adamantina y luego presencié impotente cómo Tifón le amputaba la mano y le sacaba los ojos. Pero no le volvería a decepcionar.

Su corazón se aceleró y bombeó chorros de icor en sus venas. Las alas de sus pies zumbaron al agitarse, y el dios de los ladrones y los mensajeros salió de su escondrijo como un borrón de luz que se precipitó hacia Gea. Ella apenas llegó a abrir la desdentada boca en un gesto de sorpresa, y antes de que pudiera preguntar lo que pasaba, el más veloz de sus biznietos le arrebató la mano de Zeus y la empujó a ella sobre la piscina de roca fundida.

Hermes no esperó a ver qué ocurría con Gea, convencido de que, como mucho, la lava le quemaría el manto. Voló de regreso por el túnel, pasó sobre los cadáveres de las lamias y siguió de nuevo el rastro de Pitón, ahora en sentido contrario.

Cuando llegó a la gruta donde habían sido atacados, encontró el cadáver del dragón, enroscado alrededor de una columna y con las garras y la cola rígidas como si los huesos se le hubieran petrificado. Dos flechas asomaban de cada uno de sus ojos, y de su boca manaba una baba negra que había formado un charco hediondo y humeante en el suelo.

No muy lejos de él, Apolo estaba tendido en el suelo, presa de convulsiones. Hermes se arrodilló a su lado. Los ojos de su hermanastro se veían negros, pues sus pupilas se habían dilatado tanto que se habían tragado los iris, y aún parecía que estaban

devorando las córneas como si la misma noche hubiera anidado dentro de ellos. Apolo gemía y balbuceaba algo, pero sus labios permanecían cerrados como si unas manos invisibles le apretaran las mandíbulas. Hermes acercó el oído a su boca y captó algunas palabras.

—Atenea muerta... lava amarilla... sólo su mano... cuidado con el... *Némesis*...

Hermes lo agarró por los codos, tratando de controlar los espasmos que lo sacudían, y entonces se dio cuenta de que Apolo tenía el abdomen tan hinchado como una parturienta. Le puso las manos en el estómago y apretó con todas sus fuerzas.

La boca de Apolo se abrió de golpe, y una nubareda negra brotó de ella y de su nariz. Hermes se apartó para esquivar el humo, pero unas hebras de vapor penetraron en su boca. Su sabor era acre y a la vez metálico. Percibiendo que había algo maligno y peligroso en ese humo, Hermes escupió. De pronto, todo a su alrededor empezó a oscilar. Cayó de rodillas, presa de unas extrañas náuseas que no eran físicas, sino mentales, y aún así vomitó, algo que sólo podía ocurrirle a un dios si se empeñaba en engullir un buey entero.

Imágenes e ideas que no podía aprisionar flotaron dentro de su cabeza, burlonas y elusivas como arpías. Era doloroso y frustrante, como intentar contener en las manos a la vez un montón de objetos que no cabían entre los dedos. Todo a su alrededor fluctuaba, y durante unos instantes se vio solo, rodeado por la abismal negrura de un espacio infinito y solitario.

Después la sensación se pasó. La nube de humo, como un enorme gusano negro, se alejó de él reptando entre las columnas y trepó hacia la abertura por la que habían entrado.

Son los vapores del tiempo, comprendió Hermes, tambaleándose un poco. Pero enseguida se agachó junto a su hermano. Aunque no había recobrado la conciencia y sus pupilas seguían negras, la respiración era más pausada y las convulsiones habían cesado. Hermes lo alzó del suelo, lo cargó sobre sus hombros y emprendió

el vuelo para salir de aquel lugar al que llamaban el ombligo del mundo. A su espalda, ya sonaban los rugidos de Tifón y sus pisadas metálicas.

La Cólquide

Llegaron a la Cólquide poco después de mediodía, aunque más bien parecía un frío amanecer, pues el cielo estaba encapotado y espesos vellones de bruma cubrían la llanura; entre ambos velos de nubes, los lejanos picos del Cáucaso flotaban en el aire como presencias oscuras y fantasmales, sin base en la tierra. La *Salaminia* entró en el estuario del río Fasis y remontó la corriente a golpe de remo, en medio de un silencio tumulario. A las márgenes del río se veían embarcaderos vacíos y palafitos abandonados por sus moradores.

En la propia ciudad de Fasis descubrieron que el puerto estaba cerrado con una cadena, y no les franquearon el paso a los muelles hasta que los soldados del rey comprobaron el cargamento de las bodegas e interrogaron a cada uno de los pasajeros acerca de su nombre y procedencia. Zeus aguantó con paciencia, el ojo de las Grayas escondido bajo la ropa por no llamar la atención.

La ciudad de Fasis no era demasiado grande, pero ahora las calles estaban atestadas de chamizos y tiendas de campaña. Los habitantes de los alrededores se habían refugiado tras las murallas, huyendo de los peligros que acechaban en los bosques, e incluso, recientemente, en los prados y huertos más alejados de la población. Los soldados condujeron a Cécrope, Zeus, Alcides y tres de los tripulantes al palacio del rey, mientras los demás marineros se buscaban alojamiento en las tabernas y lupanares del río.

Eetes, hijo de Perseide, poseía algo de icor divino en sus venas, como tantos otros monarcas, pero ya había empezado la lenta

decadencia de los años. Zeus lo recordaba alto, delgado y apuesto, con los rasgos afilados y alertas. Ahora se le veía más cargado de espaldas, con un rodillo de grasa en la cintura, los rasgos abotargados y más recelo que astucia en la mirada. Recibió a los visitantes sentado en un trono de madera recubierto de placas de oro, y con los pies dentro de una palangana de agua caliente para aliviar su hidropesía. Lo rodeaba su guardia de honor, diez soldados vestidos con corazas de electro y faldellines de lino, mientras un enorme eunuco le abanicaba con una gran pluma de avestruz líbico para espantar las moscas, que andaban tan revueltas y pegajosas como el propio aire.

—Saludos, gran Eetes —dijo el capitán de la *Salaminia*—. Soy Cécrope, hijo de Erecteo, rey de Atenas, hijo de Pandión. Te presento los respetos de mi padre.

—¿Vienes como embajador? —preguntó el rey en tono desabrido—. Me han dicho que traes mercancías en tu barco. Si nos visitas como mercader, bienvenidos seáis tú, tus marineros y, sobre todo, tus ánforas de vino y tus armas micénicas. Si vienes con una embajada, lárgate por donde has venido. No me interesa la palabrería aquea.

—Como bien has adivinado, rey Eetes, traigo vino del mejor, y también aceite del Ática, y armas forjadas en bronce y hierro. En realidad, navego por mi cuenta, no por la de mi padre. Pero, aunque no desees recibir su embajada, espero que al menos no te incomoden sus saludos.

—Bien, bien. Devuélveselos de mi parte cuando regreses. A ver, diles a tus hombres que se acerquen al trono y se arrodillen delante de mí. Para ti, que eres hijo de rey, bastará con una reverencia.

Cécrope se volvió a los demás, que habían torcido el gesto al oír que tenían que rendir una genuflexión, pues los atenienses no estaban acostumbrados a honrar a sus reyes con muestras de respeto tan extremas.

—Ya lo habéis oído —susurró—. Como dice el refrán, cuando vayas a Tebas, pórtate como los tebanos.

—No me he arrodillado ante nadie en mi vida —repuso el piloto Artemidoro.

—Ni yo —dijo Alcides.

—No seáis pueriles. Os recompensaré de sobra por los callos que os puedan salir en las rodillas.

Los tres tripulantes atenienses y Alcides se adelantaron y se arrodillaron durante unos segundos delante del rey, que los despachó con un gesto displicente. Pero Zeus se había quedado rezagado y de pie.

—¿Quién es ese maleducado que no rinde homenaje? —le preguntó el rey a Cécrope.

—Es Próximo, ¡oh, rey! Un viajero tesalio al que recogimos en la Argólida. Míralo: es ciego y manco. Ha sufrido muchas desgracias. Discúlpale que haya olvidado sus modales.

—De ninguna manera.

Eetes chasqueo los dedos. El más alto de los soldados que hacían plantón junto al trono se adelantó.

—¡Ponte de rodillas, mendigo! —ordenó Eetes.

Zeus meneó la cabeza. En otras circunstancias tal vez lo habría hecho, con la idea de someter a Eetes más tarde a una venganza lenta y dolorosa. Pero no quería plantar en el suelo nada que no fueran sus botas de vitela. No estaba seguro de que Gea pudiera detectar su presencia a través de las losas del suelo de palacio, pero aquello se había convertido en una obsesión.

—Soy más anciano de lo que parece, rey Eetes. —*Y más anciano debes estar tú, que no te acuerdas de mí*, pensó para sí—. Mis rodillas sufren de reuma, y más cuando visito lugares tan húmedos como tu ciudad.

—¡Haz que se arrodille! —ordenó Eetes.

El soldado levantó la lanza y clavó la contera en el estómago de Zeus. Pero él apenas dobló la cintura, y tan sólo esbozó una leve

sonrisa. El hombre se apartó un paso para coger impulso y esta vez golpeó con todas sus fuerzas. Zeus ni siquiera movió los talones del sitio. El soldado, más molesto por quedar en evidencia que por el desafío del forastero, le dio la vuelta a la lanza y se dispuso a clavarle la punta en el abdomen.

—¡Espera, rey! —dijo el mayordomo de palacio, de pie tras el trono de Eetes—. Tal vez te están sometiendo a una prueba. Pues se dice que todos los mendigos vienen de parte de Zeus. ¿Y si fuera el propio Zeus disfrazado de pordiosero?

—Zeus ha muerto —respondió Eetes—. ¿Es que no te has enterado? El tirano ha caído, igual que cayeron su padre y su abuelo. Yo conozco bien a los dioses. La ambrosía hace que la piel les brille como el mármol bruñido. ¿Acaso ves que este mendigo brille, estúpido?

Así, el temor de que Gea detectara su presencia, que el rey Eetes interpretó como tozudez, le valió a Zeus acabar sentado en un banco de madera bajo la lluvia de la noche, con la única protección del alero de tejas de un pórtico; bien escasa con las rachas de viento que soplaban. Mientras, los demás eran festejados en el interior del palacio, pues el rey empezaba a beber vino cuando caía el sol y su humor huraño mejoraba rápidamente con cada copa que vaciaba y, sobre todo, con cada copa que volvía a llenar.

Zeus halló un nuevo y extraño placer en estar apartado de los demás como un leproso, oyendo los cantos, las risas y el entrechocar de las copas de plata, mientras la lluvia le empapaba los cabellos. *¿Se puede caer más bajo?*, pensó con amarga satisfacción. Pero entonces un perro viejo y sarnoso se acercó a él, le lamió la mano izquierda y se tumbó sobre sus pies, y se dio cuenta de que sí, aún podía empeorar. Por otra parte, le enterneció que una criatura tan vil como aquel perro sin raza le ofreciera esa humilde muestra de hospitalidad.

—Buen perro —le dijo, acariciándole la cabeza.

Poco después una puerta se abrió a su izquierda y Alcides salió del gran salón de palacio, sin reparar en él. Le acompañaban dos esclavas vestidas con túnicas abiertas y casi transparentes que, entre carcajadas, atravesaron el patio corriendo con pasitos cortos para mojarse lo menos posible y se perdieron en los aposentos que había al otro lado de la columnata. Pronto empezaron a llegarle a Zeus risitas, jadeos, gemidos y crujidos de madera, y el derrocado rey de los dioses reparó en que no había vuelto a hacer el amor desde la noche anterior a su derrota en la isla de Atlas.

—En seguida salgo al patio y te llevo algo de comida, Próximo —le había dicho Alcides horas antes, cuando empezó a oscurecer. Pero Zeus se sentía indulgente con él. Joven y fogoso, era lógico que olvidara su promesa al ver unos muslos y unos pechos hermosos bajo una túnica transparente.

—Hola —dijo una vocecilla a su lado.

Absorto en sus propios planes, Zeus no había oído llegar a nadie. Quien le había hablado era una niña que no podía tener más de seis o siete años, menuda, delgada, con los hombros y el cuello huesudos, una nariz larga que prometía convertirse en aguijeña y dos ojos enormes y oscuros que apenas parpadeaban. Vestía una túnica blanca y sobre ella un manto de lana fina con hermosos bordados que debían ser azules, aunque a través de la joya Zeus los veía del color del vino oscuro. Era ropa de calidad, no de una esclava de palacio.

—Te he traído esto —dijo la niña, mostrándole una jarra de barro tapada con una tela encerada y atada con un cordel.

—¿Por qué? Sólo soy un mendigo.

—Los mendigos vienen de parte de Zeus —contestó ella, con voz muy seria.

—Sí, eso acabo de oír. ¿Qué me traes?

—No sé si es bebida o alimento —contestó la niña—. Dímelo tú.

Zeus destapó la jarra, y al momento le llegó a la nariz el olor dulce y amargo a la vez de la ambrosía. La boca se le llenó de saliva y estuvo a punto de llevarse el néctar a los labios para beberlo de un trago, pero contuvo su ansia. De pronto se le ocurrían varias utilidades para aquella jarra que debía contener ambrosía para rellenar tres o cuatro copas.

—¿De dónde has sacado esto?

—Mi madre la esconde en su arcón y la bebe cuando cree que no me doy cuenta. Por eso está tan guapa, no como mi padre, que cada día es más viejo.

—Entonces, ¿tú sabes lo que es?

—Pues claro. Ambrosía, la bebida de los dioses.

—¿Y sabes quién soy yo?

—Pues claro —repitió la niña, más impaciente—. Te vi hace seis años, ¿es que no te acuerdas?

Sorprendido, Zeus frunció el ceño. Seis años habían transcurrido ya desde su última visita a la Cólquide, cuando estuvo de paso en un viaje a las estepas más allá del mar Hircanio, y en aquel entonces había sido Eetes quien se arrodilló ante él. Recordaba ahora a un bebé que tenía los mismos ojos de esa niña, y que con sus pocos meses de edad le miraba desde los brazos de su nodriza como si pudiera leerle los pensamientos.

—Tú eres Medea, la hija de Eetes —dijo.

—Pues claro —repitió la niña.

—Bien, Medea. Te agradezco mucho esta ambrosía, y te prometo que algún día, cuando recobre lo que es mío, te haré un regalo que será casi tan bueno como Este.

—¿Por qué no te la bebes? ¿Es que no tienes sed?

—Ahora mismo, no —mintió Zeus—. Pero se me ocurre algo que puedo hacer con esta ambrosía. ¿Me ayudarás?

—Claro —contestó Medea, muy seria. Zeus se preguntó si alguna vez en su vida habría sonreído.

—Te habrás dado cuenta de que llevo una venda sobre los ojos.

—No estoy ciega.

—Pues yo sí, a no ser que utilice esta joya que ves. Alguien, de quien pronto me vengaré, me sacó los ojos. Quiero que me echas un poco de ambrosía en ellos. Pero muy poco, como si fueras a llenar un dedal, ¿me entiendes?

—Sé lo que es un dedal.

Zeus cogió a la niña de la cintura y la puso de pie sobre el banco de madera. Después se quitó la venda y agachó la cabeza.

—Te advierto que te puedes asustar...

—¿Eso blanco que tienes dentro qué es? ¿Te están creciendo los ojos?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué quieres la ambrosía?

—Para que no tarden tanto en crecerme y pueda ver cuanto antes a niñas tan guapas como tú.

—Eres un mentiroso. No soy nada guapa —dijo Medea.

No lo era, pensó Zeus. Pero cuando creciera, sin duda sería atractiva, a la manera exótica y un tanto salvaje de las tierras brumosas de la Cólquide.

La niña contuvo el aliento y derramó unas gotas de ambrosía, con mucho cuidado. Después se apartó, con un gemido que era a medias asco y a medias curiosidad morbosa. Dentro de las órbitas vacías empezó a sonar un burbujeo, como si algo empezara a hervir o a corroerse en su interior. Zeus sintió un picor terrible, tan fuerte que con gusto se habría clavado los dedos enteros en las cuencas de los ojos para rascarse hasta el hueso. Pero se contuvo y, sin hacer un mal gesto, volvió a enrollarse la venda alrededor de la cabeza.

—Gracias —le dijo a Medea—. Has sido muy valiente.

—¿Por qué no te echas ambrosía en el brazo?

—¿Aquí? —preguntó Zeus, tocándose el muñón—. No, no. Pretendo recobrar mi brazo de otra manera.

—¿Me dejas verlo?

—¿El muñón? ¿Quieres ver el muñón?

—Sí.

Zeus se encogió de hombros. Aunque en aquel momento el picor era insoportable, le estaba tan agradecido a la niña que estaba dispuesto a seguirle la corriente en casi cualquier capricho. Se desató el vendaje que le cubría el antebrazo y le enseñó el corte, tan limpio y recto como si se lo hubieran hecho a una estatua de mármol. Medea abrió la boca, asombrada, y lo rozó con los dedos.

—Me encanta...

—¿Que te encanta?

—Sí —dijo la niña, muy seria—. Me encanta cortar cosas. Tengo un frasco lleno de rabos de lagartija, y de patas de gorrión. Voy a ser bruja cuando crezca, ¿sabes?

Si es que no lo eres ya, pensó Zeus.

—¡Medea! ¡Medea! —llamó una voz femenina.

La niña se volvió hacia la izquierda. Allí se había abierto una cortina de lana, y tras ella se asomó una mujer vestida con ropas de criada que llevaba a un niño pequeño en brazos.

—¡Medea! ¡Tu madre te llama! ¡Es hora de acostarse!

—Tengo que irme —le dijo Medea a Zeus.

—Lo sé. ¿Ese niño es tu hermanito?

—Sí. Se llama Apsirto. Es una lata. No hace nada más que llorar y manchar pañales. Cuando sea mayor, lo despedazaré.

—Estoy seguro de ello —respondió Zeus, que al ver la mirada de odio de la niña comprendió que Apsirto nunca llegaría a reinar en la Cólquide.

Medea se alejó corriendo con pasitos de niña, lo único infantil que había hecho desde que se presentó ante Zeus. Pero de pronto cambió de opinión, se frenó de golpe poniendo los brazos en una columna y se dio la vuelta.

—Cuando tengas los ojos, ¿volverás?

—No lo dudes —respondió Zeus.

La boca del Tártaro

Encerrada en la penumbra del comedor de Perséfone, Atenea había perdido la noción de las horas. La única forma de calcular el tiempo era por el número de velas. Cuando se quedó encerrada en aquella mazmorra de piedra, decidió racionar los cirios que ardían en los candelabros. Ya había gastado quince y aún le quedaban quince más.

Al principio se dedicó a golpear la pared de granito en el mismo punto en que su primer lanzazo había hecho saltar esquirlas de piedra. No tardó demasiado en horadar un boquete de buen tamaño. Pero cuando parecía a punto de atravesar la losa, algo cayó con estrépito al otro lado, y Atenea comprendió que habían reforzado la pared con un nuevo bloque de piedra. Atenea se sentó en la mesa, descorazonada. Al parecer, la fuerza bruta no la sacaría de aquella prisión.

Estaba hambrienta y sedienta, pero no se atrevía a tocar las viandas ni el vino que aún quedaban en la mesa. Como diosa, podía resistir un tiempo indefinido sin comer ni beber, pero el ayuno le producía somnolencia, y quedarse dormida en aquel lugar hostil era un lujo temerario que no se podía permitir.

Caligenia seguía tumbada en el mismo lugar donde había caído tras romperse el cráneo contra la pared. Atenea la había visto mover los dedos una vez y, por si acaso, le había vuelto a clavar la lanza en aquella horrible boca que parecía un monstruo parásito dentro de un rostro humano. Sin ambrosía, tardaría mucho en recuperarse.

La privación de la droga divina era otro de los factores que crispaba los nervios de Atenea. Ahora echaba de menos su sabor amargo y dulce, y si cerraba los ojos demasiado rato le venía la imagen de su hermanastra Hebe ofreciéndole una copa de oro llena de ambrosía.

Al menos, de haber conservado sus ropas, se habría distraído contemplando el fragmento de espejo mágico que guardaba bajo el cinturón. Lo había encontrado en la Atalaya, cuando después de la malhadada partida de Zeus había acudido a dejar allí la Égida. Sin la presencia poderosa de su padre, el domo parecía más frío y vacío que nunca. Además, Atenea había reparado en otra ausencia: el cuadro cubierto con el lienzo ya no colgaba de la pared. Pero bajo el sitial de Zeus encontró un trozo de cristal, y llevada por un extraño impulso lo recogió y se lo llevó.

Tal vez el impulso no había sido tan extraño. En aquel añico de espejo no se reflejaba el techo del domo de la Atalaya, sino un incongruente cielo azul. De vuelta a su propia alcoba, Atenea lo había examinado con curiosidad. Era como asomarse por el ojo de una cerradura. Si se lo acercaba lo bastante, su campo de visión se ampliaba y podía ver que al otro lado el viento hacía oscilar las ramas de unos árboles, e incluso podía escuchar el tenue silbido de su soplo.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres tú? —exclamó una voz, y Atenea se sobresaltó tanto que puso el cristal boca abajo sobre una mesa.

Ya de noche, tras correr las cortinas, se había vuelto a asomar al pequeño espejo, confiando en que quien estuviera al otro lado no podría verla en la oscuridad. Allí, en aquel lugar desconocido, aún debía estar cayendo la tarde, pues el cielo se había teñido de un rojo sucio. Al cabo de un rato, un rostro apareció ante ella. Tenía los rasgos afilados y la barba y el cabello muy blancos. Atenea lo reconoció por las pinturas que representaban el triunfo de su padre sobre los titanes. Era su propio abuelo, Cronos, hijo de Gea. El dios

parecía mirar más allá de Atenea, y resopló con un gesto de decepción, como si esperara encontrar a alguien que no había comparecido. ¿Tal vez Zeus?

Desde entonces, Atenea buscaba el amparo de la oscuridad para asomarse de cuando en cuando a aquella minúscula ventana que le permitía atisbar un resquicio de otro mundo. Normalmente sólo veía el cielo azul y las ramas. Pero en un par de ocasiones volvió a toparse con la mirada de Cronos. Y la última vez, la noche antes de partir del Olimpo en su misión al inframundo, había visto al titán en compañía de alguien que debía ser un sirviente humano. Ambos conversaban en un idioma que a Atenea le resultaba desconocido, aunque entendía todas las lenguas de los mortales; o así lo había creído hasta entonces. El criado vestía de una forma extraña, como el propio Cronos: ambos llevaban prendas parecidas a las chaquetillas de las mujeres cretenses pero con mangas y más cerradas, y debajo de ellas, túnicas blancas cruzadas con sendos pañuelos de colores. Pero no tardaron en salir del campo visual de Atenea, que en vano había girado el trozo de espejo para intentar seguirlos.

En uno de sus momentos de letargo, Atenea se dedicó a revolver en su memoria casi perfecta las imágenes y los sonidos del espejo, tratando de encontrarles algún sentido. Entonces, un agudo rechinar la sacó de su trance. Abrió los ojos y vio que una losa de la pared se había levantado. Atenea se abalanzó hacia la abertura. El bloque de piedra volvió a caer en seguida, pero esta vez consiguió introducir la contera de su lanza por el hueco. Cuando tiró del arma hacia arriba para levantar la piedra, *Némesis* se dobló un poco, pero el adamantio líquido del que estaba forjada era indestructible y resistió. Aún así, el bloque de piedra debía pesar como dos bueyes. Atenea, aunque había heredado parte de la fuerza de su padre, comprendió que no podría alzarlo de aquella forma, y buscó por la sala algún

objeto que le sirviera de fulcro para apoyar la lanza y aprovechar mejor sus energías. Una de las estatuas de piedra, que representaba a un comensal calvo a punto de llevarse a la boca la copa de vino, le pareció apropiada.

—Disculpa, buen amigo —le dijo.

En ese momento sintió un pellizco en la nalga. Sobresaltada, se volvió como una cobra rabiosa y golpeó por instinto. Aunque no había nadie tras ella, sus nudillos impactaron en algo duro. Un instante después se oyó un repiqueteo metálico y dos cosas se materializaron ante su vista. La primera, un yelmo dorado que rodaba por el suelo; y la segunda, su tío Hades, que la miraba desde el suelo con gesto de perplejidad mientras se acariciaba la barbilla.

—Pero —preguntó Atenea—, ¿se puede saber por qué has hecho algo así?

—No lo sé —reconoció el dios, poniéndose en pie—. Estabas agachada así... No he podido resistir la tentación.

Atenea no supo qué decir. Lo último que habría esperado de su tío era una frivolidad rijosa como ésa, y la expresión del dios infernal revelaba que él mismo estaba atónito por su propio atrevimiento. Sin duda, los aires del inframundo no eran buenos para la salud mental. Decidida a fingir que aquello no había sucedido, le preguntó:

—¿Ya has vuelto de ver a tu hermano Poseidón? ¿Qué tal está mi más querido tío?

—Pues sí, he regresado. Antes de lo que se esperaban algunos, y sobre todo *algunas* —dijo Hades, recogiendo del suelo el yelmo de invisibilidad—. Lo suficiente para enterarme de muchas cosas. Cosas que mi propia esposa pretendía ocultarme. ¡Ja! ¡A mí, a Hades!

—Podrías haberme sacado de aquí antes.

—¿Qué te hace pensar que he venido a sacarte de aquí?

Atenea resopló. Al parecer, tendría que traer a colación de nuevo el embarazoso incidente.

—Porque no te considero tan estúpido como para entrar en este lugar sólo por darme un pellizco en el culo.

—Ah, es verdad. Yo he hecho eso —dijo Hades, tocándose de nuevo el mentón.

Hades era tan alto como Zeus y tenía facciones parecidas. Pero donde el rostro de Zeus ofrecía aristas y ángulos cortantes, el de Hades presentaba curvas que insinuaban cierta blandura. También se diferenciaba de él en los ojos. Sus iris no eran azules, sino pardos; y, en cualquier caso, apenas se veían, pues estaban reducidos a dos estrechos círculos alrededor de unas pupilas enormes y opacas, habituadas a siglos de escudriñar las tinieblas subterráneas.

—Hay un problema en mi reino —se explicó Hades—. Quiero que me ayudes, ya que entre mis súbditos no tengo más que traidores e ineptos.

Atenea pensó en alguna respuesta cáustica, pero se limitó a dar un fuerte tirón de la lanza para extraerla de debajo de la losa de granito. Después se acercó a su tío, con una mirada severa para recordarle que no sería buena idea tocarla de nuevo. Bajo sus pies, un cuadrado de suelo de dos codos de lado empezó a descender, y Atenea se preguntó si habría un solo bloque de piedra fijo en esa sala en la que, según sus cálculos, llevaba encerrada casi cuatro días.

El improvisado elevador los depositó en el suelo de una galería oscura, excavada en una veta de roca cuajada de cristales de cuarzo. Allí, con una antorcha, los esperaba Ascálafo, el sirviente de confianza de Hades que había denunciado a Perséfone por comer unas pepitas de granada.

—¡Vamos! —dijo Hades a su sobrina—. ¡No hay tiempo que perder!

Bajaron por el túnel. Hades corría con largas zancadas de grulla, arremangándose el manto negro para no tropezar. La galería desembocó en una cúpula de la que partían otros tres túneles.

Hades eligió uno sin vacilar. Siguieron descendiendo, en una cuesta cada vez más inclinada. El nuevo corredor terminaba de golpe en un acantilado que se abría a un abismo. A sus pies corría un río de lava.

—Es el Piriflegetón —dijo Hades—. Un espectáculo para los visitantes, pero ahora no tenemos tiempo para disfrutarlo.

Un puente colgante de maderos y sogas sorteaba la sima. Lo cruzaron, guiados siempre por Ascálafo y su antorcha. El puente se bamboleaba bajo sus pies y del Piriflegetón subían vaharadas de calor que hacían vibrar las imágenes en el aire. En la pared del otro lado se abría un nuevo túnel, que los condujo a una escalera tallada con peldaños tan altos que había que bajarlos a brincos.

Llegaron por fin a una gran caverna. Su techo se curvaba en las alturas, formando una cúpula casi perfecta donde revoloteaban demonios alados que se antojaban híbridos de humanos, murciélagos gigantes y pajarracos de plumaje gris. Pero lo más interesante estaba abajo. Un gran lago de lava amarilla, muy caliente y luminosa, ocupaba casi toda la caverna, y en su centro había una isla circular, una especie de columna negra que se alzaba sobre la roca fundida y que medía unos cincuenta codos de diámetro. Sobre ella se levantaba un brocal metálico, y encima de este los agudos ojos de Atenea distinguieron una ancha rueda horizontal de radios de metal. Aquella era la enorme cerradura que bloqueaba la entrada al Tártaro.

—¿Dónde está el intruso? —preguntó Hades, mirando a los tres seres que aguardaban al borde del lago de lava.

—¡Llegas tarde! ¡Lo hemos derrotado! —contestó uno de ellos.

—¡Nosotros solos! —dijo el segundo.

—¡Nadie burla a los guardianes! —añadió el tercero.

Cuando Atenea era muy joven y le preguntaba a su padre por los tres hermanos hecatonquiros, él solía despacharlos con una sola palabra: *Indescriptibles*. Y en verdad lo eran. Uno de ellos, al que Hades presentó como Briareo, se movía sobre raíces que agitaba

como tentáculos, y su cuerpo era una especie de árbol nudoso cuyas ramas terminaban en manos de larguísimos dedos, y de cuyos grietas y rugosidades asomaban ojos y bocas cruzados en todas las geometrías posibles. El segundo, Giges, era una masa amorfa del tamaño de un elefante que se desplazaba resbalando sobre unas protuberancias gelatinosas que hacía brotar de su cuerpo. Como su hermano, también estaba sembrado de ojos de todos los colores que miraban sin cesar a uno y otro lado, y en su piel blancuzca había innumerables grietas y ranuras que se abrían y cerraban de una manera casi obscena para dejar salir su voz oscura y confusa. En cuanto al tercero, Coto, era a quien más le cuadraba el apodo de hecatonquiro o centimano, pues parecía un gigantesco erizo que en vez de púas tuviera brazos rematados en garras metálicas. Para moverse encogía los huesudos codos y rodaba por el suelo como un arbusto espinoso arrastrado por el viento. Si aquella criatura tenía ojos, debían estar tan bien escondidos tras la maraña de brazos que apenas se adivinaban.

—¿Quién es ella? —preguntó Briareo, el gigante-árbol.

—Soy Atenea, hija de Zeus. He venido de parte de mi padre, para verificar que seguís guardando la puerta del Tártaro y mantenéis confinadas a las espantosas criaturas que moran en él.

Aunque, añadió para sí, no se imaginaba qué seres más espantosos que los propios hecatonquiros podían vivir en aquella sima.

—¿De parte de tu padre? —preguntó Hades—. Pero si lo han...

—¡Silencio! —dijo Atenea, asaeteando con los ojos a Hades, sin importarle que fuera un Segundo Nacido y estuviera en su propio reino. Después volvió su atención a los Hecatonquiros—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Allí es donde yace el intruso —dijo Coto, estirando diez brazos a la vez para señalar hacia el lago. En un punto de la borboteante superficie se adivinaba una ligera concavidad, como si algo acabara de hundirse bajo el magma.

—Hemos luchado con él y lo hemos derrotado —dijo Briareo.

—Sí. Somos buenos guardianes —añadió Coto.

—Cuéntaselo a tu padre —dijo Giges, con aquella voz que parecía una ventosidad múltiple—. Él nos sacó de los horrores del Tártaro.

—Por eso le debemos pleitesía —explicó Briareo.

Atenea apreció entonces los restos del combate que se acababa de librar en aquella caverna. Junto a la orilla del lago de lava yacían al menos diez brazos, unos de Briareo y otros de Coto. Algunos aún agitaban en vano los dedos. Y cuando Giges se giró sobre sus pseudópodos, Atenea comprobó que buena parte de su piel viscosa y pálida se veía abrasada.

—¿Contra qué habéis luchado?

—¡Contra un dragón! —dijo Briareo, cuya voz sonaba como el viento soplando a la vez por veinte tubos de madera—. ¡Lo hemos arrojado a la lava para que muera!

—¿Era un dragón? Entonces no lo habéis derrotado.

—¡Imposible! —gruñó Giges—. ¡Lo hemos visto hundirse en la lava!

Por toda respuesta, Atenea señaló al lago. La concavidad de su superficie se había convertido ahora en una curva sinuosa que se desplazaba hacia el islote central entre humeantes borbotones. Cuando el extremo de la curva llegó a la isla, la corteza amarilla se rompió y de ella asomó una cabeza de dragón. La criatura empezó a trepar por la pared de la columna negra, aferrándose a la roca con sus largas garras. Su cuerpo inacabable emergió poco a poco de la lava, que resbalaba en grandes cuajaronos sobre sus escamas metálicas. Éstas brillaban como hierro en la forja, pero era evidente que el gran reptil no había sufrido ningún daño, pese a que la lava estaba tan caliente que se veía casi blanca.

Cuando la cabeza y las patas superiores alcanzaron la parte superior del islote, la cola aún no había terminado de salir del lago. Las alas, la parte más frágil del dragón, no estaban a la vista, pues

las tenía recogidas a la espalda y había plegado sobre ellas las grandes placas dorsales que corrían a ambos lados de su larguísimo espinazo. Una vez arriba, el dragón se volvió hacia ellos, estiró el cuello y trompeteó una nota de desafío que reverberó en las paredes de la caverna. Atenea reparó en que le faltaba el ojo derecho, y comprobó que ese ojo, una gruesa esfera de ámbar, yacía junto a los brazos cercenados de los hecatonquiros.

En el momento en que le dijeron que el intruso era un dragón, Atenea supo que no podía haber perecido en la lava. Precisamente, la invulnerabilidad de la Égida estribaba en su cobertura de escamas de dragón, un blindaje inmune al choque del acero y al calor del fuego de un volcán. Sólo había un metal capaz de penetrar aquella coraza: el adamantio de su propia lanza.

—¡Tienes que impedir que abra la puerta del Tártaro, o estoy perdido! —exclamó Hades, apretando los puños en un gesto de desesperación.

El dragón se había enroscado alrededor del brocal y con sus grandes garras había empezado a mover la rueda. Pese al ruidoso borboteo de la lava, el agudo rechinar del eje de metal que volvía a girar después de tantos años reverberó en toda la caverna.

—¡Si abre el pozo, saldrán todas las criaturas del Tártaro! —Hades agarró el codo de Atenea, con el rostro desencajado de terror—. ¡No puedes permitirlo, sobrina! ¡Los titanes querrán vengarse de mí!

Atenea se dio cuenta de que todas las miradas estaban clavadas en ella; y, en el caso de los hecatonquiros, eso significaba muchos ojos.

—Está bien. Un dios guerrero que se precie no es tal hasta que no mata a un dragón —dijo, aferrando con fuerza a *Némesis*.

—Ponte mi yelmo, sobrina —le dijo Hades—. Así el dragón no te verá.

Atenea empezaba a notar que algo caliente le corría por las venas y se mezclaba con el icor divino. Tras la guerra contra los

titanes, Zeus y Poseidón habían aniquilado a muchos dragones, y esas proezas aún se recordaban en gloriosos poemas épicos. Era el momento de que ella se demostrara digna hija de su padre. Tal vez así alcanzaría su perdón, si alguna vez volvían a reunirse.

—No quiero tu yelmo, tío —dijo, mientras retrocedía para tomar impulso—. Atenea no roba la victoria.

Dedicado a girar la rueda, el dragón le ofrecía ahora su costado izquierdo. Atenea calculó que había casi cuatrocientos codos hasta el islote. Sin perder de vista el ojo del reptil, siguió retrocediendo hasta topar con la pared de la caverna. Una vez allí, respiró hondo y arrancó a correr. Dos pasos antes de llegar al borde de aquella burbujeante masa de roca fundida, clavó los pies y arrojó la lanza con toda la fuerza de sus hombros y sus caderas. *Némesis* silbó en el aire girando sobre sí misma durante lo que pareció una eternidad. Atenea esperó junto a la orilla del lago conteniendo el aliento. La lanza alcanzó el punto más alto de su trayectoria, empezó a descender y por fin, con un rechinante impacto que arrancó una lluvia de chispas, se clavó en el cuello del dragón.

—¡Maldición! —exclamó Atenea.

—Ha sido un excelente lanzamiento —dijo Briareo.

—Óptimo, diría yo —opinó Coto.

Atenea meneó la cabeza. Había buscado el ojo izquierdo del dragón, pero era casi imposible acertar a esa distancia. Al menos, *Némesis* había logrado taladrar las escamas metálicas que acorazaban al monstruo, una proeza que ninguna otra arma habría conseguido. El dragón se revolvió y rugió, escupiendo llamas por sus fauces. Después retorció una garra para arrancarse la lanza, pero la articulación de su hombro no era lo bastante flexible para alcanzarla. Frustrado, rugió una vez más y se dedicó de nuevo a girar la rueda.

—Tengo que llegar hasta él para rematarlo —dijo Atenea, mirando a los hecatonquiros—. Supongo que vosotros no podéis cruzar la lava.

Briareo levantó más de treinta brazos en un gesto de horror y Giges emitió un repugnante sonido membranoso.

—Ya lo habríamos hecho si pudiéramos —explicó Coto.

Atenea se preguntó cómo a Zeus y a sus hermanos se les había ocurrido encargar la vigilancia de la puerta del Tártaro a unas criaturas que no podían llegar hasta ella. Pero ahora era cuestión de actuar, no de hacerse preguntas estériles. Levantó la vista hacia la cúpula, donde los demonios alados, algunos colgados del techo y otros revoloteando en círculos, contemplaban con indiferencia lo que ocurría. La diosa los llamó, agitó los brazos y silbó, pero los demonios no respondieron. Al comprender su intento, Hades gritó:

—¡Bajad ahora mismo, condenados plumíferos, si no queréis que os hierva en las aguas del Cocito!

Una bandada de demonios bajó, obedeciendo a su señor. Atenea levantó los brazos. Las criaturas pelearon entre ellas a zarpazos y picotazos, hasta que dos de ellas, casi tan grandes como humanos, se impusieron sobre las demás. Los demonios vencedores rodearon las muñecas de Atenea con sus garras y la alzaron en vilo. La diosa voló hacia el islote, rodeada por decenas de criaturas aladas que emitían graznidos y chillonas carcajadas.

—¡Callaos, malditas seáis!

Pero era inútil. El dragón, alertado por aquella algarabía, había dejado de afanarse con la rueda y ahora aguardaba a Atenea. Los demonios se detuvieron sobre su cabeza y, sin preocuparse más de su carga, abrieron las garras y la soltaron.

Atenea se precipitó sobre el dragón. Este intentó alzarse sobre las patas traseras, pero la lanza se enganchó en la rueda de metal y se lo impidió con su peso sobrenatural. La diosa cayó en su lomo y rodó sobre las placas metálicas que protegían sus alas, hasta aterrizar junto al costado derecho de la bestia.

El enorme reptil se revolvió e intentó llegar a Atenea a la vez con la cabeza y con la cola, y al no conseguirlo rugió de rabia y frustración. Su cuerpo desprendía un intenso calor tras su travesía

por la lava. Tan cerca de él, su gran tamaño se convertía en una ventaja para la diosa, que se deslizó rápidamente bajo su cuerpo para pasar al costado donde le había clavado la lanza. Mientras rodaba por el suelo, buscó en su vientre los puntos débiles de los que había oído hablar. Pero no encontró ningún resquicio de carne entre las prietas escamas de metal. El dragón trató de aplastarla golpeando el suelo con la panza, pero Atenea ya estaba al otro lado. La bestia levantó la zarpa y Atenea rodeó el brocal de hierro para esquivar su golpe. Pero al hacerlo estuvo a punto de recibir un coletazo, pues el dragón era más rápido y flexible de lo que había previsto. Lo esquivó a duras penas, y al saltar adelante se encontró casi de frente con la cabeza del monstruo. Pero allí, tras el maligno ojo amarillo, asomaba su lanza.

—¡*Ithi eme!* —exclamó Atenea.

Némesis salió por sí sola del cuello del reptil y voló hacia la mano de la diosa, que la levantó sobre su cabeza y se arrojó contra el dragón. Este abrió las fauces, y Atenea, durante un instante eterno, contempló cómo al fondo de la boca se abría la monstruosa faringe. Una luz amarilla se encendió en su interior y un chorro de llamas brotó con un ensordecedor rugido. Atenea, deslumbrada por el resplandor del fuego, hizo un quiebro a ciegas hacia el broquel. Salió de las llamas sintiendo que le ardían el pelo y la ropa, pero ahora tenía a su izquierda aquella pupila rasgada que la miraba con gélido odio. Atenea plantó una pierna en el pozal de hierro, la flexionó para tomar impulso, saltó contra el dragón y golpeó con todas sus fuerzas.

Némesis rasgó la córnea y se hundió en el ojo, del que brotó un chorro de líquido tibio y amarillo que empapó la mano de Atenea. Con un agudo bramido, el dragón se puso en pie sobre las patas traseras, pero Atenea, lejos de soltar la lanza, siguió hurgando con ella hasta notar cómo taladraba el hueso. El dragón sacudió el cuello y rugió con tal furia que pareció que toda la caverna se vendría abajo. Pero la punta de adamantio había penetrado ya casi

dos codos en su cráneo, y no había fuerza sobre la tierra que pudiera despegar a Atenea de su lanza en contra de su voluntad. Con las piernas colgando sobre el lago de lava, la diosa guerrera removi6 su arma. El drag6n, al comprobar que no se soltaba, estir6 la garra izquierda y retorci6 su largo cuello hasta que consigui6 apresarla. El aire escap6 del pecho de Atenea y sus costillas crujieron entre aquellos dedos gruesos como brazos humanos, pero a cambio las llamas de su ropa se apagaron. Sabiendo que sus huesos tan s6lo aguantarían unos segundos antes de quebrarse en mil astillas, Atenea clav6 aú n m6s la lanza y grit6 con sus ú ltimas fuerzas:

—¡Zeus Salvador!

La punta de *Némesis* debió perforar algú n punto vital del cerebro del drag6n, pues Este abri6 la garra de pronto, sacudi6 el cuello una sola vez y se desplom6. Atenea, aú n agarrada al astil de su lanza, cay6 sobre la cabeza del drag6n. La cola y las patas posteriores habían quedado colgando por fuera del islote, y la bestia entera empez6 a resbalar. *¡Apé laune!*, grit6 Atenea. La lanza se desclav6 del cuerpo del drag6n y ella salt6 al suelo; justo a tiempo, pues el drag6n ya caía hacia el lago, donde se hundi6 entre enormes borbotones de lava.

Atenea cay6 de rodillas, jadeando, y se arranc6 los jirones abrasados de la túnica. Tenía buena parte del cabello del lado izquierdo quemado, y la piel del brazo y del costado enrojecida. Un humano habría muerto abrasado por las llamas, pero a ella s6lo la habían alcanzado durante un instante y su naturaleza divina la había protegido del intenso calor. Aú n así, el dolor era tan intenso que tenía que morderse el labio para contener las lágrimas.

Un graznido la hizo levantar la mirada. Sobre su cabeza, un demonio dej6 caer una prenda negra. Era el manto de Hades. Atenea se lo enroll6 alrededor del cuerpo y luego dej6 que las criaturas aladas la sacaran del islote.

—Has luchado bien —la felicit6 Giges.

—Eres digna hija de Zeus —asintió Briareo, y Atenea sintió que el dolor de sus quemaduras quedaba compensado.

Atenea convenció a Hades de que pusiera una guardia sobre el mismo pozo que cerraba el Tártaro, y no al otro lado del lago de magma. Tras confeccionar una red de gruesas cuerdas, la bandada de demonios transportó al islote central a Briareo, que parecía ser el más fuerte y decidido de los hecatonquiros. El gigante arbóreo se quedó plantado junto al brocal y se despidió de Atenea agitando un manojo de brazos.

Hades, admirado del valor de su sobrina, no escatimó ambrosía en sus heridas. Ella, sabedora de que no andaban muy sobrados del elixir divino y de que tardaría en llegar un nuevo abasto, se lo agradeció. Dos días después de matar al dragón su piel estaba curada, y su cabello quedó en un estado aceptable tras dejárselo casi tan corto como Ártemis. Recuperada y habiendo cumplido su misión, se dispuso a regresar al Olimpo. Para su alegría, Hades había confinado a Perséfone en una estrecha celda de paredes de bronce, con lo que se libró de despedirse de ella.

Atenea no había conseguido sonsacar a su tío sobre sus conversaciones con Poseidón, pero al menos había comprobado que Hades no tenía ningún interés en apoyar la conjura femenina de su hermana Hera; y, aún más importante, también se había cerciorado de que no dejaría escapar a las criaturas del Tártaro, pues sentía auténtico pavor por ellas.

Cuando salieron del palacio, Atenea vio que al otro lado del Aqueronte la multitud de muertos había crecido tanto que ya ni siquiera se adivinaba la pradera de los asfódelos bajo aquella masa compacta y verdosa.

—¿Qué ha ocurrido?

—No dejan de llegar —respondió Hades—. Hace tres días debió librarse una batalla inconcebible. Jamás habíamos recibido tantos

muertos a la vez. Hay al menos cien mil. ¿Qué puedo hacer con ellos, si ni siquiera los han quemado?

Cien mil. Atenea recordó las palabras de Ares. *Puedo movilizar a cien mil tracios*. Así que, como ella había previsto, la campaña contra los gigantes había terminado en desastre. Eso significaba que tenía que apresurarse aún más para defender el Olimpo.

Ataviada con sus propias ropas, Atenea montó a lomos de Glauce. Hades había tenido la deferencia de hacer que trajeran a la hipogrifo a su propio palacio para evitar que Atenea tuviera que cruzar de nuevo entre la muchedumbre de muertos. La diosa se caló el yelmo, empuñó la lanza y emprendió el vuelo hacia el mundo exterior.

—¿Estás seguro de que mi hermano sigue vivo? —le llegó la voz de Hades desde abajo.

—¡Sí! —gritó Atenea—. ¡Sé leal a Zeus y serás recompensado! Después, apretó las rodillas y susurró al oído de la hipogrifo:

—Vamos, Glauce. Volvemos a casa.

El prisionero del Cáucaso

Zeus y Alcides partieron solos de la ciudad de Fasis, pues nadie en la ciudad había querido acompañarlos hasta el Cáucaso. Cécrope, agradecido a su pasajero por ayudarlo a llegar con bien a la Cólquide, les regaló provisiones, y también gruesas pieles y botas de doble capa. Aunque Zeus siguió llevando dentro de ellas sus propias botas de vitela, a las que había añadido un guante de cabritilla para su mano izquierda, previendo que en el ascenso se vería obligado a apoyar la mano en tierra muy a menudo.

—Buena suerte, Próximo —se despidió Cécrope—. Sé que escondes mucho más de lo que parece y que buscas algo que está más allá de mi entendimiento. Espero que los dioses te sean propicios.

—Pide mejor que sea Tique quien me sonría —repuso Zeus—. Y suerte a ti también, Cécrope. Eres un joven noble y con principios, pero también con iniciativa. Te predigo mucho éxito. Sin duda llegarás a ser rey.

—¿Yo? —Cécrope abrió dos ojos como platos—. Soy el hermano pequeño, Próximo, no lo olvides.

—Y tú tampoco olvides que a menudo es el hermano pequeño quien acaba reinando.

A pesar de viajar sin guías, una vez que alcanzaron las estribaciones del Cáucaso era imposible extraviarse. El pico del Estróbilo destacaba sobre todos los demás, y cuando lo perdían de

vista tras la masa de otras rocas, sólo tenían que seguir el penacho de humo negro que brotaba de su cráter. Más cenizas para enfriar la Tierra, se dijo Zeus. Otra contribución de Gea a la próxima hambruna humana. Si es que quedaban humanos que matar. Pues en la propia Cólquide había visto a los súbditos de Eetes asustados y confinados tras las murallas de la ciudad, sin atreverse a salir de ellas a no ser que fuera en grupos muy numerosos y bien armados. De hecho, cuando salieron de la ciudad, los centinelas de la muralla los miraron como si estuvieran locos e hicieron gestos apotropaicos para alejar el mal.

Durante el camino, remontando el curso del Fasis, habían visto ondinas asomar de las aguas del río y mirarles con hostilidad, pero ahora Zeus había dejado de viajar encorvado, y la estatura de los dos viajeros disuadía a las criaturas acuáticas de atacarlos. En un bosquecillo tuvieron un incidente con un centauro. Su flecha se clavó en la pelliza de Zeus, pero la punta no llegó a taladrar la carne. El cuello del centauro, en cambio, sí se partió con un seco crujido bajo las manos de Alcides.

—Deja que te mire la herida —le dijo a Zeus, cuando Este arrojó la flecha lejos de sí.

—No tengo ninguna herida. La piel de este oso era muy gruesa.

Alcides levantó la pelliza y comprobó que, bajo ella, la túnica se había roto, pero en la piel sólo se apreciaba un enrojecimiento que no tardó en desaparecer. Alcides había visto la flecha volar, había escuchado el silbido de las plumas en el aire, y sabía cuánta fuerza llevaba. A un ser humano normal se le habría clavado más de cinco dedos en la carne, por más piel de oso que lo protegiera. Alcides se apartó un par de pasos y miró a Zeus a la cara.

—Tú eres un dios. Esta vez no me lo quitarás de la cabeza.

—Deja de decir tonterías. Vamos, hay que llegar a las montañas cuanto antes.

Fue en su primera noche en el Cáucaso, mientras reunían ramiza, y encendían una hoguera con la yesca de Alcides, cuando Zeus decidió sincerarse y se quitó la venda que durante tantos días había llevado alrededor de la cabeza. Por fin, pudo ver con sus propios ojos a Alcides, y lo que vio le agradó aún más que lo que le había mostrado el ojo de las Grayas.

—Tus... tus ojos —dijo Alcides, sorprendido, pero no asustado—. Yo vi cómo los tenías vacíos. Te han crecido.

—Tú lo has dicho, Alcides. Soy un dios. ¿No caes al suelo, sobrecogido de terror?

El joven encogió sus macizos hombros. Ahora, con el mayor detalle que le ofrecía su propia visión, Zeus apreció que tenía la mandíbula firme, como él, pero tal vez demasiado cuadrada. Aquello, combinado con los ojos más bien estrechos, revelaba cierta tendencia a la obstinación y cortedad de miras. Más, por otra parte, su mirada era limpia y directa, incluso ahora que sabía que se encontraba ante un dios y el respeto sagrado debería haber hecho que cayera de rodillas.

—Llevo muchos días contigo, y nunca me has hecho daño. ¿Por qué iba a temerte ahora? Además, te he ayudado.

—No es necesario que me lo recuerdes.

Alcides se sentó en una piedra, pinchó unos trozos de panceta en un palo y los acercó a las llamas. Zeus se quedó al otro lado, de pie.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Zeus.

—Si eres un dios, sólo puedes ser uno.

—¿Cuál?

—Mi tatarabuelo. Zeus.

—Vaya. ¿Por qué lo sabes?

—Cuando te conocí, yo le había pedido a mi bisabuelo Perseo un regalo, y fuiste tú lo que cayó del cielo. Así que tienes que ser su

padre.

Zeus no atinó a comprender la lógica del pensamiento de Alcides, ni supo si debía sentirse ofendido porque el joven lo considerara un regalo.

—¿Nunca te has preguntado de dónde procede tu fuerza sobrehumana?

—Bueno —contestó Alcides—, muchas veces he pensado que la culpa es de los demás, que son unos alfeñiques. Mi fuerza siempre me ha parecido algo natural.

—Pues no lo es, y por eso a veces tienes problemas para controlarla. Tu fuerza proviene de tu sangre divina.

Alcides echó cuentas con los dedos, y después de fruncir el ceño y sacar la lengua a un lado durante un buen rato, dijo:

—Si tú eres mi tatarabuelo, eso quiere decir que tengo una parte de sangre divina de cada ocho.

De cada dieciséis, le corrigió Zeus mentalmente.

—Eso no explicaría tu poder —dijo, sin reprocharle su deficiente aritmética—. Pero es que tu icor divino se renovó hace poco tiempo.

—¿Cuánto?

—Hace diecisiete años.

—Pero yo no había nacido...

—Exactamente.

Zeus le contó la historia de un dios que se había enamorado de una bella mortal llamada Alcmena. Ella estaba casada con Anfitrión, pero después de un tiempo aún seguía siendo virgen. El problema era que una promesa sagrada prohibía a Anfitrión consumar su matrimonio hasta que llevara a cabo una complicada venganza familiar. El cumplimiento de la venganza se fue demorando con tareas cada vez más difíciles, y mientras él las ejecutaba, la joven Alcmena se marchitaba poco a poco en la soledad de su tálamo.

Hasta que el propio Zeus puso sus ojos en ella. Para poseerla, tomó la figura de su marido Anfitrión y se presentó en Tebas, afirmando que todos los requisitos se habían cumplido y que el

matrimonio podía por fin consumarse. Durante tres días y tres noches hicieron el amor, pasados los cuales el verdadero Anfitrión apareció en palacio, para perplejidad de su esposa. Ésta, no obstante, yació también con él, sospechando que la primera consumación había sido obra de un dios, pues en la comparación de habilidades y facultades amorosas el segundo Anfitrión salía muy perjudicado con respecto al primero. De resultas de tanto trajín en el lecho nupcial, Alcmena concibió a dos mellizos: el débil Ificles, engendrado por Anfitrión, y Alcides, que llevaba el icor de Zeus.

—¿Y Anfitrión lo sabía? —preguntó Alcides, boquiabierto.

—Sí, gracias a que se lo explicó el adivino Tiresias. Y tanto se enfureció que estuvo a punto de quemar en una pira a su esposa.

Pero cuando le prendió fuego, yo envié una lluvia que lo apagó y despaché a mi hijo Hermes con un aviso para que no se le ocurriera haceros daño ni a tu madre ni a ti.

Alcides se rascó la cabeza. Ahora comprendía el desapego de Anfitrión y la alegría con que se había librado de él enviándolo a cuidar vacas a Micenas.

—Entonces, tú eres mi padre.

—Así es —respondió Zeus, desde el otro lado de las llamas—, pero no quería hacértelo saber hasta que fueras mayor. Cuando cumplieras veinte años, tenía pensado enviarte a mi hijo Hermes para que te contara toda la verdad. Pero hasta entonces, prefería no llamar la atención sobre ti. Sin duda, mi esposa te habría hecho la vida imposible. Y en parte la comprendo. ¡Estoy convencido que podrías derrotar en combate al propio Ares!

Alcides se quedó mirando un rato cómo chorreaba la grasa de la loncha de panceta.

—¿Entonces, por qué apareciste antes de tiempo? —preguntó al fin.

—Fue Tique quien me llevó allí, y quien hizo que tú estuvieras apacentando tus vacas bajo el cielo cuando yo peleé con el dragón y conseguí zafarme de sus garras. Sí, Tique, el Azar, una fuerza que

estaba por encima de mi padre Cronos y que ahora está por encima de la propia Gea. Pues gracias a ti, como ya te dije, voy a recuperar mi reino.

—Y tu reino es el Olimpo, nada menos —dijo el joven, mirándole a los ojos sin miedo.

—Así es. Ya tengo mis ojos, como puedes ver. Pero aún necesito encontrar algunas cosas más para enfrentarme al usurpador que me ha arrebatado el trono. Cuando las consiga, ¿me acompañarás al Olimpo, hijo?

Alcides se levantó. Era casi tan alto como Zeus, pero sin duda cuando cumpliera los veinte años lo superaría en estatura. Extendió su mano derecha, y Zeus se la tomó en la izquierda. Los dos apretaron con fuerza, mirándose a los ojos. Al cabo de un rato, al comprobar que ninguno de los dos cedía, empezaron a sonreír. Si alguien hubiera puesto un pedernal entre las manos de ambos, sólo habría recuperado un montón de polvo.

—Eres mi hijo, no cabe duda —dijo Zeus—. Tú harás grandes cosas, Alcides.

Siguieron su camino tres días, sin dejar de subir. Durante los dos primeros sopló una ventisca que a veces no les dejaba ni ver el sendero que pisaban. Pero ni las rachas más fuertes podían frenar los pasos de Zeus y su hijo. Los dos se habían fabricado sólidos bastones de madera de pino, les habían aguzado las puntas y las habían endurecido al fuego, y caminaban envueltos en pieles de oso. Cuando el frío superó con creces el punto en que el agua se hiel, Zeus se quitó la capa y se la entregó a Alcides.

—¿Por qué?

—A ti te hará más falta. Más de un tercio de tu sangre es mortal, y la sangre se congela. El icor no.

Zeus sentía cada vez más premura. No dejaba de preguntarse qué estaría sucediendo en el Olimpo y qué destino les aguardaba a

los desdichados humanos. Lo atormentaba, sobre todo, la imagen de Tifón derramando su fuego sobre las moradas del Olimpo y destruyendo toda la belleza que había costado tanto tiempo construir. Sólo se le escapaba una sonrisa cruel cuando se imaginaba a la criatura dracontina visitando la alcoba de Hera y exigiéndole que cumpliera el débito conyugal con el nuevo soberano del cosmos.

Pero más a menudo pensaba en cómo afrontar el encuentro con Prometeo, el prisionero del Cáucaso. Necesitaba sus conocimientos. ¿Cómo convencerle de que los compartiera con él? No creía que le sirvieran las amenazas ni las torturas con alguien que llevaba tanto tiempo encadenado bajo el cráter de un volcán helado que probablemente ya habría olvidado cómo articular la voz.

Caminaban todo el día y la mayor parte de la noche. Apenas descansaban unas horas, en cuevas o al amparo de rocas que los protegían del viento, pues en aquellas laderas heladas no quedaba nada que pudieran quemar. El viento arrastraba polvaredas de nieve que se metían en los ojos, y sus pies resbalaban sobre capas de hielo endurecidas como piedra tras siglos de no fundirse. Las cumbres del Cáucaso se levantaban ante sus ojos, más picudas y verticales que las del Olimpo.

Por fin, tras atravesar precipicios abismales y glaciares inacabables, llegaron ante la masa rocosa del Estróbilo. Arriba, en las alturas, un penacho de humo negro se levantaba hacia el cielo. Pero lo que le interesaba a Zeus estaba más abajo.

Nunca había estado en aquella montaña. Había ordenado a Hefesto, a Cratos y a Bíos que se llevaran a Prometeo y lo encadenaran en un lugar desolado y apartado del resto de los dioses, y había sido idea de Cratos elegir aquel volcán tan alto. Ahora, al levantar la mirada y ver la pared que se alzaba ante sus ojos, un respaldón de granito casi vertical, comprendió el alcance de su propia crueldad. Pues sus ojos, aún más agudos después de la

regeneración, distinguieron muy arriba, en la superficie del farallón, una mancha oscura que sólo podía ser el hijo de Jápeto.

—¡Por Hécate! —exclamó Alcides—. ¿Cómo vamos a llegar hasta allí arriba?

—Yo no puedo hacerlo. Tendrás que ser tú.

El joven se volvió con un gesto que no le gustó nada a Zeus. Había un asomo de ironía en él, sí, y también algo de insolencia. Tal vez había cometido un error al confesarle que era su padre.

—¿Cómo? ¿El rey de los dioses no puede escalar esa pared y un mortal como yo sí?

—Mira esto —respondió Zeus, enseñándole el muñón del brazo derecho—. Puedo clavar los dedos de la mano izquierda en la roca y subir mi peso, pero si quiero avanzar tendré que soltarlos para poner la mano más arriba. ¿Comprende eso tu obtusa mente de mortal?

Alcides frunció el ceño. No le había hecho gracia que el dios le recordara su condición, pero no respondió. Levantó la mirada hacia las alturas y preguntó:

—¿Cuánta altura crees que habrá?

—No más de cien codos —respondió Zeus, aunque estaba seguro de que eran doscientos—. Sube hasta allí, hijo, arranca las cadenas de Prometeo y te aseguro que en tiempos venideros recordarán tu proeza.

Alcides emprendió la ascensión. Por suerte, estaban tan altos que habían dejado abajo las nubes y la ventisca, y el único impedimento para la subida era lo abrupto de la propia roca. Desde niño le había gustado trepar por las murallas de Tebas, pero aquello era bien distinto. Buscando asideros para los dedos y las puntas de los pies, por pequeños que fueran, fue escalando muy despacio. A veces la roca apenas presentaba minúsculas protuberancias, pero sus dedos de acero se aferraban a ellas como garfios. Y, aún así, en

varios tramos tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para arrancar lascas de la roca con la punta de los dedos y poder utilizar las mellas recién abiertas como puntos de apoyo.

Pese al terrible frío de las alturas, tenía el cuerpo empapado de sudor. Se soltó el brazo derecho y lo usó para desembarazarse de la piel de oso, que cayó pared abajo. Alcides no pudo resistir la tentación de mirar entre sus piernas. El ángulo de la pared, aunque era casi vertical, le impedía ver otra cosa que piedra. Torció un poco el cuello y alcanzó a ver a Zeus, que había recogido la piel y le saludaba desde abajo. ¿Cien codos sólo? A Alcides le daba la impresión de que ya los había subido, y aún le quedaba mucho para llegar.

Siguió trepando, concentrado tan sólo en mirar lo que tenía ante él. Pasado un trecho particularmente difícil, llegó a un tramo de relieve más rugoso, y encontró algunos picos donde casi podía apoyar medio pie. Desde abajo le llegó la voz de Zeus.

—¡A tu derecha! ¡No sigas más!

Miró a su diestra, como le había indicado el dios. Allí había dos argollas negras clavadas en la pared de las que pendían sendas cadenas. Un poco más abajo, tal vez a un codo y medio, estaban los grilletes que aherrojaban a Prometeo. Pero lo que no se esperaba era encontrar al hijo de un titán en ese estado.

Lo que colgaba de las cadenas era una especie de pellejo grisáceo, lo que podría haber quedado de una piel humana después de tenderla al sol durante mil años. De lo que debía ser la cabeza caían unos largos cabellos blancos que tapaban el rostro, y la barba, larga como una enredadera, sólo dejaba ver el pecho hundido y surcado por profundas arrugas cuando una racha de viento la apartaba. Hasta los huesos parecían haberse deshecho dentro de aquella bolsa ruinosa.

Había algo más en aquella pared. Junto a los despojos de lo que había sido el titán, Alcides vio una forma casi transparente, una presencia alargada como una gruesa culebra que se percibía más

por la deformación que sufrían a su través las imágenes que por su propia sustancia. Aquel ser reptó por la pared hasta pegarse al abdomen de Prometeo. Alcides oyó un ruido de succión y vio cómo una tenue luminosidad azulina fluía del odre de piel hacia lo que debía ser la boca de aquella criatura, que al absorber aquello se hizo más corpórea, lo bastante para que Alcides pudiera apreciar que tenía cuerpo de serpiente y una cabeza muy pequeña y calva, con rasgos vagamente humanos.

—¡Fuera! —gritó Alcides—. ¡Lárgate de aquí!

La extraña sanguijuela volvió la cabeza hacia Alcides, que creyó ver un destello de odio en algo parecido a unos ojos. Pero, bien por temor a Alcides o bien porque ya estuviera satisfecha, la criatura se alejó reptando de nuevo hacia las alturas como un arroyo serpenteante que fluyera montaña arriba.

Alcides se acercó con precaución a Prometeo. Al tocarle la muñeca, encontró la piel gélida, pero no con la rigidez que esperaba pues tenía un tacto flácido que le repugnó. La idea de bajar la pared con aquel cuerpo humano vaciado de su propia esencia le repelía, así que subió un poco más y probó a desprender las argollas de la pared. Estaban muy bien clavadas, y el acero de Hefesto debía poseer propiedades mágicas, pues no se habían oxidado a pesar del tiempo. Alcides estaba convencido de que si se empeñaba las arrancaría, pero seguramente la inercia del movimiento le haría caer del acantilado. En su lugar, probó con las cadenas. Los eslabones no tardaron en abrirse. Primero rompió la cadena más cercana, y luego se estiró para alcanzar la otra. Estaba ya impaciente y tiró con demasiada fuerza, lo que casi le costó perder el apoyo de los pies. El eslabón se quebró, pero el metal resbaló entre los dedos de Alcides. Impotente, contempló cómo el pellejo del titán caía pared abajo como un manto arrastrado por el peso de los grilletes.

—¿Está vivo? —preguntó Alcides al llegar abajo, después de lo que se le antojó una eternidad, pues el descenso era aún más

complicado que la escalada.

—Aunque te parezca mentira, lo está. ¿Por qué gritaste ahí arriba? ¿Qué era eso?

Alcides se lo explicó con las mejores palabras que pudo encontrar, aunque el ser era casi indescriptible. Zeus asintió con gesto serio. Ni siquiera él conocía a todas las criaturas que poblaban la tierra. Lo que Alcides había espantado debía ser algo de lo que había oído hablar a Apolo, una lamia de los hielos, un parásito que absorbía la fuerza vital de sus víctimas. Aquella en particular debía haber encontrado una fuente inagotable de alimento. Pues, aun privado de agua, alimento y, sobre todo, de ambrosía, Prometeo era un titán y no podía morir, ya que su naturaleza inmortal siempre regeneraba, aunque en una exigua medida, las energías que le extraía la lamia. Ahora comprendió Zeus por qué corría la leyenda de que él no se había limitado a encadenar a Prometeo al Cáucaso, sino que además enviaba todos los días a su águila para que le devorara las entrañas; cuando en realidad Macropis sólo tenía la orden de acudir cada siete días para comprobar que el prisionero del Cáucaso seguía colgado del acantilado.

Algo que, por cierto, le iba a ser muy útil.

No muy lejos del pie del acantilado encontraron una pequeña oquedad, apenas lo bastante grande para acomodarlos a los dos y a su carga. Alcides apartó la nieve y rompió unos cuantos carámbanos de hielo para hacer más sitio. Zeus extendió la piel de Prometeo en el suelo y tanteó aquí y allá, buscando los huesos. Bajo el pellejo notó algo blando, como lo que queda de los cartílagos de ciertos peces después de hervirlos. Recordó la imagen del dios que había sido su amigo y aliado contra los titanes de su propia estirpe: un joven sonriente, de ojos vivaces y burlones, de inteligencia presta, dedos ágiles y lengua demasiado aguzada. La

misma lengua que le había costado la enemistad de Zeus, y aquel terrible castigo.

Por Cronos, ¿qué he hecho?

Revolviendo entre el cabello y la barba de aquella máscara deshinchada encontró un orificio que bien podría ser la boca. Destapó el frasco de ambrosía que le había dado Medea y poco a poco lo fue vertiendo, como si rellenara un odre de vino.

—Con este frío —dijo Alcides—, debería estar más tieso que una losa de mármol. ¿Por qué no ha llegado a congelarse?

—Porque le queda algo de icor en las venas, a pesar de la lamia del hielo, y ya te dije que el icor nunca se congela —contestó Zeus—. Envuélvete en las pieles y descansa, hijo —añadió, con una pizca de ternura en la voz que a él mismo lo sorprendió—. Esto puede tardar.

Si regenerar sus propios ojos había llevado horas, la recuperación de la ruina que era Prometeo requirió dos días. Pasado este tiempo, el hijo de Jápeto empezó a parecer un ser humano, ya que estaba tan envejecido y demacrado que difícilmente podría pasar por un dios. Por mucha ambrosía que bebiera, ya nunca volvería a ser el joven que había colaborado con Zeus en la creación de los hombres.

Pero el licor divino sí había obrado un milagro con sus ojos que volvían a ser los del Prometeo de siempre, oscuros y vivaces, y con su mente, tan penetrante como si acabara de despertar de una cabezada y no de un letargo de cientos de años.

—Eres tú —dijo al ver a Zeus. No había odio, ni reproche en su voz, tan sólo una fría constatación. Zeus no se sorprendió de que lo reconociera, pues se había dejado crecer la barba tras salir de la ciudad del rey Eetes.

—Sí, soy yo, Prometeo. He venido a levantar tu castigo.

El hijo de Jápeto frunció las cejas. Su rostro estaba tan quebrado de arrugas y grietas como el glaciar que habían cruzado para llegar a las cumbres del Estróbilo.

—¿Mi castigo? Juraste por la Estigia que jamás me quitarías las cadenas. ¿Es que ya no cumples tu propia palabra, rey de los dioses?

Sin saber qué contestar, Zeus optó por la agresividad.

—No abuses de mi paciencia, Prometeo.

—¿Paciencia? ¿Qué sabes tú de paciencia, hijo de Cronos? Pregúntame a mí sobre ella, que no he tenido más remedio que acto adquirirla durante tanto tiempo que ni siquiera llevo la cuenta. Dime ¿cuántos años me has tenido encadenado?

—No lo sé. He perdido la cuenta.

—Tú... Tú has perdido la cuenta. Inaudito. Pensé que ya no me sorprenderías, pero siempre lo consigues. Lo lamentable es que sea por tu desfachatez.

—He venido con un propósito, Prometeo, y no dispongo de mucho tiempo.

—¿Por qué tantas prisas ahora? Has tenido siglos para venir a visitarme y no lo has hecho.

—La situación es muy grave. Necesito información, o todo el Olimpo se vendrá abajo.

Prometeo sonrió de medio lado, y por un instante volvió a parecer el astuto y curioso hijo de Jápeto. Le miró al muñón de la mano derecha y dijo:

—Pues antes tendrás que darme información a mí, mi viejo amigo. Por lo que veo, han pasado cosas muy interesantes en mi ausencia.

Zeus le puso al tanto de la situación, al menos de la parte que él conocía. Prometeo escuchó con aparente distracción, jugueteando con las largas guedejas de su barba blanca. En cambio Alcides, que sólo conocía retazos de la historia, la oyó sin pestañear y con la boca levemente entreabierta. Pero Zeus no se dejó engañar. Sabía

que, al final, su primo Prometeo había captado las implicaciones de sus palabras mucho mejor que Alcides.

—Así que has sido derrocado —concluyó el titán, bizqueando mientras se hacía una trenza con la barba—. No has sido capaz de escapar al destino de tu padre ni de tu abuelo.

—Yo no he sido encerrado en el Tártaro, ni me he retirado del mundo. Sigo aquí, en la Tierra, y estoy dispuesto a presentarle batalla a Gea.

—Muy poco elegante por tu parte. Deberías haberle dejado el terreno libre a tu sucesor. Hasta para los inmortales todo tiene un final.

—Láquesis aún no ha cortado el hilo de mi reinado.

—Pero Tifón te ha cortado la mano que manejaba el rayo. ¿Con qué arma piensas derrotarle ahora?

—Por eso he venido aquí. Quiero que me hables de los anillos de Urano.

—¿Los anillos de Urano? Sí, recuerdo esa vieja historia. El dominio de los cuerpos celestes... Un arma muy superior a tu rayo, ciertamente. Veo que sigues siendo ambicioso.

—¿Dónde están esos anillos?

—¿Qué te hace pensar que siguen existiendo?

—No sé mucho de ellos, pero sí que son indestructibles. En algún lugar deben estar, y tú lo sabes. Habla de una vez.

—¿Cómo puedes creer que voy a ayudarte, después de lo que hiciste? Un castigo tan desmesurado sólo por celos...

—Yo era más joven y más cruel entonces —dijo Zeus, sin bajar la mirada—. Ahora no te habría castigado de esa forma.

—Si ya no eres tan cruel, ¿por qué no has venido antes a liberarme de mis cadenas?

—Tú lo has dicho antes. Había jurado por la Estigia que jamás lo haría. No podía romper mi palabra.

—En ese caso, tampoco puedes hacerlo ahora.

—He encontrado una manera.

Alcides le entregó algo en lo que había estado trabajando buena parte del día por encargo de Zeus. Tras arrancar un eslabón de la cadena, lo había abierto con los dedos, lo había aplanado pacientemente con una piedra, lo había partido y había vuelto a alisarlo con la piedra hasta conseguir un anillo de hierro. Era tosco, y no del todo redondo, pero Alcides sonrió con el orgullo de un orífice al dárselo a su padre.

Zeus tomó la mano derecha de Prometeo y le puso el anillo. Alcides había calculado bastante bien. El anillo apenas bailaba en el huesudo dedo corazón del titán.

—De esta manera, seguirás llevando encima mis grilletes por siempre —dijo Zeus.

—Tu palabra queda a salvo. ¡Qué oportuno!

Pero Zeus no contestó. Al sujetar la mano de Prometeo, observó que en el dedo anular el titán llevaba otro anillo, también de hierro, un hierro casi negro en el que se veía un símbolo grabado: un asterisco seguido de tres líneas curvas que parecían formar la cola de un cometa.

—Este es uno de los anillos de Urano —dijo Zeus, mirando a Prometeo a los ojos. El hijo de Jápeto sonrió, pero no dijo nada—. Sí, tú tienes uno de esos anillos.

—¿Me lo vas a quitar a la fuerza?

—Podría hacerlo, pero tú me lo vas a dar. Y además, me explicarás dónde puedo encontrar los otros cuatro anillos y cuál es su poder exacto.

—Son dos peticiones, hijo de Cronos. ¿Qué me darás a cambio?

—Ya te he liberado.

Prometeo le enseñó el dedo corazón extendido.

—Sigo llevando tus cadenas.

—Sólo simbólicamente.

—Está bien. Este anillo a cambio del que me has entregado como símbolo de cautiverio o liberación, yo mismo no lo sé muy bien.

Prometeo se quitó el anillo del meñique y se lo entregó a Zeus. Este lo examinó de cerca y comprobó que el símbolo del cometa se repetía tres veces. El anillo era pequeño para sus dedos, pero mientras jugueteaba con él sobre la palma, al acercar la punta del dedo corazón, el diámetro de la alhaja aumentó por sí solo de forma visible hasta adaptarse a él. Zeus aprovechó para deslizarlo hasta la primera falange, ayudándose de la boca. Ya tenía el primer anillo, y ése no se lo quitaría nadie.

—¿Por qué no me has pedido ayuda en vez de usar la boca? —preguntó Alcides.

—Debe resultar complicado ser manco —dijo Prometeo—. Ahora, hemos intercambiado presentes. El anillo que domina a los cuerpos erráticos a cambio del anillo forjado con mis cadenas que simboliza mi liberación. Estamos en paz.

—No. Ya te he dicho que debes hablarme de los anillos.

—Entonces tendrás que ofrecerme otra cosa.

—Pídela.

—Júrame por la Estigia que tanto respetas que harás por mí lo que yo te pida, una vez que te revele dónde puedes encontrar los anillos.

Zeus tragó saliva. Conceder a Prometeo un deseo sin conocerlo previamente no parecía una buena idea. Su primo seguramente estaba urdiendo mil formas de venganza, a cuál más cruel, y no podría culparlo por ello. Pero ahora que tenía el anillo en la mano y notaba cómo fluía de él un frío extremo, la ciega esperanza que le había hecho cruzar el Ponto y subir a aquel volcán del Cáucaso empezaba a convertirse en algo tangible. Sí, los anillos existían. Y tenía que conseguirlos al precio que fuera.

—Está bien. Dime lo que necesito saber, y te juro por la Estigia que haré lo que me pidas después.

Tras explicarle lo que sabía sobre los anillos, Prometeo pidió a Zeus y Alcides que subieran con él hasta la cima del volcán. Después de tantos años colgado de aquella pared, contemplando

siempre el mismo panorama invariable de cimas y picachos nevados, quería ascender los casi mil codos que faltaban hasta la cima para tener un punto de vista diferente.

A Zeus le agradó contemplar el mundo desde casi doce mil codos de altura. No era la Atalaya del Olimpo, pero le permitía disfrutar de un horizonte amplio, y con sus propios ojos. Al reflexionar en ello, se dio cuenta de que los últimos días habían significado un lento ascenso desde el pozo de fango en el que había caído tras su derrota. De golpe se había convertido en un prisionero manco y ciego, limitado a arrastrarse a la altura del suelo como un vulgar mortal. Después, había conseguido la libertad tras soltarse de las garras de Delfine; más tarde había recobrado la vista, primero con el ojo de las Grayas y luego gracias a la ambrosía de Medea; y ahora se volvía a asomar por encima de las nubes, en aquel mar blanco del que se levantaban los picos del Cáucaso como islas solitarias.

Sin duda la vista era espectacular, pero Zeus estaba convencido de que no era ése el motivo de la extraña petición de Prometeo, pues el titán siempre había estado más interesado en los refinamientos de la civilización que en los deleites que pudiera ofrecer la naturaleza. Una vez llegados arriba, descendieron por las empinadas paredes del cráter del volcán. En el fondo del embudo se abrían cuatro chimeneas, y de tres de ellas brotaban fumarolas que, arrastradas por el viento, parecían penachos de plumas ondeando sobre la cimera de un yelmo. Conforme bajaban, el aire era cada vez más acre. A media bajada, Zeus vio que los ojos de Alcides estaban empezando a lacrimar y le dijo que esperara. El joven insistió en que podía seguir adelante (con el tiempo llegaría a respirar aires más ponzoñosos que aquél), y susurró al oído de Zeus:

—No quiero que bajes solo con él. ¿Y si te pide que te tires al volcán?

—En ese caso, tendré que hacerlo. He jurado cumplir su deseo.

Alcides se quedó esperando a regañadientes, y el dios olímpico y el titán siguieron bajando hasta el fondo del cráter. Los efluvios eran cada vez más fétidos. Atravesaron una columna de humo amarillo. El suelo trepidó bajo sus pies y, de pronto, como si la montaña hubiera sufrido un ataque de tos, un chorro de lava roja saltó hacia las alturas. Retrocedieron unos pasos, pero el volcán se calmó de nuevo.

Llegaron junto a una chimenea, la que tenía la boca más estrecha. Prometeo caminó hasta el borde y se detuvo allí. Zeus se acercó con precaución. Del fondo de aquel pozo brotaba una luz rojiza, y algo le dijo que el volcán estaba a punto de escupir otra vez.

—Ha llegado el momento de que cumplas mi deseo —le dijo Prometeo.

—Ya.

—¿No adivinas cuál es?

—Creo que sí. Pero, ahora que eres libre, ¿por qué?

—Quiero descansar. Pero descansar para siempre. Quiero dormir el sueño de la nada, no la pesadilla que he vivido todo este tiempo encadenado a la roca mientras aquella criatura venía a robarme mi alma a jirones. Quiero morir, Zeus.

—Salta, entonces.

—No. Tienes que hacerlo tú. Cuando te acuerdes de mí, quiero que sepas que ya no estoy en este mundo porque tú me empujaste al cráter del volcán.

Zeus volvió a asomarse al abismo de fuego. Podía comprender a Prometeo. Podía comprender también que el titán quisiera cargar sobre él la culpa de su muerte. Pero lo que no podía hacer era sentir esa culpa. Cuando su poderosa mente se concentraba en una idea fija, ningún otro sentimiento cabía en ella. Y ahora los anillos de Urano y la reconquista del poder eran todo lo que le importaba. Apoyó la mano en la espalda de Prometeo, el portador del fuego, y empujó.

—¿Ya? —preguntó Alcides—. ¿Qué ha pasado?

—Le he liberado. Esta vez, para siempre.

Treparon de nuevo por la empinada ladera del cráter. Bajo ellos, la montaña entera volvió a sacudirse, como si con aquel temblor demostrara que aceptaba el sacrificio del hijo de Jápeto. Apresuraron la marcha y llegaron al borde del cráter, donde de nuevo se ofreció ante ellos la visión de las nubes blancas y los picachos nevados que rompían su tupido velo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alcides.

—Esperar.

Desde el oeste, planeando sobre la superficie del mar de nubes, se acercaba una silueta alada. Alcides apretó los puños, pensando que tal vez fuera el dragón del que había escapado Zeus, que ahora venía a recobrar su presa. Pero aquella forma de batir las alas era propia de un ave, y cuando la criatura se acercó más, resultó evidente que era un águila gigantesca.

—Macropis —dijo Zeus—. Mi fiel sirviente. Aunque yo no esté en el Olimpo, viene como siempre, cada siete días, para comprobar que Prometeo sigue encadenado.

—Pues ya no lo está.

—En efecto.

Zeus levantó el brazo izquierdo, y de sus labios brotó un penetrante silbido que sorprendió a Alcides y le hizo taparse los oídos. El águila levantó el vuelo y se dirigió hacia la cumbre del Estróbilo.

—Ahí viene nuestro barco hacia el confín del mundo, hijo. Abrígate bien, porque vas a pasar aún más frío.

Nieblas y visiones

Después de aspirar los vapores proféticos de Delfos, Apolo pasó siete días tendido en la cama, inmóvil, con los ojos clavados en el techo. Una sombra negra se había aposentado en ellos, y ni movía las pupilas ni parpadeaba. Su respiración y su latido, si es que aún existían, eran tan tenues que Asclepio no los detectaba. Su hermana melliza veló en todo momento al pie de su lecho. Aunque no era normal ver ojeras en una diosa, bajo los ojos de Ártemis se acabaron dibujando unas tenues líneas cárdenas, pues mientras duró el trance de Apolo no durmió ni apenas probó alimento ni ambrosía.

Apolo abrió los ojos al cumplirse el séptimo día. Durante ese tiempo, su mente había vagado por un laberinto de lugares y momentos que se entrecruzaban como un tapiz tejido por una araña de mil brazos, y él mismo se vio arrastrado por una negra marea que no podía controlar. La mayor parte de las visiones eran incomprensibles para él y su memoria las relegó al olvido, pero otras, que eran estremecedoras, se le habían quedado grabadas.

—Hermano... —susurró una voz.

Apolo abrió los ojos y vio que era Ártemis quien le hablaba. Su hermana estaba sentada en un escabel, junto al lecho. Ahora, al verlo despertar, le tomó las manos y le besó los dedos.

—Tus ojos vuelven a ser azules —dijo.

—Siempre han sido azules —respondió Apolo.

—No, hermano. Todos estos días has tenido los ojos abiertos, y no los movías aunque te pasara la mano por delante. Pero se

habían vuelto negros, como la tinta de un calamar. Ahora, el mal que tenías dentro ha salido de ti.

Apolo se incorporó. Estaba tumbado en su propio lecho, en la alcoba de su morada, que miraba hacia el sur, pues le gustaba ver el sol siempre que podía. Todo era luminoso en su palacio, al contrario que ocurría en el de su hermana Ártemis, orientado al Septentrión y velado siempre por cortinas.

—Quiero que avises a Hermes. Y a... No, es igual. Trae a Hermes.

—Como quieras, hermano.

Cuando Ártemis volvió con Hermes, Apolo ya estaba en pie, se había bañado y llevaba puesta una larga túnica blanca. También los acompañaba Atenea. Al verla, Apolo suspiró de alivio, se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. La diosa guerrera se sorprendió, pues entre ellos no eran habituales tales efusiones.

—¡Has vuelto del Hades!

—Así es, hermano. No tenía intención de quedarme a vivir con Perséfone, aunque durante un tiempo pensé que no me quedaría más remedio.

—¿Qué pasó allí?

—Los hecatonquiros siguen vigilando la puerta del Tártaro. Hades no dejará que sus inquilinos salgan de allí —contestó Atenea, de buen humor—. ¡Ah, por cierto! Maté a un dragón de ojos amarillos.

—¡Bravo por la diosa guerrera! Una proeza difícil de igualar —Apolo esbozó su primera sonrisa desde que había despertado—... salvo porque el dragón de ojos amarillos era Delfine, la hembra, y yo maté a su marido Pitón, que era más grande.

—Eso quiere decir que Tifón, al menos, ha quedado descabalgado —dijo Hermes—. Sus alas no son lo bastante fuertes para subir con ellas al Olimpo.

—No. Tendrá que hacerlo a pie, con los gigantes —dijo Atenea—. Si es que se lo permitimos.

Apolo, al oír que Tifón había perdido sus monturas, se mordió el labio, pero no dijo nada. Se acercó al ventanal que daba al sur y se asomó al exterior. Las nubes seguían ocultando a la vista el valle de Tesalia y las tierras de más allá, salvo las cumbres más altas. Pero lo que llamó su atención fue una mancha negra que se divisaba a lo lejos, en el horizonte.

—Es el volcán de la isla de Atlas —le informó Atenea—. Ha empezado a vomitar humo y cenizas hace dos días. Creo que Jenódice y su pueblo van a pagar cara la traición contra Zeus.

Apolo se volvió hacia ella.

—He visto muchas cosas. Visiones terribles, que habrían convertido el cerebro de la sacerdotisa de Delfos en una masa sanguinolenta.

—¿Hay algunas de esas visiones que puedan sernos útiles? —preguntó Ártemis, acercándose para atraer la mirada de Apolo.

Más, para su resquemor, su hermano seguía mirando fijamente a Atenea cuando contestó.

—Es posible. Pero no sé qué pensar. En una de ellas aparecías tú, Atenea. Estabas hundida en un charco de lava, y sólo tu mano y tu lanza sobresalían de ella.

Atenea le rozó la mano, una familiaridad que no se habría permitido antes y que ahora, tras la intimidad física que había disfrutado con Ganímedes, se le escapaba de forma instintiva.

—No te preocupes tanto por esos presagios, hermano. Escapé de la lava, aunque poco faltó para que Delfine me hiciera acabar como en tu sueño.

—Eso significa que tal vez no se cumplan todas las visiones —dijo Apolo, con aire ausente.

—Aún así, debes contárnoslas, para que todos sepamos a qué atenernos —sugirió Ártemis.

Al caer la noche, se reunieron en el triclinio con Afrodita y las tres hermanas Cronidas. De los grandes dioses que solían juntarse en otras cenas familiares, sólo quedaban ocho. No admitieron a nadie más, y ni siquiera avisaron a Hebe para que les escanciara la ambrosía. Tampoco se reclinaron en los divanes, salvo Afrodita, que escuchó todo recostada con su indolencia habitual.

Atenea, que fue la primera en hablar, contó su aventura en el Hades y cómo había matado a la dragona Delfine. Después, mirando a Hera, añadió:

—Sé todo lo que has hecho. Y cuando digo *todo*, me refiero incluso a los detalles más repugnantes. ¿Me hago entender bien, *potnia* Hera?

La esposa de Zeus abrió los ojos y dilató las aletas de nariz, pero no dijo nada.

—Sabemos que había una conspiración contra nuestro padre —dijo Apolo—. Y que estabais todas implicadas.

—Habla por las demás, dios de la lira —repuso Afrodita—. Conmigo no cuentan para nada.

—Lo que queremos ahora —prosiguió Apolo, haciendo caso omiso de Afrodita— es que os limitéis a no interferir.

—No eres quien para dar órdenes —respondió Hera, levantando la barbilla como si pensara que se le iba a derramar algo de ella—. En ausencia de mi marido, yo soy la máxima autoridad del Olimpo.

—Pues ejerce esa autoridad en tus habitaciones —saltó Atenea—. Pero haz lo que te dice Apolo, o por las Erinias, que yo misma te ajustaré las cuentas —añadió, golpeando el suelo con la contera de su lanza.

Por su parte, Hermes reveló todo lo que había oído en Delfos, y cómo la intención de Gea y del engendro que Hera había ayudado a crear era la aniquilación de todos los olímpicos.

—Ya no le servimos —dijo—. Igual que en el pasado dejaron de serle útiles su propio hijo Cronos y los titanes, y los reemplazó por nosotros. Ahora nos aguarda el mismo destino.

—¿Por qué debo creer tus palabras? —respondió Hera—. Eres el dios de las patrañas. Cuando eras niño, le robaste un rebaño de vacas a tu propio hermano, y después mataste a mi siervo Argos, el guardián de los cien ojos. No tengo por qué creerte ni sentir cariño por ti.

—Tu cariño no me preocupa, hija de Cronos. Creo que podré aguantar algún eón más sin él. Pero créeme por esto...

Hermes levantó el caduceo sobre su cabeza. La piel de la serpiente de madera reverdeció, y el reptil cobró vida y se enroscó en torno a su muñeca. Cuando actuaba así, sólo podía hablar como mensajero y repetir las palabras de los demás.

—Juro por mi sagrado caduceo, símbolo de los heraldos, que digo la verdad al afirmar que estas palabras salieron de la boca de Gea: *Cuando el Olimpo sea un sepulcro vacío y arrasado por tu furia, Tifón, yo crearé una nueva raza de dioses sobre los que tú reinarás hasta el fin de los tiempos. Y también aniquilaré a la humanidad, y crearé otra nueva a mi antojo. Pues esto ha ocurrido muchas veces y volverá a ocurrir.*

Cuando Hermes quería, sabía ser solemne, y su voz no cedía en gravedad ni a la de Zeus. Con un estremecimiento, Deméter declaró:

—Te creo, hijo de Maya. —Y después añadió, dirigiéndose a su hermana—: Hemos sido engañadas, Hera. Nos han utilizado como si fuéramos vulgares mortales.

—No es posible...

El gesto de Hera delataba su miedo. Siempre tenía la piel blanca, pero ahora era una palidez insana, como si el icor se hubiera quedado estancado en sus tripas y ya no le fluyera por las venas.

—¡Reacciona, tía! —exclamó Ártemis—. Todas hemos estado ciegas. Tú y Tetis nos manipulasteis a las demás, pues sólo nos dijisteis que ibais a darle un escarmiento a Zeus, no a destruirlo. Pero a cambio Gea os manipuló a vosotras dos.

—Menuda colección de necias —dijo Afrodita.

—Tú mejor no hables. Si nadie te hizo partícipe, fue porque sabíamos que sólo conoces una forma de tener cerrada la boca.

Afrodita dio un respingo en el asiento, pero Ártemis la miró con los brazos en jarras y un gesto tan amenazador que la diosa del amor optó por callarse.

—Dices que has recibido una profecía de la propia tierra, Apolo —dijo Deméter—. ¿La compartirás con nosotros?

El dios arquero se levantó del borde del triclinio.

—Ignoro si es una profecía. En mi sueño se abrían multitud de caminos, pero no sé si todos han de llegar hasta su final o si algunos aún pueden evitarse.

»He visto a los gigantes subiendo por el puente del Arco Iris. He contemplado cómo los hijos de la Tierra escalaban hasta el cielo para destruirlo. Los he visto arrasando nuestras moradas, aplastando las cabezas de nuestros sirvientes y violando a nuestras diosas. Incluyéndote a ti, *potnia* Hera. Pero también he visto a un guerrero mortal combatiendo a nuestro lado y enfrentándose a los gigantes, y al verlo he albergado una extraña esperanza.

»He visto al indomable dios de la guerra contemplando impotente la destrucción del Olimpo, encerrado en una cárcel de bronce aún más estrecha que la de Dánae. He contemplado cómo los gigantes lo arrojaban al Tártaro, el primero de todos, y después hacían lo mismo con todos nosotros.

»He visto a nuestro padre, a Zeus. Se hallaba en un lugar muy oscuro, desconocido para mí, donde casi nunca llega la luz, y lo acompañaba un hijo suyo. Buscaba allí el secreto de un gran poder, el único que podría salvar a los dioses olímpicos de su último crepúsculo, pero no lo encontraba.

»He visto a Tifón cruzar el puente que lleva al Cranón y destruir este palacio con sus llamas. Pero también he visto que uno de nosotros se plantaba ante él y lo detenía...

»He visto...

—Hermano, ¿estás bien?

Apolo se volvió hacia Ártemis, que le agarraba la mano con gesto preocupado. Los demás dioses estaban en silencio, sobrecogidos.

—Sí, ¿por qué?

—Te habías quedado callado. Temía que hubieras vuelto a entrar en trance.

—No, no ha sido así. —Apolo se volvió hacia las tres hermanas y Afrodita—. Os hemos comunicado todo esto porque ahora debemos estar juntos si queremos sobrevivir. La amenaza es grave, y no podemos permitir que rencillas ni conspiraciones pongan en peligro al Olimpo. Desde ahora, las cuatro quedaréis confinadas aquí mismo, en el Cranón.

—¡Será insolente! —dijo Afrodita.

—¿Con qué autoridad te atreves a hacer eso? —preguntó Hera.

Apolo se descolgó el arco dorado del hombro y lo plantó en el suelo. Su hermana Ártemis se puso a su derecha e hizo lo mismo con su arco de plata. A su izquierda, Atenea clavó la contera de *Némesis* en el suelo y rompió una losa de mármol, y Hermes alzó su caduceo ante ellas.

—Con la nuestra —dijo Apolo—. Ahora los Terceros Nacidos gobiernan en el Olimpo.

Después, ya a solas, los dioses más jóvenes se reunieron a deliberar en un balcón del palacio que se asomaba al norte. Los Consagrados vigilaban los alrededores para evitar que oídos

indiscretos captaran la conversación. Estaban Apolo, Atenea y Hermes, y esta vez admitieron a Ártemis, que reconoció haber conspirado contra Zeus, aunque en su momento había creído que sólo se trataba de encerrar al dios en Delfos para permitir que Hera gobernara en su lugar.

—Esas cuentas ya las pagarás con nuestro padre cuando regrese —dijo Atenea—. Ahora debemos organizar la defensa del Olimpo.

—Tenemos que pedir ayuda a Poseidón —dijo Apolo—. En ausencia de Zeus, es el más poderoso de los dioses.

—Pocas tropas podrá aportar —repuso Hermes—. No me imagino combatiendo a los gigantes con un ejército de caballitos de mar, nereidas y tritones.

—Con que viniera él solo con su tridente, ya sería una gran ayuda —reconoció Atenea—. Pero me temo que aunque vayas tú, Apolo, por más amistad que tengas con él, Poseidón no acudirá. Ni el Olimpo ni el destino de los hombres le preocupan.

—¡Pero Gea también planea aniquilarlo a él! —dijo Hermes.

—Del mismo modo que planea aniquilar a Hera, y ya habéis visto cómo ella sigue sin captar el verdadero alcance de la situación. Me temo que la estupidez y el egoísmo son casi los únicos motivos que impulsan a estos Segundos Nacidos —dijo Atenea.

—A muchos de los Terceros nos ha sucedido lo mismo a menudo —añadió Apolo—. Pero ahora no se trata de quejarse en vano, sino de sobrevivir. Atenea, creo que eres la más indicada para preparar nuestras defensas.

Ella asintió.

—El único acceso para los gigantes y para el propio Tifón es el puente del Arco Iris —dijo.

—Debería ser fácil de defender —comentó Artemis—. No tiene más que treinta codos de ancho.

—Veinte —corrigió Atenea.

—Más sencillo aún. Esperaremos en la Aguja Sudeste y, según aparezcan los gigantes en la salida del puente, los abatiremos.

Apolo se opuso. Ártemis tenía mentalidad de arquera, eso era evidente, y como moradora de los bosques prefería la emboscada antes que otras formas de combate. Pero su hermano, aunque también guerrease con el arco, estaba convencido de que así no detendrían por mucho tiempo a los gigantes. Y menos a Tifón.

—A mí tampoco me parece buena idea —dijo Atenea—. Eso significa dejar que los gigantes destruyan Hieróptolis. Siempre nos han servido con lealtad, y su rey Evandro es nieto de Zeus.

—Son simples humanos —dijo Artemis—. Ya nacerán más, podemos reemplazarlos.

—Tú siempre tan sensible, hermana. En cualquier caso, imagínate que no podemos resistir en la salida del puente. Si nos vemos obligados a retroceder, tendremos a una horda de gigantes desparramados por el Olimpo, destrozándolo todo y aplastando a nuestros sirvientes, y de paso a muchas divinidades que no están preparadas para la guerra. No: hay que resistir antes, mucho antes. Tenemos que defender Hieróptolis codo con codo con los humanos.

—¿Por qué no destruimos el puente del Arco Iris? —sugirió Hermes—. Quedaríamos aislados del mundo inferior. Los gigantes no podrán subir jamás por las paredes de Pírgos. Estaremos a salvo aquí arriba, y siempre podéis bajar volando en carros alados... aquellos que lo necesitéis —añadió con malicia.

—El puente del Arco Iris no puede ser destruido —repuso Atenea—. Al menos, no por el poder de los que estamos aquí.

—¿Y si detenemos el sendero exterior? —dijo Hermes, refiriéndose a la parte del puente que subía por sí sola para evitar a los visitantes del Olimpo una fatigosa ascensión—. Así los gigantes tendrán que escalar por sus propios medios, y nosotros podremos acosarlos desde el aire.

Atenea meneó la cabeza.

—El mecanismo del puente obedece tan sólo a los sortilegios de Hefesto. Sin él, no creo que podamos parar el movimiento del sendero. Y tampoco podréis disparar vuestras flechas contra los gigantes cuando suban, ya que un encantamiento protege el sendero.

—Olvidémonos de ello entonces —propuso Apolo—. Estoy de acuerdo contigo, Atenea. Hay que defender el Olimpo desde abajo, desde Hieróptolis. ¿Te encargarás tú de supervisar las fortificaciones?

Ella asintió, aferrando con fuerza el astil de *Némesis*.

—Defenderemos la muralla exterior, y si cae resistiremos en la muralla interior —aseguró—. Y si ésta también cae, aguantaremos en la Crépide para que los gigantes no pisen el puente. Les haré sufrir cada codo que avancen.

—Les haremos, hermanita —dijo Ártemis—. No pienses que te vas a quedar tú sola con la gloria.

—Decidido entonces —dijo Apolo, con una determinación que distaba mucho de sentir—. Hermes, ya que has recuperado la mano de nuestro padre, irás a buscarlo y se la devolverás.

Hermes enarcó las cejas.

—¿Y dónde iré, si puede saberse? Acabas de reconocer ante todos que el lugar que aparecía en tus visiones te era desconocido.

—Mentí —reconoció Apolo, sin asomo de orgullo ni ironía. Él no era dios que necesitara jurar por Estigia para cumplir su palabra, pues aborrecía la mentira y la falsía. Pero ahora estaba eligiendo el mal menor—. Sé perfectamente dónde encontrarás a nuestro padre, si es que esa visión se cumple, pues los caminos que puede recorrer Zeus no están del todo determinados y Tique aún tiene mucho que decir.

—¿Y cuál es ese lugar? —preguntó Ártemis.

Atenea la miró de reojo. Era obvio que seguía sin fiarse de ella.

—Es mejor que no nos lo reveles, Apolo —sugirió—. Si es Hermes quien debe acudir allí, explícaselo a solas. Cuantos menos

compartamos el secreto, menos indiscreciones. Nuestro padre, sin el rayo, es vulnerable.

Ártemis torció el gesto, comprendiendo la razón por la que Atenea había hablado así, pero no tuvo más remedio que aceptar.

—Me encantaría devolverle esto a nuestro padre —dijo Hermes, apretando contra el costado el morral donde guardaba la mano—. A veces tengo la impresión de que va a salir de aquí y me va a dar un pescozón, o peor aún, que me va a achicharrar las orejas. Pero dime una cosa, Apolo. Cuando le entregue la mano, ¿qué hago luego? ¿Embadurno una venda en engrudo de harina y se la pego?

—Tú no, hermano. Primero tendrás que encontrar a alguien más hábil que tú...

Cuando Apolo regresó a su alcoba, pegó la cabeza al cristal y se quedó contemplando las estrellas. ¿Por cuánto tiempo más podría disfrutar de aquel maravilloso espectáculo?

Apolo escondía algo que no había contado a los demás y que le causaba una profunda desazón. El propio Hermes, tornadizo como siempre, parecía haber olvidado el enigma de los cien hijos de Tifón de los que había hablado Gea. Pero él los había visto en el extraño sueño de los vapores del tiempo. Cien criaturas que crecían en un lugar infernal, en el corazón de una gran caldera volcánica. Cien seres sumergidos en una lava tan caliente que relucía amarilla como el oro, y que sin embargo para ellos era un baño acogedor y refrescante. Cien bestias criándose en un cubil que estaba fuera del alcance de cualquier dios y que, cuando el volcán estallara en una erupción como el mundo no había conocido, volarían en las alas de la tormenta de fuego. Cien monstruos que saldrían de la isla de Atlas para atacar el Olimpo.

En su visión, mientras ellos defendían el último baluarte del Cranón y luchaban contra los gigantes, aparecían los hijos de Tifón, una siniestra bandada de enormes dragones acorazados que

vomitaban chorros de fuego por sus fauces. Cien dragones, ni uno menos. Con muchas dificultades, él había conseguido vencer a Pitón, y Atenea a Delfine. Pero, ¿cuántos dioses tan poderosos como ellos dos había en el Olimpo? Ninguno. Y aunque el propio Zeus regresara blandiendo el rayo, ¿cómo podría derrotar a un centenar de dragones cuando lo rodearan como un enjambre de gigantescas avispas?

Pero Apolo había disimulado su conocimiento, pensando que ya era suficiente con que él tuviera un atisbo de su tenebroso futuro. Por una vez en su vida, sabía con claridad lo que tenía que hacer: cargar el peso del desaliento sobre sí y evitar que, hasta el último momento, la negra garra de la desesperación hiciera presa en los demás.

El placer de la destrucción

Ya estaban cerca del Olimpo. Habían llegado al mar, que sólo los quince gigantes más viejos conocían. La nieve había quedado atrás y ahora recorrían fértiles comarcas de pastos y cultivos. Las aldeas que encontraban a su paso habían sido destruidas por otras razas antiguas, siguiendo las consignas de Tifón y el oráculo de Delfos, pero las ciudades amuralladas aún resistían.

Cuando llegaron a las orillas del lago Ludias, ya en Macedonia, pasaron junto a una ciudad llamada Permessia. Sus murallas estaban atestadas de soldados, habitantes de la ciudad y también aldeanos que se habían refugiado allí. Hefesto pensó que pasarían de largo, pero Alcioneo quería probar las máquinas de guerra. Sin embargo, el afán de su raza por destruir todo lo que encontraban a su paso era tan violento que frustró los planes de su jefe. Los gigantes, aprovechando que el muro no era demasiado alto y que estaba construido con bloques de mampostería más bien pequeños, lo echaron abajo a patadas y puñetazos, empujando con los hombros e incluso a cabezazos. Luego, una vez que entraron en la ciudad, se dedicaron a arrancar puertas y tejados y a derribar paredes entre grandes carcajadas, mientras los habitantes de la ciudad corrían despavoridos por las calles, sólo para ser masacrados por sus propios congéneres, tanto los cimerios como los getas y sármatas que se les habían unido durante la marcha.

Desde un altozano cercano, siempre encadenado y vigilado por varios gigantes, Hefesto contempló con tristeza la demolición de Termessa. Ares, encerrado en su barril, se rió de su debilidad.

—¿Es que te dan pena los mortales?

—Me da pena ver cómo se destruye en menos de un día lo que ha costado tanto construir —respondió Hefesto.

Los gigantes se habían empeñado en no dejar nada en pie. Mientras las llamas se extendían por la ciudad y los bárbaros sacaban a las pocas mujeres que habían dejado con vida para violarlas en un bosquecillo cercano, los hijos de Gea insistían en arrancar del suelo incluso los bloques que servían de cimiento a la muralla.

—¿Qué le espera al Olimpo? —se preguntó Hefesto, con los ojos llenos de lágrimas.

—Si todos los dioses son tan débiles como tú, la destrucción —respondió Ares.

—¡Tú no entiendes nada! —le espetó Hefesto, volviéndose hacia él—. Llevo toda mi vida trabajando, construyendo, fabricando belleza. ¡Eso es un arte que requiere siglos dominar! En cambio tú... tú... Eres igual que ellos. Sólo te complaces en la ruina y la devastación. Lo que haces tú es mucho más fácil, aunque luego sea a ti a quien canten los aedos. Pero te digo una cosa: si las criaturas como tú dominan el mundo, Este dejará de existir.

—¡Ja! Así que tú fabricas belleza. Mírate a ti mismo, por favor. ¿Por qué crees que tu esposa prefiere acostarse conmigo? ¿Dónde está tu belleza, pequeño dioscecillo cojudo?

Hefesto rechinó los dientes y agachó la mirada. Al cabo de un rato volvió a mirar a Ares. El dios contemplaba fascinado la destrucción de aquella ciudad de la que pronto no quedaría ni el recuerdo. Sus ojos, claros como la miel, brillaban de excitación, como si estuviera viendo a Afrodita desnuda.

Hefesto subió a una piedra, estiró el cuello y escupió a Ares entre los ojos. El dios de la guerra torció la mirada hacia él y enrojeció de ira.

—¡Cuando salga de aquí, me las pagarás por esto, cobarde!

—No, jamás te lo pagaré suficiente —repuso Hefesto, sonriendo al ver cómo su saliva goteaba por la nariz de Ares sin que Este pudiera enjugársela—. Hay placeres que no tienen precio.

Por la noche, los gigantes descansaron con la satisfacción del deber cumplido. Termessa había quedado reducida al ras, y pronto las malas hierbas se apoderarían de las calles que un día habían sido bulliciosas.

Alrededor de Hefesto, los gigantes dormían sentados, con las piernas encogidas, los brazos rodeando las rodillas y las cabezas rocosas apoyadas sobre éstas. En aquella postura, parecían pequeñas montañas. Apenas se movían, pero algunos de ellos roncaban, y sus ronquidos sonaban como los fuelles de una fragua.

Hefesto se encontraba en lo alto de una suave loma, pues nunca andaba muy lejos de Alcioneo, y a Este, como si su propia estatura no le bastara, le gustaba dominar el panorama. Había hogueras por todo el campamento, hasta las orillas del lago, pero los fuegos que más brillaban eran los que aún ardían en la ciudad destruida. A lo lejos se oían débiles lamentos, las voces de las infortunadas mujeres que aún seguían en poder de los bárbaros. Hefesto sabía que no llegarían al alba. Aunque los bárbaros les perdonaran la vida, ni los sátiros ni las ménades que acompañaban a los gigantes lo harían.

Estaban ya a la vista del Olimpo. Hacía frío, pero el aire se había despejado. De hecho, Hefesto observó un fenómeno extraño, pues el penacho de nubes que rodeaba la cima del monte había desaparecido, y ahora podía verse cómo la columna blanca de Pírgos sobresalía resplandeciente de la propia montaña.

De noche, el puente del Arco Iris relucía como una espiral tornasolada alrededor de Pírgos. Hefesto sacudió la cabeza, disgustado. En cierta medida, ese puente era obra suya. Lo habían construido los gigantes antes de que él naciera, pero en esa época

quien quisiera llegar por él hasta el Olimpo tenía que caminar dos días y dos noches para llegar a la cima. Hefesto reformó el puente del Arco Iris y dividió aquella calzada multicolor en dos bandas. La primera, que estaba inmóvil, abarcaba los colores interiores, el violeta, el azul y el verde, y por ella bajaban los viajeros que abandonaban el Olimpo. En cambio, la banda exterior, con los colores amarillo, naranja y rojo, se desplazaba hacia arriba a gran velocidad y ahorraba muchísimo tiempo a los visitantes de la morada de los dioses. Al llegar a la puerta del Arco Iris, en la Aguja Sudeste, la banda móvil seguía su camino bajo el pavimento de mármol de las avenidas del Olimpo, y al llegar al Cranón se hundía en el corazón de la propia montaña, de donde volvía a emerger en Hieróptolis para empezar de nuevo su larga ascensión. Aquel ingenio de movimiento perpetuo extraía sus energías del calor hirviente de las profundidades de la Tierra, un regalo que Gea había otorgado a sus nietos y biznietos.

O tal vez Gea lo había hecho porque sabía que aquel puente serviría para que los gigantes, los últimos hijos que había engendrado con Urano, gracias a sus gotas de sangre, pudieran invadir el cielo.

Aunque ya era muy tarde, un esclavo cimerio de largas trenzas rubias se acercó a él. Traía un plato de barro con un guiso de un olor repugnante. Hefesto rechazó aquella bazofia con un gesto.

—Cómelo —insistió el cimerio, pero no se lo dijo en una lengua bárbara, sino en el propio lenguaje de los dioses, que entre los mortales sólo hablaban los habitantes de Grecia—. Te vendrá bien algo caliente para el lugar tan frío que vamos a visitar.

Hefesto se quedó mirando al cimerio con nuevo interés. Bajo las trenzas y la barba rubia, no tardó en reconocer el rostro de rasgos delicados. La boca pequeña y de labios carnosos, los ojos oscuros y vivaces, y no del azul desvaído que solía verse entre esos bárbaros. Y el sutil resplandor de la piel...

—¡Hermes!

—Chssss...

Hermes sacó una fina horquilla y abrió los grilletes sin la menor dificultad. Hefesto se masajeó los tobillos, sintiendo la comezón del icor que volvía a correr por sus venas. Volvió la mirada hacia sus guardianes, que nunca andaban lejos; dos gigantes jóvenes de tan sólo seis codos de altura. Pero estaban profundamente dormidos. Hermes se levantó la capa de piel que llevaba sobre los hombros y le enseñó la cabeza serpentígera de su caduceo.

—Tardarán en despertar —susurró—. Ahora, recoge tus herramientas. Las vas a necesitar.

—¿Herramientas? No, tengo de sobra en el Olimpo.

—No vamos al Olimpo.

—¿No? Debo ir. Tengo que detener el puente del Arco Iris para...

—Antes debes hacer algo más importante. Vamos, coge lo que puedas llevar encima.

Hefesto buscó entre sus herramientas y eligió tan solo el poliergalión, aquel ingenioso artefacto que valía para casi todo y que más de una vez le había sacado de apuros.

—¿Y Ares? —susurró.

Hermes echó una mirada al barril de bronce que rodeaba a su hermanastro. Sólo asomaba su cabeza, que ahora estaba ladeada por el sueño.

—También lo he dormido, por si acaso daba la alarma.

—¿Es que no piensas liberarlo a él?

Hermes sonrió con malicia.

—Ya me basta con cargarte a ti, mi querido Hefesto. Ares pesa como un buey tebano, por no hablar de esa tinaja de bronce que ahora usa de domicilio. ¿O es que acaso tienes muchos deseos de que lo liberemos?

—¿Yo? ¡Ninguno!

—En ese caso, sujétate bien a mis hombros, hermano.

Y así, llevados por las alas de Hermes, partieron hacia la oscuridad de la noche.

El eje del mundo

Desde el Cáucaso, Zeus y Alcides volaron a lomos del águila hasta las anchas llanuras que se extendían al norte del Ponto. Allí dejaron que Macropis regresara al Olimpo a buscar a su compañera, pues el dios y su hijo eran una carga demasiado pesada incluso para un ave de tanta envergadura como Macropis. Pocas horas después, el águila estaba de regreso con Agaclea, y desde allí emprendieron la última etapa hasta el Septentrión.

Tras sobrevolar una vasta tundra nevada, llegaron a un mar cubierto por un espeso manto de hielo. Zeus recordaba que en su última visita a aquellas gélidas regiones había visto grietas y huecos en la banquisa, pero ahora la superficie presentaba una blancura uniforme hasta el horizonte.

La noche cayó sobre ellos. Pasaron por encima de Hiperbórea, el país amado por Apolo. Aquella región estaba rodeada por un alto muro que la protegía de los vientos. Allí crecían jardines, huertos, prados y bosquecillos sagrados. Zeus se sintió aliviado al comprobar que ni la destrucción ni la guerra parecían haber alcanzado aquella comarca. Desde arriba, las ciudades brillaban como islotes de luz en las tinieblas. Eran ciudades sin amurallar, pequeñas y dispersas, pues los hiperbóreos amaban la paz y, aislados de los demás pueblos por el frío y los hielos, no temían a ningún enemigo. La temperatura que gozaban era una bendición de la tierra, de la que brotaban numerosas fuentes termales y que además exudaba de su propia superficie un cálido hálito que permitía a los hiperbóreos sobrevivir en la noche septentrional.

Más, por hermosa que fuera Hiperbórea, Zeus no tenía intención de hacer un alto para visitarla. Al contrario, les ordenó a sus aves que siguieran volando; y ellas, que eran el padre y la madre de todas las águilas, acostumbradas a volar a alturas en las que las nubes se convierten en cristales de hielo, soportaron sin rechistar la temperatura de aquel rincón de la tierra.

—¿Cuándo se hará de día? —preguntó Alcides, encaramado sobre el cuello de Agaclea.

—¡Cuando llegue la primavera! —Zeus contestó gritando para hacerse oír por encima del aullido del viento.

—¿Bromeas?

—¡No! ¡Pero a cambio el día también dura meses y meses!

En las alturas se había encendido un velo de luz, una cortina que parecía descolgarse del firmamento.

—¿Qué prodigio es ése? —gritó Alcides.

—¡No te asustes! ¡Eres afortunado de ver este fenómeno! ¡Se trata de una aurora boreal! ¡Es una señal de mi abuelo Urano! ¡Él bendice nuestra empresa!

Pasada Hiperbórea, volvían a reinar los hielos, que ahora resplandecían verdosos bajo la luz fantasmal de la aurora. Después, una nueva luz apareció sobre el horizonte. Pero ésta no se desgajaba en arcos, sino que subía al cielo recta como una estrecha columna, hasta hacerse tan tenue que se fundía con la negrura del firmamento. Zeus ordenó a las águilas que descendieran y se dirigieran hacia la base de aquella luz.

Aquél era el fin del viaje, el lugar donde el eje de los cielos atravesaba la tierra. Allí, en el Polo, según Prometeo, encontraría las respuestas que buscaba.

—Cinco son los anillos de Urano —le había dicho el titán—. El anillo que rige la Luna, fundido en plata. El del Sol, que es de oro. De cobre es el anillo de los planetas. El más humilde, forjado en hierro, es el anillo que gobierna los cuerpos erráticos. Y, por fin, un

anillo de bronce con diamantes de colores para controlar la esfera de las estrellas fijas.

»Debes tener los cinco anillos, pues por separado no sirven para nada. Este que te he dado, el de hierro, lo recibí de mi padre Jápeto, a quien a su vez se lo entregó Cronos. Otros anillos fueron repartidos entre otros titanes, y también entre los herederos de Urano, pero es posible que cambiaran de manos como le pasó a Este. Pero si quieres encontrarlos ahora, debes acudir al extremo norte del mundo, allí donde Atlas carga con el peso de la bóveda de los cielos. Pues él es el más versado en la ciencia de las estrellas, y si no tiene los cuatro anillos que te faltan, sabrá darte razón de ellos.

Las águilas pasaron volando a poca distancia del eje de los cielos, un pilar que subía hasta la misma bóveda del firmamento, a una altura inconcebible. Era una columna de una sola pieza, de una piedra lisa y muy fría, con una superficie que emitía una tenue luz azulada. Sin duda, se trataba de una muestra del inmenso poder y la sabiduría que debió atesorar Urano antes de ser castrado por instigación de Gea.

Sobre el mar helado, al pie de la columna, se levantaba una isla de roca de casi diez estadios de diámetro, cubierta de nieve. Tan sólo había una construcción en ella, una gran palanca horizontal que atravesaba el pilar del cielo. Aquella palanca era negra, con destellos verdosos como la obsidiana. Pero el material del que estaba fabricada no era ninguno que pudiera hallarse en la Tierra, sino, según le había explicado Prometeo, un metal extraído del corazón de las estrellas y enfriado y forjado por el propio Urano en el origen de los tiempos; pues ningún otro elemento en el cosmos habría resistido el esfuerzo a que se sometía esa palanca.

Si sorprendentes eran la columna celeste y la palanca que la atravesaba, no menos sorprendente era la figura gigantesca que habitaba la isla. Allí era donde el titán Atlas cumplía el castigo al que fue condenado por Zeus.

Antes de que Zeus conquistara el poder, había dos palancas perpendiculares cruzadas sobre la columna y doce seres gigantescos que las empujaban para hacer girar la bóveda del cielo. Pero sus movimientos no estaban bien medidos, y eso hacía que la duración de las estaciones y los días fuera irregular. Zeus, tras derrotar a los titanes, le asignó a Atlas aquella tarea. La razón no era, como algunos decían, infligirle un escarmiento especial por haber mandado el ejército de los titanes. En ese caso, lo habría arrojado al Tártaro con los demás, pues las condiciones de aquella inmensa mazmorra que se hundía en las entrañas de la tierra eran indescriptibles, y allí Atlas habría tenido la compañía de criaturas que nunca habían llegado a ver la luz del sol, emanaciones del Caos primigenio, condensaciones de lo más oscuro de aquel ser primordial que llevaban eones encerrados y rumiando odio contra todo lo que vivía y alentaba en el exterior.

Si había puesto a Atlas a empujar aquella especie de noria sobre la que giraba el firmamento fue porque el Titán había sido el primer estudioso de los cielos tras la castración de Urano, y estaba tan obsesionado por los ritmos de las estrellas y los planetas que Zeus pensó que le daría al movimiento de la bóveda celeste la regularidad que él deseaba.

Las águilas dejaron a Zeus y Alcides al borde del acantilado que delimitaba la isla. Mientras caminaban hacia Atlas, Alcides preguntó a su padre si aquél era un ser animado o una estatua.

—Se mueve. Muy despacio, pero se mueve. Ya lo verás.

El cuerpo de Atlas tenía proporciones de gigante. Era extremadamente musculoso y su piel parecía fundida en metal, de tal suerte que cualquiera que lo viese pensaría, como Alcides, que era una estatua. Los músculos de sus piernas eran desproporcionados, sobre todo en los muslos, y los pies se le habían aplanado como patas de elefante de hacer fuerza contra el suelo. Bajo los pies del titán se había abierto un hondo surco en la roca, un lendel como el que dejan las acémilas que hacen girar una

noria. Alrededor todo estaba cubierto de nieve, pero en el surco sobre el que hacía fuerza hora tras hora, día tras día, año tras año, asomaba el negro basalto que sustentaba la isla.

Aunque Atlas era muy alto, cerca de siete codos, estaba inclinado sobre la palanca y con la espalda casi horizontal para ejercer más fuerza. Sus manos, apoyadas sobre el frío metal que parecía obsidiana, se hallaban a unos cuatro codos del suelo, a la altura de los ojos de Zeus. El dios pudo así examinar las manos del titán.

El dedo meñique de la mano izquierda lucía un anillo de cobre, y el de la derecha otro de bronce con diamantes de colores engarzados.

—¡Es verdad, padre! —exclamó Alcides, que estaba observando las piernas del coloso y había apreciado una ligera contracción en sus masivos músculos—. Se está moviendo.

—Ya te lo había dicho —respondió Zeus, en tono distraído, y añadió dirigiéndose al titán—. Atlas, soy Zeus, hijo de Cronos, tu legítimo señor. Sé que me escuchas. Quiero saber dónde están los dos anillos de Urano que faltan.

Zeus aguardó un tiempo prudencial. Pero Atlas seguía impertérrito, con los ojos clavados en la nieve, mientras los dedos del pie que tenía más retrasado se estiraban lentos como las raíces de un árbol.

—Contéstame, Atlas, hijo de Urano. ¿Dónde encontraré los anillos de tu padre? Veo que tienes el de cobre y el de bronce. ¿Dónde están los anillos de plata y de oro?

Ninguna respuesta. Zeus contuvo los deseos de aporrear el rostro del titán, pues sospechaba que sería tan insensible a los golpes como la propia palanca que empujaba.

—Necesito saber dónde están los anillos de Urano, Atlas.

Los labios del coloso se entreabrieron, y de su boca brotó un gruñido que parecía el ulular del viento:

—Uuuuuuuuuuuu...

—¡Maldita sea! ¡Dime lo que te pregunto o te arrojo al Tártaro con tus hermanos!

—Padre —dijo Alcides—, me parece que está hablando.

—¿Pero qué dices? —repuso Zeus, cada vez más irritado.

—Es sólo que habla así de despacio, igual que se mueve.

Al comprender que su hijo tenía razón, Zeus trató de serenarse. Igual que para ellos Atlas casi parecía una escultura inerte, tal vez ellos se le antojaran a él visiones que desfilaban fugaces y efímeras por el rabillo de sus ojos.

—Vamos a coger sus dos anillos —decidió—. Tal vez cuando los tenga en mi poder se me ocurra dónde puedo encontrar los otros dos.

Decirlo era más fácil que hacerlo. Los meñiques de Atlas parecían fundidos sobre la superficie de la palanca. Alcides tuvo que trepar sobre el cuerpo del titán, encaramarse a su brazo, rodear el dedo de Atlas con ambas manos y tirar con todas sus fuerzas. Así consiguió despegar ambos meñiques apenas el grosor de un cabello, pero fue suficiente para que Zeus tirara primero del anillo de cobre y luego del de bronce. Mientras, el titán seguía hablando a su ritmo tan cansino como el crecimiento de un árbol.

—... uuuuuuunnnn...

Alcides saltó al suelo, con el corazón palpitando como un tambor por el esfuerzo. Su padre, mientras, observaba los anillos. Estaba sopesando si le compensaría quedarse en aquel lugar el tiempo suficiente para que Atlas terminara de pronunciar una frase. Suponiendo que una vez pronunciada, él la entendiera, que tuviera algún sentido y que además no fuera una vulgar mentira. Al fin y al cabo, Atlas tenía tan pocos motivos como Prometeo para ayudarle.

Maldito Prometeo. Según el titán, Atlas sabría darle razón de los anillos que faltaban. Su primo le había engañado, y luego le había obligado a empujarle al cráter del volcán para impedir que pudiera regresar y arrancarle la verdad.

No, se dijo Zeus. En el fondo, tenía la convicción de que Prometeo no había mentido. Allí, bajo el eje de los cielos, ya fuera en las palabras de Atlas, ya en su propia persona, debía haber algún indicio de dónde se encontraban el anillo de oro y el de plata.

—No tiene ningún anillo más, padre —le dijo Alcides, como si le hubiera leído el pensamiento—. Está desnudo. No lleva ni siquiera ajorcas ni brazaletes.

Zeus examinó los dos anillos que había conseguido. El de cobre tenía grabados cinco signos, uno por cada uno de los planetas. En el de bronce, los diamantes de colores parecían representar las estrellas del cielo. Y el signo del anillo de hierro que le había entregado Prometeo, el que regía las órbitas de los cuerpos erráticos, era un cometa. Mientras los estudiaba, por curiosidad, Zeus juntó los cinco dedos de su mano izquierda e intentó introducirlos por el anillo de cobre. La alhaja se dilató por sí sola, y Zeus pudo llevarla hasta la muñeca, donde quedó ajustada como una pulsera.

Aquello le hizo pensar en algo que había visto. Era...

—¡Mira, padre! ¿Qué es esa luz?

Zeus volvió la vista hacia el sur, pues allí era imposible mirar en otra dirección. Una lucecita roja venía volando a gran velocidad por encima de los hielos. Zeus sospechó de qué podía tratarse, pero no le dijo nada a Alcides hasta que la luz se convirtió en la silueta de un joven dios que llevaba a otra persona cargada sobre la espalda. La forma de volar y el resplandor del caduceo le confirmaron que era su hijo Hermes. La sorpresa hizo que el recuerdo que había estado a punto de acudir a su mente se borrara.

Y lo que Hermes traía en su zurrón le hizo olvidarse por completo de los anillos de Urano.

—Mira, padre. Tu mano —le dijo, y señalando a Hefesto añadió—: Y aquí te traigo a quien te la va a poner de nuevo.

El dios herrero se disculpó mientras desplegaba las puntas y filos del *poliergus*.

—Lo siento, Zeus. Me temo que esto te va a doler.

La Gigantomaquía

El día de la batalla que sería conocida como Gigantomaquia amaneció despejado. Incluso la nube que cubría las cimas del Olimpo y que creaba la ilusión de que Pírgos surgía del aire había desaparecido, descubriendo a la vista la inacabable espiral del puente del Arco Iris. Era como si Gea quisiera que la derrota definitiva de los olímpicos se produjera a plena luz, a la vista de todos, incluso de los remotos ojos de su aborrecido marido Urano.

Atenea, armada con *Némesis*, su yelmo y una coraza de placas de acero que le llegaba hasta la cintura, estaba de pie sobre la gran puerta de la muralla exterior, asomada al este. Desde allí su vista abarcaba todo el paso de Tempe, el estrecho corredor de tierra comprendido entre el monte Olimpo y el mar. Durante toda la noche, a la luz de una luna a la que apenas le faltaban un par de días para llenar del todo su faz, había contemplado cómo una miríada de antorchas rodeaba los muros de Hieróptolis.

La víspera, Apolo había llegado con la respuesta de Poseidón: el dios del mar lo lamentaba, pero temía que si se ausentaba de su reino en esas circunstancias, alguna criatura nueva o antigua intentara arrebatárselo. Más, a pesar de sus noticias descorazonadoras, el dios arquero se había animado al ver que el cielo se despejaba, pues bajo la luz del sol podía desplegar su vela y su poder aumentaba, ya fuera por sugestión o porque los rayos de Helios alimentaban realmente su fuerza.

—No te fíes —le había dicho Ártemis—. Eso es que Gea está muy segura de su victoria, o que algo trama.

—En cualquier caso, se lo agradezco. Prefiero combatir bajo la luz.

Pues todos ellos estaban convencidos de que la voluntad y la inteligencia que impulsaban a aquel ejército no eran las de los gigantes, ni siquiera las de Tifón, que se proclamaba nuevo soberano del mundo, sino las de la astuta y resentida diosa de la Tierra.

Durante la noche, muy a lo lejos, se empezó a divisar un resplandor rojizo en el cielo meridional. Como Hermes había partido en su propia misión e Iris no podía ausentarse, pues tenía que defender la entrada del puente del Arco Iris en el Cranón, habían recurrido como mensajeros a Calais y Zetes, los hijos de Bóreas, dos jóvenes leales a Zeus y casi tan veloces como Hermes. Al regresar, habían contado que la intensidad de la erupción en el volcán de Atlas era ya tal que los habitantes de las aldeas de la isla habían huido en barcos, temiendo la ira de la tierra. En cambio, muchos de los moradores de la ciudad, quienes en mayor peligro estaban por vivir bajo las faldas del volcán, se habían quedado refugiados en los sótanos del palacio, ya que Jenódice, que reinaba sola desde que Tifón despedazara a su marido Tesmio, insistía en que la diosa Gea los protegía.

Pero lo que había dicho Gea era: *Haré reventar todos los volcanes de la tierra con la furia de mis entrañas, y sembraré el aire con un espeso manto de cenizas que cubrirá el mundo entero. Tal vez aquél, el día de la Gigantomaquia, sería el último día de luz sobre la tierra.*

El alba empezaba a despuntar, roja y no gris, como si aquel día quisiera empezar ya como un crepúsculo ensangrentado. Sobre el adarve de la muralla aguardaban firmes los Consagrados. Había unos doce mil guerreros, armados con arcos y flechas, lanzas y espadas de bronce, y también algunas armas de hierro. Una fuerza lastimosa para enfrentarse a lo que los fuegos de la noche habían insinuado y la luz del día naciente mostraba ahora.

Pues frente a las murallas de Hieróptolis se alzaba otra muralla de piedra; pero ésta era viviente. En las primeras líneas había centenares de gigantes, tan grandes como los propios cíclopes y más robustos, cuyo tamaño resultaba evidente por los escaramuceros que corrían por delante de ellos y se acercaban a los muros de la ciudad para cantar groseros desafíos. Aquellos humanos les llegaban poco más arriba de la cintura. Por detrás de aquellos gigantes, aún se levantaba otra empalizada de cabezas más altas, las de los pétreos. Entre ellos se advertían las amenazadoras siluetas de las máquinas de asedio, las catapultas, balistas, onagros y escorpiones fabricadas en los talleres del Olimpo, y que ahora, en un irónico acto de resarcimiento, volvían al hogar.

Dispersos entre los pétreos, altos como torres de asedio, estaban los viejos gigantes, los Quince que habían nacido de las gotas de sangre de Urano. Sus voces de mando, poderosas como graves trompas de cuerno, resonaban en la distancia.

Por detrás de los gigantes se extendía una muchedumbre humana, bárbaros que habían bajado del norte huyendo del avance de las nieves, dispuestos a recoger como fruta madura los despojos de las ciudades que arrasaban los gigantes. Insensatos, pensó Atenea, que ignoraban el auténtico alcance de los planes de Gea, donde a ellos no les tenía reservado ningún hueco.

Aquel enjambre humano llegaba hasta la playa; pero a la izquierda de Atenea, al norte, se veían más tropas que habían acudido a ayudar a los gigantes en la demolición del Olimpo. De lejos, las figuras oscuras que aguardaban sobre una pequeña loma podían parecer jinetes humanos, pero la aguda visión de la diosa de ojos glaucos los distinguía como lo que eran, centauros. Y sin duda aquella masa que se veía detrás de los centauros, extendiéndose hasta los márgenes del bosque cercano, era una horda de habitantes de la espesura, sátiros y ménades que no tomarían parte en el combate hasta que estuviera resuelto.

Las líneas enemigas se abrieron en un pasillo, y una figura solitaria avanzó entre ellas para acercarse a la puerta de la muralla. Atenea ya sentía cierta curiosidad por conocer a Tifón, de quien tanto había oído hablar. Aquella criatura que mezclaba en su ser la sangre de los dragones y de Cronos, y que en cierto modo era hijo de Gea y a la vez de la propia Hera, tenía la estatura de los gigantes más pequeños. Pero las alas desplegadas a su espalda le daban un aire más siniestro, y a la luz rojiza del alba su cuerpo resplandecía como rescoldos recién avivados.

—¡Abrizz lass puertass al legítimo señorr del Olimpo! —rugió la bestia.

Ártemis, que estaba sobre uno de los baluartes de la muralla, disparó su arco de plata. Su flecha silbó como un reflejo de luz buscando los ojos de Tifón. Pero el proyectil se desvió en pleno vuelo, chocó contra el escudo que el monstruo llevaba en el brazo izquierdo y resbaló hasta el suelo. La diosa disparó cuatro veces más, y por cuatro veces sus dardos rebotaron inofensivos contra el broquel. Al lado de Atenea, Evandro, el rey de Hieróptolis, un hombre de barba cana y rasgos afilados que aún era capaz de combatir con el brío de un mozo, dijo:

—Es imposible. Ártemis jamás falla un disparo y menos cinco.

—Ése es el escudo que Hefesto forjó para Ares —dijo Atenea—. Atrae las flechas. Aunque Tifón se lo colgara a la espalda, le protegería igual.

De todas formas, ni los dardos de Ártemis ni los de Apolo podrían perforar las escamas dracontinas que cubrían el cuerpo de Tifón. Con una fiera sonrisa, Atenea se dijo que aquella proeza estaba reservada para la punta adamantina de *Némesis*.

—¿Ésste ess el resspeto k'e mostráiss a vuesstro legítimo señorr?

—¡Sólo hay un señor del Olimpo, y se llama Zeus! —gritó Atenea, y su voz de diosa corrió por la llanura y llegó hasta las filas de los enemigos.

—¿K'ién eress tú, mujer? —preguntó Tifón.

—¡Soy Atenea Políade, defensora de la ciudad!

Tifón se había acercado lo suficiente para que Atenea pudiera contemplarle con cierto detenimiento. El monstruo había recogido las alas, que ahora perfilaban un oscuro triángulo tras su cuerpo al rojo. Desde allí, las serpientes de su cabello parecían mieses agitadas por el viento.

—¿Atenea? ¿Dónde esstá tu Ég'gida, diossa guerrera? ¡La necesitaráss cuando te abraze con miss llamass!

—¡Sólo me pongo la Égida cuando lucho contra enemigos de verdad, no contra lagartijas del campo!

Una carcajada recorrió el adarve. Atenea hubiera querido sentirse tan segura como los hombres que tenía a su lado, pues lo cierto era que echaba de menos la protección de la Égida. Tendría que suplirla con habilidad y destreza.

—¡Pronto tragaráss tuss palabráss y algo máss, hija del usurpadorr! ¡Vete desspidiendo de tu virg'ginidazz!

¿Otra vez?, pensó Atenea, y añadió en voz alta:

—¡Vete a buscar a tus amigos de piedra!

El monstruo se dio la vuelta y se alejó. Mientras caminaba de espaldas volvió a extender las alas en señal de desafío. Ártemis probó suerte de nuevo, pero como había predicho Atenea, sus flechas pasaron de largo, curvaron su trayectoria en el aire y se estrellaron contra el escudo fabricado por Hefesto con un sordo clangor.

—¿Crees que atacarán ya, hija de Zeus? —preguntó Evandro.

Atenea se volvió hacia él. No era un hombre bajo, pero ella le sacaba un palmo de estatura.

—¿Y a qué van a esperar si no? Son gigantes. No tienen mucho qué pensar.

El rey tragó saliva y pidió permiso a Atenea para recorrer el parapeto y dar las últimas instrucciones a sus hombres. Ella se lo concedió. Compadecía a Evandro. Sabía que para los mortales la

cercanía de alguien como ella era perturbadora, en todos los sentidos. Había captado las miradas de los soldados que guarnecían el adarve. Admiración, curiosidad, un anhelo inconfesable por su belleza. Pero, sobre todo, el miedo que la presencia de los dioses despertaba en los humanos. Los Consagrados intentaban mostrarse confiados y valerosos delante de los inmortales, pero el temblor de sus voces los traicionaba.

No sólo los Consagrados guarnecían la muralla. También había refuerzos llegados de Tesalia y Pieria; y, desde dos días antes, habían acudido oleadas de refugiados, huyendo de la horda de gigantes que bajaba del norte como un maremoto en plena tierra. A los que traían armas, los habían acogido tras las murallas de Hieróptolis. A aquellos que no podían defenderse a sí mismos, los enviaron lejos, al sur del paso de Tempe, y les dijeron que se instalaran donde pudieran. Atenea sabía que allí también correrían peligro, al menos hasta que encontraran el amparo de una ciudad con murallas, pues en los llanos los centauros hacían veloces incursiones y causaban estragos con sus flechas, mientras que los bosques se habían convertido en lugares mortíferos. Pero no podían admitir a más gente en Hieróptolis, donde se libraría una batalla como los humanos jamás habían presenciado.

Al menos, los combatientes no tenían que preocuparse más que por ellos mismos. Las mujeres, los niños, los ancianos y todos los enfermos capaces de moverse habían sido evacuados a las tierras montañosas al oeste del Olimpo. Los Consagrados sólo tenían que pensar en mantener el terreno que pisaban. Aunque, fracasaban, si la montaña sagrada caía, sus familias no tendrían mucho futuro.

No permitiré que estos débiles, necios, codiciosos, impúdicos y encantadores humanos desaparezcan de la tierra, pensó.

Hieróptolis ofrecía dos murallas a los enemigos. La exterior estaba construida sobre una planta octogonal, pero sólo tenía cinco

lados, pues en la parte oeste era la pared rocosa de la propia montaña que servía de baluarte. Sobre esta muralla se alzaban cuatro torres de defensa, una por cada intersección de los lienzos, y tan sólo tenía una gran puerta asomada al este, sobre cuyo dintel, en el triangulo de descarga, dos águilas de piedra oponían sus picos. Aquel muro berroqueño tenía doce codos de altura y cinco de grosor, unas medidas que se antojaban inexpugnables ante un ataque humano, pero no cuando los enemigos eran gigantes tan rocosos como la propia pared.

Pasado el muro exterior se abría el patio de liza, un espacio libre cubierto de adoquines, que subía en una empinada pendiente hasta el muro interior. Este, de forma semicircular, dominaba con sus diez codos el adarve de la muralla exterior, pues sus cimientos estaban contruidos a más altura. Allí la puerta no miraba al este, en línea con la otra, sino que estaba orientada al sur. De esta forma, si los atacantes lograban derribar la primera puerta, tendrían que avanzar más de dos estadios bajo la muralla interior, al alcance de los proyectiles de los defensores, hasta llegar a la siguiente puerta.

Por detrás del muro interior se alzaban las casas, templos y palacios de la ciudad, construcciones magníficas, algunas de ellas adornadas con cúpulas cuya construcción sólo dominaban Hefesto y sus cíclopes, y que los micénicos trataban de imitar apilando hiladas de piedras en sus toscos túmulos funerarios. Pero todos esos edificios quedaban eclipsados por el puente del Arco Iris, que partía de la Crépide, la gran roca que le servía de cimiento. Allí, como última defensa, Atenea había apostado a cien cíclopes armados de grandes martillos. Si los gigantes vencían esta resistencia y conseguían poner el pie en el puente, todo quedaría en manos de los dioses.

Como había previsto Atenea, el ataque comenzó en seguida. Los gigantes avanzaron hacia las murallas sin temor, bamboleándose al

avanzar y dejando caer los pies a compás. La llanura retumbó bajo sus pisadas como un inmenso tambor, con un resultado aterrador para los humanos. Los guerreros empezaron a cruzar miradas de pavor al ver aquella masa parda que se desplazaba hacia ellos y algunas piernas flaquearon.

En ese momento, se oyó una voz clara como la plata, y todos levantaron la mirada. Por encima de sus cabezas apareció la figura luminosa de Apolo. Había bajado desde la montaña y ahora sobrevolaba las primeras líneas enemigas con su vela desplegada como un gran espejo rojo a la luz del amanecer. Sus flechas caían del cielo como una lluvia de oro, mientras él cantaba *¡lé, Pean! ¡Defended la mansión del cielo, hijos de Zeus! ¡lé, Pean!* Varios gigantes fueron abatidos por sus saetas, y brotaron gritos de júbilo entre los defensores. *Bravo por Apolo*, pensó Atenea. Era importante para la moral infligir las primeras bajas al adversario. Aunque los gigantes derribados pertenecían a las primeras filas, jóvenes cuya piel no era aún lo bastante gruesa, e incluso así Apolo había necesitado al menos cuatro flechas para cada uno. El dios volvió a pasar sobre el adarve y voló hacia la Crépide para reponer los dardos de su carcaj, sin dejar de cantar con aquella voz que tonificaba los ánimos. Pero sólo habían caído seis de los atacantes.

Y la primera línea ya estaba a menos de cien codos de la muralla. Siguiendo el ejemplo de Apolo, varios dioses voladores pasaron sobre el adarve disparando sus arcos: Eos, Calais y Zetes, y Angelia, la hija de Hermes (traidora también, Atenea lo sabía, pero si ahora quería ganarse el perdón de los olímpicos, no sería ella quien lo impidiera). También dos de los hijos de Eolo, que trataban de detener a los gigantes levantando vendavales. Pero a esa altura eran débiles, y además no estaba con ellos Bóreas, el más poderoso. *¿También nos habrá abandonado?*, se preguntó Atenea. Céfiro y Austro sólo conseguían levantar nubaredas de polvo que molestaban a los gigantes y les hacían rugir aún más encolerizados, pero apenas frenaban su avance.

Entre las filas enemigas se oían voces de mando, graves y estridentes como aludes en la montaña. Pero las palabras eran oscuras y los torbellinos levantados por los dioses-viento se las llevaban entre el polvo.

—¡Eolo! —gritó Atenea—. ¡Controla a tus hijos!

Pero el rey de los vientos había entrado también en la lid y no hizo caso. ¡Ah, pensó Atenea, los mortales eran mucho más disciplinados que los dioses! Pero ya no necesitó escuchar lo que decían los enemigos para comprender la maniobra. Una columna entera de gigantes, tal vez cincuenta, se destacó del frente y formó una cuña que, en una carrera tosca pero constante, embistió contra la puerta de la muralla.

—¡Arqueros! —gritó Atenea.

Una nube de flechas cayó sobre los gigantes. Mil, dos mil, tres mil dardos volaron zumbando como avispas furiosas. Algunos de ellos se clavaban, pero la mayoría, si no golpeaban de lleno o no llevaban fuerza suficiente, rebotaban inofensivos en las placas petrificadas de la piel gigantina. Pocos, muy pocos de los enemigos cayeron. Acribillados como erizos o alfileteros andantes, los gigantes seguían su camino. Y protegidos por los cuerpos de los demás, seis de ellos cargaban un enorme ariete fabricado para que lo manejaran al menos treinta humanos.

¡¡Blammm!!

La puerta retembló con el primer impacto. Atenea se asomó por la parte interior del adarve. Ya había previsto eso, y el otro lado de la puerta estaba apuntalado con grandes vigas. Aún así, le pareció insuficiente y ordenó a un pelotón de diez cíclopes que acarrearan las piedras que tenían preparadas y las apilaran contra la puerta. Su idea era convertirla en una parte más de la muralla, aunque supusiera inutilizarla para salir, pues no tenía la menor intención de mandar una carga suicida de sus tropas. Cerauno, el hijo de Brontes, animó a sus camaradas, y entre todos hicieron rodar y resbalar sobre los adoquines grandes losas y enormes sillares

arrancados de los edificios. Aunque los cíclopes no tenían la fuerza de los gigantes, sus brazos valían por los de cinco hombres.

Los enemigos seguían aporreando la puerta con la cabeza de cabra del ariete, mientras las flechas los hostigaban en vano. Más retrasados, los gigantes pétreos y los Quince jaleaban a gritos a sus compañeros. De las jambas de roble saltaban enormes astillas y los goznes rechinaban y temblaban, a punto de reventar, mientras los cíclopes seguían amontonando piedras. Atenea se arrepintió de no haber ordenado que actuaran antes. El propio Apolo voló sobre los gigantes y descargó una aljaba entera en menos de cien latidos de corazón. Cuatro de los enemigos que cargaban el ariete cayeron abatidos, pero otros tantos ocuparon su puesto mientras el dios arquero tenía que volver al interior de la ciudad para reabastecerse de flechas.

Atenea miró a su alrededor. Sobre el parapeto, algunos arqueros habían dejado de disparar, frustrados por el poco efecto de sus proyectiles. Otros arrojaban piedras sobre los gigantes, pero era como recibirlos en la ciudad tirándoles pétalos de rosa.

La diosa guerrera sintió cómo el icor empezaba a hervirle en las venas. Ante el asombro de los Consagrados, saltó sobre las almenas enarbolando a *Némesis* sobre su cabeza. ¡*Por Zeus!*, gritó en el aire, y cayó al lado de los gigantes. No le importaron las flechas de los propios defensores, que seguían volando en granizadas hacia la puerta. Aunque no llevaba la *Égida*, los proyectiles humanos no tenían poder suficiente para dejarle más que arañazos en la piel.

La furia del combate se había apoderado de ella. *Némesis* empezó a causar estragos entre los gigantes. La mayoría doblaban en estatura a Atenea, pero también eran mucho más lentos y torpes que ella. La diosa guerrera aferró su lanza adamantina con ambas manos y empezó a girarla en cegadores molinetes, usando a la vez la punta y la contera para atacar a sus enemigos. Los gigantes, que no estaban acostumbrados a que nada penetrara su gruesa piel, se

apartaban de ella entre rugidos de dolor. Atenea hería sin cesar, procurando inutilizar al mayor número de enemigos, buscaba tobillos y rodillas para desjarretar a algunos, y cuando podía saltaba en el aire y clavaba la punta de su lanza en los ojos o la asombrada boca de los gigantes.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba rodeada. Un gigante la agarró por la cintura con una sola mano y la levantó en vilo. Atenea sintió que sus vértebras crujían, pero se revolvió con una ira sobrehumana y le clavó la lanza en el ojo con tal fuerza que la punta de adamantio salió por la nuca. El gigante se derrumbó como un roble talado. Atenea, al caer al suelo, vio que se abría un círculo entre sus adversarios y que ahora nadie cogía el ariete. En el adarve sonaban gritos de júbilo, y un grito unánime en honor de Políade, la defensora de la ciudad. El icor palpitaba en los oídos de Atenea y el furor del combate hacía que lo viera todo rojo. Durante unos instantes se quedó sola defendiendo la puerta, pero luego oyó un agudo grito de guerra, y al volver la mirada vio que el dios Eníalo saltaba desde el adarve con su hacha doble.

—¡Aguanta, hija de Zeus! ¡Estoy contigo!

Una luz brilló sobre ella, y Atenea sonrió al alzar la mirada y ver la vela solar de Apolo, cuyas flechas cayeron como pedrisco sobre los gigantes.

Pero el suelo retumbó bajo sus pies. Los gigantes más pequeños se apartaron para dejar paso a una carga furiosa. Los pétreos venían a la carrera, blandiendo árboles enteros y grandes rocas, y sobre ellos destacaban como cúpulas las cabezas de los Quince.

Al lado de Atenea sonó un alarido. Eníalo retrocedía hacia la puerta. Su hacha doble brillaba al rojo vivo y se deshacía en grandes gotas de metal líquido. Tifón había decidido entrar en combate. El monstruo, que parecía haberse materializado de la nada, desencajó sus enormes mandíbulas y escupió un chorro de hierro líquido sobre Eníalo. El dios guerrero clavó la rodilla y

desapareció aullando bajo aquel torrente amarillo cuyo intenso calor llegó al rostro de Atenea.

No era prudente seguir allí. Los Quince ya estaban casi sobre ella, mientras Tifón se entretenía en arrodillarse para volver a engullir el hierro fundido que había vomitado, ahora con los restos abrasados de Eníalo. Atenea retrocedió hacia el muro y miró hacia arriba. En un par de saltos y ayudándose de sus dedos de acero podría escalar fácilmente hasta el adarve, pero eso supondría darle la espalda al enemigo, algo que se le antojaba peligroso y a la vez indigno.

Oyó un grito sobre su cabeza, mitad relincho y mitad gorjeo. Glauce había comprendido que su ama estaba en apuros y bajaba desde el interior de la ciudad. En una maniobra que habían ensayado a menudo, la hipogrifo pasó rauda a un codo del suelo con las piernas encogidas, y Atenea saltó a su lomo. Glauce remontó el vuelo en un ángulo muy abrupto, lo justo para pasar sobre la cabeza de un gigante pétreo, que demasiado tarde levantó el brazo para atrapar a aquella criatura con cara de búho. Atenea llevó a su montura lejos de la puerta y le ordenó que se posara sobre el terrado del torreón sur de la muralla.

Allí, desde lo alto del cubo, Atenea comprobó que la situación era muy grave, aunque apenas habían transcurrido unos minutos de batalla. Ahora que los gigantes más grandes estaban junto a la puerta, no había nada que los defensores humanos pudieran hacer para detenerlos. Aunque Apolo seguía asaeteándolos desde las alturas, y Ártemis desde el adarve, eran demasiados para ellos. Algunos de los gigantes tan sólo tenían que estirar los brazos para llegar a las almenas, y los Quince ni siquiera eso. Sus enormes manos barrían el adarve, mientras los Consagrados se escondían tras las almenas entre gritos de pánico, se apelotonaban y se empujaban unos a otros por huir de los enormes dedos de piedra. Muchos de ellos no lo conseguían y eran apresados por los gigantes, que los estrujaban hasta reventar sus corazas de bronce y

sus costillas dentro de ellas, los arrojaban lejos como guiñapos, o les arrancaban las cabezas con los dientes. Otros defensores, en su pánico, caían por encima del pretil al otro lado de la muralla y se aplastaban contra los adoquines del patio de liza.

Para colmo, Tifón levantó su corto vuelo y se plantó sobre la puerta de la muralla, regurgitando el hierro líquido que había vuelto a tragar al pie de la muralla. Aquellos que no quedaron aplastados por aquella masa fundida saltaron del parapeto convertidos en teas humanas. Al propio rey Evandro lo ensartó en sus garras, lo alzó sobre su cabeza cornuda y lo exhibió como un estandarte antes de arrojarlo a los gigantes que aporreaban la pared.

Por la parte del muro que aún no había sufrido el ataque de los gigantes corrían gritos de desaliento y pavor. Apolo volvió a volar sobre Tifón y le disparó media aljaba, pero el escudo atrajo todas las flechas. Al verlo desde su torreón, Atenea no pudo evitar el recuerdo de Hefesto, y maldijo su arte que ahora se volvía contra ellos, incluyendo las máquinas de guerra. Pues una flecha de casi tres codos de largo silbó en el aire disparada por un escorpión y pasó rozando la vela de Apolo, de la que saltaron chispas blancas.

Atenea notó que las sombras perdían sus filos acerados, y miró hacia el sur. Desde allí venía un frente de nubes oscuras, de una negrura innatural, que avanzaban al Olimpo a gran velocidad. *El volcán de la isla de Atlas*, pensó Atenea. Así que ésa era la nueva sorpresa de Gea. Había despejado las nubes de agua tan sólo para enviarles otra cuajada con las cenizas que había vomitado de sus entrañas.

Atenea volvió la mirada con desesperanza. Todo el lienzo este de la muralla parecía un malecón azotado por un oleaje de piedra que rugía como una tormenta infatigable. Los defensores abandonaban sus puestos, descendiendo por las escaleras interiores hacia el patio que llevaba a la segunda muralla.

Tifón había tomado ahora el mando de sus huestes. Desde lo alto de la muralla, emprendía cortos vuelos y sembraba el terror y la

destrucción por doquier con su aliento de metal fundido. Cuando se le agotaba el fuego, ingería de nuevo la lava que había vomitado o devoraba las armas de los enemigos caídos y las fundía en el crisol que tenía por estómago.

El ariete ya se había tronchado, más por la violencia de sus operarios que por la dureza de las placas de bronce que reforzaban las jambas. Tres gigantes de los grandes se agacharon junto a la puerta y terminaron de astillar la madera a puñetazos, y luego, tras arrancar y doblar con los dedos las planchas metálicas, empezaron a retirar las piedras que habían apilado los cíclopes. Pero ni siquiera les habría sido necesario derribar la puerta. Pues entre las manos de los gigantes y las llamaradas de Tifón, casi un tercio de la muralla había quedado despejado de defensores, y ahora los aliados humanos de los gigantes llegaban a la muralla con sus escalas y subían sin temor a las flechas enemigas.

—¡Retirada! ¡A la muralla interior! —gritó Atenea, sobrevolando el parapeto a lomos de Glauce.

En el espacio de liza se libró una cruenta batalla. Los Consagrados que bajaban del lienzo norte y corrían hacia la puerta de la muralla interior, que estaba a más de cuatro estadios hacia el sur, se enfrentaron con los cimerios que habían asaltado las almenas con sus escalas y ahora se desparramaban como una plaga por el patio. Aunque los guerreros tesalios eran más disciplinados y poseían mejor armamento, el número de los bárbaros no hacía más que crecer. Para colmo, el propio Alcioneo y tres de sus hermanos echaron abajo las águilas que coronaban el triángulo de descarga, empujaron la enorme losa que formaba el dintel y derrumbaron por fin la puerta. Los gigantes apartaron a patadas las piedras y entraron al patio, aplastando bajo sus pies a todo mortal que encontraban, sin importarles si se trataba de defensores de la ciudad o de sus propios aliados.

Entre ambas murallas perecieron más de cinco mil Consagrados, que no pudieron llegar a tiempo al amparo de la puerta Sur. Los

grandes gigantes y Tifón, impacientes ya, enfurecidos y embriagados por la destrucción que habían provocado, se dirigieron a esa puerta, mientras desde fuera de Hieróptolis las máquinas de asedio de Hefesto ya habían llegado a su posición de combate y, aunque tarde para derribar la muralla exterior, ahora se cebaban con el bastión interior y con los edificios del corazón de la ciudad.

La puerta Sur, que no era tan sólida como la Este, cayó a los primeros embates, y los sillarejos que la sujetaban volaron rotos en pedazos como vulgares ladrillos. Desde arriba Apolo y Ártemis, en su carro tirado por ciervos alados, seguían disparando, al igual que Calais y Zetes, y también Eos, que agitaba con valor sus alas blancas, aunque sus proyectiles no eran lo bastante poderosos para penetrar la piel gigantina. Los arqueros mellizos lograron clavar muchas flechas en los ojos de sus enemigos. Pero cuando un gigante se quedaba tuerto, normalmente tenía la astucia de cubrirse la frente con las manos y avanzar mirando al suelo tras el rastro de los demás, sabiendo que Apolo y Ártemis siempre iban a buscar sus ojos.

El ritmo de la batalla se precipitó. Era como si la fría sangre que corría por los miembros de los gigantes se hubiera calentado, y ahora actuaban con una furia ciega. Los pétreos abrieron camino a los Quince, ahora por las calles de la ciudad. Algunos se limitaban a abrir los brazos y entrar en callejuelas estrechas, y al caminar iban derribando paredes y columnas a su paso. Los cimerios aullaban entre sus piernas e incendiaban y saqueaban todo lo que encontraban. Para su enojo, no hallaron a las mujeres que querían violar; todo lo más, ancianas tan enfermas que sus familiares las habían tenido que abandonar, muchas de las cuales morían de la impresión al ver cómo los pies de los gigantes atravesaban los techos de sus casas.

Apolo sobrevoló el palacio del rey Evandro, del que se levantaban nubes de polvo mientras los gigantes derribaban sus paredes y tejados a puñetazos. A menos de doscientos codos de allí se levantaba la Crépide, la roca oscura en la que los propios gigantes tallaron antes de que él naciera una escalera de enormes peldaños, como si previeran que los necesitarían así de grandes para el día en que asaltarán el cielo. En lo alto de la Crépide había una pequeña explanada de la que partía el puente del Arco Iris. Allí, cien cíclopes armados con martillos montaban guardia, acompañados por no más de veinte dioses, pues la mayoría de los habitantes del Olimpo eran divinidades como las Carites o las Musas, que salvo excepciones no entendían de las artes de la guerra.

Debían retrasar a los gigantes como fuera; pues aún, en un rincón de la mente de Apolo, había una visión que le hacía albergar un mínimo de esperanza. De modo que el hijo de Zeus y Leto seguía volando incansable entre el puente del Arco Iris y las calles de Hieróptolis, disparando, reponiendo flechas y volviendo a disparar. Bajo él, los Consagrados que aún quedaban vivos subían en riada hacia la Crépide. Allí, Atenea, comprendiendo que los humanos no tenían nada que hacer en aquel combate tan desigual, los empujaba hacia el puente para que subieran al Olimpo.

¿Y qué hacemos después, cuando lleguen allí?, se preguntó Apolo. ¿Seguir retrocediendo, hasta que quedemos tan sólo un puñado de defensores en lo alto de la Atalaya?

Apolo regresaba a la Crépide para recargar la aljaba, pues sólo le quedaban tres flechas, cuando empezó a perder altura. Alarmado, miró hacia arriba. En el fragor del combate, no se había dado cuenta de que la nube negra que venía desde el sur había cubierto ya medio cielo y tapaba el sol. Su vela desapareció, y él cayó desde las alturas, en el centro de la amplia avenida que unía el palacio de

Evandro con la Crépide. Aturdido, se puso en pie y descubrió que cuatro de los gigantes más grandes venían hacia él, mugiendo de furia y placer.

—¡Dejádmelo a mi! —gritó uno de ellos, enarbolando sobre la cabeza una columna de mármol—. ¡Será Gratión quien aplaste la odiosa cabeza de Febo Apolo!

Los demás se detuvieron y jalearon a su compañero, pues los gigantes nunca rechazaban un duelo individual. Gratión dio dos zancadas hacia Apolo y le lanzó un terrible golpe desde las alturas. El dios se apartó apenas a tiempo. La columna se rompió en mil fragmentos de mármol, algunos de los cuales le golpearon en la espalda y en la cabeza. Aprovechando que el dios clavaba la rodilla en el suelo, Gratión lo atrapó con su mano izquierda y lo acercó a su rostro, con la intención de devorarlo. Apolo le puso un pie a cada lado de la boca e hizo fuerza por librarse de la presión de los dedos. Pero las mandíbulas de Gratión seguían abriéndose, como si aquella boca cuajada de dientes de sílex fuera una sima sin fondo, y las piernas de Apolo no daban más de sí.

En ese momento, una flecha plateada silbó en el aire y se clavó en la lengua rugosa de Gratión, y otra le perforó el ojo. Apolo aprovechó el desconcierto del gigante, y recurriendo a todas las energías que había heredado de su padre, tensó los músculos en un esfuerzo supremo y logró separar los dedos del gigante. Saltó al suelo, flexible como un gato, y recogió el arco.

Allí, al pie de la escalera de la Crépide, estaba Ártemis, con su carro volador.

—¡Sube, hermano! —exclamó.

Pero no eran ellos los únicos arqueros de aquella batalla. Cuando los ciervos alados iban a remontar el vuelo, una flecha disparada por un centauro se clavó en el cuello de uno de ellos y lo mató en el acto. El otro, incapaz de levantar el peso del carro y de los dos dioses, se enredó con sus propias alas y cayó patas arriba. El vehículo se volcó, y Apolo y Ártemis saltaron fuera de él. Gratión

se había apartado a un lado y se dedicaba a pisotear el altar y el pórtico del pequeño templo de Hermes, pero ahora el que se adelantaba de las filas de los gigantes era el propio Tifón.

—¡Loss mellizoss divinoss! ¡Voy a fundiross a loss doss en un solo blok'e de hierro!

Apolo y Ártemis dispararon a la vez contra la bestia, pero fue en vano, pues el escudo volvió a desviar las trayectorias de sus flechas, que resbalaron inocuas sobre la bloca. Entonces volvieron la mirada a la vez. A apenas diez codos empezaba la escalera que subía hacia la Crépide, desde donde Atenea y otros dioses les hacían señas para que se retiraran.

—Yo no pienso huir de ellos como una cobarde —dijo Ártemis—. ¿Y tú, hermano?

Por toda respuesta, Apolo cargó su penúltima flecha y tensó el arco.

—Jamás avergonzaría a nuestros padres haciendo algo así.

La flecha silbó en el aire y se clavó en el ojo de un pétreo. Tifón gritó:

—¡Dissparan a loss ojoss, esstúpidoss! ¡Agachazz la cabeza y cargazz a ciegaass! ¡Aplasstazloss!

Cinco gigantes apoyaron las manos en el suelo y se prepararon para embestir, como enormes arietes sin ojos, cubriendo toda la anchura de la amplia avenida. En ese momento, Apolo levantó la mirada, pues acababa de notar en el rostro un calor familiar.

—¡El sol!

La nube negra había detenido su avance y ahora empezaba a retroceder hacia el sur, arrastrada por un viento que silbaba en las alturas. Apolo reconoció en ese silbido la voz de Bóreas y sonrió. Sin perder tiempo, abrió los brazos para desplegar su vela, tomó a Ártemis por la cintura y golpeó con el pie derecho en el suelo. En cuestión de segundos ganó veinte codos de altura, mientras bajo sus pies los cinco gigantes pasaban como elefantes furiosos y se estrellaban de cabeza contra el arranque de la empinada escalinata.

Tifón rugió de frustración y saltó detrás de Apolo. Aunque sus alas le permitían poco más que planear, sus masivas piernas le daban un gran impulso. Pero cuando se acercaba al dios, una especie de serpiente blanca y cegadora cayó del cielo y se estrelló contra su pecho. Una lluvia de chispas saltó entre sus escamas y recorrió sus alas, y la criatura cayó al suelo maldiciendo y escupiendo brasas.

Apolo levantó la mirada mientras regresaba a la Crépide. Bajo las alas del viento norte, un carro llevado por cuatro caballos alados bajaba desde las alturas del Olimpo, y su auriga era un dios al que conocía muy bien.

—¡Zeus Salvador! —gritó Apolo—. ¡Zeus ha vuelto a la batalla!

Embriagado por el placer del combate, Zeus ordenó a sus cuatro corceles que se arrojaran en picado sobre los enemigos. Entre los dedos de su mano derecha las chispas saltaban como genios diminutos mientras el próximo rayo se iba cebando. Pero abajo, la voz rocosa de Alcioneo gritó:

—¡Cubrid a Tifón!

El carro alado pasó sobre las cabezas de los gigantes, y con una carcajada Zeus lanzó un rayo capaz de desgajar un árbol de raíz. Pero una masa de pétreos había rodeado el cuerpo de su caudillo. La descarga envió por los aires a tres de ellos, que quedaron retorciéndose en el suelo durante unos instantes. Uno de ellos se levantó y otros dos ya no se movieron. Pero Tifón había desaparecido de la vista, oculto tras una muralla de piedra viviente.

—¡Sabía que no eras más que un cobarde y un farsante! —gritó Zeus.

El rey de los dioses había viajado desde el confín norte del mundo sobre las espaldas de su hijo Hermes, que durante el viaje le puso al corriente de la situación. Al llegar al Olimpo, se había apresurado a uncir a un carro sus cuatro caballos negros de reserva e incorporarse a la batalla. Detrás de él debían venir Hefesto y Alcides, a los que traían las águilas. No tardarían mucho más en

llegar, pues Bóreas venía soplando desde el Polo con toda su furia para traerlos al Olimpo y alejar además la nube de cenizas que amenazaba con cubrir la morada de los dioses.

Zeus dejó atrás la vanguardia de los enemigos y sobrevoló la ciudad, contemplando con una ira inexpresable la ruina en la que habían convertido la ciudad de Hieróptolis. Por doquier se levantaban llamas y nubes de polvo, y los escombros arrojados por los gigantes volaban hacia las alturas como si el propio suelo los escupiera. Más allá, en la llanura que bajaba hasta el mar, una multitud de bárbaros, centauros y habitantes de los bosques se agolpaba en las brechas abiertas en la muralla esperando recibir su cuota de rapiña y destrucción.

—Ya os ajustaré las cuentas luego —masculló Zeus.

Pero ahora debía concentrar su atención en los gigantes. Zeus viró hacia el oeste, volvió a sobrevolar las cabezas rocosas de los asaltantes y posó el carro al pie del puente del Arco Iris. Cuando desmontó, los demás dioses acudieron para formar un círculo y arrodillarse ante él.

—¡Levantad! —les ordenó, extendiendo la mano izquierda—. No es momento de homenajes.

Desde allí arriba, la ciudad era un mar de cabezas de piedra que sobresalían entre llamas y nubes de polvo. Ya no había rastro de oposición en la ciudad. Pero los gigantes se habían detenido antes de llegar a la escalinata de la Crépide, temerosos del poder de Zeus. Este alzó la mano derecha y lanzó un rayo que cruzó restallando casi doscientos codos de distancia y derribó a uno de los Quince. Pero al cabo de un rato el gigante se levantó, aunque a duras penas, y un abucheo corrió entre las filas enemigas. Zeus comprendió que tenía que cargar más tiempo el rayo para abatir a los gigantes de mayor tamaño, lo que suponía perder momentos muy valiosos. Y los gigantes debieron comprenderlo también, porque empezaron a avanzar con paso lento, pero seguro, hacia la escalera.

¿Dónde estará Tifón?, se preguntaba Zeus.

Zeus miró a su alrededor. Tal vez cien cíclopes, unas decenas de dioses, de los que tan sólo Apolo y Ártemis eran rivales para los gigantes... Y también Atenea, que estaba al pie del puente, junto a su hipogrifo, sin atreverse a acudir junto a él.

Una fuerte racha de aire húmedo llegó del sur y pasó sobre las cabezas de los gigantes que ya pisaban el pie de la escalera. La racha se condensó en una forma alada, y un dios con las mejillas rubicundas y sudorosas se materializó ante Zeus. Era Noto, el viento sur.

—¿Qué haces aquí? —le reprendió Zeus, y señaló hacia las alturas. Allí, Bóreas estaba muy atareado alejando la nube de cenizas que pugnaba por sombrear el Olimpo—. ¡He ordenado que sólo sople el viento norte!

—Te pido disculpas, hijo de Cronos —dijo Noto, agachando la cabeza. Olía a sal del mar, pero también a cenizas y azufre—. He volado muy bajo y apenas he desplegado las alas, te lo juro.

—¿Por qué motivo?

—La nube negra, ¡oh, Zeus! Viene de la isla de Atlas.

—Eso ya lo sabíamos —intervino Apolo.

—¡Pero ha crecido más que nunca! —dijo Noto—. El volcán ha reventado. Todo el corazón de la isla ha volado por los aires...

Y el palacio de los mismos que me traicionaron, pensó Zeus, con acerba satisfacción. Pero los gigantes ya subían por la escalinata, mientras los cíclopes bajaban a defenderla armados con sus enormes martillos.

—¡Explícate rápido!

—Una ola gigantesca está recorriendo el Egeo y no tardará en abatirse sobre las costas de Creta y el resto de las Cíclades. Pero eso no es lo peor —se apresuró a añadir Noto al ver el gesto de impaciencia de Zeus—. Cuando Bóreas estaba aventando lo más espeso de la nube negra, ha descubierto lo que escondía en su

interior, y por eso me ha enviado a mí. Está intentado retenerlos, pero la propia fuerza de la Tierra los impulsa.

—Por los ojos de las Erinias, ¿a quiénes?

—Son dragones, ¡oh, Zeus! Cien dragones gigantescos, cien criaturas aladas que vienen hacia aquí llameando fuego.

—¿Cien? ¿Has dicho cien?

—Yo mismo los he visto, ¡oh, hijo de Cronos! —insistió Noto, y el terror en sus ojos era genuino.

Zeus estaba tan concentrado en lo que oía que había olvidado disparar el rayo que cebaba entre sus dedos. Apartando a los demás dioses, que trataban en vano de contener a los atacantes con sus dardos, lanzó una descarga desde el borde de la Crépide. Cuatro gigantes rodaron por la escalera, arrollando a sus compañeros. Pero los Quince, más astutos, se habían retrasado y ahora enviaban a sus congéneres más jóvenes en masa para que afrontaran la cólera de Zeus. Y Tifón seguía escondido entre ellos.

Aquella descarga eléctrica fue tan potente que durante unos instantes detuvo el avance de los gigantes. Pero Zeus captó a su alrededor miradas de desaliento. Todos se habían dado cuenta de que tenía que esperar antes de fulminar de nuevo a sus enemigos, y era evidente que estaban calculando. Al igual que él. Y el resultado era que faltaba tiempo o sobraban gigantes.

Además estaba la cuestión de esos dragones. No contaba con ellos, nadie le había advertido de su existencia. Él, que los había combatido en el pasado, sabía que eran unos adversarios aún más formidables que los gigantes. Y, para colmo, podían volar. El puente del Arco Iris no sería ningún obstáculo para ellos, ni los mármoles del Cranón podrían resistir sus llamas.

—¿Es verdad? —preguntó, volviéndose a sus hijos—. ¿Tenemos que luchar además contra cien dragones?

—Me temo que sí —dijo Apolo—. Estaban en la profecía que recibí en Delfos.

Zeus frunció el ceño. Hermes le había hablado del trance que había sufrido Apolo, pero no había dicho nada de una visión plagada de dragones. Sin embargo, los ojos de su hijo eran sinceros, y aún más genuino era el terror de Noto.

—No podremos con ellos...

Apolo lo dijo en voz baja, pero los demás dioses le oyeron, y empezaron a correr rumores de desaliento entre ellos. *Nos van a aniquilar, es mejor que abandonemos el Olimpo a su suerte, no hay nada que hacer...* Incluso algunos de los cíclopes abatieron los brazos y empezaron a recular hacia la entrada del puente. Era sólo cuestión de unos minutos que empezara la desbandada.

Zeus se acercó al borde de la escalera y volvió a lanzar otro rayo. La descarga fue aún más poderosa, tal vez por la rabia de su corazón. Cinco gigantes rodaron peldaños abajo arrastrando a otros en su caída, y los demás se detuvieron e increparon a Zeus con sus voces graníticas.

—¡Atenea! —exclamó Zeus.

Los demás hicieron un pasillo a la diosa, que se acercó a Zeus con la barbilla agachada.

—Mírame a la cara —ordenó él.

—Sí, padre —repuso Atenea. Y cuando lo hizo, Zeus se dio cuenta de que los ojos grises de su hija estaban húmedos, pero no por temor ni culpa, sino por la felicidad de verlo vivo.

—Debo subir al Olimpo para encargarme de esa nueva amenaza —dijo, sin concederse tiempo para efusiones—. Tú, diosa de la guerra, debes demostrar que eres en verdad Atenea Políade y que sabes defender la ciudad de los dioses. ¡No permitas que esos miserables devasten el Olimpo como han hecho con Hieróptolis!

—¡No lo haré, padre!

Atenea se caló la visera del yelmo, levantó a *Némesis* sobre su cabeza y ordenó a los cíclopes que la siguieran escalera abajo para detener a los gigantes. Mientras los cíclopes enarbolaban sus martillos y los dioses, enardecidos por el ejemplo de Atenea, volvían

a asaetear a sus enemigos, Zeus montó de nuevo en su carro alado y emprendió el ascenso al Olimpo.

Creía tener la pieza que faltaba en su mente y que había estado a punto de encontrar bajo el eje del cielo. Si su intuición le fallaba, el Olimpo, los dioses que lo poblaban y sus sirvientes humanos estaban condenados.

Desde el mirador del Austro, situado en el borde exterior de la Aguja Sudeste, Hera, Deméter y Afrodita contemplaban la lejana batalla que se libraba a sus pies. Apolo había ordenado a los Consagrados que las confinaran en el palacio del Cranón, pero Hera no tuvo más que levantar una ceja para conseguir que los guerreros humanos abrieran sus filas y les permitiera pasar. Para su frustración, aunque las nubes que habitualmente ocultaban Hieróptolis se habían despejado, el palacio del Olimpo estaba a tal altura que desde allí apenas podían distinguir más que confusos movimientos de masas junto al perímetro de las murallas. De cuando en cuando llegaban ruidos del combate, ecos confusos y graves como truenos en la lejanía. Y, mientras, las nubes negras seguían acercándose desde el sur, y en su interior brillaba un resplandor rojo, como el de un incendio que se propagara por los cielos.

—No me gustan esas nubes —dijo Deméter—. No creo que traigan nada bueno.

—Tranquila, hermana —contestó Hera—. Pase lo que pase, y gane quien gane, nosotras sobreviviremos.

—¡Ja! —dijo Afrodita—. Yo sobreviviré. Soy la única Primera Nacida que vive en el Olimpo. Y sea quien sea el nuevo rey, siempre necesitará a una diosa del amor.

—No estés tan segura de que va a haber un nuevo rey —dijo Deméter—. ¡Mira allí!

Un carro blanco subía casi en vertical desde la llanura. Cuatro caballos tiraban de él, batiendo las alas como si los persiguieran todas las fuerzas del Tártaro. Eran negros como la noche, y las tres

diosas los conocían bien; pues eran los cuatro corceles que Zeus usaba cuando quería dar descanso a los caballos blancos que normalmente uncía a su carro y que había perdido en la isla de Atlas.

—¡No puede ser! —gimió Hera.

El carro alado se posó en el puente que llevaba a la Aguja Nordeste. Zeus desmontó y corrió hacia las tres diosas, vestido con unos harapos quemados y sucios. Pero para sorpresa de Hera, no estaba ciego ni manco como esperaba, sino tan sano como la última vez que lo viera y más furioso que nunca.

—¡Afrodita! —gritó el rey de los dioses, subiendo los escalones que llevaban al mirador de cuatro en cuatro—. ¡Ven conmigo!

La diosa del amor retrocedió, asustada. Pero Zeus se plantó junto a ella en tres zancadas más, la cogió por la cintura y se la echó al hombro.

—¡Déjame! —gritó Afrodita—. ¡Sabes que Gea te apoyó con la condición de que jamás te acostaras conmigo!

—Y ahora entiendo sus razones —respondió Zeus, volviendo hacia el carro. Pero antes de alejarse, se dio la vuelta y señaló a Hera con la mano del rayo—. Sé todo lo que has hecho. Si sabes lo que te conviene, ve a visitar a tu hermano Hades y enciérrate por ti misma en el Tártaro.

Hera se quedó temblando, y se abrazó a su hermana Deméter. Zeus, sin soltar a Afrodita, que pataleaba en vano sobre sus macizos hombros, montó en el carro y emprendió el vuelo hacia la Atalaya.

Atenea comprendió que no podían detener la avalancha de gigantes en la Crépide. Los defensores humanos habían muerto o habían huido fuera de las murallas. Hieróptolis era un montón de escombros. Si los gigantes no habían concentrado todo el poder de su masa y su número en el acceso al puente del Arco Iris, era porque su pasión por destruirlo todo había hecho que muchos de ellos se desviarán por las calles de la ciudad para arrasar templos,

palacios y viviendas. Pero ahora que no quedaba nada en pie, todos volvían sus ojos a la Crépide, y la marea de roca era incontenible.

—¡Retirada! —ordenó Atenea—. ¡Todos al puente!

De los cien cíclopes que con tanta bravura habían defendido la escalinata no quedaban más de treinta. Atenea les ordenó que subieran los primeros, mientras los dioses los cubrían con las pocas flechas que les quedaban.

—¡Seguidme! —ordenó Cerauno a sus compañeros de raza. Cuando el último de ellos pisó el puente, él mismo agitó el martillo sobre su cabeza para saludar a Atenea y apretó el paso. Aunque la propia velocidad de la rampa los subía a las alturas, los cíclopes corrieron, confiando en sus piernas más ligeras para adquirir ventaja sobre los gigantes y cumplir la misión que les había encomendado Atenea. *Destruir para salvar*, les había dicho.

En la Crépide, cuando Atenea consideró que ya habían ganado tiempo suficiente para los cíclopes, los dioses alados levantaron el vuelo mientras los demás montaban en los carros disponibles. Ella misma se quedó durante un instante, montada a lomos de Glauce. Cuando los primeros gigantes pisaron la Crépide, Atenea apretó las rodillas sobre los flancos de la hipogrifo, alzó el vuelo sobre sus cabezas y los desafió blandiendo a *Némesis*.

—¡Atreveos a mancillar el Olimpo y seréis aniquilados!

Las carcajadas de los gigantes sonaron como las olas de una tormenta estrellándose en los acantilados del monte Atos. Atenea, esbozando una torva sonrisa, ordenó a Glauce que ascendiera a las cumbres de Pírgos.

Instantes después, los gigantes quedaron dueños del último bastión de Hieróptolis, la Crépide. Sólo entonces Tifón ordenó a los pétreos que lo cubrían con sus cuerpos que se apartaran, y fue él el primero que plantó el pie en el puente del Arco Iris.

—¡Seguizme al Olimpo! —gritó, desplegando las alas sobre su cabeza—. ¡No dejéis piedra sobre piedra! ¡Hoy es el último día de los dioses!

Zeus subió con el carro hasta el balcón de la Atalaya, algo que nunca antes había hecho. Afrodita seguía aporreándole la espalda e insultándole, sin perder un ápice de furia. Zeus atravesó su despacho y entró directo a la alcoba. Allí, arrojó a la diosa del amor sobre el lecho y le desgarró la túnica.

—¡Esto lo pagarás caro, Zeus! —gritó Afrodita, tratando de arañarle la cara—. ¡Yo sólo me acuesto con quien quiero!

Con la mano derecha, Zeus le agarró ambas muñecas en una tenaza implacable y la obligó a subir los brazos sobre la cabeza. Así levantados, sus pechos eran tan deseables como había sospechado siempre, pero por una vez la lujuria no entraba en sus pensamientos. Lo que le interesaba era el ceñidor de Afrodita. Tiró primero de la banda dorada y luego de la plateada, y empujó a la diosa al otro lado de la cama para que le dejara en paz.

—¿Cómo te atreves...?

—Vete de aquí, Afrodita. *Ahora.* —Zeus volvió la mirada hacia la diosa del amor y frunció el ceño. Ella comprendió que aquella era la mirada del dios que había arrojado a los titanes al Tártaro, recogió su túnica y huyó despavorida de la Atalaya.

El sendero diseñado por Hefesto subía a tal velocidad que el sol apenas había trepado en el cielo cuando los primeros asaltantes llegaron a la Aguja Sudeste. Allí montaba guardia Iris, que tocó su trompeta y amenazó a los gigantes con la destrucción si osaban poner el pie en el Olimpo. Pero al ver a Tifón, que iba el primero, la diosa mensajera batió las alas y abandonó su puesto. El hijo dracontino de Cronos y los once gigantes que aún seguían en pie de los Quince cruzaron bajo el arco de marfil que daba paso al Olimpo. Entre rugidos de júbilo, corrieron por una amplia avenida blanca, derribando a su paso las columnas y las fuentes de mármol,

arrancando de raíz los árboles y pisoteando las flores de los jardines.

Cruzaron así la Aguja Sudeste, arrasándolo todo. Atenea había ordenado evacuarla, y los dioses mayores y menores que moraban allí se habían retirado hacia el norte y el sur, evitando el Cranón; pues la diosa guerrera estaba convencida de que Tifón iba a dirigir hacia él su ataque. Aunque su padre le había encargado que impidiera la devastación del Olimpo, comprendió que tendría que sacrificar algunas zonas. Pues el propio impulso del puente del Arco Iris hacía más irrefrenables a los gigantes, y era preferible retrasar las posiciones defensivas.

Tifón y los grandes gigantes, al no encontrar resistencia, se dirigieron en vanguardia hacia el puente que cruzaba entre la Aguja Sudeste y el Cranón. Ticio, que había sido el embajador de su raza en la última asamblea de los dioses, guiaba a los demás. Fue él mismo quien observó que en el centro del Buleuterión había una catapulta, una de las armas que ellos mismos habían robado al ejército de Ares y que ahora, como por arte de magia, había aparecido en lo alto del Olimpo.

—¡Cuidado! —advirtió a Tifón.

Una gran roca voló sobre sus cabezas y cayó en el centro del puente. Dos pétreos perdieron el equilibrio y se precipitaron en el abismo.

—¡Seguizz, esstúpiddoss! —ordenó Tifón.

Pero eran cíclopes quienes atendían la catapulta, y con su fuerza y su destreza la cargaron mucho antes de lo que Tifón esperaba. La siguiente roca cayó cerca del final del puente, que empezó a oscilar. Algunos gigantes retrocedieron asustados, mientras que otros seguían avanzando. Pero como no lo hacían en orden, sino cada uno por su cuenta, en el centro se formó un tropel de brazos y piernas rocosos que empujaban y golpeaban. El puente, que no estaba preparado para tanto peso, se desplomó, y más de veinte gigantes cayeron al vacío rugiendo de rabia y terror.

Mientras los cíclopes subían por el puente del Arco Iris, Apolo, Hermes, Angelia y Noto habían volado hacia el exterior de Hieróptolis, obedeciendo las instrucciones de Atenea. Los humanos que vigilaban las máquinas de asedio huyeron despavoridos al ver cómo cuatro dioses furiosos bajaban desde las alturas, y ellos sólo tuvieron que elegir una catapulta de buen tamaño y combinar sus esfuerzos para alzarla del suelo.

Mientras Apolo y sus compañeros izaban la pesada máquina hasta el Olimpo, los gigantes subían a su vez impulsados por el movimiento sin fin de la banda exterior del puente del Arco Iris. Pero Atenea, que se había adelantado a lomos de Glauce, no estaba ociosa. Después de ordenar la evacuación de la Aguja Sudeste, en la que incluyó a sus tías Hera y Deméter, encargó a Cerauno y a sus cíclopes que golpearan con sus martillos el puente que unía la Aguja con el Cranón para debilitarlo.

—No quiero que lo derribéis ahora —le dijo a Cerauno—. Debe caer cuando esté repleto de gigantes.

—Y así será —contestó el cíclope, con una sonrisa belicosa.

El resultado fue que el puente se derrumbó, y cientos de gigantes quedaron apiñados en la Aguja Sudeste, pues los cíclopes habían demolido ya los puentes que unían ésta con las Agujas Sur y Nordeste. Pero los cálculos de Atenea no habían sido lo bastante exactos, y el puente tardó en desplomarse más de lo que había previsto. Siete de los Quince consiguieron plantar sus pies rocosos en el Cranón. Allí estaban Alcioneo, y también Porfirión, Toante, Palas, Polibotes, Encelado y Agrio. Como montañas andantes, los hijos de la sangre de Urano recorrieron los pórticos y columnatas del Buleuterión, derribando todo lo que encontraban a su paso y desviándose si era preciso para causar más destrozos. Atenea había previsto que su ira destructiva y su odio por los dioses se

desatarían aún más al llegar al Olimpo que ellos mismos habían ayudado a levantar.

—¡No oss preocupéiss por loss diosecilloss! ¡Seguizzme hassta esa torre! —ordenó Tifón, señalando con sus garras a la Atalaya.

Pero cuando subía por la escalera que llevaba a la plataforma central, donde los grandes olímpicos presidían las asambleas, una diosa se plantó en su camino. No estaba armada como Atenea o Ártemis: simplemente vestía un peplo y un manto azul, y se cubría la cabeza con un tocado. Algo impulsó a Tifón a detenerse antes de aplastarla; tal vez fue la majestad con que caminaba la diosa, o acaso simple curiosidad.

—¡Tifón! —exclamó la diosa—. Yo, Hera, te saludo como nuevo señor del Olimpo. —Y añadió señalando hacia la Atalaya, donde se veían el carro y los caballos de Zeus sobre la balconada—: Allí encontrarás a tu enemigo indefenso y abandonado a la lujuria. Es tu ocasión de destruirlo.

—¡Hera! —silbó el monstruo, y se acercó a la diosa, que estaba unos cuantos peldaños por encima de él—. Gea me ha dicho k'e tú eress mi verdadera madre, k'e tú incubasste el huevo del k'e nací.

—Así es, hijo mío —dijo Hera, estirando el brazo derecho en un gesto de serena elegancia para que Tifón le besara la mano.

—Yo te ssaludo, madrre —dijo la bestia.

Tifón clavó una rodilla en tierra y, con una extraña delicadeza, tomó la mano de Hera entre dos de sus uñas. Pero después sacó la lengua, roja como un hierro candente, y lamió el brazo de Hera desde la muñeca hasta el hombro. La diosa retrocedió con un chillido de dolor. Pero Tifón estiró el brazo, la tomó de la cintura y la arrojó a la piscina donde nadaban los dioses marinos cuando acudían al Buleuterión.

—¡Ya tengo demasiadass madress! —rugió, y subió las escaleras que conducían a los asientos de los doce grandes y el sitial de Zeus, dispuesto a ocupar el sitio que le correspondía en justicia.

Hera, humillada, salió del agua enredada en su propia ropa. Pero mientras intentaba desprenderse del manto empapado, un gigante corrió hacia ella, abandonando a sus hermanos, que luchaban contra los cíclopes y dioses que habían acudido a defender aquella última posición. El gigante se inclinó sobre Hera, extendió su enorme mano y la cogió por la cintura.

Aunque a los dioses todos los gigantes les solían parecer iguales, Hera reconoció a aquél espécimen. Era Porfirión, el mismo que, cuando ella visitó el país de los gigantes para conseguir el semen congelado de Cronos, le había pedido a Alcioneo que se la entregara para refocilarse con ella.

—¡Ahora eres mía, esposa de Zeus! —rugió el gigante, y de su boca pedregosa cayeron chorros de espuma.

Algo chocó contra la espalda de Porfirión y lo hizo trastabillar.

—¿Otra vez tú, Ares? —rugió el gigante—. ¡Esta vez no te valdrán tus trucos, diosecillo!

Porfirión soltó a Hera, que volvió a caer al agua. La diosa vio que alrededor del cuello del gigante habían aparecido unos brazos, y su corazón se llenó de esperanza pensando que podía ser su hijo, el dios de la guerra. Pero cuando Porfirión se revolvió, se dio cuenta de que la figura que se había colgado a su espalda no era la de Ares. Aquel joven le era desconocido, y por el aspecto de su piel habría jurado que se trataba de un mortal.

—¡No me llamo Ares, saco de piedras! —gritó el humano—. ¡Soy Alcides, hijo de Zeus y Alcmena!

Hera chapoteó y bufó de rabia al descubrir que, finalmente, Zeus había consumado su pasión por Alcmena, en contra de lo que a ella le había dicho. Mientras, aquella lucha desigual proseguía ante sus ojos. El gigante, que había aprendido la lección en su combate con Ares, comprendió que era inútil intentar quitarse a aquel mosquito del cuello, pues sus brazos eran demasiado rígidos para alcanzarlo. En cambio, se dejó caer de espaldas con todo su peso. Las losas de

mármol del suelo se resquebrajaron bajo el impacto; pero, para sorpresa de Porfirión y la propia Hera, Alcides no aflojó su presa.

—¡Suéltame, maldito insecto! —gritó el gigante, con voz cada vez más ronca.

Para asombro de Hera, el joven Alcides hizo fuerza con las piernas por debajo del enorme corpachón del gigante y logró girarlo, de manera que fue él quien quedó encima y Porfirión tumbado boca abajo. El gigante apoyó las manos en el suelo y trató de levantarse. Pero apenas había empezado a estirar los brazos cuando Alcides probó una nueva táctica. Sus manos agarraron la barbilla pétrea de su rival, clavó los pies en su nuca y dio un tirón brutal hacia atrás, arqueando la espalda. Los músculos del joven se hincharon y se escuchó un crujido tremendo cuando el cuello del gigante se tronchó como un árbol abatido por las hachas de los leñadores. Alcides soltó por fin su presa, y la cabeza de Porfirión se estrelló inerte contra las losas.

Nunca se había oído tal griterío en el Olimpo. Los gigantes encerrados en la Aguja Sudeste insultaban a los dioses, arrancaban piedras de paredes y suelos para arrojarlas desde allí al Cranón o a las otras Agujas, y, poco acostumbrados a tales apreturas, se empezaban a aporrear entre ellos como animales en celo.

En el Buleuterión, los grandes gigantes, los hijos de la sangre de Urano, luchaban contra sus enemigos. Alcides ya había derribado a uno, cumpliendo la visión de Apolo que había contemplado cómo un guerrero mortal combatía del lado de los dioses. Mientras Apolo y Ártemis asaeteaban a los demás y varios cíclopes destrozaban a martillazos los cuerpos de dos gigantes a los que habían logrado derribar, Tifón, ajeno al destino de sus huestes, se detuvo ante la grada sobre la que se alzaba el trono de basalto de Zeus.

—¿Por qué tengo k'e desstruir esste lugar? —silbó—. Ahora ess mío.

—Este trono ya tiene dueño.

Tifón se volvió. Más abajo los olímpicos y los gigantes seguían combatiendo, pero eso ya le daba igual. Nada tenía que ver él con esa ralea de brutos pedregosos a los que había utilizado para subir hasta el Olimpo. Ahora esperaba a un ejército mucho más poderoso y por cuya sangre ardiente sentía más afinidad que por la de los estúpidos gigantes. Sus cien hijos estaban al llegar, pero antes de ese momento quería disfrutar su triunfo sentándose a solas en el trono de Zeus. Aunque la diosa guerrera que avanzaba hacia él parecía empeñada en estropear su placer.

—No te interrpongass en mi camino, mujerr.

—Y tú retrocede ahora mismo, bestia del Erebo, o muere —dijo Atenea, aferrando a *Némesis* con ambas manos.

Tifón soltó una carcajada y giró sobre su cintura, buscando el cuerpo de Atenea con los pinchos de su larga cola. Pero la diosa se agachó a tiempo, y aprovechando que el propio impulso de Tifón lo dejaba desprotegido, le clavó la lanza en la espalda. La punta de adamantio arrancó una escama del lomo de la bestia e hizo brotar la sangre incandescente. Tifón aulló de dolor y se revolvió.

—¿K'é arrma ess ésa k'e penetrra lo impenetrable? —gimió.

—Pregúntale a Gea, la misma que te creó.

Atenea retrocedió dos pasos y se preparó para atacar. La bestia, asustada por primera vez en su corta vida y poseída por su naturaleza animal, abrió los brazos, rugió y agitó las alas, tratando de asustar a la diosa guerrera con aquella exhibición.

Una bola llameante golpeó en los cuernos de Tifón. Este, sorprendido, volvió la mirada hacia la plataforma inferior, por donde Hefesto, ataviado con una larga cota de malla que le arrastraba entre las piernas, venía con toda la velocidad que su cojera le permitía.

—¡Aguanta, Atenea! —gritó—. ¡Voy en tu ayuda!

El dios herrero llevaba en las manos una honda cargada con bolas de tela. Mientras seguía corriendo, hizo girar la honda y volvió

a disparar, y el proyectil, empapado en alguna extraña mezcla, se inflamó en el aire. Pero Hefesto había cometido una insensatez queriendo combatir con llamas a una bestia que se bañaba en lava hirviente. Tifón apartó de un manotazo la segunda bola de fuego, y al darse cuenta de que allí tenía una víctima más fácil, dio un gran salto, abrió las alas para planear y se dejó caer a pocos pasos de Hefesto. El dios herrero retrocedió con gesto de pavor, se enredó con su propia cota de malla y cayó de espaldas.

Maldiciendo a Hefesto por su estupidez, Atenea saltó sobre la balaustrada y corrió hacia Tifón. La criatura dracontina se inclinó sobre Hefesto, desencajó las mandíbulas y abrió la boca para escupir el hierro fundido de sus entrañas.

—¡Nooooo! —gritó Atenea, dando un salto prodigioso con la lanza sobre su cabeza, buscando el cuello de Tifón.

Entonces comprendió que había cometido un error, que su salto había sido demasiado largo y que ya no podía cambiar su trayectoria. La bestia volvió su rostro hacia ella y de su boca monstruosa brotó un chorro de fuego amarillo. El último sonido que escuchó Atenea fue su propio grito de dolor.

Por fin tenía en su poder los cinco anillos de Urano. Zeus habría caído en la cuenta de dónde se encontraban los dos últimos si Hermes no hubiera aparecido de forma inesperada en el Polo, bajo el eje del firmamento. Por supuesto, ahora todo encajaba. Hablando del ceñidor, Tetis le había dicho: *Afrodita lo considera su mayor don, porque asegura que lo heredó de su padre*. Zeus se había dejado ofuscar por culpa de las palabras. *Anillo* siempre le había sugerido una alhaja pequeña, apta para encajar en un dedo. Pero ni el de Prometeo, ni los de Atlas, ni las dos bandas que ceñían los pechos de Afrodita tenían un tamaño propio, sino que crecían o disminuían de diámetro según las necesidades de su propietario.

Allí estaban, pues, los dos anillos que le faltaban. El de oro tenía grabadas tres cruces gamadas que representaban el sol, mientras que en el anillo de plata, como no podía ser de otra forma, se veían tres lunas crecientes.

Recordando algo que había hecho la noche en que Tetis se presentó con el ceñidor de Afrodita, Zeus deslizó el índice de la mano derecha por el borde de la banda dorada. Ésta se dilató y se puso rígida, formando una circunferencia perfecta de casi tres codos de diámetro. Después repitió la misma operación con cada uno de los anillos, y todos reaccionaron de la misma forma.

Provisto con cinco aros metálicos del mismo tamaño, Zeus salió a la terraza de la Atalaya. Casi había olvidado la guerra que se libraba a sus pies, pero ahora descubrió que en el Buleuterión sus hijos, incluyendo a Alcides, luchaban contra Tifón y los gigantes. Sin embargo, lo que más le preocupaba venía por el cielo y ya sobrevolaba la llanura de Tesalia. Una bandada de puntos negros, que en la distancia podrían haber parecido pájaros. Un centenar de dragones...

Zeus no sabía muy bien qué hacer. ¿Cómo manejar los anillos de Urano? Pensó que, puesto que representaban las órbitas celestes, si quería dominarlos tendría que convertirse en su eje. Entonces tuvo una intuición, y comprendió que sólo había una forma posible de actuar. Puesto que la Luna era el cuerpo más cercano, tomó el anillo de plata, se lo pasó por encima de la cabeza y lo dejó caer a sus pies. Luego hizo lo mismo con el anillo dorado del sol, el de hierro de los cuerpos errantes y el de cobre de los planetas. Por último, sostuvo sobre su cabeza el anillo cuajado de gemas que representaba la bóveda bronceínea de las estrellas.

Es una estupidez, se dijo. Pero entonces soltó el anillo, que cayó al mismo tiempo que un terrible grito de agonía que venía del Buleuterión taladraba sus oídos.

El quinto anillo no llegó a tocar el suelo. Cuando llegó a la altura de su cintura, empezó a girar por sí solo, y uno detrás de otro los

cuatro anillos restantes se levantaron del suelo y giraron al mismo ritmo que el primero. Aquel giro acompasado producía una extraña música, un zumbido armonioso que calmó la ansiedad que le había provocado aquel grito. Poco a poco, cada aro empezó a girar en un plano distinto, cada vez más rápido. Zeus se encontró en el centro de la esfera que dibujaban los anillos con sus vertiginosas revoluciones.

El cielo azul, el mármol blanco y las losas doradas de la Atalaya desaparecieron. Zeus se encontró aislado del mundo exterior, mientras la esfera crecía y crecía a su alrededor, hasta que pareció abarcar todo el cosmos; y a la vez seguía siendo pequeña, pues podía alcanzar con los dedos cualquier punto que quisiera. Vio desde fuera la Tierra, una pequeña esfera azul, más frágil de lo que Gea querría creer. Sobre ella, por encima del éter, se extendía una esfera de cristal que la protegía de todo mal: el regalo de bodas de Urano. Pero Zeus comprendió que se trataba de un regalo envenenado, pues aquella esfera no era compacta, sino que estaba compuesta por infinitas piezas transparentes que giraban en armonía, pero que también podían separarse y dejar paso a las amenazas que acechaban en el exterior.

Y allí, en el anillo de los cuerpos errantes, el más humilde de todos, el que había sido forjado con el hierro que tanto parecía detestar o temer Gea, encontró el poder para derrotarla. Pero comprendió que debía obrar con cuidado, pues sobre su cabeza pendía un poder muy superior al suyo y al de todas las criaturas de la Tierra juntas, fueran dioses o gigantes, hombres o dragones. Sus dedos se habían convertido en largos tentáculos inmateriales, y ahora los utilizó para buscar, buscar...

Caído en el suelo, Hefesto contempló con horror cómo un chorro de hierro líquido devoraba a la diosa a la que amaba; la misma a la que había intentado ayudar y cuyo fin había provocado él mismo

con su torpeza. Sólo la mano derecha de Atenea, la que empuñaba a *Némesis*, sobresalía del charco de hierro fundido que se desparramaba por el suelo siseando al contacto con el aire.

—Y ahora, diossecillo —dijo Tifón, volviéndose hacia él—, te toca a ti.

La criatura, que aún guardaba fuego en su interior, abrió las mandíbulas de nuevo y estiró el cuello. Pero el chorro de metal ardiente cayó sobre las losas del Buleuterión, pues una fracción de segundo antes Hermes pasó volando por delante de él, agarró a Hefesto por debajo de los brazos y lo sacó del peligro. Tifón se quedó un instante mirando a la nada, y luego se giró sobre sí mismo.

Los únicos gigantes que quedaban en el Cranón yacían inertes en el suelo. En su lugar, los aborrecidos olímpicos y un mortal estaban formando un círculo para rodearle. Tifón se agachó sobre el hierro que acababa de vomitar y lo absorbió de nuevo. El calor que se liberó en sus entrañas le ayudó a recobrar la confianza.

—¡Ssstúpidooss diosess! —siseó—. ¡Me habéiss hecho un favor matando a esoss gigantess de piedra ssin sesoss! ¡Mirazz al cielo! ¡Allí viene mi auténtico ejército!

Apolo tendió el arco y miró hacia el sur. Allí, a menos ya de veinte estadios, venía una bandada de dragones rojos, dorados y negros, vomitando fuego por las fauces, y sus rugidos se confundían con el retumbar del trueno. Las águilas de Zeus las precedían, chillando despavoridas y empequeñecidas por el tamaño de aquellas bestias. Presa del desánimo, Apolo abatió el arco. Ni siquiera tenía una flecha en la aljaba para cada dragón. Los cien hijos de Tifón llegaban al fin, y Atenea había perecido en un charco de lava tal como le revelaron los vapores proféticos de Delfos. Todo estaba perdido.

—¡Bajad aquí si tenéis agallas! —gritó el joven Alcides, chocando los puños furioso.

Tifón dejó caer al suelo el escudo de Ares y se burló de los olímpicos con carcajadas siseantes.

—Mirazz a los Cien Hijos de Tifón, inmortaless. Contemplazz el poderr de la Tierra desatado. Mirazz al cielo por última vezss antess de que Tifón abraze vuesstross ojoss y devore vuesstrass cabezass...

Pero el poder que se desató no fue el que esperaba el hijo de Gea. Algo brilló en las alturas, un resplandor que venía del norte, como si en el firmamento hubiera aparecido otro sol. Todos, dioses y monstruo, levantaron las miradas.

Una lluvia de fuego caía del cielo, como si las estrellas de la noche se hubieran desprendido de la bóveda de bronce para precipitarse sobre la tierra. Al principio aquella miríada de luces descendió en un silencio sobrenatural, pero luego empezaron a sonar agudos silbidos, seguidos por una sucesión de truenos tan poderosos que hicieron temblar todos los edificios del Olimpo. Los inmortales se agacharon tapándose los oídos, y los tímpanos de Alcides reventaron.

La lluvia de fuego estaba compuesta por cientos, tal vez miles de luces individuales, bólidos que dejaban estelas azuladas en el aire mientras se abatían sobre la oscura nube de criaturas aladas. Entre los dragones se alzaron rugidos de terror, ahogados por el fragor de aquella tormenta sideral, y algunos trataron de girar en pleno vuelo para huir de la amenaza. Pero era demasiado tarde. Los bólidos se abatieron sobre ellos como una granizada cegadora. Algunos dragones recibieron uno, dos y hasta tres impactos, pero la mayoría eran aniquilados a la primera colisión, pues el calor de los aerolitos incandescentes inflamaba sus propias llamas internas y los hacía estallar en el aire. En cuestión de segundos, lo que había sido una bandada de dragones cuyo poder superaba al de todos los dioses del Olimpo se convirtió en una nubareda negra, de la que, como

indolentes pavesas arrastradas por el viento, caían los restos en llamas de los cien hijos de Tifón.

Tras la tormenta de fuego, reinó un espeso silencio en el Cranón. Tifón, comprendiendo que se había quedado solo, levantó de nuevo el escudo de Ares y se preparó para enfrentarse con Apolo y sus hermanos. Se dijo que no estaba todo perdido. Sólo tenía que abrirse paso entre aquel puñado de dioses, llegar hasta el borde del Cranón, usar sus alas para planear hasta la Aguja Sudeste y desde allí deslizarse por el puente del Arco Iris. Gea ya le ayudaría a reclutar otro ejército. Lo importante era salir del Olimpo con vida para empezar otra guerra algún día.

—¡Dejádmelo a mí!

Tifón volvió la mirada hacia su nuevo enemigo. El carro alado de Zeus se había posado junto al trono, y ahora el rey de los dioses venía hacia él dando largas zancadas que hacían ondear su manto. Estaba furioso. Pensando que eso le haría más vulnerable, Tifón se dirigió hacia él, siseando como las serpientes que se agitaban entre sus cuernos.

—¿Vienes otra vez a ser humillado, hijo de Cronos? ¿Ves lo que queda de tu hija? Ella era más valiente y más poderosa que tú, y mira cómo ha acabado.

—¡Déjame que le arranque los cuernos, padre! —gritó Alcides.

—No —dijo Zeus—. Apartaos todos de aquí. Nadie puede quitarle su presa al rey.

Zeus refrenó el paso y avanzó hacia Tifón con el brazo izquierdo caído junto al costado y la mano derecha en alto. El monstruo decidió que tenía que aprovechar que aún no había cebado el rayo y saltó sobre él, abriendo las alas como un gran murciélago. Al posarse de nuevo en el suelo, casi encima del dios, abrió la boca y recurrió de nuevo a su arma más devastadora.

Pero el hierro fundido que vomitó de sus entrañas cayó inofensivo a los pies de Zeus, sin tan siquiera rozar su cuerpo. Incrédulo, Tifón retrocedió un paso y volvió a arrojar fuego líquido por sus fauces, una vez, dos veces, tres. Pero ni las llamas ni el metal fundido llegaban a tocar a Zeus, pues cuando se acercaban a su cuerpo caían inocuas como si resbalaran por una pantalla invisible. Tifón echó para atrás el cuello y buscó en sus entrañas una última carga de fuego, pero sólo salió de su boca una tímida nubecilla de gas.

—Es inútil —le dijo Zeus—. Mírame.

Tifón se acurrucó, como una fiera a punto de saltar, y trató de comprender. Entonces reparó en que Zeus llevaba una coraza dorada de escamas de dragón.

—Ésta es la Égida. Ningún arma ni fuego puede penetrarla. Era de mi hija Atenea, más digna de ella que yo.

La bestia, incrédula, se inclinó una vez más para reabsorber el metal que había expulsado. Pero una descarga eléctrica sacudió su cuerpo desde los cuernos hasta la punta de la cola, como si cien mil martillos lo golpearan a la vez a una velocidad increíble. Aquella fuerza lo empujó hacia atrás y le hizo caer sobre las alas, quebrando su membrana cartilaginosa. Se levantó en seguida usando la cola, pero cuando intentó acercarse de nuevo a los charcos de metal humeante, Zeus se había interpuesto en su camino. Tifón se revolvió para darle un coletazo. El dios, que apenas medía la mitad que el monstruo, detuvo el golpe entre sus manos sin mover los pies del suelo.

—No necesito más rayos para acabar contigo —le dijo Zeus, mirándole con pupilas que parecían cabezas de alfiler.

Al recibir la herida de la lanza de Atenea, Tifón pensó que había conocido el auténtico miedo, pero estaba equivocado. Había tanto odio en la mirada de Zeus que el monstruo cayó de rodillas.

—¡Perdón, Zeuss! —siseó—. ¡Soy tu hermano! ¡Yo también soy hijo de Cronos!

Zeus agarró los cuernos de la bestia y apretó los dientes.

—No habrá cuarto soberano celeste, hermano. Nadie desafía al poder de Zeus.

Y con un solo tirón de sus poderosas manos, rompió el cuello de Tifón.

Epilogo

Contra todo lo esperado, tras la peor derrota había llegado el momento de la mayor gloria para Zeus. Aunque para ello, como le vaticinara Cronos desde el espejo, había tenido que sufrir la más terrible de las pérdidas: su hija Atenea.

Ahora el mundo era suyo, o casi suyo. Acompañado por Apolo, entró en el templo de Delfos y traspasó las puertas del áditon, sabiendo que ni el monstruoso Pitón ni su esposa Delfine las guardaban ya. Ante la mirada furiosa de Gea, arrancó el cordón umbilical que rodeaba la estatua del bebé de piedra que lo había sustituido ante su padre Cronos y lo quemó entre sus dedos.

—Ya no tienes ningún poder sobre mí —le dijo a Gea, dejando caer al suelo las cenizas.

—Eso es lo que tú crees... —siseó ella.

—Ha llegado el momento de tu retiro, abuela. Baja a las profundidades de la Tierra y quédate allí.

—¡Tú no eres quien para enviarme al largo sueño! —siseó ella.

—Me da igual si duermes el largo sueño o velas la larga vigilia. Pero no volverás a intervenir en los asuntos de los dioses ni de los mortales, abuela.

—¡Eso ya lo veremos!

Zeus le hizo un gesto a Apolo. El dios solar encendió una antorcha de cristal que iluminó toda la estancia. Gea se encogió, tapándose la cara con las manos sarmentosas.

—¡La luz! ¡Fuera de aquí! ¡Aquí no puede entrar la luz!

—Todo lo contrario, abuela. Ahora voy a hacerte mi última advertencia. Si haces lo que te he prohibido, si te inmiscuyes una sola vez más en mi gobierno, convocaré el poder de Urano. ¡Y esta vez no recurriré sólo al anillo de los cuerpos errantes, sino que haré caer sobre ti toda la furia de los cielos y te convertiré en una bola ardiente!

—Si haces eso lo destruirás todo. ¡Tú también serás aniquilado!

Con una sola mano, Zeus agarró las muñecas de su abuela y la obligó a mirarle a la cara. Sus pupilas se clavaron implacables en las fosforescentes esferas ambarinas que Gea tenía por ojos.

—Entiende esto de una vez para siempre, abuela. Si yo no tengo el poder, nadie lo tendrá. O aceptas a Zeus como soberano, o perecerás. Has dejado de ser el asiento firme para dioses y mortales por igual. ¡A partir de ahora, ya no estás segura!

La diestra de Zeus llevaba un largo rato alzada. Sus dedos se abrieron y de ellos brotó un rayo cegador que llenó todo el áditon de chispas. El trueno hizo retumbar el suelo, y una racha de aire huracanado arrancó las vigas y las tejas de la techumbre del templo. Por primera vez en miles de años, los rayos del sol cayeron sobre Gea, que se acurrucó en el suelo con un grito de espanto y desde allí reptó como una culebra hasta la grieta humeante, donde se arrojó con un último chillido.

Zeus se volvió hacia Apolo.

—Tú mataste a Pitón, el dragón que custodiaba este sitio. Tú recibiste las visiones proféticas. A partir de ahora, serás el guardián de Delfos. Quiero que vigiles este lugar para que Gea nunca vuelva a salir de su encierro. A cambio, tuyo es el don de la profecía si así lo quieres.

—Un duro don es el que me haces, padre —contestó Apolo, con voz triste—. Pero así lo haré.

Con sus propias manos, Zeus cerró la profunda sima que se abría en el centro del mundo y sólo dejó una pequeña chimenea para que pudieran brotar los vapores proféticos. Desde aquel

momento, el oráculo perteneció a Apolo; pero entre los humanos se guardó el recuerdo del *khasma*, la grieta sobre la que la Pitonisa, la sacerdotisa de Apolo, vaticinaba el futuro sentada sobre el trípode sagrado.

A Zeus le tentó aniquilar a todos los dioses que participaron en la conjura, pero de hacerlo habría vaciado medio Olimpo y buena parte de los demás reinos, así que se conformó con tomar represalias contra algunos. A Hera, la castigó a estar un año entero suspendida sobre el Buleuterión, con un pesado yunque colgado de cada tobillo. Y mientras ella le miraba con odio desde el aire, Zeus pasó un brazo por los hombros de Alcides y le dijo a su esposa:

—Mi hijo te salvó de ser violada por el gigante Porfírión. ¿No se lo agradeces?

—¡No es más que un sucio bastardo! —gritó Hera, mordiéndose los labios para no llorar de dolor.

—Ya que tú no conoces la gratitud, yo le honraré por ti —dijo, y añadió dirigiéndose a Alcides—: Desde ahora, para que en tiempos venideros se recuerde cómo mataste con tus manos desnudas al gigante que quería mancillar a Hera, te llamarás Heracles, *Gloria de Hera*.

Al ponerle aquel nombre a su hijo, Zeus no le hizo ningún favor, pero en aquel momento no podía saberlo.

Por otra parte, a Tetis la obligó a desposarse con Peleo, un hombre mortal y someterse a su autoridad. A Ártemis no la castigó directamente, pues al final había luchado de su lado contra los gigantes; pero para darle una lección sedujo y dejó embarazada a su amante, la ninfa Calisto, a la que la propia diosa, despechada, convirtió en oso y abandonó en los montes de Arcadia. Poseidón, por no acudir en auxilio de los olímpicos, tuvo que trabajar durante un año reparando y ampliando las murallas de Troya, para Laomedonte, el nuevo rey de Troya. No hubo ningún inmortal que,

de una manera u otra, no recibiera su correctivo o su recompensa por el papel que había desempeñado en la guerra contra Tifón y los Gigantes. Salvo Perséfone, a la que no pudo castigar como hubiera deseado porque su madre amenazó con dejar la tierra estéril por segunda vez, y la hambruna que había provocado la guerra ya era lo bastante grave como para empeorarla. Y Ares, cuya incompetencia recibió bastante escarmiento con la humillación de presenciar la gran batalla desde el barril de bronce del que nadie se acordó de sacarlo hasta tres días después.

Había pasado un año y medio desde de la Gigantomaquia. Era un día fresco y no se veían apenas nubes en el cielo. Zeus, asomado a la Atalaya, contemplaba a sus pies el mar Egeo, las llanuras de Tesalia, los estrechos valles de Macedonia y los alargados dedos de la península Calcídica.

Por donde alcanzaba la vista, aún se encontraban cicatrices y restos del combate. Todavía los amaneceres y los crepúsculos eran de un rojo sangriento, por causa de las erupciones de Gea y de la lluvia de fuego celeste que Zeus había precipitado con los anillos de Urano. El humo y las cenizas vomitados por el volcán de la isla de Atlas empezaban por fin a despejarse, y la luz del sol llegaba de nuevo a la tierra. Este año, por fin, tendrían una primavera y un verano de verdad.

Los cálculos de Gea no habían sido buenos. Eran los humanos, como ella pretendía, quienes más habían sufrido las consecuencias de su plan, pues dependían de las cosechas, y éstas se habían arruinado bajo el negro dosel que cubrió el cielo durante meses. Pero aunque su población quedó diezmada y pueblos y ciudades enteros desaparecieron, los hombres, que eran capaces de alumbrar sus crías todos los años, se reproducían con facilidad. Mientras que las viejas razas de centauros, ninfas, sátiros y melíades necesitaban décadas para engendrar, y los entornos en

los que vivían (bosques, pastos, ríos o lagunas) también habían sufrido las consecuencias del frío, las cenizas y los gases ponzoñosos. En menos de diez años, calculaba Zeus, con nuevos territorios que repoblar, los humanos volverían a ser tan numerosos como antes de la Gigantomaquia, mientras que las criaturas antiguas se verían reducidas a menos de la mitad.

Los sacrificios habían sido duros. Lo poco de Hieróptolis que los gigantes habían dejado en pie lo habían destruido los meteoritos invocados por Zeus. En cuanto a la otrora pujante isla de Atlas, ahora era un yermo gris y aún humeante. Aunque había sufrido allí una abyecta traición, Zeus sentía pena por tanta belleza pulverizada o enterrada bajo codos y codos de ceniza. En la isla de Creta, el maremoto había destruido casi toda la flota de Minos, las olas habían arrasado sus puertos y las cenizas habían sepultado sus viñedos. El propio rey languidecía en su palacio de Cnossos, pensando que su poder nunca volvería a ser el mismo. La devastación había alcanzado también a buena parte de las Cíclades, y eran ahora los reinos del interior del Peloponeso y del continente los que empezaban a resurgir boyantes y a mirar con avaricia los restos del esplendor cretense.

A Zeus no le preocupaba demasiado. Como hojas eran las generaciones de los hombres. Y así como el viento arrancaba las hojas de los árboles en otoño y en primavera el bosque las hacía de nuevo reverdecer, de la misma forma unas generaciones humanas nacían y otras perecían. Unas iguales a otras.

Pero bien distintas eran las generaciones de los dioses, y no tan fáciles de reemplazar. Asclepio había tratado el corazón de Zagreo con tiempo y ambrosía, que de nuevo abundaba en el Olimpo. Pues, tras la batalla, Apolo y Ártemis habían recuperado del campamento de los gigantes los barriles que contenían las manzanas de las Hespérides y los demás ingredientes de la droga de la inmortalidad;

y la expedición sagrada había reanudado sus viajes a Hiperbórea, escoltada por Carreo, que esperaba con paciencia a que su amada Laódice envejeciera unos años más.

Por fin, el corazón de Zagreo se convirtió en un pequeño cuerpecillo, un feto de dios que Asclepio injertó en el cuerpo de una mujer mortal, Sémele, hija del rey de Tebas. Aún quedaban meses para que naciera. Zeus había elegido un nuevo nombre para él, Dioniso; y esta vez, por más que le pesara a Hera, lo reconocería como hijo.

Más por quien esperaba ahora, con los nervios tensos como un padre primerizo, no era por Dioniso.

—¡Por fin! —dijo al oír pasos tras él.

Su visitante era Hefesto, que venía cargado con un gran mazo y seguido por Cerauno, que llevaba al hombro un arcón de madera de casi cinco codos de largo. El cíclope dejó el arcón sobre el suelo y se despidió con una reverencia.

—¿Está ahí dentro? —preguntó Zeus.

—Así es, mi señor.

Hefesto pronunció una fórmula secreta y el grueso candado que cerraba el arcón y que sólo obedecía a su voz se abrió por sí solo. Dentro había un gran cristal de roca de color ámbar. Hefesto lo sacó de su interior, resoplando por el esfuerzo, y lo puso en pie. Dentro del cristal se veía una figura alargada, encerrada en su interior como una larva dentro de una crisálida gigante.

—¿Es ella? ¿Seguro que es ella?

—Así es, Cronida. Asclepio y yo hemos obrado en todo tal como nos indicaste.

Zeus tocó la crisálida y la notó fría y silenciosa.

—¿De verdad está viva?

—Es hija de tu pensamiento, Cronida —respondió Hefesto—. Debe ser tu palabra la que la traiga a la vida.

Zeus aferró con ambas manos la crisálida translúcida y pegó la frente a la fría superficie de cuarzo. De los dedos de su mano

derecha brotaron unas chispas azuladas. Las chispas se enlazaron unas con otras, transformándose en zarcillos luminosos que atravesaron el interior de la roca.

—Vive —susurró.

Una luz blanquecina se encendió en el interior de la crisálida y poco a poco fue alumbrando la figura femenina encerrada en su interior. Zeus retrocedió.

—Hazlo ahora —le ordenó a Hefesto.

El dios herrero se encaramó al arcón, levantó en alto su martillo y descargó un golpe seco y preciso en la parte más alta de la crisálida. El mazazo abrió tres grietas en el cristal, que corrieron hasta el suelo como resquebrajaduras en un río helado. Las tres secciones de la crisálida se separaron por su propio peso y cayeron a los lados, donde se quebraron en fragmentos más pequeños.

En el centro, vestida con un largo peplo blanco, ataviada con una coraza dorada, un yelmo de hierro y un escudo chapado en bronce, se alzaba Atenea.

La diosa abrió unos ojos grandes y grises, y miró a Zeus.

—Padre.

Zeus abrió los brazos, esperando que Atenea se arrojara a ellos. Pero en vez de eso, la diosa salió con paso cauteloso del círculo, cuidando de no pisar los cristales ambarinos. Hefesto se acercó a ella frotándose las manos en el mandil y sonrió.

—¡Atenea! ¡Lo hemos conseguido!

Ella giró la cabeza y bajó la vista para contemplar al herrero. Por un instante pareció que iba a sonreír, pero lo que hizo fue enseñar los dientes en un gesto de desdén.

—Si lo que quieres es que huela tu sudor, no hace falta que te acerques tanto a mí, herrero cojo.

Hefesto retrocedió con gesto de perro apaleado. Zeus dio un paso hacia Atenea y le puso las manos sobre los hombros.

—Mírame, hija.

Se asomó a aquellos ojos grises. Eran los mismos, pero a la vez distintos. Fríos como el acero, pero sin la callada profundidad del mar bajo las nubes.

—Ganímedes... —susurró Zeus. Las pupilas de Atenea ni siquiera se dilataron.

—¿Por qué mencionas el nombre de ese mortal, padre? ¿Qué tengo yo que ver con él?

Zeus retrocedió un poco y examinó a su hija con gesto crítico. La estatura, el porte, las manos, todo parecía igual; pero la pose era más rígida, la boca estaba más recta, la barbilla más alzada.

—Vuelves a ser la diosa virgen...

—Soy la diosa virgen, padre. Consagrada a tu servicio. ¿Qué quieres que haga por ti?

Zeus señaló a su izquierda. Sobre el balcón yacía una gran losa de mármol, arrancada del Buleuterión. Allí había caído la lanza de Atenea cuando consiguieron abrir sus dedos para retirar la mano del charco de hierro fundido. Nadie, ni siquiera él, había conseguido despegarla de allí, de modo que tuvieron que arrancar aquella porción de suelo y subirla hasta la Atalaya.

—*Idhi emé!* —exclamó Atenea.

Némesis se levantó del suelo por sí sola y acudió a su mano. La diosa la blandió sobre su cabeza con una sonrisa de la que había desaparecido la melancolía que teñía el gesto de la antigua Atenea. Después se llevó los dedos a la boca y silbó. Un hipogrifo llegó volando y se posó sobre el enorme balcón. Atenea subió de un salto a su grupa y enarboló la lanza para saludar a su padre.

—¡Adiós, padre! ¡Voy a vencer guerras en tu honor!

La diosa se alejó, cabalgando a Glauce. Zeus miró a Hefesto, que, con los ojos húmedos, contemplaba cómo la silueta alada descendía hacia las nubes que rodeaban la base del Olimpo.

—No es ella, ¿verdad? —dijo Zeus.

—Lo hemos intentado. Pero era sólo una mano...

Zeus apretó el hombro del herrero cojo.

—Has hecho lo que has podido. No es culpa tuya... hijo.

Y, aunque una lágrima le rodaba por la mejilla, el dios herrero sonrió.

Zeus volvió a colgar en su sitio el Espejo del Tiempo. Con habilidad y paciencia dignas de su hijo Hefesto, había conseguido reunir todos los añicos. Ahora, aunque su superficie estaba surcada de líneas quebradas y había fragmentos que se desviaban del plano, volvía a verse el cielo del otro lado. Sólo que hoy no se veía azul, sino poblado de oscuros nubarrones.

—Te saludo, hijo —le dijo Cronos desde el otro lado.

—Hola, padre.

—Veo que has conseguido recomponer el espejo.

—No sólo el espejo. Todo vuelve a estar en su lugar. —*Casi todo*, añadió para sí, pensando en Atenea. Pero el rictus de dolor lo traicionó y su padre se dio cuenta.

—¿Qué te aflige entonces, hijo?

—Nada, padre. Como te he dicho, todo está en orden de nuevo. Cronos sonrió.

—Has sido el primero que ha prevalecido sobre las conjuras de Gea. Ella nos utilizó a todos. A mí contra Urano, después a ti contra mí, y por último a Tifón contra ti. Pero has conseguido frustrar sus planes. Te felicito por tu astucia. Y, sobre todo, por tu fortuna.

—Tique ayuda a quienes se ayudan, padre.

—Tique, hijo mío, es quien realmente lo rige todo. Cuando lo comprendas, serás el auténtico soberano del mundo.

—Lo que he comprendido, padre —respondió Zeus—, es que el soberano del Olimpo está solo.

El dios del rayo tomó el lienzo y cubrió con él la imagen de su padre. Después salió al balcón oeste y contempló cómo el sol se hundía tras las lejanas montañas del Pindó.

—Y siempre lo estará —musitó.

Por fin, cuando cayó la noche, Zeus entró en palacio y se dirigió al salón de banquetes, a cenar con la familia de los Olímpicos.

Epilogo tras el espejo

ELÍSEO

Así rezaban las letras doradas grabadas en el bastidor del espejo. Aquel nombre era una pequeña broma de Cronos. No podía evitarlo, siempre había tenido el sentido del humor del que otros dioses carecían.

Él no solía cubrir el espejo con un paño, como hacía su hijo. Pero a cambio, para evitar que Zeus pudiera descubrir más de lo necesario sobre la geografía de aquel supuesto Elíseo, Cronos siempre tenía orientado el espejo hacia el cielo, de modo que como mucho se vieran unas cuantas ramas de árbol. Siempre verdes y cargadas de frutos, desde luego, para que Zeus supiera lo bien que vivía su padre Cronos en el destierro.

Y no se podía quejar, la verdad. No le faltaba de nada. Para demostrarlo, abrió un armario que tenía en la terraza, sacó una botella de vino de veintisiete años refrigerado a la temperatura exacta y se sirvió una copa. Después abandonó el refugio de la pequeña techumbre que cubría de la intemperie el espejo y la mesa en la que solía cenar, cruzó bajo los naranjos y se asomó a la balaustrada exterior de la azotea.

Su mirador no estaba tan alto como el de su hijo Zeus, pero no podía quejarse de la vista. Su morada estaba orientada hacia el sur, era soleada y desde ella se veían los demás edificios del centro de

la ciudad: torres gigantescas, de líneas audaces y fachadas brillantes. Pero ninguna de ellas tan alta como la suya.

Un zumbido sonó junto a su pecho. Tomó el teléfono y contestó.

—Sí.

—Señor Kronn —dijo una voz femenina—. ¿Seguro que no quiere que le mandemos el helicóptero? El Centro Nacional dice que el huracán no ha amainado al tocar tierra. Se esperan vientos de trescientos kilómetros por hora en la ciudad.

—No. Este edificio resistirá —respondió él, y colgó.

Cuando fue derrotado por Zeus, Cronos aún tenía reservado un último truco.

—No deberías encerrarme ahí, hijo. Ésa no es forma de tratar a un padre —le dijo, delante del espejo que se iba a convertir en su cárcel.

—¡Entra de una vez, o te reduciré a pavesas humeantes!

Su hijo Zeus era demasiado joven y estaba demasiado ocupado disfrutando de su gran victoria para pensar en la extraña simetría de aquel artefacto al que llamaban el Espejo del Tiempo. Por eso no se dio cuenta de que, cuando Cronos atravesó su lisa superficie, todo se dio la vuelta sobre sí mismo, y no fue su padre quien quedó confinado, sino que el propio Zeus, toda su prole y el resto de los malditos dioses quedaron aislados del resto del universo en aquella burbuja metaespacial que ellos consideraban su cosmos.

Y de esa manera él, el Primer Nacido, *Kronos* y *Khronos* a la vez, se había convertido en el señor del tiempo y el único soberano del único mundo que realmente importaba.

Muchas existencias había vivido Cronos desde entonces, y muchas falsas muertes había sufrido para borrar sus huellas. Pero en cada nueva vida heredaba el poder, la riqueza y la sabiduría de la anterior. Por encima de todo, había aprendido la lección que su soberbio hijo jamás entendería. Que el verdadero poder, si quiere perdurar, debe ser anónimo, permanecer oculto y manejar los hilos desde las sombras. Pues si nadie sabe donde reside, nadie

intentará suplantarlo. Y en verdad, nadie encontraría el nombre ni la dirección del señor Kronn en los archivos de los bancos, las compañías petrolíferas ni las empresas de telecomunicación que controlaba.

Nadie, por tanto, podría asaltar los cielos para derrocarlo por segunda vez.

Cronos, el señor Kronn, se acodó sobre la balaustrada de mármol de la torre Penderson, el último y más alto rascacielos de Houston, y contempló la calle, a trescientos metros bajo sus pies. ¿Qué pasaría si arrojaba el espejo desde allí? Zeus había intentado romper el vínculo entre ambos mundos y no lo había conseguido. ¿Podría lograrse desde este lado? A menudo tenía la tentación de hacer el experimento. Pero el Espejo del Tiempo era el único nexo con su numerosa, patética, problemática y encantadora familia. No le importaba seguir fingiendo que acudía obediente a las convocatorias de su hijo Zeus. Quien, por cierto, le había dado una sorpresa agradable. Cronos no esperaba que conservara el cetro después de la última conjura de la gran Gea. Sin duda, habría más.

Pero ahora el horizonte reclamaba su atención. Unas nubes enormes y negras se acercaban desde el mar, como una colosal flota de destructores celestes. Abajo, en la ciudad casi desierta, sonaban sirenas de policías y de bomberos y se oían voces amplificadas por los megáfonos.

El viento empezó a agitar los cabellos blancos de Cronos. El titán recordó la plaga de catástrofes que se estaban sucediendo en los últimos tiempos y, mordiéndose los labios, se preguntó si, de alguna manera, aquella que era aún más antigua que él no habría conseguido burlar la barrera del Espejo del Tiempo. Si Gea, la anciana Tierra, no intentaba librarse de la plaga humana que siempre la había atosigado y a la vez derrocar por segunda vez al más astuto de sus hijos, a *Kronos Ankylometes*.

Plasencia, otoño de 2005

Apéndice

Mitología y fantasía en Señores del tiempo

No soy muy amigo de abrir la puerta de la cocina donde se guisan los libros, pero creo que esta ocasión es diferente. Sin duda, muchos lectores están bastante familiarizados con la mitología griega. Lo más probable es que, al avanzar por las páginas de *Señores del Olimpo*, hayan esbozado una sonrisa al reconocer este o aquel mito y comprobar cómo los he adaptado para mis propios usos. Pero sé que también hay bastantes lectores más jóvenes cuyo conocimiento de la mitología será más escaso, a no ser que ellos mismos hayan procurado informarse por su cuenta; pues todo lo relacionado con la cultura clásica ha quedado muy disminuido en los planes de enseñanza desde hace años. Incluso el estudio de la literatura española, muy influida por la mitología al menos hasta el siglo XVIII, ha sido drásticamente reducido al mezclar esta materia con la asignatura de Lengua. Por eso he querido desbrozar en este apéndice lo que hay en esta novela de mitología griega, de adaptación, de invención mía o de influencia de otras mitologías.

Sobre el mito de Caos y los anillos de Urano

El relato que recita al principio Hermes-Cileno se basa en el mito narrado por Hesíodo, un poeta griego que debió vivir en torno al año 700 a. de C, en su *Teogonia*. Esta obra, un poema de unos mil versos, narra el origen de los dioses, la llegada de Zeus al poder y los diversos intentos por derrocarlo. Es, junto a la *Biblioteca* de Apolodoro, una de las pocas obras de la literatura griega de tema estrictamente mitológico. Aunque debo añadir que las referencias mitológicas impregnan todo el arte griego y que las fuentes para encontrar y estudiar mitos son casi infinitas: lírica, épica, teatro, historiografía, geografía, cerámica, pintura, escultura, orfebrería...

La única diferencia entre el recitado de Hermes y la *Teogonia* es la referencia a los anillos de Urano. Estos anillos son invención mía, aunque en seguida explicaré cuál fue la fuente que me inspiró a crearlos. Todo lo demás (Gea agobiada por los dolores de parto, Urano castrado por Cronos, Este devorando a sus hijos) pertenece a una tradición griega que desde hace tiempo se ha relacionado con otras mitologías orientales.

En concreto, hay un relato hitita que trata sobre los reinados celestes y donde los papeles de Urano-Cronos-Zeus son desempeñados por Anu-Kumarbi Dios de la tormenta. Aquí la castración del primer dios por el segundo es más brutal: Kumarbi arranca de un bocado los genitales de Anu y los devora. Eso hace que quede «embarazado» de una retahila de dioses que van saliendo de su cuerpo como buenamente pueden. El último en nacer, y el que derrota a Kumarbi, es Teshub, el dios de la tormenta. El paralelo con la mitología griega es evidente. Hay un primer soberano. Un segundo dios que derrota y castra al primero, y cuyo cuerpo se llena de dioses, bien sea por ingerir los genitales del primer dios (en el caso de Kumarbi) o bien sea porque él mismo los va devorando después de que nazcan (en el caso de Cronos).

Las interpretaciones de este mito, como de tantos otros, son muy variadas, y van desde el antiguo evemerismo (una racionalización un tanto ingenua), hasta el psicoanálisis, la teoría ritualista o el

estructuralismo. Pero reconozco que una de las visiones más curiosas y que más ha despertado mi imaginación no proviene de la mitología comparada ni la antropología, sino de la astronomía. Se trata del libro *El invierno cósmico*, de Víctor Clube y Bill Napier.

La hipótesis de estos autores es que muchos de los mitos del pasado reflejan la visión real de un firmamento que no era exactamente como el nuestro. El cielo que contemplaron los creadores de estos mitos en que los dioses se devoran y castran unos a otros sería mucho más espectacular y peligroso, surcado por cometas que se dividían al pasar en órbitas cercanas a la Tierra, y azotado por frecuentes caídas de fragmentos. Estas lluvias de fuego, en el recuerdo, habrían borrado del mapa ciudades como Sodoma y Gomorra, y también explicarían mitos como el de Faetón, el hijo del Sol que durante un día conduce el carro de su padre y lo acerca tanto al suelo que provoca catastróficos incendios, por lo que Zeus debe fulminarlo con su rayo para devolver el equilibrio al mundo.

Para los autores del *Invierno cósmico*, Zeus no habría sido originariamente el señor del rayo, sino un dios del fuego celeste, un arma mucho más poderosa, «que sobrepasa en poder y destrucción a los demás fuegos de la tierra como la lava del volcán a la llama de una mecha», por citarme a mí mismo. Al calmarse el firmamento en tiempos históricos, el recuerdo de la lluvia de fuego que era capaz de precipitar Zeus sobre la tierra se diluyó, y su arma se convirtió en el rayo. Un arma poderosa y destructora, no cabe duda, pero sin la pavorosa capacidad de aniquilación de cometas, asteroides y otros cuerpos errantes, como los denomino en la novela. (Sólo haría falta preguntarles a los dinosaurios).

No entraré ahora en la verosimilitud de libro de Napier y Clube. Sólo diré que, aunque sus tesis puedan parecer sensacionalistas, se trata de una obra seria y documentada. La bibliografía, al menos la que yo puedo dominar más, la relacionada con el mundo griego, es amplia y de calidad. No son ni Velikovsky ni Erich von Daniken, por

decirlo con claridad. El *invierno cósmico* me resultó tan sugerente que, de alguna manera, despertó en mí el interés por escribir este libro. Ahora bien, en *Señores del Olimpo* la diferencia es que Zeus no pasa de dominar el fuego celeste al rayo, sino al contrario: su poder aumenta con el tiempo, y también lo hace la amenaza que pende sobre la Tierra. ¿Cómo conseguir que Zeus se convierta en señor del fuego celeste? Aquí pensé en recurrir al dios del firmamento, que no es otro que Urano.

Los anillos aparecen más de una vez como objetos místicos de poder, pero esta vez no estaba pensando en Tolkien (ya basta con que me pregunten por él siempre a raíz de *La Espada de Fuego*). La imagen que tenía en la cabeza era la de una especie de esfera armilar, un instrumento astronómico formado por varias armillas o anillos que representan órbitas. Luego, todo era cuestión de dar forma a esos anillos y decidir su número.

Por otra parte, para Hesíodo, Urano es a la vez hijo y marido de Gea. Esto embrollaba aún más las cosas, así que los he convertido en hermanos.

En la guarida del lobo

Ya he hablado del mito de la sucesión celeste. Ahora comentaré otros asuntos que aparecen en el primer capítulo.

En primer lugar, la cronología. Hay un problema: la mitología griega suele referirse a hechos del pasado, en el segundo milenio a. de C., en la Edad del Bronce, pero está contada desde el punto de vista de los griegos del primer milenio a. de C, en plena Edad del Hierro. Desembrollar la mezcla de elementos de una y otra época es labor para los estudiosos de Homero, por ejemplo, o lo sería para el autor de una novela histórica sobre los tiempos micénicos. No puede serlo para una novela mitológica como la mía, porque aunque

los supuestos hechos hayan acaecido, digamos, hacia el 1400 a. de C., la interpretación que conocemos es muy posterior. Incluso en algunos casos entramos ya en la Era cristiana.

Un ejemplo: en el capítulo «Las hijas de Nereo» hablo de la ciudad de Bizancio. Ésta fue fundada por colonos de Mégara en el año 667 a. de C. Por lo tanto, en la época de la novela no podría existir. Sin embargo, su fundador, Bizante, sería hijo de Poseidón, y en la fundación de la ciudad le habrían ayudado su padre y Apolo, lo que nos retrotrae a la época mitológica. O sea, desde el punto de vista mitológico, que es el que adopto en *Señores del Olimpo*, Bizancio existiría mucho antes de lo que realmente existió.

Digamos que la novela está ambientada en una época nebulosa, en ese pasado «prestigioso y remoto» del que habla García Gual en su *Introducción a la mitología griega*. También es, en cierta medida, el tiempo sagrado y mitológico, fuera del tiempo, de Mircea Eliade en *El mito del eterno retorno*. O el tiempo del Espejo del Tiempo que tan bien supo manejar Cronos...

En cuanto al monte Liceo: en Arcadia existía una antigua tradición según la cual Zeus había nacido en ese monte. Esa tradición la refleja un autor de época helenística, Calimaco, en su *Himno a Zeus*. Pero la tradición más extendida sitúa su nacimiento en Creta, en el monte Ida.

Las normas de la hospitalidad eran muy importantes en la Antigüedad, en una época en la que no existían leyes ni convenios internacionales. Zeus las protegía en su papel de *Xenios*, que podríamos traducir como «el hospitalario». Por eso se indigna tanto cuando comprueba que Licaón da de comer a sus huéspedes carne humana sirviéndose de huéspedes anteriores. En la versión mitológica más extendida, Zeus no castiga la impiedad de Licaón matándolo, como en *Señores del Olimpo*, sino convirtiéndolo en lobo. Se puede encontrar, por ejemplo, en el libro primero de las *Metamorfosis* de Ovidio. Por cierto, una obra imprescindible para los amantes de la mitología.

(Lobo es *lykos* en griego, de donde derivan tanto el propio nombre de Licaón como el del monte Liceo. En la primitiva Arcadia, los sacrificios humanos debieron pervivir más tiempo que en el resto de Grecia. Se decía que los hombres que participaban en estos sacrificios, en la cima del monte Licaón, se convertían en lobos durante ocho años).

En este capítulo hablo también del Mito de las Edades: oro, plata, bronce y hierro siguen una sucesión cada vez más decadente y violenta. Este mito aparece por primera vez en *Trabajos y días*, de Hesíodo, que intercala entre el bronce y el hierro la Edad de los Héroes, para justificar la aparición de los grandes héroes y semidioses en medio de este supuesto declive. La impresión que da este mito es que el recuerdo prestigioso del pasado («cualquier tiempo pasado fue mejor», reza nuestro refrán) se ha mezclado con el desarrollo de la metalurgia y la cultura, de tal manera que las bienaventuras e imaginarias edades del Oro y de la Plata se habrían juntado con la Edad del Bronce y la del Hierro, que sí son reales.

El paso de la Edad del Bronce a la del Hierro, por cierto, fue una época de grandes turbulencias, guerras, migraciones de pueblos y revueltas sociales. Por ejemplo, en Grecia cayó la sociedad micénica y se abrió una Edad Oscura que duró varios siglos. A no ser que alguien acepte las tesis de *Siglos de oscuridad*, de Peter James y otros autores, quienes sostienen que hay graves errores en la cronología del mundo antiguo y que esta Edad Oscura no existió o, al menos, no fue tan larga. Yo reconozco mi fascinación por la teoría de *Siglos de oscuridad*.

En cuanto a la prohibición de utilizar el hierro, es invención mía. De alguna manera la he relacionado con el aborrecimiento que las hadas y otros seres sobrenaturales sienten por este metal.

La alcoba de la diosa

El relato del rapto de Ganímedes está basado en la mitología, digamos, ortodoxa. Se supone que fue el único amorío homosexual de Zeus. Algo que resulta extraño en una cultura donde la homosexualidad masculina, bajo la forma concreta de la pederastía (un amante adulto, el *erastés*, y un amado adolescente, el *eromenos*), estaba muy extendida. Por otra parte, no se supone que Ganímedes fuera amante de otras diosas, ni que Zeus lo fulminara con un rayo.

En la mitología griega, Atenea es siempre una diosa virgen. Sólo hay un episodio en que su castidad parece en peligro: Hefesto, enamorado de ella, intenta tomarla por la fuerza. No lo consigue, como era de esperar (Atenea es mucho más fuerte), pero su semen salpica la pierna de la diosa. Ésta se lo limpia, asqueada, y lo tira al suelo. Del semen que impregna el suelo nace Erictonio, rey de Atenas y bisabuelo de Cécrope, personaje que aparece más adelante en esta novela. Dada la buena relación que existe entre Hefesto y Atenea, obviamente, doy por supuesto que este embarazoso incidente no ha ocurrido en *Señores del Olimpo*.

El juramento sobre las aguas de la Estigia también es mitológico. Aparece en la *Ilíada* y en la *Odisea*, pero, sobre todo, en la *Teogonía* de Hesíodo, que detalla las consecuencias de quebrantarlo.

En cuanto al adulterio entre Ares y Afrodita, el relato más extenso aparece en el canto 8 de la *Odisea*. Pero termina cuando Poseidón se ofrece para pagar la compensación a Hefesto, sin que sepamos más del asunto. El destierro de Ares por romper el juramento de Estigia, por tanto, es invención mía.

Por cierto, el célebre cuadro *La fragua de Vulcano* refleja el momento en que Hefesto, con su nombre latino, se entera de que su esposa le es infiel. Los ayudantes son cíclopes, aunque de dos ojos, Velázquez nunca intenta dar formas fantásticas a sus personajes mitológicos—, y el chivato, que en el relato homérico es Helios, el Sol, resulta ser aquí el propio Apolo, con su epíteto de Febo, «el Resplandeciente».

La Égida es el escudo que utiliza Zeus y que presta a su hija Atenea. Ésta aparecía representada a menudo con la Égida, como por ejemplo en la gran estatua de oro y marfil que se alzaba en el Partenón. Según tradiciones tardías, Zeus la confeccionó con la piel de Amaltea, la cabra que lo amamantó en el monte Ida. También se cuenta que Zeus mató a un monstruo llamado Campe, que custodiaba las puertas del Tártaro. Pero utilizar sus escamas para blindar la Égida es invención mía. Así como todo lo relativo a la lanza de adamantio.

La expedición de la ambrosía

No existía tal caravana sagrada una vez al año. Pero Herodoto menciona una expedición que viene desde las lejanas tierras de Hiperbórea, y en que dos doncellas llamadas Hipéroque y Laódice llevan unos objetos sagrados de Apolo a la isla de Délos, lugar donde nació el dios. Relacionando esto con la longevidad de los hiperbóreos y la cercanía del jardín donde crecían las manzanas doradas de las Hespérides, desarrollé esta versión del mito.

La asamblea olímpica

La descripción del Olimpo y la propia existencia de la ciudad de Hieróptolis son figuración mía. El Olimpo es el monte más alto de Grecia, pero sus casi tres mil metros se me hacían pocos para los dioses, así que decidí subirlos hasta los diez mil recurriendo a Pírgos, la torre de cuarzo. El hecho de que los gigantes ayuden a Zeus a construir el Olimpo lo he tomado más de la mitología nórdica que de la griega. En concreto, de su versión wagneriana, cuando en

El oro del Rin los gigantes reclaman a Wotan (Odín) el pago de su deuda. Al no conseguirlo, raptan a Freya, junto con las manzanas de oro que dan a los dioses su eterna juventud. También adapto este elemento a la mitología griega cuando, más adelante, hago que los gigantes se apoderen de las manzanas de oro de las Hespérides, ingredientes de la ambrosía.

El éter, el elemento más sutil y transparente que el aire, es una invención griega, tal vez para explicar que el cielo sea de color azul durante el día. Este concepto se utilizó más adelante para explicar la propagación de la luz en el espacio, que no estaría vacío, sino lleno de éter. El experimento de Michelson-Morley y la teoría de la Relatividad de Einstein relegaron la teoría del éter físico al mismo arcón que el éter mitológico de los griegos.

En cuanto al puente del Arco Iris, también me he basado en la mitología nórdica. En ella, se llama Bifrost, une la tierra con Asgard, la mansión de los dioses, y lo custodia el dios Heimdall. En la mitología griega, la diosa Iris representa al arco iris y, a la vez, es mensajera de los dioses, por lo que de alguna manera oficia de unión entre el cielo y la tierra. Por eso me animé a dar una forma más concreta a esta unión y crear un puente que uniera el suelo con la cúspide del Olimpo. La razón es argumental y literaria: la imagen de los gigantes arrancando montañas enteras para apilarlas, trepar sobre ellas y asaltar el Olimpo, tal como narra Apolodoro en su *Biblioteca*, no me convencía visualmente. Necesitaba un camino si quería que los gigantes llegaran a la cumbre del Olimpo.

La fragua de Hefesto suele situarse en la isla de Lemnos, o en Sicilia. Demasiado lejos, así que en la novela la he colocado al pie del mismo Olimpo.

De la lista de deidades que asisten a la asamblea, ninguna es invención mía. Tampoco lo son los datos biográficos de los dioses mayores, aunque desde luego la interpretación es personal. La disputa entre Poseidón y Atenea por el patronazgo de la ciudad de Atenas estaba representada en el frontón oeste del Partenón: ahora

las estatuas, o lo que queda de ellas, se encuentran en el Museo Británico. En cuanto al rapto de Core-Perséfone, es uno de los relatos más conocidos de la mitología griega, y guarda relación con otros mitos que explican el curso de las estaciones, como el de Tammuz en Babilonia o Telepinu entre los hititas.

La consagración de Zagreo

Generalmente, los griegos consideraban que Zagreo era hijo de Zeus y Perséfone. En la novela, por razones argumentales, doy a entender que es hijo de Hades, y no revelo la verdadera identidad de su padre hasta más adelante. Por otra parte, Zagreo fue despedazado y devorado por los titanes, aunque este mito no es coherente con otros que suponen a los titanes ya encerrados en el Tártaro. Hay que tener en cuenta que los mitos griegos tienen orígenes y procedencias muy variados, y que ponerlos todos de acuerdo es una tarea imposible. Eso explica que los propios griegos fueran moldeando o creando constantemente nuevas versiones. (Como he hecho yo, sólo que unos siglos más tarde...)

Tifón aparece también con el nombre de Tifeo. Sobre su nacimiento hay varias versiones. En general, se le relaciona con Gea, como a casi todas las criaturas monstruosas y dracontinas. A veces se dice que es hijo de Gea y Tártaro, o que lo engendró Hera, furiosa con su marido. En la novela, he combinado la versión del nacimiento de Tifón que aparece en el *Himno homérico a Apolo* con otra de un comentario a Homero, donde Cronos le da a Hera dos huevos impregnados en su semen.

Tifón es una criatura indescriptible. A los griegos parecía encantarles mezclar diversas criaturas en un solo cuerpo, pero en el caso de Tifón, tal como por ejemplo lo presenta Normo en las *Dionisiacas*, la mezcla es tal que resulta difícil de imaginar. Con cien

cabezas, y todo víboras de cintura para abajo, no resultaría demasiado visual para el lector. Por no hablar del inconcebible tamaño, pues sus brazos son tan largos que tocan las estrellas. Como, por otro lado, se habla de él como si combinara rasgos humanos con otros de fiera, decidí convertirlo en un híbrido entre hombre (o dios con aspecto humano) y dragón, y reducir su tamaño a una escala más asequible. En cuanto a sus cien cabezas, las convertí en los cien dragones a los que se llama en el texto «los cien hijos de Tifón.»

Las demandas de los gigantes

Al principio del capítulo, Zeus decide casar a Eos, la Aurora, con Ares. Según Apolodoro, Afrodita se vengó a conciencia de Eos, pues la convirtió en una especie de ninfómana que necesitaba amantes sin cesar.

En cuanto a la ambrosía, la mitología no nos llega a describir jamás su fórmula. Su propio nombre podría traducirse como *inmortalina*. La he relacionado con las manzanas de oro de las Hespérides, pensando a la vez en las manzanas de la eterna juventud de la diosa nórdica Freya, y con productos que llegan de la mítica Hiperbórea, un país feliz cuyos habitantes disfrutaban de una gran longevidad.

Hay muchas criaturas en la mitología griega que se pueden considerar como «gigantes», y en ocasiones sus rasgos se combinan con los de los dragones. En la novela he procurado darles unos rasgos comunes, y sigo el relato de Hesíodo cuando dice que de la sangre derramada por el miembro de Urano nacieron los gigantes. Sólo que cuando hablo de ellos como «gente descomunal y soberbia, que no comen pan ni respetan las leyes de la hospitalidad, y aborrecen las obras de dioses y hombres», me baso

más bien en la descripción de los cíclopes salvajes que habitan la isla adonde van a parar Ulises y sus compañeros en la *Odisea*. Unos cíclopes bien distintos de los hábiles artesanos que acompañan a Hefesto en su fragua.

Los gigantes intentaron asaltar el cielo más de una vez. En una ocasión, los Alóadas, Oto y Enaltes, apilaron, como ya he mencionado, los montes Osa y Pelión para llegar al Olimpo. Éstos fueron, por cierto, quienes encerraron a Ares en un barril de bronce: un hecho que yo he atribuido a los otros gigantes, los hijos de Gea. El asalto de estos gigantes recuerda al mito hitita del gigante Ullikummi, una monstruosa columna de basalto que brotaba del mar y que amenazaba con destruir el palacio de los cielos. En el libro *When they severed Earth from Sky*, de Elizabeth y Paul Barber, se relaciona este tipo de mitos con erupciones volcánicas: los gigantes arrojando rocas al cielo o las columnas de basaltos no serían más que la inmensa columna de humo de una gran erupción. Tal como, por ejemplo, debieron ver los pueblos del Egeo cuando se produjo la gran erupción de Tera en torno al año 1625 a. de C.

En cualquier caso, yo he utilizado el relato de la Gigantomaquia más bien como aparece en Apolodoro. En esta ocasión, los dioses se enfrentan con una serie de gigantes cuyos nombres he atribuido a los Quince (el nombre del grupo en sí es invención mía). Pero se les vaticina que sólo podrán vencer con la ayuda de un héroe mortal. Este héroe no es otro que Heracles, que en la novela mata a Porfirión, mientras que en la *Biblioteca* de Apolodoro colabora también en la muerte de otros gigantes como Enaltes o Alcioneo.

Padre, soberano y amante

La descripción de los dardos de Eros es mitológica. En las *Dionisiacas* de Normo hay un fragmento delicioso donde se

describen los doce dardos que Eros tiene preparados para Zeus, cada uno con una dedicatoria en letras de oro: Dánae, Sémele, Ío, Alcmena... Incluso Olimpia, la madre de Alejandro Magno. Estuve a punto de utilizar esta parte, pero me resultó poco verosímil que sabiéndose algo así, Zeus no tomara represalias contra el impertinente dios-niño.

Hay un fragmento en este capítulo en el que Zeus alardea de su fuerza: «Colgad del cielo una cadena de oro...» No es mío, sino de Homero, del *canto VIII de la Iliada*. Pero he utilizado en la novela, de forma recurrente, la alusión a la gran fuerza física de Zeus, que heredan algunos de sus hijos.

La idea de Zeus como dios que trata de poner orden en un caos primordial es típica de muchas mitologías. Las luchas que comentaré después (Marduk-Tiamat, Indra-Vritra, etc). suelen interpretarse así. Aunque para Robert Graves, en sus *Mitos griegos*, esta lucha entre Zeus y las fuerzas de la oscuridad y de la tierra representa más bien la sustitución de una religión originaria del Egeo, en que se adoraba a la Gran Diosa, por la religión que traían los invasores del norte, de raza indoeuropea, que adoraban a dioses varones y celestes. De alguna manera, para la rivalidad entre Gea y su propio nieto Zeus me he basado en esta interpretación.

(Debo añadir que *Los mitos griegos* de Graves es una obra espléndida para quien quiera leer estos mitos en orden y relatados por una pluma maestra. Pero después de cada capítulo hay una parte de interpretación que no recomiendo tanto. Graves habla de esta religión matriarcal de la Europa antigua con tal seguridad como si hubiera recibido alguna visión divina. Lo cierto es que, cuando en el prólogo confiesa que ha probado hongos alucinógenos, me da que pensar. Estoy de acuerdo con el helenista G. S. Kirk cuando en su obra *El mito* habla de Graves como «brillante aunque totalmente despistado en este campo», refiriéndose a la mitología griega).

En el *Himno homérico a Apolo* se cuenta que Hera estuvo sin acostarse un año con Zeus para alumbrar a Tifón. Como ya expliqué

antes, he mezclado esta versión con la de los huevos impregnados en el esperma de Cronos. Y he sumado otro año más de abstinencia, Este por iniciativa de Zeus, por conveniencia argumental.

En cuanto al amorío entre Tetis y Zeus, se supone que no llegó a consumarse. En una oda de Píndaro se cuenta cómo Zeus y Poseidón estaban a punto de disputar por el amor de Tetis, pero la sabia diosa Temis profetizó que el hijo que naciera de Tetis sería mucho más poderoso que su padre. Temiendo que tal vastago pudiera destronarlo, Zeus obligó a Tetis a unirse con un mortal, Peleo, para que así concibiera un hijo que muriera en la guerra. El hijo, como es bien sabido, fue el gran Aquiles, que pereció bajo las murallas de Troya.

En otra versión del mito, Prometeo presiona a Zeus insinuando que conoce el secreto de Tetis para que lo libere de su cautiverio.

El ceñidor de Afrodita aparece mencionado en la *Ilíada*, por ejemplo, cuando Hera se lo pide prestado para seducir a Zeus. Se describe como una especie de cinta o correa, que parece esconderse debajo de la ropa: sin duda, su función sería realzar el busto, aunque desde el punto de vista mitológico tendría poderes mágicos. Por eso pensé en dos cintas, cruzadas entre los pechos, que además me servían de maravilla como dos de los anillos de Urano. Pues no hay que olvidar que uno de los epítetos de Afrodita es *Urania*, hija de Urano.

La fragua de Hefesto

En Hesíodo y Apolodoro sólo se habla de tres cíclopes: Arges, Estérope y Brontes. El personaje de Cerauno es inventado, pero su nombre cuadra con los de los demás cíclopes, pues significa «relámpago».

Hay un detalle en este capítulo que puede sonar a ciencia ficción, el de las doncellas autómatas. Pero aparecen mencionadas en el *canto XVIII de la Ilíada*. El que una de ellas tenga los rasgos de Atenea sí es interpretación mía. También es personal la descripción de Fobos y Deimos, dos divinidades casi abstractas en la mitología griega.

El Espejo del Tiempo

En este capítulo completo el relato de cómo Zeus derrotó a los titanes y se hizo con el poder. Sigo las líneas maestras de la mitología, aunque hay detalles concretos diferentes, como todo lo relativo a la mano del rayo. Y, por supuesto, el Espejo del Tiempo es creación mía. Aunque es cierto que Cronos no fue desterrado al Tártaro como los demás titanes, sino que reinaba en el bienaventurado Elíseo. Extraño castigo para un rival. Pero hay que tener en cuenta que la mitología trata de armonizar tradiciones muy diferentes. Por un lado Cronos aparece como el dios cruel y salvaje que devora a sus hijos. Por otra parte, es el soberano antiguo de una época en que todo era mejor: la Edad de Oro. Rasgos negativos y positivos se combinan en su figura. Algo que trato de reflejar en el trato ambivalente, respeto y odio a la vez, que le da su hijo Zeus en la novela.

La hoz adamantina

Como *adamantínen hárpen* la describe Apolodoro. Algunos autores han relacionado esa hoz que castra a Urano con la guadaña que utiliza Ea para segar los tobillos del gigante Ullikummi, la misma

que en el origen de los tiempos habría servido para separar el cielo de la tierra. De hecho, la castración de Urano no es más que una imagen bastante impactante para expresar esta separación de cielo y tierra. Como ya he comentado, *When they severed Earth from Sky* relaciona estos mitos de separación con el desplome de enormes columnas volcánicas que parecerían unir cielo y tierra.

Hablando de volcanes, para más de un lector habrá sido evidente que la isla de Atlas que acaba volando por los aires sería Tera, o Santorín. La descripción que doy de ella se basa en la reconstrucción de cómo habría sido antes de la gran erupción, basándose en un fresco hallado en la propia isla, en las excavaciones de Acrotera. Los geólogos piensan que esta gigantesca erupción debió suceder en torno al año 1625 a. de C. Demasiado pronto, tal vez, para explicar el declive de la civilización minoica que florecía en Creta por aquella época. Pero sin duda, por los restos de la erupción, debió ser lo bastante fuerte para alterar el clima de la Tierra, como ocurrió con la del monte Tambora, en 1815. Y tal vez, sólo tal vez, el mito de la Atlántida, si es que no se trata de una invención de Platón, tenga su origen en el recuerdo de aquella catástrofe. De ahí el nombre que le doy a la isla en la novela.

La Gran Madre

Delfos, antes de pertenecer a Apolo, habría sido un oráculo de la Tierra. El mito en que Apolo mata al dragón Pitón con sus flechas representaría el cambio de dueño del oráculo.

En cuanto al oráculo en sí, el geógrafo Estrabón, en la época de César Augusto, lo describe así: «Dicen que el oráculo es una caverna profunda, de boca no muy ancha, de donde surge el hálito que inspira un frenesí divino; y que encima de la boca se encuentra un alto trípode, sobre el que se sitúa la Pitia, que, al recibir el hálito,

empieza a emitir sus oráculos...» (Traducción de Juan José Torres en la Biblioteca Clásica Gredos). En el interior del templo no hay restos de la grieta de donde brotaría este «hálito», el *pneuma enthousiastikón*. Algunos estudiosos piensan que el oráculo original, el de Gea, habría estado en una cueva alejada del santuario. Otros hablan, directamente, de una falsificación, y de vapores fabricados por los propios sacerdotes del templo, que engañarían a los visitantes.

Nunca se ha comprendido demasiado bien el trance de la Pitia o Pitonisa. Según los antiguos, masticar laurel colaboraba a su estado de enajenación mística. A no ser que el laurel de la Antigüedad tuviera propiedades del que carece el actual, parece dudoso. También se piensa en trance autoinducido. En cualquier caso, en época histórica, la Pitonisa no moría después del éxtasis profético. Desde el punto de vista de la novela, la razón sería que el poder de los efluvios del oráculo habría quedado muy disminuido al cerrarse el *khasma*. Esta vasta grieta que luego habría cerrado el propio Zeus es imposible desde el punto de vista geológico, pero me resultaba muy conveniente para el argumento. En cuanto al hálito profético como emanación de la propia Tierra, es cierto que en la mitología griega el conocimiento del porvenir suele relacionarse con Gea. Un conocimiento que heredaría su sucesor en el oráculo, Apolo.

En cuanto a los dragones, los de la mitología griega suelen tener rasgos más bien serpentinos, como los dragones chinos, aunque también pueden combinar elementos de otros animales. En la novela he utilizado dragones heráldicos, con alas y cuatro patas. No existe un número fijo, como el que yo menciono aquí, y de hecho hay criaturas que a veces se consideran gigantes y a veces dragones, como el propio Tifón.

Las quejas de Gea sobre la raza de los hombres no son invención mía. Según algunos autores antiguos, la causa de la Guerra de Troya habría sido que la Tierra se quejó a Zeus de su

superpoblación, y el señor del Olimpo decidió provocar la guerra más mortífera que hasta entonces se había librado.

Sobre la creación del ser humano, no hay ningún relato tan claro como el del *Génesis*. En la mitología griega, a veces se habla de Prometeo como alfarero que moldea a los hombres, pero en otras ocasiones éstos nacen directamente de la Tierra, como afirmaban de sí mismos los atenienses.

Bajo el volcán

La lucha entre el dios y una criatura monstruosa a la que podríamos denominar dragón se repite a menudo en muchas mitologías. La obra que más en profundidad ha tratado este tema es *Python*, de Joseph Fontenrose. En la mitología griega pueden ser Zeus y Tifón o Apolo y Pitón. En la hitita, el dios de la tormenta contra el dragón Illuyanka. En la Biblia quedan restos de una antigua historia en que el dragón sería Leviatán. En Babilonia, era Marduk contra la diosa-dragona ancestral, Tiamat. En la India, Indra derrota a Vritra, etc.

Una de las notas características de este relato es que el dios que representa a las fuerzas del orden contra el caos sufre una primera derrota a manos del monstruo-dragón, que a menudo incluye crueles mutilaciones. En la versión de Apolodoro, Tifón le corta a Zeus los tendones de brazos y piernas y le encarga su custodia al dragón hembra Delfine, cuyo nombre está relacionado con el oráculo de Delfos. De nuevo, me resultaba poco visual. Por eso la mutilación que sufre es la de la mano derecha: nueva invención mía, pues en la mitología los cíclopes forjaban rayos para Zeus, no le fabricaron una mano. El problema era: ¿cómo almacenar esos rayos que le dan los cíclopes? ¿En una especie de carcaj? La respuesta me la dio la combinación de Apolodoro con Nonno. En el primero,

Zeus pierde los tendones. En el segundo, lo que le quita Tifón es el rayo. La combinación de ambas imágenes me sugirió la idea de relacionar el rayo con los propios tendones y venas de Zeus, y me llevó a inventarme esa mano propia de un cyborg, que es lo que pierde en su primera lucha con Tifón.

En cuanto a la pérdida de los ojos, la he tomado del mito hitita, donde el dragón Illuyanka le quita al dios de la tormenta los ojos y el corazón. Ya utilicé este relato en una novela anterior, *Memoria de dragón*, sólo que en esta ocasión el «bueno» era el dragón. La ceguera tiene tanta fuerza simbólica y dramática que no pude prescindir de ella.

El desafío de Tifón

Los versos que los cíclopes le cantan a Hefesto están tomados del *Himno homérico a Hefesto*. En cuanto a las baladronadas de Tifón, que amenaza a cada dios con un destino a cual más humillante, se basan en las *Dionisiacas* de Normo. Si he elegido la escritura jeroglífica es por el prestigio casi místico que esta escritura tenía para los griegos. En la época del relato (un nebuloso segundo milenio antes de Cristo) la única escritura que conocían los griegos, y no en todas partes, era el llamado Lineal B. Que se sepa, sólo se utilizaba para guardar registros burocráticos y palaciegos. Por su propia naturaleza, un tanto tosca, no habría sido muy apropiado para escribir un texto como el que aparece en este capítulo.

El regalo de Persea

Alcides, como se revela más adelante, no es otro que el fabuloso Heracles, el Hércules de los romanos. La historia que cuento sobre él sigue las versiones mitológicas más extendidas, aunque por guardar en secreto la identidad del héroe no menciono los nombres de su madre, Alcmena, ni su padre putativo, Anfitrión. El nombre de Heracles, según Apolodoro, lo recibió cuando acudió a purificarse de un crimen al oráculo de Delfos, pues en un arrebatado de ira había matado a sus propios hijos.

El mito más conocido de Heracles es el de los doce trabajos, pero este héroe participa también en muchas otras sagas heroicas, como la de Jasón y los Argonautas, o en la Gigantomaquia, como ya he mencionado antes.

La hospitalidad de Perséfone

La geografía infernal es muy variada según los autores, pues fue evolucionando a lo largo del tiempo. La pradera de los asfódelos, el río Aqueronte o los jueces infernales son elementos bien conocidos. Hécate, en origen, era una diosa benevolente, pero con el tiempo se le fueron asignando más y más rasgos relacionados con el mundo infernal y la brujería. Podía aparecerse bajo formas variadas, algo que reflejo en la novela por medio de las sombras que proyecta.

En cuanto al strip-tease de Atenea, lo he tomado en realidad de un mito mucho más antiguo, el descenso de Inanna, la diosa sumeria del amor, a los infiernos. (Existe una versión posterior en que en vez de Inanna es la diosa babilonia Ishtar). Siempre me ha fascinado la mezcla de erotismo y amenaza que había en este relato.

El hecho de quedar atado a un lugar por compartir su comida y su bebida es una creencia antigua, como aparece en el mito babilonio de Adapa. Este visita el palacio de los dioses y se

presenta ante el gran rey, Anu. Por consejo de su señor, el dios Ea, no acepta ni el pan ni el agua que se le ofrece, pues de hacerlo morirá. Pero, cuando ya es demasiado tarde, Anu le revela que de haber compartido el alimento de los dioses, el propio Adapa se habría convertido en un inmortal.

Hay un mito griego en el que aparecen comensales de piedra. El héroe Teseo baja al infierno con su amigo Pirítoo, con la intención de secuestrar a Perséfone. Hades los recibe con mucha amabilidad y les invita a comer. Pero cuando se sientan a la mesa, quedan paralizados y ya no pueden levantarse. Más adelante, Heracles baja al inframundo y rescata a Teseo, pero Pirítoo permanece para siempre petrificado en su asiento.

El ojo de las Grayas

He intentado que la geografía de este capítulo sea lo más precisa posible. La isla sin nombre donde moran las Grayas se llama hoy día Eustratios. En realidad, se suponía que las Grayas moraban en un lugar indeterminado, en el lejano occidente. El único mito en el que participan estas curiosas criaturas es el de Perseo, que les arrebató el ojo a cambio de que le revelen dónde puede encontrar a las Gorgonas para matar a una de ellas, Medusa.

Las hijas de Nereo

Eucrante y Galene son nombres que aparecen en las listas de las cincuenta hijas de Nereo. En cuanto a las rocas Simplégades («Entrechocantes»), aparecen en el mito de Jasón, que viaja en su nave *Argos* hacia la Cólquide para obtener el vello de oro. Para

atravesar estas rocas, que se juntan y aplastan a todos los navios que intentan cruzar el Bosforo, Jasón recurre a una paloma, y desde el momento en que la nave *Argo* las atraviesa, quedan fijas para siempre.

El ombligo del mundo

En los relatos sobre Tifón, es Hermes, el más sigiloso de los dioses, el encargado de recuperar los tendones perdidos por Zeus. Por lo demás, los detalles de este rescate en concreto son invención mía, y los he unido con el mito en que Apolo mata a Pitón, lo que le convierte en el dueño del santuario de Delfos.

Llegada a la Cólquide

Eetes y Medea aparecen en la saga de Jasón y los Argonautas. Como se vaticina en este capítulo, Medea acabó despedazando a su hermano Apsirto. Después de hacerlo, arrojó sus pedazos por la borda de la nave *Argo*, en la que huía junto con Jasón después de ayudarle a apoderarse del vello cino de oro. Eetes, que los perseguía en otro barco, tuvo que refrenar su marcha para ir recogiendo los trozos de Apsirto. De esta manera, Medea ganó tiempo para que los Argonautas pudieran escapar.

La boca del Tártaro

Los hecatonquiros que vigilan la entrada del Tártaro son personajes mitológicos, y realmente indescriptibles. En cuanto a la lucha de Atenea contra el dragón Delfine, es invención mía.

El prisionero del Cáucaso

Según el mito, Prometeo, hijo del titán Jápeto, incurrió en la ira de Zeus por dos motivos. El primero fue que enseñó a los hombres a hacer sacrificios a los dioses, pero de una manera harto desigual. Tras matar un buey, Prometeo preparó dos lotes con sus restos. En uno puso las porciones más jugosas, pero las ocultó bajo el estómago, la parte menos apetecible. En el segundo colocó los huesos, que untó con la pingüe grasa que, al parecer, resultaba un manjar para los griegos. Zeus eligió el lote de los huesos, que desde entonces son la porción que se ofrenda a los dioses. Cuando descubrió el engaño, pensó que ya se vengaría de Prometeo.

La segunda ofensa de Prometeo fue robar el fuego del carro del Sol y entregárselo a los hombres, a quienes Zeus, irritado con su impiedad, se lo había quitado. Esta vez Zeus se enfureció tanto que ordenó que Prometeo fuera encadenado en el Cáucaso.

El monte Estróbilo no es otro que el Elbrús, el pico más alto de Europa, una montaña de 5.645 metros de altura situada al suroeste de Rusia, en la frontera con Georgia. La tradición de que Prometeo estaba encadenado a este monte proviene ya de los antiguos griegos.

Los autores de *When they severed Earth from Sky* relacionan el mito de Prometeo encadenado a este volcán y el águila que devora su hígado durante el día con el relato en que el dios nórdico Loki (también una divinidad relacionada con el fuego, como Prometeo) es atado en una cueva bajo una serpiente venenosa que deja gotear su veneno sobre el rostro del dios. La esposa de Loki, Sigyn, recoge el

veneno en un cuenco. Pero cuando el cuenco se llena, Sigyn tiene que apartarse para vaciarlo, y en ese momento la ponzoña de la serpiente cae en los ojos de Loki. El dios se retuerce de dolor, y al hacerlo provoca terremotos. Según los autores del libro, tanto el mito de Prometeo como el de Loki se basarían en el lejano recuerdo de una erupción del monte Elbrús, entre el 3300 y el 2600 antes de Cristo.

Según la tradición, Heracles mató al águila que devoraba el hígado de Prometeo y lo liberó. Zeus perdonó al titán, pero a condición de que llevara un anillo forjado con el hierro de la cadena que lo retenía. Como se ve, en la novela he modificado esta versión y he utilizado el anillo del mito para relacionarlo con los anillos de Urano. La muerte de Prometeo es invención mía, pero lo cierto es que este dios no participa en ningún mito después de su supuesta liberación.

El eje del mundo

Según la tradición, el castigo de Atlas por acaudillar a los titanes contra Zeus habría sido sujetar la bóveda del cielo. Desde Homero, los griegos concebían el firmamento como una bóveda real, hecha de bronce, por lo que la idea de sujetarla no sería tan absurda. Pero, en cualquier caso, resultaba poco visual, por lo que tomé la imagen que ya utilicé en *El mito de Er* del eje que atraviesa la Tierra y en torno al cual gira todo el Cosmos. Los brazaletes de Atlas como anillos de Urano son invención mía, aunque con cierta lógica, debido a la relación entre Atlas y el firmamento.

Atlas interviene más adelante en la saga de Heracles. Este, en uno de sus últimos trabajos, debía conseguir las manzanas de oro de las Hespérides. Para ello acudió al extremo del mundo, donde Atlas sostenía el cielo. Heracles le ofreció al titán relevarlo en su

tarea si él le traía las manzanas doradas. Atlas accedió, y Heracles demostró una vez más su tremenda fuerza cargando sobre sus hombros el firmamento (o haciéndolo girar, si fuera mi versión). Cuando Atlas volvió, se negó a volver a su antiguo puesto y dijo que él mismo llevaría las manzanas a Euristeo, el rey que le mandaba los trabajos a Heracles. Este fingió acceder, pero le pidió a Atlas que sujetara un momento el cielo mientras él se colocaba una almohada sobre los hombros. Obviamente, aprovechó este momento para escapar, y Atlas volvió a sostener la bóveda del firmamento por el resto de la eternidad. ¡Un auténtico duelo de intelectos!

La Gigantomaquía

Como ya he comentado, un relato de esta batalla se encuentra en la *Biblioteca* de Apolodoro. Los detalles que doy son inventados, aunque el momento en que el gigante Porfirión intenta violar a Hera está extraído del mito.

Por otra parte, es cierto que Afrodita y Zeus no tienen relaciones sexuales en la mitología griega. Algo que resulta intrigante, conociendo la naturaleza de ambos dioses.

Por último, Zeus derrota a Tifón, normalmente recurriendo al rayo. En muchas versiones, tras vencerlo entierra su cuerpo debajo de un volcán, que para algunos autores sería el Etna.

Epilogo

Las represalias de Zeus (incluyendo la extraña imagen de Hera con un yunque colgado de cada pierna) son mitológicas. Zagreo vuelve a nacer en el mito, esta vez como Dioniso, aunque su

nacimiento vuelve a ser accidentado. Su madre, Sémele, que está embarazada, le pide a Zeus que copule con ella tal como hace con su esposa Hera, en toda su majestad. El rey de los dioses no tiene más remedio que acceder, pero al unirse a Sémele lo hace acompañado de un formidable aparato eléctrico que reduce a cenizas a la infortunada mortal. Zeus toma el feto de Dioniso de los restos calcinados y se lo introduce dentro de su propio muslo, donde termina el embarazo.

La «resurrección» de Atenea es en realidad una versión adaptada de su nacimiento. Cuando Metis, la madre de Atenea, estaba embarazada, Zeus supo por Gea que si Metis daba a luz una hija, a continuación engendraría a un hijo varón que sería más poderoso que su padre y lo destronaría. Para evitarlo, Zeus devoró a Metis. (En la novela, hago que la mate). Como ella era la diosa de la sabiduría, pasó a residir en la cabeza de Zeus, donde también se localizó su embarazo. Llegado el momento del «parto», Zeus avisó a Hefesto, que lo auxilió abriéndole la cabeza con un hacha o un martillo. La diosa nació ya crecida y armada, como se representa en numerosas vasijas griegas y como aparecía también en el grupo escultórico que adornaba el frontón este del Partenón.

Personajes

Afroditia: Diosa del amor, nacida de los genitales mutilados de Urano, dios del cielo. Casada con Hefesto.

Alcides: Joven de gran fuerza que, desterrado de Tebas, va a parar a Micenas, donde apacienta rebaños. Es descendiente de Perseo.

Alcioneo: Jefe de los gigantes. Es uno de los Quince, hijos de Gea.

Angelia: Diosa alada, hija de Hermes. Es mensajera, como su padre.

Apolo: Hijo de Zeus y Leto, hermano mellizo de Ártemis. Dios arquero y protector de las artes.

Ares: Dios de la guerra. Hijo de Hera y Zeus. Cometi6 adulterio con Afrodita.

Arges: Uno de los tres c6clopes, hijos de Urano y Gea, y ayudantes de Hefesto.

Artemidoro: Piloto de la nave *Salaminia*.

Ártemis: Hija de Zeus y Leto, hermana melliza de Apolo. Diosa virgen, se dedica a recorrer los bosques cazando con su arco infalible.

Asclepio: Médico de los dioses, hijo de Apolo. Vivi6 entre los hombres hasta que Zeus le hizo subir al Olimpo.

Atenea: Doncella guerrera, hija de Zeus y Metis. Portadora de la Égida, diosa de la sabiduría y patrona de la ciudad de Atenas.

Atlas: Titán castigado por Zeus a cargar el peso del firmamento.

Austro: Viento del este, hijo de Eolo.

Bóreas: Viento del norte, hijo de Eolo.

Briareo: Uno de los hecatonquiros, los gigantes centimanos, hijos de Urano y Gea, que custodian la puerta del Tártaro.

Brontes: Uno de los tres cíclopes, hijos de Urano y Gea, y ayudantes de Hefesto.

Calais: Dios alado, hijo de Bóreas y hermano de Zetes.

Caos: Primera de las divinidades, que representa el vacío primordial. Al dividirse, dio origen a Gea y Urano.

Carites: Las tres Gracias.

Caronte: Barquero que lleva a las almas de los muertos al otro lado del Aqueronte, el río infernal.

Catreo: Príncipe de Hieróptolis, jefe de las tropas que custodian la expedición sagrada.

Cécrope: Capitán de la nave Salaminia, hijo del rey de Atenas, Erecteo.

Céfiro: Viento del oeste, hijo de Eolo.

Cerauno: Cíclope, hijo de Brontes. Como su padre, ayuda a Hefesto en la fragua.

Cileno: Joven que recita la cosmogonía al principio de la novela.

Corina: Mujer cretense, esposa de Glauco.

Coto: Uno de los hecatonquiros, los gigantes centimanos, hijos de Urano y Gea, que custodian la puerta del Tártaro.

Cronos: El más joven de los titanes, hijos de Urano y Gea. Derrocado por su hijo Zeus, vive retirado en el Elíseo.

Dada: Hija de Grato, el tabernero de la aldea de Arcadia.

Deimos: Dios del espanto, esbirro de Ares.

Delfine: Dragona esposa de Pitón.

Deméter: Hija de Cronos y Rea, hermana de Zeus, con quien tuvo a Perséfone. Diosa de los cereales y de la tierra fértil.

Dino: Una de las tres Grayas.

Doro: Hijo de Apolo, que protege la expedición sagrada junto a su hermano Polipetes.

Encelado: Uno de los Quince gigantes, hijos de Gea.

Eníalo: Dios guerrero, compañero de Ares.

Enio: Una de las tres Grayas.

Eolo: Rey de los vientos.

Eos: Diosa de la Aurora.

Erecteo: Rey de Atenas, padre de Cécrope.

Estéropo: Uno de los tres cíclopes, hijos de Urano y Gea, y ayudantes de Hefesto.

Estigia: Diosa de la laguna infernal, en cuyo nombre juran los dioses.

Eucrante: Una nereida.

Evandro: Humano, rey de la ciudad de Hieróptolis, al pie del Olimpo.

Filira: Mujer cretense, hija de Glauco.

Fineo: Hijo de Licaón, el rey de Arcadia.

Fobos: Dios del miedo, monstruoso esbirro de Ares.

Frixa: Mujer mortal que sirve como criada en la morada de Atenea.

Galene: Nereida, hermana de Eucrante.

Ganímedes: Joven troyano, raptado por el águila de Zeus y llevado al Olimpo, donde sirve como copero de los dioses.

Gea: Diosa de la tierra. Surgió del Caos a la vez que Urano. Madre, de una u otra forma, de todos los dioses y las criaturas que pueblan el mundo.

Giges: Uno de los hecatonquiros, los gigantes centimanos, hijos de Urano y Gea, que custodian la puerta del Tártaro.

Glauce: Hipogrifo hembra, con cara de lechuza, que sirve de montura a Atenea.

Glauco: Varón cretense, hijo del rey Minos, encargado de consagrar un templo a Zeus.

Grato: Tabernero, dueño de la posada de Arcadia donde empieza la acción.

Grayas: Tres ancianas que comparten un solo ojo, hijas de las divinidades marinas Forcis y Ceto.

Hades: Hijo de Cronos y Rea, hermano de Zeus. Governa sobre los muertos en el mundo infernal, y está casado con Perséfone.

Hebe: Hija de Zeus y Hera. Diosa de la juventud, es ella quien prepara y escancia la ambrosía, la bebida de los dioses.

Hécate: Diosa hechicera que habita en los infiernos, capaz de cambiar de forma.

Hefesto: Hijo de Hera y, tal vez, de Zeus, que no lo reconoce como hijo. Dios herrero, fabricante de todo tipo de artilugios mágicos. Está casado, para su pesar, con Afrodita.

Hera: Hija de Cronos y Rea, protectora del matrimonio y celosa esposa de su hermano Zeus.

Hermes: Hijo de Zeus y Maya. Mensajero de los dioses.

Hestia: Hija de Cronos y Rea, hermana de Zeus y diosa del fuego sagrado del hogar. Es una diosa virgen.

Iris: Hija de Taumante y Electra. Mensajera de los dioses y encargada de vigilar el Puente del Arco Iris.

Jenódice: Esposa de Tesmio, rey de la isla de Atlas. Ella misma es hija de Minos, rey de Creta.

Laódice: Mujer de Hiperbórea que viaja con la expedición sagrada.

Licaón: Rey de Arcadia, célebre por su desprecio de las normas de Zeus.

Macropis: Águila de Zeus.

Melandro: Noble de Beocia, huésped de Licaón.

Minos: Rey de Creta, hijo de Zeus y la princesa fenicia Europa.

Nereo: Sabio y anciano dios de las aguas, padre de las cincuenta nereidas.

Noto: Viento del sur, hijo de Eolo.

Pefredo: Una de las tres Grayas.

Perséfone: Hija de Zeus y Deméter. Cuando era conocida como Core, la doncella, fue raptada por Hades, el dios de los infiernos. Desde entonces pasa seis meses al año en el inframundo, con su marido, y otros seis en el mundo exterior, con su madre Deméter.

Pitón: Dragón que custodia el oráculo de Delfos.

Políbetes: Uno de los Quince gigantes, hijos de Gea.

Polipetes: Hijo de Apolo, que protege la expedición sagrada junto a su hermano Doro.

Porfirión: Uno de los Quince gigantes, hijos de Gea.

Poseidón: Hijo de Cronos y Rea, hermano de Zeus. En el reparto del mundo, le tocaron las aguas saladas. Su arma es el tridente que hace sacudirse la tierra.

Prometeo: Hijo del titán Jápeto. Benefactor y creador de la raza humana, está encadenado en el Estróbilo, la montaña más alta del Cáucaso, por orden de Zeus.

Quirón: Dios centauro.

Rea: Hija de Urano y Gea, esposa de Cronos y madre de Zeus y sus hermanos. En el momento de la acción se hace llamar Cibeles y vive apartada de los demás dioses.

Solceo: Hijo de Licaón, el rey de Arcadia.

Tesmio: Rey de la isla de Atlas y esposo de Jenódice.

Tetis: Hija de Nereo. Es, por tanto, una de las cincuenta nereidas, aunque ahora no mora en el mar, sino en el Olimpo.

Ticio: Portavoz de los gigantes, uno de los Quince.

Tifón: Criatura monstruosa, a medias dragón, a medias gigante, que asegura ser hijo de Cronos y le disputa el poder a Zeus.

Toante: Uno de los Quince gigantes, hijos de Gea.

Urano: Dios del firmamento estrellado. Surgió del Caos a la vez que Gea. Con ésta, engendró a los titanes, los hecatonquiros y los cíclopes. Fue castrado por su hijo Cronos.

Zagreo: Hijo de Hades y Perséfone. Dios que se considera a sí mismo futuro sucesor de Zeus.

Zetes: Dios alado, hijo de Bóreas y hermano de Calais.

Zeus: Hijo de Cronos y Rea, dios del rayo y el trueno, señor del Olimpo. Está casado con Hera y es padre de Atenea, Hermes, Apolo, Ártemis, Ares, Hebe y Perséfone (entre otros muchos hijos).

Notas

- 1) Cada codo equivale a medio metro ↵
- 2) Un kilómetro tiene unos cinco estadios y medio ↵